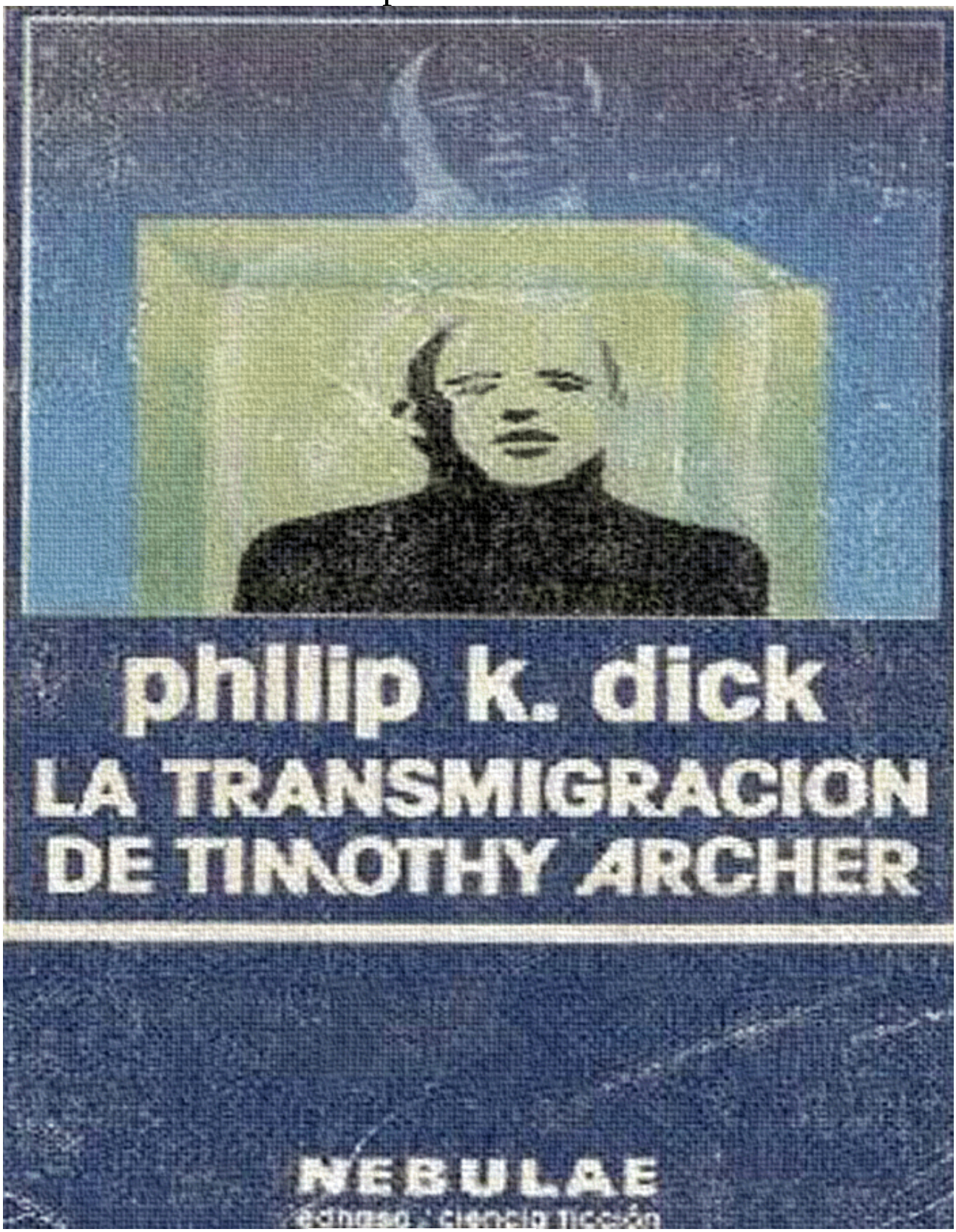
LA TRANSMIGRACIÓN DE TIMOTHY ARCHER

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Barefoot dicta sus seminarios en su casa flotante de Sausalito. Cuesta cien dólares averiguar por qué estamos en esta Tierra. También te dan un sándwich, pero ese día yo no tenía hambre. Acababan de matar a John Lennon y creo que sé para qué estamos en la Tierra: para descubrir que lo que más quieres te será arrebatado, probablemente por un error en un lugar elevado y no intencionalmente.

Después de estacionar mi Honda Civic junto al parquímetro me quedé escuchando la radio. Ya se podían oír en diversas frecuencias todas las canciones de Los Beatles. Mierda, pensé. Me siento como si estuviera de nuevo en la década del sesenta, casada todavía con Jefferson Archer.

-¿Dónde es la Puerta Cinco? -pregunté a dos hippies que pasaban.

No respondieron. ¿Habrían oído la noticia de John Lennon? Me pregunté luego qué diablos me importaba del misticismo árabe, de los sufíes y de todas esas cosas de que hablaba Barefoot en su programa de radio semanal por la KPFA de Berkeley. Los sufíes son gente feliz. Enseñan que la esencia de dios no es el poder, la sabiduría, ni el amor, sino la belleza. Es una idea totalmente nueva en el mundo, desconocida por judíos y cristianos. Yo no soy una cosa ni otra. Todavía trabajo en la Musik Shop, en la Telegraph Avenue, de Berkeley, y estoy tratando de pagar la casa que Jeff y yo compramos cuando estábamos casados. Yo tengo la casa y Jeff no tiene nada. Esa ha sido la historia de su vida.

¿Por qué debe preocuparse por el misticismo árabe alguien en su sano juicio?, me pregunté mientras cerraba mi Honda y echaba a andar hacia la hilera de barcas. Especialmente un día hermoso. Pero qué joder, ya había hecho todo el camino por el puente de Richardson, a través del brillante mal gusto de Richmond, junto a las refinerías. La bahía es hermosa. La policía toma el tiempo en el puente de Richardson, primero cuando uno paga el peaje y luego del lado de Marin. Si uno llega al Condado de Marin demasiado rápido, cuesta un montón de dólares.

Nunca me importaron Los Beatles. Jeff llevó a casa *Alma de goma* y le dije que era insípido. Nuestra pareja se estaba deshaciendo y yo creo que era desde el momento en que había oído *Michelle* un billón de veces, un día tras otro. Eso debió ser más o menos en 1966, me parece. Una cantidad de gente de la Zona de la Bahía situaba los acontecimientos por las fechas en que habían aparecido los discos de Los Beatles. El primer álbum de Paul McCartney en solitario salió el año antes de que Jeff y yo nos separáramos. Si escucho *Teddy Boy* empiezo a llorar. Fue el año en que viví sola en nuestra casa. No lo hagas. No vivas sola. Hasta el fin Jeff tuvo la compañía de su actividad pacifista. Yo me retraje y escuché por la KPFA música barroca que habría sido mejor olvidar. Así oí por primera vez a Edgar Barefoot, que al comienzo me impresionó como un tonto, con esa pequeña voz y ese tono de saborear inmensamente su propia actividad cerebral, deleitándose en cada sucesivo satori como un niño de dos años. Hay pruebas de que yo era la única persona de la Zona de la Bahía que pensaba así. Más tarde cambié de idea; la KPFA empezaba a transmitir las grabaciones de Barefoot por la noche, muy tarde, y yo escuchaba mientras trataba de dormir. Cuando una está medio dormida, ese canturreo monótono tiene sentido. Varias personas me explicaron una vez que aproximadamente en 1973 se habían introducido mensajes subliminales en todos los programas sufíes, lanzados al aire en la Zona de la Bahía, y que casi seguramente habían sido los marcianos. El mensaje que yo recibí de Barefoot parecía ser éste: Eres realmente una buena persona, y no deberías dejar que ninguna otra persona determinara tu vida. Como quiera que fuese, empecé a dormir mejor y cada vez más temprano; olvidé a Jeff y esa luz que se había extinguido cuando murió, sólo que de vez en cuando un incidente brotaba en mi mente, relacionado en general con alguna crisis en el supermercado de la University Avenue. Jeff solía meterse en peleas en el supermercado. Yo pensaba que era divertido.

Y ahora, comprendí mientras caminaba por la planchada hacia la suntuosa casa flotante de Edgar Barefoot, que pondré a mi entrada en este seminario la fecha del asesinato de John Lennon; los dos hechos son ya para mí un todo sin costuras. Qué manera de empezar a

comprender, pensé. Vete a casa y fuma un *joint*. Olvida la voz de hamburguesa de la iluminación; ésta es una época de cañones; no puedes hacer nada, iluminada o como sea; eres una vendedora de discos graduada en Humanidades en la Universidad de California: «*Los mejores carecen de toda convicción...»* era algo así. «*Qué burda bestia... se agazapa para nacer en Jerusalén».* Una criatura de mala postura, pesadilla del mundo. Tuvimos un examen sobre Yeats. Saqué un nueve. Era buena. Pasaba todo el día sentada en el suelo comiendo queso y bebiendo leche de cabra mientras leía las novelas más largas... He leído todas las novelas largas. Me he graduado en California. Vivo en Berkeley. Leo *El recuerdo de las cosas pasadas* y no recuerdo nada. Salgo por donde entré, como se dice. No me han hecho bien, todos esos años en la biblioteca, esperando que se iluminara mi número, para indicar que mi libro ya estaba en la mesa. Probablemente, esto le ocurre a cantidad de gente.

Pero han quedado en mi mente como unos buenos años, en que teníamos más cabeza de lo que se reconoce en general. Sabíamos exactamente qué debíamos hacer; el régimen de Nixon debía desaparecer; hacíamos deliberadamente lo que hacíamos y ninguno de nosotros lo lamenta. Ahora Jeff Archer ha muerto; hoy ha muerto John Lennon. Hay otros muertos en el camino, como si hubiera pasado algo muy grande. Tal vez los sufíes, con su convicción de la belleza innata de Dios, podrían darme la felicidad; tal vez por eso estoy caminando por la planchada de esta lujosa casa flotante: se cumple un plan en el que las tristes muertes suman algo en lugar de nada, de algún modo se convierten en alegría.

Un chico terriblemente flaco que se parecía a nuestro amigo Joe el *Junkie* me detiene y dice:

-¿...billete?

-¿Quieres decir esto? -saco del bolso la tarjeta impresa que Barefoot me había enviado por correo al recibir mis cien dólares. En California se compra iluminación como guisantes en el supermercado, por el peso y por el tamaño. Quisiera dos kilos de iluminación, me dije. No, mejor cinco; realmente me estoy quedando escasa.

-Ve a la parte de atrás -dijo el joven escuálido.

-Que tengas un bonito día -dije.

Al ver por primera vez a Edgar Barefoot una se dice: éste arregla engranajes de coche. Mide más o menos uno sesenta y cinco y es tan pesado que debe vivir de comida de plástico, y en especial hamburguesa. Es calvo. Para esta zona del mundo en este momento de la civilización humana se viste al revés; lleva un largo abrigo de lana, pantalón castaño y camisa azul de algodón, más ordinarios..., pero sus zapatos parecen costosos. No sé si se puede llamar corbata esa cosa que lleva alrededor del cuello. Tan vez han intentado colgarlo y pesaba demasiado, la soga se cortó y siguió ocupándose de sus asuntos. La iluminación y la supervivencia se entremezclan, me dije mientras me sentaba; había sillas plegadizas baratas y algunas personas aquí y allá, especialmente jóvenes. Mi marido está muerto y su padre está muerto; la amante de su padre tomó un cubo de barbitúricos y está en la tumba, perpetuamente dormida, que para eso lo tomó. Parece una partida de ajedrez; el alfil muerto y con él la rubia dama noruega a la que mantenía con el dinero del Fondo Discrecional del Obispado, según Jeff. Una partida de ajedrez y un fraude. Este tiempo es extraño, pero aquel era mucho más extraño.

Edgar Barefoot, de pie, nos indicó que cambiáramos de sitio y nos sentáramos más adelante. Me pregunté qué ocurriría si encendía un cigarrillo; una vez encendí uno en un *ashram* después de una lección de los Vedas... El desdén de la congregación descendió sobre mí, y también un dedo que se clavó entre mis costillas. Había ultrajado a los más altos. Lo extraño de los más altos es que mueren como los más comunes. El obispo Timothy Archer tenía una cantidad de elevación, por tamaño y por peso, y de nada le valió; está bajo tierra como el resto. Para esto sirven las cosas espirituales. Para esto sirven las aspiraciones. Él buscaba a Jesús. Más que eso, buscaba lo que está detrás de Jesús, la verdad real. Si se hubiera contentado con la verdad de mentira, todavía estaría vivo. Esto merece reflexión.

Gente menor, que acepta la falsedad, está viva para contarlo; no ha perecido en el desierto del Mar Muerto. El más famoso obispo de los tiempos modernos muerde el polvo porque desconfía de Jesús. Hay en esto una lección. De modo que tal vez elija la iluminación. Lo sé. Sé también que conviene llevar más de dos botellas de Coca-Cola cuando uno sale a recorrer el desierto a quince mil kilómetros de su hogar. Y no consultar el mapa de una gasolinera como si uno estuviese en un barrio de San Francisco. Eso sirve para localizar los Portsmouth Square, pero no es muy útil para encontrar la fuente auténtica de la cristiandad, escondida del mundo durante los dos mil doscientos últimos años.

Me iré a casa a fumar un *joint*, me digo. Esto es pura pérdida de tiempo, desde el momento en que ha muerto John Lennon todo es una pérdida de tiempo, incluso lamentarlo... He dejado de apenarme por la Cuaresma. Es decir, dejo de sufrir.

Alzando las manos, Barefoot empieza a hablar. Apenas reparo en lo que dice, ni lo recuerdo mucho tiempo. La tonta soy yo, por pagar cien dólares para escuchar esto; él era el más inteligente, porque se quedaba con el dinero; nosotros debíamos dárselo. Así se calcula la sabiduría; por el que paga. Yo enseño esto. Yo debería instruir a los sufíes, y también a los cristianos, en especial a los obispos episcopales, acerca del uso de sus fondos. Al frente cien dólares, Tim. Imagínate, llamar Tim al obispo. Como llamar al Papa George o Bill, como el lagarto de Alicia. Creo que Bill bajaba por la chimenea. Una oscura referencia; como lo que dice Barefoot, que pocos reparan en ella y nadie la recuerda.

-La muerte en la vida -decía Barefoot-, y la vida en la muerte; dos modalidades, como el *yin* y el *yang*, de un continuum subyacente. Dos caras, un «holon» como dice Arthur Koestler. Deben leer *Janus*. Cada una penetra en la otra, como en una alegre danza. Es el Señor Krishna quien baila con nosotros y a través de nosotros; todos somos Sri Krishna que, como recordaréis, aparece en la forma del tiempo. Esta es su forma real, universal. La forma última, el destructor de todas las personas..., de todo lo que existe -nos sonrió con beatífico placer.

Sólo en la Zona de la Bahía se toleran estos disparates, pensé. Un niño de dos años nos hablaba. Dios, qué absurdo es todo. Sentí el viejo disgusto, la irritada aversión que cultivamos en Berkeley y que tanto agradaba a Jeff. Su placer consistía en enfadarse por cada trivialidad. El mío, en soportar los disparates. Con un costo financiero.

Me asusta terriblemente la muerte, pensé. La muerte me ha destruido, no Sri Krishna, destructor de todas las personas; ha sido la muerte la destructora de mis amigos. Los eligió y dejó en paz a los demás. Jodida muerte, me dije; has apuntado a los que yo amaba, has utilizado sus locuras para imponerte, te has aprovechado de personas alocadas, lo que es verdaderamente mezquino. Emily Dickinson estaba llena de mierda cuando parloteaba acerca de la «amable muerte»; es una idea abominable que sea amable la muerte. Nunca vio seis coches apilados en la autopista de la costa este. El arte, como la teología, es un fraude envasado. Abajo la gente pelea mientras yo busco a dios en el índice. Dios, argumentos ontológicos a favor. O mejor, argumentos prácticos en contra. No hay un índice así. Habría ayudado a muchos si hubiera existido a tiempo: Argumentos contra ser un tonto, ontológicos y empíricos, antiguos y modernos (véase sentido común). El problema de la educación es que lleva largo tiempo; gasta la mejor parte de tu vida y cuando termina, comprendes que más te habría beneficiado entrar en la banca. Me pregunto si los banqueros tienen estas dudas. Sólo quieren saber a cuánto ha subido hoy el interés. Probablemente, si un banquero se aventura en el desierto del Mar Muerto, llevará raciones concentradas, cantimplora, pistola de señales y un cuchillo. Y no un crucifijo que muestra una idiotez previa, para que no se le olvide. Destructor de las personas de la autopista de la costa este y de mis esperanzas..., Sri Krishna; nos has cogido a todos. Buena suerte en tus otras empresas. Siempre que sean igualmente loables para los demás dioses.

Estoy exagerando, pensé. Esta furia es un disparate. Me he vuelto presumida frecuentando a la comunidad intelectual de la Zona de la Bahía; pienso como hablo, pomposamente y en enigmas; no soy una persona sino una voz que me reprocha. Y peor aún; hablo como escucho. Basura que entra, basura que sale, como dicen los especialistas en la ciencia de la

computación. Debería ponerme de pie y hacer a Mr. Barefoot una pregunta insensata y volver a casa mientras él articula la respuesta perfecta. De ese modo, él triunfa y yo me marcho. Los dos ganamos. No me conoce, yo no lo conozco, excepto como una voz sentenciosa. Acaba de empezar, y ya rebota en mi cabeza; y ésta es la primera de muchas lecciones. Sentencioso Parloteo..., el nombre del criado negro de los Archer, familia de una serie televisiva. «Sentencioso, mueve tu negro trasero hasta aquí, ¿quieres?». Lo que dice este hombrecillo zumbón es importante: habla de Sri Krishna y de cómo mueren los hombres. Es un tema que me parece significativo, por mi experiencia personal. Yo tengo motivos para saberlo, porque me es familiar. Apareció en mi vida hace unos años y no se quiere ir.

Una vez tuvimos una vieja casa de campo, pequeñita. Alguien conectó una tostadora y hubo un corto-circuito. Durante la estación lluviosa, goteaba agua de la bombilla de luz de la cocina. De vez en cuando, Jeff derramaba en el techo una lata de una cosa negra, como alquitrán, para evitar goteras. No podíamos pagar el material especial. El alquitrán no servía de nada. Nuestra casa y otras parecidas estaban en la parte baja de Berkeley, en la San Pablo Avenue, cerca del Dwight Way. Lo mejor era que Jeff y yo podíamos ir a pie hasta el restaurante *Mala Suerte* y ver a Fred Hill, el dueño, que era agente de la KGB, decían algunos... Preparaba las ensaladas y elegía los cuadros que se exhibían gratuitamente. Cuando Fred llegó a la ciudad, hace años, todos los miembros del Partido en la Zona de la Bahía se helaron de miedo; era un indicio de que en la vecindad había un cortacabezas del Soviet. También indicaba quiénes pertenecían al Partido y quiénes no. El miedo reinaba entre los primeros, pero a nadie más le importaba. Era como el juez escatológico que elige entre todos a las ovejas, los fieles; sólo que en ese caso eran las ovejas las que temblaban.

Las fantasías de pobreza excitaban el regocijo universal en Berkeley, así como la esperanza de que la situación política y económica empeorara y el país fuera lanzado a la ruina; ésta era la teoría de los activistas. Un infortunio tan vasto que destrozaría y sumergiría en la derrota a todo el mundo, responsables y no responsables. Estábamos entonces, y estamos ahora, locos de atar. Ser loco es culto. Por ejemplo, hay que estar loco para darle a una hija el nombre de Goneril. Como nos enseñaban en las clases de literatura inglesa de la universidad, la locura era divertida para los concurrentes del Globe Theater. Ahora no es divertida. En tu casa eres un primer actor; pero aquí sólo eres el autor de un libro difícil titulado *Aquí vienen todos*. Importante, pensé. Con la foto de una cara meditabunda. Y por eso, como por las palabras de Barefoot, pagábamos buen dinero. Cualquiera pensaría que haber sido pobre tanto tiempo me habría enseñado algo, o aguzado mi entendimiento. O mi instinto de autoconservación.

Soy la última persona viviente que conoció al obispo Timothy Archer, de la Diócesis de California, a su amante y a su hijo, mi marido, el dueño de casa y ganador del sustento *pro forma*. Alguien debería... bueno, sería espléndido que nadie se marchara como ellos hicieron colectivamente, dispuestos a morir, cada uno, como Parsifal, un perfecto necio.

2

Querida Jane Marion:

En dos días, dos personas -un amigo escritor y otro editor- me han recomendado *La cubierta verde* diciendo, en realidad, lo mismo: que si deseaba saber qué sucedía en la literatura contemporánea ya era hora de que conociera su obra. Cuando llegué a casa con el libro (me habían dicho que el ensayo del título era lo mejor y que empezara por ahí), vi que se refería a Tim Archer. De modo que lo leí. De pronto mi amigo estaba vivo de nuevo. Me dio un gran dolor, no alegría... Yo no puedo escribir sobre él porque no soy escritora, aunque me gradué en letras en la Universidad de California; sin embargo un día, como ejercicio, me senté a garabatear un diálogo apócrifo entre él y yo, para ver si por alguna casualidad lograba capturar la cadencia de su incesante flujo de palabras. Descubrí que podía hacerlo, pero el resultado, como el mismo Tim, estaba muerto.

La gente a veces me pregunta cómo era él, pero no soy religiosa y no veo con tanta frecuencia personas pertenecientes a la iglesia, aunque antes sí ocurría. Mi marido era su hijo Jeff, de modo que conocí a Tim de manera muy personal. Hablábamos a menudo de teología. En el momento del suicidio de Jeff, recibí a Tim y a Kirsten en el aeropuerto de San Francisco; venían de Inglaterra, de un encuentro con los traductores oficiales de los Documentos Zadokitas; en ese punto de su vida Tim empezó a creer que Cristo era un fraude y que los zadokitas eran los depositarios de la verdadera religión. Me preguntó cómo dar esa noticia a su congregación. Esto fue antes de Santa Bárbara. Tenía instalada a Kirsten en un sencillo apartamento en el distrito de Tenderloin. Muy poca gente iba allí. Por supuesto, Jeff y yo podíamos. Recuerdo el momento en que Jeff me presentó a su padre. Tim se acercó y dijo: «Me llamo Tim Archer». No dijo que era obispo. Sin embargo, llevaba el anillo.

Atendí el teléfono cuando avisó que Kirsten se había suicidado. Aún estábamos doloridos por la muerte de Jeff. Me quedé escuchando a Tim, que decía que Kirsten «acababa de irse lejos»; yo miraba a mi hermano menor, que verdaderamente quería a Kirsten; estaba armando un modelo en madera de balsa del Spad de 1913; sabía que la llamada era de Tim, pero no, por supuesto, que Kirsten ahora también había muerto, como Jeff.

Tim era distinto de todas las personas que he conocido en esto; podía creer cualquier cosa y de inmediato actuar sobre la base de esa nueva creencia, es decir, hasta que encontraba otra y se guiaba por ella para actuar. Estaba convencido, por ejemplo, de que una medium había curado los problemas mentales del hijo de Kirsten, que eran graves. Un día, mientras veía una entrevista de David Frost a Tim, por TV, comprendí que estaba hablando de Jeff y de mí; sin embargo, no había ninguna relación entre lo que decía y la situación real. Jeff también lo vio, y no percibió que su padre hablara de él. Como los realistas medievales, Tim creía que las palabras son cosas reales. Si se puede poner algo en palabras, es de *facto* verdad. Esto es lo que le costó la vida. Yo no estaba en Israel cuando murió, pero puedo verlo en el desierto, estudiando el mapa como si fuera el de una gasolinera de San Francisco. El mapa decía que si uno recorría X kilómetros llegaría a Y, de modo que él ponía el coche en marcha y recorría X kilómetros, convencido de que allí estaría Y... Lo decía el mapa. El hombre que dudaba de cada elemento de la doctrina cristiana creía todo lo que veía escrito.

Pero el incidente que, a mi juicio, más lo revela, ocurrió un día en Berkeley. Jeff y yo teníamos que esperarlo a cierta hora en cierta esquina. Tim llegó tarde, en coche. Y persiguiéndolo, furiosísimo, un empleado de gasolinera. Tim había llenado el depósito y luego, al retroceder, había destrozado un surtidor. Y había partido de inmediato porque iba a llegar tarde a su cita con nosotros.

-¡Me ha roto el surtidor! -gritaba el hombre, sin aliento y fuera de sí-. Llamaré a la policía... y después escapó. ¡Tuve que seguirlo hasta aquí!

Yo quería saber qué le decía Tim a ese hombre. Estaba muy enojado, y era un hombre muy modesto, situado al pie de la escala social en la que Tim estaba en la cumbre; quería ver si Tim le informaba que era el obispo de la Diócesis de California y que era conocido en todo el mundo, amigo de Martin Luther King Jr., de Robert Kennedy, un hombre grande y famoso que en ese momento no vestía sus hábitos. Tim no lo hizo. Pidió perdón humildemente. Un rato más tarde, el empleado de la gasolinera comprendió que su perseguido era una persona para la cual los grandes surtidores de colores brillantes no existían, un hombre que, muy literalmente, vivía en otro mundo. Ese otro mundo era lo que Tim y Kirsten llamaban el «Otro Lado»; y paso a paso, ese Otro Lado los atrajo a todos; primero a Jeff, luego a Kirsten y por fin, inevitablemente, al mismo Tim.

A veces me digo que Tim todavía existe, aunque ahora está totalmente en ese otro mundo. ¿Cómo dice Don McLean en su canción «Vincent»? «El mundo no ha sido hecho para alguien tan hermoso como tú». Ni para mi amigo; este mundo nunca fue realmente real para él, de modo que pienso que no era el que le correspondía. Un error cometido en alguna parte, y que él, en el fondo, no ignoraba.

Cuando recuerdo a Tim pienso:

And still I dream he treads the lawn
walking ghostly in the dew,
pierced by my glad singing through...

[Y aún sueño que pisa la hierba
caminando espectral sobre el rocío,
atravesado por mi canto alegre...]

Como decía Yeats.

Muchas gracias por su trabajo sobre Tim, pero dolió verlo vivo de nuevo por un instante. Supongo que ésa es la medida de la grandeza de un texto, que pueda hacer eso.

En una novela de Aldous Huxley, creo, un personaje telefonea a otro y grita excitado: «¡Acabo de encontrar una prueba matemática de la existencia de Dios!». Si hubiera sido Tim, al día siguiente habría encontrado otra prueba contradictoria de la primera y la habría aceptado con igual rapidez. Era como si estuviera en un jardín y cada flor fuera nueva y diferente y él las descubriera una por una y se sintiera igualmente encantado por cada una, y olvidara entonces las anteriores. Era absolutamente leal a sus amigos. A ellos no los olvidaba nunca. Eran sus flores permanentes.

Lo más extraño, Sra. Marion, es que en cierto sentido lo extraño más que a mi marido. Quizá me impresionaba más. No lo sé. Tal vez usted me lo pueda decir; es la escritora.

Cordialmente,

Angel Archer

Escribí esto a la famosa autora, perteneciente al *establishment* literario de Nueva York, Jane Marion, cuyos ensayos se publican en las mejores de las pequeñas revistas; no esperaba respuesta y no la recibí. Tal vez el editor -a quién la envié- la leyó y la arrojó lejos; no lo sé. El ensayo de Marion sobre Tim me había enfurecido; se fundaba íntegramente en información de segunda mano. Jamás había conocido a Tim, pero de todos modos escribía sobre él. Decía que Tim «dejaba caer las amistades cuando servía a sus fines» o algo así. Tim jamás dejó caer una amistad en su vida.

Esa cita que habíamos hecho Jeff y yo con el obispo era importante. En dos sentidos: uno oficial, otro extraoficial, como se vio. En lo que concierne al aspecto oficial, yo me proponía favorecer un encuentro, una asociación, entre el obispo Archer y mi amiga Kirsten Lundborg, que representaba al MEF en la Zona de la Bahía. El Movimiento de Emancipación Femenina quería que el obispo pronunciara un discurso en su defensa, gratuitamente. Por ser yo la mujer del hijo del obispo, se suponía que debía arreglarlo. Es innecesario decir que Tim no parecía comprender la situación, pero eso no era por su culpa; ni Jeff ni yo le habíamos dado la menor pista. Tim suponía que nos reuniríamos a comer en el *Mala Suerte*, del que había oído hablar. Tim pagaría la cuenta, porque no teníamos dinero ese año, ni habíamos tenido tampoco el anterior. Como dactilógrafa de un estudio jurídico en la avenida Shattuck, yo era la ganadora del sustento putativo. El estudio jurídico estaba integrado por dos tipos de Berkeley que participaban activamente en todos los movimientos de protesta. Defendían casos vinculados con las drogas. La firma se llamaba: BARNES Y GLEASON, ESTUDIO JURÍDICO Y CERERÍA; vendían también velas hechas a mano, o por lo menos las tenían en exhibición.

Era la forma elegida por Jerry Barnes para insultar a su propia profesión y establecer con claridad que no tenía la intención de ganar ningún dinero. Con respecto a esta meta había alcanzado éxito. Recuerdo que una vez un cliente agradecido le pagó con opio, una barra negra que parecía de chocolate amargo. Jerry no sabía qué hacer con ella. Terminó por regalarla.

Era interesante ver a Fred Hill, el agente de la KGB, saludando a todos los concurrentes como hace un buen dueño de restaurante, sonriente, dando apretones de manos. Hill tenía ojos

fríos. Según lo que se decía en la calle, tenía autoridad suficiente para matar a quienes se mostraban díscolos con la disciplina del Partido. Tim apenas dedicó su atención al hijo de perra mientras nos guiaba a una mesa. Me pregunté qué diría el obispo de California si supiera que el hombre que nos ofrecía el menú era un ciudadano ruso, oficial de la policía secreta soviética que se encontraba en los Estados Unidos con nombre falso. O tal vez esto sólo era un mito de Berkeley. Como en los muchos años anteriores, Berkeley y la paranoia eran compañeros de cama. Estaba lejos todavía el fin de la Guerra de Vietnam; Nixon aún tenía que sacar de allí las fuerzas estadounidenses. Watergate se encontraba a muchos años. Los agentes del gobierno pululaban en la Zona de la Bahía. Nosotros, los activistas independientes, sospechábamos a todos de connivencia; no confiábamos en la derecha ni en el PC-USA. Y si había una cosa odiada en Berkeley, era el olor de la policía.

-Hola, amigos -dijo Fred Hill-. La sopa de hoy es minestrón. ¿Un vaso de vino mientras deciden?

Los tres dijimos que queríamos vino (mientras no fuera Gallo), y Fred partió en su busca.

-Es un coronel de la KGB -dijo Jeff al obispo.

-Muy interesante -respondió Tim, examinando el menú.

-Realmente, les pagan muy poco -dije.

-Por eso habrá abierto un restaurante -dijo Tim, mirando a los demás clientes en las otras mesas-. Me pregunto si tendrán caviar del Mar Negro -me lanzó una rápida mirada-. ¿Te gusta el caviar, Angel? Los huevos del esturión, aunque a veces se hacen pasar por caviar los huevos del *Cyclopterus lumpus*; sin embargo, éstos son generalmente de un matiz rojizo y más grandes. Es mucho más barato. A mí no me interesa, el caviar de esturión, quiero decir. En cierto sentido, decir «caviar de esturión» es una redundancia -rió, sobre todo para sí.

Mierda, pensé.

-¿Qué ocurre? -preguntó Jeff.

-Me preguntaba dónde estará Kirsten -respondí, y miré el reloj.

El obispo dijo:

-Los orígenes del movimiento feminista pueden estar en *Lisístrata*. «Debemos privamos de todo roce con el amor mentido y vocinglero...» -volvió a reír-. «Nuestras órdenes menosprecian; y con trancas y cerrojos...» -se interrumpió, como pensando si continuar o no-, «...afuera nos encierran». Es un juego de palabras. «Nos encierran afuera» se refiere, a la vez, a la situación general de desobediencia, y al cierre de la vagina.

-Papá -dijo Jeff-, estamos tratando de resolver qué pedimos. ¿Te parece bien?

El obispo replicó:

-Si quieres decir que estamos tratando de resolver qué comer, mi observación es ciertamente oportuna. A Aristófanes le habría gustado.

-Por favor -dijo Jeff.

Fred Hill regresó con una bandeja.

-Borgoña Louis Martini -puso tres copas en la mesa-. Si me perdona la pregunta, ¿es usted el obispo Archer?

El obispo asintió.

-Usted estaba con el doctor King en Selma... -tanteó Hill.

-Sí, estuve en Selma -respondió el obispo.

Yo dije:

-Cuéntale el chiste de la vagina -y agregué, dirigiéndome a Fred Hill-: El obispo sabe un chiste de vagina realmente venerable.

Riendo, el obispo Archer contestó:

-El chiste es venerable, quiere decir ella. Cuidado con los errores de sintaxis.

-El doctor King era un gran hombre -dijo Fred Hill.

-Un hombre muy grande -dijo el obispo-. Quisiera mollejas.

-Una excelente elección -Fred Hill anotó-. Y también le recomendaría el faisán.

-Yo quiero la ternera Oscar -dije.

-También yo -dijo Jeff; parecía malhumorado. Yo sabía que objetaba el empleo de mi amistad con el obispo para conseguir que diera un discurso gratis, al MEF o a cualquier otro grupo. Sabía qué fácil era convencer de hablar gratis a su padre. Tanto él como el obispo llevaban trajes de franela oscura, y naturalmente Fred Hill, famoso agente de la KGB y asesino masivo, usaba terno y corbata.

Ese día me pregunté, sentada entre ellos, vestidos con ropas de negocios, si Jeff tomaría las órdenes sagradas como había hecho su padre; ambos parecían solemnes y daban a la tarea de pedir la comida la misma intensidad, la misma gravedad que adoptaban para tantas otras cosas... Ese aire profesional que el obispo salpicaba curiosamente de humor... Aunque nunca como ese día el humor me parece del todo bien.

Mientras tomábamos el minestrón, el obispo Archer habló de su inminente juicio por herejía. Era un tema que le fascinaba interminablemente. Ciertos obispos lo atacaban porque había dicho, en sus sermones de la Grace Cathedral, y en varios artículos publicados, que nadie había visto el pelo ni la piel del Espíritu Santo desde los tiempos de los apóstoles. Esto llevaba a Tim a concluir que la doctrina de la Trinidad era incorrecta. Si el Espíritu Santo era, verdaderamente, una forma de Dios equivalente a Cristo y a Yahvé, sin duda estaría aún ahora con nosotros. El don de lenguas no le impresionaba. Había visto bastante de eso en sus años de Iglesia Episcopal, y le había parecido autosugestión o demencia. Además, la lectura atenta de los Hechos revelaba que en la Pascua de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo había descendido sobre los discípulos, otorgándoles el «*don de lenguas*», habían hablado en lenguas extranjeras que los concurrentes comprendían. Esto no era glosolalia, como se dice ahora, sino mera xenoglosia. Mientras comíamos, el obispo reía al citar la hábil respuesta de la Pedro a la acusación de que los Once estaban ebrios; éste había dicho con voz poderosa a la burlona multitud que era poco probable que los Once estuvieran ebrios, porque sólo eran las nueve de la mañana. El obispo sugería, entre una y otra cucharada de minestrón, que el curso de la historia de Occidente tal vez habría cambiado si hubieran sido las nueve de la noche, y no de la mañana. Jeff parecía aburrido y yo consultaba una y otra vez mi reloj, preguntándome qué retrasaría a Kirsten. Arreglarse el pelo, quizá. Siempre la preocupaba su pelo rubio, especialmente antes de las ocasiones importantes.

La Iglesia Episcopal es trinitaria; no se puede ser un sacerdote o un obispo de esa iglesia si no se acepta y enseña lo que, bueno, se llama el Credo Niceno:

...Y creo en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo,
y que, juntamente con el Padre y el Hijo,
es adorado y glorificado.

De modo que el obispo McClary, de Missouri, tenía razón... En efecto, Tim había cometido herejía. Pero Tim, antes de llegar a rector de la Iglesia Episcopal, había sido un abogado de gran práctica. Saboreaba el próximo juicio. El obispo McClary conocía la Biblia y el derecho canónico; pero Tim lo envolvería en dorados anillos de humo hasta que McClary no supiera qué estaba arriba ni abajo. Tim lo sabía. Al enfrentar un juicio por herejía, estaba en su elemento. Además, estaba escribiendo un libro sobre esto; ganaría y, además, ganaría un poco de dinero.

Todos los periódicos de América habían publicado artículos y hasta editoriales sobre el tema. Realmente era difícil, en la década del setenta, juzgar a alguien por herejía, con éxito.

Escuchando a Tim, que proseguía interminablemente, se me ocurrió que había cometido deliberadamente herejía para provocar el juicio. Por lo menos, lo había hecho inconscientemente. Era, como se solía decir, un hábil movimiento táctico.

-El supuesto «don de lenguas» -decía alegremente el obispo-, devuelve la unidad de lenguaje perdida cuando se intentó la Torre de Babel, es decir, cuando se intentó su

construcción. El día en que algún miembro de mi congregación se ponga de pie hablando valón, bueno, ese día creeré que existe el Espíritu Santo. No estoy seguro de que haya existido nunca. La concepción apostólica del Espíritu Santo se funda en la palabra hebrea *ruah*, el espíritu de Dios. Para comenzar, ese espíritu es hembra, y ella hablaba de la expectativa mesiánica. El cristianismo tomó la idea del judaísmo; y apenas la cristiandad convirtió a una cantidad suficiente de paganos -gentiles, si prefieren- abandonó el concepto, puesto que era significativo sólo para los judíos. Para los conversos griegos no tenía sentido, aunque Sócrates declaraba que poseía un *daemon*, una voz interior que lo guiaba..., un espíritu tutelar, que no debe confundirse con la palabra *demonio*, referida aun espíritu indudablemente maligno. Con frecuencia se confunden las dos palabras. ¿Hay tiempo para un cóctel?

-Aquí sólo tienen vino y cerveza -dije.

-Me gustaría hacer una llamada telefónica -dijo el obispo; se pasó la servilleta por el mentón, se puso de pie y miró a su alrededor-. ¿Hay un teléfono público aquí?

-Hay uno en la gasolinera de Chevron -respondió Jeff-. Pero si vas allá romperás otro surtidor.

-Simplemente no comprendo cómo ocurrió -dijo el obispo-. No vi ni oí nada; sólo me enteré cuando... ¿Albers? Tengo su nombre anotado. Cuando apareció en plena histeria. Tal vez eso fuera una manifestación del Espíritu Santo. Espero haber renovado el seguro. Siempre es conveniente el seguro del coche.

-No hablaba en valón -dije.

-Sí, es verdad -dijo Tim-, pero era igualmente ininteligible. Podía ser un caso de glosolalia, por lo que sé. O una prueba de que el Espíritu Santo está presente -se volvió a sentar-. ¿Esperamos algo? -me preguntó-. Estás mirando el reloj a cada momento. Sólo tengo una hora; después debo regresar al centro. La dificultad que presenta el dogma es que afecta el espíritu creativo del hombre. Whitehead -Alfred North Whitehead- nos ha dado la idea de un Dios en proceso, y es, o era, un gran hombre de ciencia. Una teología en proceso. Todo esto surge de Jakob Boehme y su deidad «no-sí», esa deidad dialéctica que precede a Hegel. Boehme fundaba esto en San Agustín. *Sic et non*, ya saben... En latín no hay una palabra específica para «sí»; supongo que «*sic*» es lo más parecido, aunque, todo considerado, «*sic*» se traduce más correctamente como «así», o «por lo tanto» o «de este modo». ¿*Quod si hoc nunc sic incipiam? Nihil est. ¿Quod si sic? Tantumdem egero. Et sic* -se detuvo, con el ceño fruncido-. *Nihil est*. En un lenguaje distributivo -el inglés es el mejor ejemplo- esto significaría literalmente «nada existe». Por supuesto, lo que quiere decir Terencio es «es nada», con «*id*», o «eso» tácito. Con todo, hay una enorme potencia en esa expresión de dos palabras, *nihil est*. Es sorprendente el poder del latín, de comprimir el sentido en el mínimo de palabras. Eso y la precisión son sus dos cualidades más admirables, y con mucho. Sin embargo, el inglés tiene un vocabulario más extenso.

-Papá -dijo Jeff-. Estamos esperando a una amiga de Angel. Te hablé de ella el otro día.

-*Non video* -respondió el obispo-. He dicho que no la veo, aunque él «la» está sobreentendido. Mira, ese hombre nos va a hacer una foto.

Fred Hill, con una cámara SLR de flash incorporado, se acercaba a nuestra mesa.

-¿Le molestaría que le tomara una foto, Su Eminencia?

-Yo podría hacer una foto de ambos -dije, poniéndome de pie-. Y luego podrá colgarla en la pared -agregué, dirigiéndome a Fred Hill.

-Me encantaría -dijo Tim.

Kirsten Lundborg llegó durante el segundo plato. Parecía triste y fatigada, y no pudo encontrar nada que le agradara en el menú. Finalmente se contentó con una copa de vino blanco; no comió nada, habló muy poco, pero fumaba un cigarrillo tras otro. En su cara había arrugas de tensión. En ese momento no lo sabíamos, pero sufría de una leve peritonitis crónica, que puede ser -y lo fue para ella muy pronto- sumamente grave. Apenas parecía consciente de nosotros. Me imaginé que había caído en una de sus periódicas depresiones; yo

no tenía idea, entonces, de que estaba físicamente enferma.

-Probablemente podrías pedir huevos pasados por agua con tostadas -dijo Jeff.

-No -Kirsten movió la cabeza-. Mi cuerpo está tratando de morir -dijo, y no agregó nada.

Nos sentimos incómodos. Supongo que ésa era la idea que ella tenía en mente. Tal vez no. El obispo Archer la miró con atención y con gran simpatía. Me pregunté si se proponía sugerir una imposición de manos. Hacen eso en la Iglesia Episcopal. La tasa de curaciones no está registrada en ninguna parte, que yo sepa... Y tanto da.

Kirsten habló sobre todo de su hijo Bill, que había sido rechazado en el ejército por motivos psicológicos. Al parecer, esto le agradaba y le dolía a la vez.

-Me asombra que tenga un hijo en edad militar -dijo Tim.

Kirsten guardó silencio un instante. Parte de la preocupación que contraía sus rasgos se disipó. Era evidente para mí que la observación de Tim la había alegrado.

En ese momento de su vida, era una mujer de belleza indudable, aunque disminuida por una perpetua severidad, tanto en su aspecto como en la impresión emocional que causaba. Yo la admiraba mucho, pero sabía que Kirsten no podía reprimir la posibilidad de lanzar observaciones crueles, un defecto que había afinado hasta el nivel de un talento. Aparentemente, la idea era que si uno es bastante inteligente, puede insultar a los demás y ellos se quedarán esperando; pero si uno es torpe y enmudece, no conseguirá nada. Todo tiene que ver con la destreza verbal. Uno es juzgado, como en los concursos, por la eficacia de las frases.

-Sólo físicamente Bill tiene esa edad -dijo Kirsten, algo más animada-. ¿Cómo era lo que decía ese cómico la otra noche, en el programa de Johnny Carson? «Mi mujer no va al cirujano plástico; quiere uno verdadero». Fui a la peluquería, por eso llegué tarde. Una vez, justamente antes de volar a Francia, me arreglaron el pelo -sonrió- y quedé como Bozo el Payaso. En París usé todo el tiempo un babushka. Le dije a todo el mundo que iba a Nôtre Dame.

-¿Qué es un babushka? -preguntó Jeff.

-Un campesino ruso -dijo el obispo Archer.

Mirándolo fijamente, Kirsten dijo:

-Es verdad. Debo haberme equivocado de palabra.

-Ha dicho la palabra correcta -agregó el obispo-. La palabra que designa una tela que envuelve la cabeza deriva...

-Oh, Cristo -exclamó Jeff.

Kirsten sonrió. Bebió un sorbo de vino blanco.

-Usted es miembro del MEF -interrogó el obispo.

-Yo *soy* el MEF -respondió Kirsten.

-Es una de las fundadoras -intervine.

-¿Sabe usted? Yo tengo convicciones firmes acerca del aborto -dijo el obispo.

-¿Sabe usted? Yo también -replicó Kirsten-. ¿Cuáles son las suyas?

-Pensamos que los no nacidos tienen derechos que no les han concedido los hombres sino Dios Todopoderoso -dijo el obispo-. El derecho a tomar una vida humana ha sido denegado a partir del Decálogo.

-Permítame una pregunta -repuso Kirsten-. ¿Cree usted que un ser humano tiene derechos después de su muerte?

-¿Cómo es eso? -preguntó el obispo.

-Puesto que usted les concede derechos antes de nacer -dijo Kirsten-, ¿por qué no después de que mueren?

-En verdad, tienen derechos después de la muerte -dijo Jeff-. Es necesaria una orden judicial para usar un cadáver, o sus órganos, de modo que...

-Estoy tratando de comer mi ternera Oscar -interrumpí previendo una discusión interminable, y luego la negativa del obispo Archer a hablar gratis para el MEF-. ¿No podríamos hablar de otra cosa?

Jeff continuó sin inmutarse:

-Conozco un tipo que trabaja en la oficina forense. Me contó que una vez fueron a la unidad de cuidados intensivos..., bueno, no recuerdo de qué hospital; de todos modos, una mujer acababa de morir, y le quitaron los ojos para un trasplante antes de que los monitores dejaran de registrar signos de vida. Me dijo que es muy corriente.

Seguimos comiendo, mientras Kirsten bebía su vino; el obispo Archer no había dejado de mirar a Kirsten con simpatía y preocupación. Pensé más tarde, no en el momento, que él había presentido su mal físico latente, algo que los demás no habíamos advertido. Quizás era a causa de su ministerio personal, pero le vi hacer eso una y otra vez; observar en alguien una necesidad que nadie advertía, a veces ni ella misma y que, si otros la advertían, se tomaban su tiempo antes de empezar a preocuparse.

-Tengo el mayor respeto por el MEF -dijo, en voz suave.

-La mayoría de la gente lo tiene -respondió Kirsten; sin embargo, parecía auténticamente complacida-. ¿La Iglesia Episcopal permite la ordenación de mujeres?

-¿...en carácter sacerdotal? Todavía no -respondió el obispo-, pero pronto será así.

-Debo suponer, entonces, que lo aprueba personalmente.

-Por supuesto -asintió él-. Me he interesado activamente por modernizar la situación de los diáconos varones y mujeres. Por ejemplo, he insistido en que tanto se debe llamar diáconos a los hombres como a las mujeres, y no permito que se use en mi diócesis el término «diaconisa». La estandarización de la formación y educación de los diáconos varones y mujeres hará posible más tarde que éstas se ordenen. Considero que esto es inevitable y me esfuerzo por conseguirlo.

-De verdad me alegra oír eso -dijo Kirsten-. Entonces, tiene usted marcadas diferencias con la Iglesia Católica -dejó su copa en la mesa-. El Papa...

-El obispo de Roma -dijo el obispo Archer-. Eso es en realidad: el obispo de Roma. La Iglesia Católica Romana; nuestra iglesia es igualmente una iglesia católica.

-¿Cree usted que ellos nunca ordenarán mujeres? -preguntó Kirsten.

-Sólo cuando haya llegado la Parusía -respondió el obispo Archer.

-¿Qué es eso? -preguntó Kirsten-. Debe usted perdonar mi ignorancia; en verdad, no tengo formación ni inclinaciones religiosas.

-Tampoco yo -repuso el obispo Archer-. Yo sólo sé que, como dice Malebranche, «No soy yo quien respira sino Dios que respira en mí». La Parusía es la Presencia de Cristo. La iglesia católica, de la cual formamos parte, respira solamente a través de la potencia viva de Cristo; él es la cabeza de la que nosotros somos el cuerpo. «La Iglesia es su cuerpo, él es la cabeza», como ha dicho Pablo. Es un concepto conocido por el mundo antiguo, que podemos comprender.

-Interesante -dijo Kirsten.

-No, es verdad -dijo el obispo-. Los asuntos intelectuales son interesantes, como también las curiosidades fácticas, como la cantidad de sal producida por una sola mina. Esto de que hablo es un tema que determina no lo que sabemos sino lo que somos. Poseemos nuestra vida a través de Jesucristo. «Él es la imagen del Dios no visto y el primer nacido de toda la creación, porque en Él se crearon todas las cosas del cielo y la tierra, todo lo visible y todo lo invisible; Tronos, Dominios, Soberanías, Poderes, todas las cosas han sido creadas a través de Él y por Él. Antes de que nada fuera creado, Él existía; y Él sostiene la unidad de todas las cosas». -la voz del obispo era baja e intensa; hablaba en tono mediano, y miraba directamente a Kirsten.

Vi a mi amiga devolver esa mirada, casi asustada, como si a la vez quisiera y no quisiera oír, temerosa y fascinada... Muchas veces oí predicar a Tim en la Grace Cathedral, y en ese momento se dirigía a ella, sola, con la misma intensidad que ponía al hablar ante las asambleas y era todo para ella.

Hubo un instante de silencio.

-Muchos sacerdotes dicen todavía «diaconisa» -dijo Jeff, y cambió de posición con

torpeza-. Cuando Tim no está cerca.

Le dije a Kirsten:

-El obispo Archer es probablemente el más firme defensor de los derechos de la mujer en la Iglesia Episcopal.

-Creo que eso he oído decir -respondió Kirsten; se volvió hacia mí y dijo serenamente-: Me pregunto..., ¿crees que...

-Con gusto hablaré para su organización -dijo el obispo-. Por eso nos hemos reunido a comer -buscó en un bolsillo de su chaqueta y sacó su agenda negra-. Anotaré su número de teléfono; le prometo que la llamaré en los próximos días. Debo consultar con el obispo asistente, Johnathan Graves, pero estoy seguro de poder encontrar tiempo para usted.

-Le daré mi número del MEF -dijo Kirsten-, y también el de mi casa. ¿Querría usted -vaciló-, decirme algo sobre el MEF, obispo?

-Tim -dijo el obispo Archer.

-No somos militantes en el sentido convencional de...

-Conozco bastante bien su organización -interrumpió el obispo Archer-. Quiero que piense en esto: «Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy». I, Corintios, capítulo trece. Como mujeres, halláis vuestro lugar en el mundo por amor, y no por animosidad. El amor no se limita a los cristianos, el amor no es sólo para la iglesia. Si queréis conquistarnos, mostrad amor y no desdén. La fe mueve montañas, el amor mueve los corazones humanos. La gente que se opone a vosotras es gente, no cosas. Vuestro enemigo no son los hombres, sino los hombres ignorantes; no confundáis a los hombres con su ignorancia. Ha llevado años; llevará todavía más. No seáis impacientes ni odiéis. ¿Qué hora es? -miró a su alrededor, bruscamente preocupado-. Aquí está -extendió su tarjeta a Kirsten-. Llámeme. Debo marcharme. Me alegro de haberla conocido.

Entonces se marchó. Comprendí repentinamente, cuando se fue, que había olvidado pagar la cuenta.

3

El obispo de California habló a las integrantes del MEF y luego a su junta directiva, a la que extrajo dos mil dólares de contribución al fondo eclesiástico para el hambre en el mundo, en realidad una suma nominal y para una causa meritoria. La noticia de que Tim se veía privadamente con Kirsten tardó cierto tiempo en filtrarse hasta nosotros, Jeff y yo. Jeff estaba sencillamente asombrado. A mí me pareció divertido.

Jeff ni siquiera encontró divertido que su padre arrancara dos mil dólares al MEF; había imaginado un discurso gratuito, y no fue así. Había previsto fricciones y mutuo desagrado entre su padre y mi amiga Kirsten, y eso tampoco había ocurrido. Jeff no comprendía a su propio padre.

Yo lo supe por Kirsten, no por Tim. La semana después del discurso de Tim recibí una llamada telefónica. Kirsten quería ir de compras conmigo a San Francisco.

Cuando una sale con un obispo, no se lo cuenta a todo el mundo en la ciudad. Kirsten pasó horas revolviendo vestidos y blusas y faldas y chaquetas, tienda tras tienda, antes de sugerir siquiera lo que estaba ocurriendo. Aseguró de antemano mi promesa de silencio por medio de juramentos más elaborados que los de los Rosacruces. Contármelo era el diez por ciento de la diversión; Kirsten postergaba la revelación, aparentemente para siempre. Ya habíamos recorrido todo el camino hasta el Marina cuando empecé a imaginar qué sugería.

-Si Jonathan Graves llega a saberlo -dijo Kirsten-, Tim tendrá que renunciar.

Ni siquiera podía recordar quién era ese Jonathan Graves...

La revelación me parecía irreal; al principio creí que estaba bromeando, y luego que tenía alucinaciones.

-El *Chronicle* lo pondría en primera plana -siguió Kirsten, en tono solemne-. Y eso, sumado al juicio por herejía...

-Jesús -dije-. ¡No puedes acostarte con un obispo!

-Ya lo hice -dijo Kirsten.

-¿A quién más se lo has dicho?

-A nadie. No sé si debes contárselo a Jeff. Lo hablamos con Tim, pero no llegamos a nada.

Nosotros, pensé. Loca destructora, pensé. Por irte a la cama arruinarías toda la vida de un hombre, un hombre que conoció al doctor King y a Bobby Kennedy y que determinaba la opinión de... Por nombrar una persona, mi opinión.

-No te enojes así -dijo Kirsten.

-¿De quién fue la idea?

-¿Por qué te enojas?

-¿Fue idea tuya?

Kirsten dijo con calma:

-Lo hablamos.

Un minuto más tarde solté la risa. Kirsten, molesta al principio, rió conmigo; estábamos en el césped junto a la costa de la bahía, abrazadas, riendo. La gente que pasaba nos miraba con curiosidad.

-¿Estuvo bien? -dije por fin-. Quiero decir, ¿cómo fue?

-Fantástico. Pero ahora él debe confesarse.

-¿Eso quiere decir que no podéis hacerlo otra vez?

-Sólo quiere decir que él tendrá que confesarse de nuevo.

-¿Y no iréis al infierno?

Kirsten respondió:

-Él sí. Yo no.

-¿Y eso te parece bien?

-¿Qué...? ¿No ir al infierno? -reía.

-Tendríamos que ser adultos con esas cosas -dije.

-Por supuesto que sí. Es indispensable que seamos adultos. Tenemos que movernos como si todo fuera normal. Esto no es normal. Bueno, no quiero decir que sea anormal en el sentido de... Tú sabes...

-De acostarse con un chivo.

-Me pregunto si hay una palabra para... hacer el amor con un obispo Episcopal. Como *bishopric*. Tim me enseñó esa palabra.

-¿*Bishop prick*? (*Bishopric*: obispado. *Bishop prick*: pene del obispo. N. del T.)

-No; *bishop-ric*. No lo pronuncias bien -teníamos que aferrarnos una a otra para no caer; no podíamos dejar de reír-. Es el lugar donde él vive, o algo así. Oh, Dios -se secó las lágrimas-. Ten cuidado de pronunciar *bishop-ric*. Es terrible. De veras nos iremos al infierno, directamente al infierno. ¿Sabes qué me dejó hacer? -Kirsten se inclinó y susurró junto a mi oído-: Me probé algunos de sus mantos y su mitra, ese sombrero como una pala. La primera mujer obispo.

-Tal vez no seas la primera.

-Me quedaba espléndido. Mejor que a él. Quiero que me veas. Tendremos un apartamento. Por Dios, no digas nada, en especial de eso, pero lo pagará con su Fondo Discrecional.

-¿Con dinero de la iglesia? -la miré fijamente.

-Oye -Kirsten pareció otra vez solemne, pero no por demasiado tiempo. Se ocultó la cara entre las manos.

-¿No es ilegal? -pregunté.

-No, no es ilegal. Por eso se llama Fondo Discrecional del Obispo; él hace lo que quiere con eso. Voy a trabajar para él, aún no lo hemos decidido, pero como una especie de

secretaria general, o una agente, para ocuparme de todos sus viajes y discursos. Sus asuntos profesionales. Y podré seguir con la organización, quiero decir con el MEF -calló un instante y luego agregó-: El problema es Bill. No se lo puedo decir porque está chiflado de nuevo. No debería decir eso. Profunda retracción autista, con deterioro de la ideación y localización ilusoria, más estados alternados de estupor catatónico y de excitación. Está en el pabellón Hoover, en Stanford. Para que le hagan el diagnóstico. En diagnósticos, son los mejores de la Costa Oeste. Para cada diagnóstico emplean cuatro psiquiatras, tres del hospital y uno de afuera.

-Lo siento -dije.

-Fue por causa del Ejército. Le angustiaba que lo incorporaran. Lo acusaron de simulación. Bueno, supongo que esas cosas ocurren. De todos modos, tenía que dejar la escuela. Hubiera tenido que dejarla igual, quiero decir. Los episodios siempre empiezan así: empieza a llorar y no quiere sacar la basura. Montones de basura y de desechos. Y no se baña. Y no sale del apartamento. Y no paga las cuentas, así le corten el gas y la electricidad. Y empieza a escribir cartas a la Casa Blanca. De esto no he hablado con Tim. Realmente, no lo he hablado nunca con mucha gente. Por eso creo que puedo mantener nuestra relación -mi relación con Tim- en secreto; porque tengo práctica en mantener las cosas en secreto. No, perdón; no empieza cuando él llora; empieza cuando no puede conducir su coche. Fobia del conductor; tiene miedo de salirse del camino. Primero en la carretera de la costa este; luego se extiende a todas las demás calles, y finalmente le asusta ir a pie hasta la tienda, y el resultado es que no puede salir a comprar comida. Pero eso no importa, porque de todos modos en ese estado ya no come -cayó en el silencio-. Una cantata de Bach habla de esto -dijo por fin, y vi que trataba de sonreír-. Es una línea de la Cantata del Café. Acerca de los problemas con los hijos. Hay cien mil miserias, o algo así. Bill la tocaba. Poca gente sabe que Bach escribió una cantata sobre el café, pero así es.

Caminábamos en silencio.

-Parecería... -dije.

-Es esquizofrenia. Lo han usado para probar cada nueva fenotiazina que aparece. Es una cosa cíclica, pero los ciclos son cada vez peores. Está más enfermo y por más tiempo. No debería hablarte de esto; no es tu problema.

-No me molesta.

Kirsten dijo:

-Quizá Tim pueda hacer una cura espiritual profunda. ¿No curaba Jesús personas enfermas de la mente?

-Envió los malos espíritus a una piara de cerdos -respondí-, y se arrojaron en montón a un precipicio.

-Parece un desperdicio -dijo Kirsten.

-Igual los podían comer.

-No, porque eran judíos. ¿Y quién comería una chuleta de cerdo con malos espíritus? No debería bromear sobre esto, pero... Hablaré con Tim. Pero no por ahora. Pienso que Bill lo heredó de mí. Yo estoy loca, sabe Dios. Estoy loca y lo enloquecí. No puedo mirar a Jeff sin ver la diferencia entre ambos; tienen más o menos la misma edad, y Jeff está tan bien plantado en la realidad...

-Yo no apostaría a eso -dije.

-Cuando Bill salga del hospital -dijo Kirsten-, me gustaría que conociera a Tim. Y a tu marido, de veras; nunca se han encontrado, ¿verdad?

-No -respondí-. Pero si piensas que Jeff puede servir como un prototipo, yo, realmente no...

-Bill tiene muy pocos amigos. Sale poco. Le he hablado de ti y de tu marido; ambos sois de su edad.

Mientras pensaba en esto, vi por el túnel del tiempo al hijo lunático de Kirsten trastornando nuestras vidas. El pensamiento me sorprendió. Estaba enteramente desprovisto de caridad y contenía una esencia de miedo. Conocía a mi marido y me conocía. Ninguno de nosotros

estaba en condiciones de ejercer la terapia amateur. Sin embargo, Kirsten era una organizadora. Organizaba a las personas para hacer cosas; cosas buenas, pero no necesariamente para su propio bien.

En ese instante tuve la intuición de que me atropellaban. En el *Mala Suerte* había visto, esencialmente, cómo el obispo Archer y Kirsten Lundborg se atropellaban en una intrincada intersección; con todo, en apariencia era una colisión beneficiosa para ambos, o eso creían. Pero ésta que se refería a su hijo Bill me parecía puramente unidireccional. No veía qué podíamos ganar nosotros.

-Avísame cuando salga -dije-. Pero me parece que Tim, por su formación profesional, sería mejor...

-Hay mucha diferencia de edad. Y está el elemento de la figura paterna.

-Quizás eso sea bueno. Puede ser lo que tu hijo necesita.

Mirándome con furia, Kirsten contestó:

-He hecho un excelente trabajo con la educación de Bill. Su padre se marchó de nuestras vidas y nunca volvió a mirar hacia atrás.

-Yo no quería decir...

-Sé lo que querías decir -Kirsten me miró; era otra, verdaderamente había cambiado, podía ver el odio en su rostro. La envejecía. Hacía que pareciera físicamente enferma. Se veía congestionada, y me sentí incómoda. Pensé entonces en los cerdos a los que Jesús había arrojado los malos espíritus, los cerdos que se habían lanzado al precipicio. Eso es lo que uno hace cuando está habitado por un mal espíritu, pensé. Ese es el signo, ese aspecto; el estigma. Quizá tu hijo lo heredó de ti.

Pero ahora la situación se había alterado. Ella era ahora la enamorada *pro tem* de mi suegro, y potencialmente su amante. No podía decirle que se fuera a la mierda. Era parte de la familia, de un modo poco ético y legítimo. Estaba unida a Kirsten. Todas las maldiciones de la familia, pensé; ninguna de las bendiciones. Y todo por mi obra. Mía había sido la idea de que conociera a Tim. Un mal karma, pensé, venido del otro lado del establo. Como solía decir mi padre.

Me sentí mal bajo el sol de la media tarde, de pie en la hierba, cerca de la bahía de San Francisco. Esta es realmente una persona salvaje y despiadada en ciertos aspectos, me dije. Se mete en la vida de un hombre famoso y respetado; tiene un hijo sicótico; está erizada de púas, como un animal. El futuro del obispo Archer depende de que un día Kirsten vuele de furia a telefonear al *Chronicle*, de que dure eternamente su buena voluntad.

-Volvamos a Berkeley -dije.

-No -Kirsten sacudió la cabeza-. Todavía debo encontrar un vestido que me pueda poner. Vine aquí de compras. La ropa es muy importante para mí. Tiene que ser así; se me ve mucho en público y espero que se me vea más ahora que estoy con Tim -aún era perceptible la furia en su cara.

Dije:

-Volveré con el BART -y me marché.

-Es una mujer muy atractiva -dijo Jeff esa noche, cuando le conté-, si se tiene en cuenta su edad.

-Kirsten se droga con pastillas -dije.

-No puedes saberlo.

-Lo sospecho. Cambia de ánimo. La he visto tomarlas. Amarillas. Tú sabes. Barbitúricos. Pastillas para dormir.

-Todo el mundo toma algo. Tú fumas marihuana.

-Pero soy cuerda -dije.

-Tal vez no lo seas cuando llegues a su edad. Es terrible lo de su hijo.

-Es terrible lo de tu padre.

-Tim puede manejarla.

-Quizá debiera hacer que la maten.

Mirándome, Jeff dijo:

-Qué extraño es que digas eso.

-Kirsten está fuera de control. ¿Y qué ocurrirá cuando Bill el Chiflado Saltarín se entere?

-Pensé que habías dicho...

-Saldrá. Cuesta miles de dólares internarse en el pabellón Hoover. Uno se queda unos cuatro días. He conocido gente que entraba por el frente y salía por la puerta trasera. Incluso con todos los recursos de la Diócesis Episcopal de California. Kirsten no puede mantenerlo allí. Cualquier día saltará en sus zapatos de canguro, con resortes, y los ojos rodando en las órbitas, y será suficiente para Tim. Primero ella hace que yo la presente a Tim; *después* me habla de su hijo el loco. Un domingo por la mañana, mientras Tim predica su sermón, este lunático se pondrá de pie de repente y Dios le concederá el don de lenguas y ése será el fin del obispo más famoso de América.

-La vida es un riesgo.

-Eso es probablemente lo que dijo el doctor King la última mañana de su vida -dije-. Ahora están todos muertos menos Tim; el doctor King está muerto, y muertos están Bobby y Jack Kennedy. Y acabo de condenar a tu padre -yo lo sabía, esa noche, mientras estaba con mi marido en nuestro pequeño living room-. Deja de bañarse; deja de sacar la basura; escribe cartas... ¿Qué más necesitas saber? Probablemente en este momento está escribiendo una carta al Papa. Sin duda los marcianos acaban de atravesar su pared y le han contado de su madre y tu padre. Cristo. Y yo lo hice -busqué a tientas, debajo del diván, la lata de cerveza donde guardo la hierba.

-No fumes. Por favor.

Te preocupas por mí, pensé, mientras la locura se apodera de los nuestros.

-Un *joint* -dije-. Medio *joint*. Una calada. O lo miraré tan sólo. O imaginaré que miro un *joint* -pesqué la lata vacía; creo que trasladé mi escondite, me dije. A un lugar más seguro. Ya lo recuerdo: en mitad de la noche, supe que los monstruos me iban a abrir en canal. Entraba la loca Margaret *de Ruddigore*, la imagen de la locura teatral, o como sea que lo dice Gilbert-. Tal vez la fumé toda -dije. Y no lo recuerdo, pensé, porque eso es lo que hace la marihuana; devora la memoria reciente. Probablemente la he fumado hace cinco minutos y ya lo he olvidado.

-Te inventas problemas -dijo Jeff-. Me gusta Kirsten. Pienso que todo irá bien. A Tim le hace falta mi madre.

A Tim le hace falta sacarse las ganas, me dije.

-Es una mujer verdaderamente retorcida -respondí-. Tuve que volver con el tren tortuga. Me llevó dos horas. Voy a hablar con tu padre.

-No lo harás.

-Sí. La responsabilidad es mía. Mi provisión de hierba está detrás del amplificador. Me voy a poner un espanto y luego telefonearé a Tim y le diré que... -vacilé y la futilidad me aplastó; me sentía a punto de llorar. Me senté y cogí un kleenex-. Maldito sea -dije-. Batir la mantequilla no es un juego propio de obispos. Si yo hubiera sabido que él era así...

-¿...batir la mantequilla? -dijo Jeff, reflexivamente.

-La patología me espanta. Siento la patología. Siento cómo personas sumamente responsables y profesionales estropean sus vidas a cambio de un cuerpo caliente, temporariamente caliente. Y ni siquiera me parece que los cuerpos se mantengan calientes, en realidad. Es natural que participes en esa clase de arreglos por tiempo limitado si te inyectas heroína y piensas en horas; pero la gente como él piensa en términos de décadas. De vidas enteras. Se encuentran en un restaurante regenteado por Fred el Hombre del Hacha, el mal augurio encarnado, el fantasma de Berkeley que viene a atraparnos a todos, y a la salida ya tienen cada uno el número de teléfono del otro y todo está resuelto. Lo único que yo quería era ayudar al movimiento de liberación femenina, pero luego todos cayeron sobre mí, incluso tú mismo. Estabas allí; viste cómo ocurría. Yo lo vi ocurrir. Yo estaba tan loca como los

demás; sugerí que Fred el agente de la brigada soviética de drogas se fotografiara junto al Obispo de la Diócesis de California... Según mi lógica, debieron ir vestidos de mujer. Lo terrible de ver llegar el desastre es mi marihuana. Jeff, mira detrás del amplificador. Está en una bolsa de Carl's Junior, blanca. ¿Quieres?

-Sí -bondadosamente, Jeff buscó detrás del amplificador-. La encontré. Cálmate.

-Puedes ver venir el desastre pero no sabes desde dónde. Está allí suspendido, como una nube. ¿Cuál era ese personaje de *Li'l Abner* al que una nube seguía a todas partes? Tú sabes; ése es el tipo de basura que el FBI quería colgarle a Martín Luther King. A Nixon le encantan esas mierdas. Tal vez Kirsten sea una agente del gobierno. Tal vez yo lo sea. Tal vez yo esté programada. Perdón por hacer de Casandra en nuestra película colectiva, pero veo la muerte. Yo creía que tu padre, Tim Archer, era una persona espiritual. ¿Acaso se zambulle...? -callé-. Esa metáfora es ofensiva. ¿Es habitual que vaya así detrás de las mujeres? Quiero decir, ¿únicamente ha ocurrido este hecho particular que yo conozco y que he montado? Recuérdame que no vaya a misa, aunque no vaya nunca. Esas manos que sostienen el cáliz, no hay forma de saber dónde...

-Ya es suficiente, Angel.

-No, tengo que estar tan loca como Bill Tornillo Flojo y Kirsten la Siniestra y Tim la Marmota Descongelada. Y Jeff el Gran Masturbador. ¿Hay ya un *joint* liado, o tendré que masticar la hierba como una vaca? No puedo liarlo yo misma ahora, mira -alcé las manos; temblaban-. Esto es un ataque del *grand mal*. Trae a alguien. Ve a la Avenida y cómprame algunos tranquilizantes. Te diré lo que va a ocurrir; la vida de alguien va a ser destruida por esto, no «esto» que estoy haciendo ahora, sino por «esto» que hice en el adecuadamente llamado *Mala Suerte*. Cuando me muera, tendré una opción; de pie en la mierda, o en la mierda cabeza abajo. Mierda es la palabra para eso que hice -yo había empezado a sollozar. Llorando, tendí la mano para alcanzar el *joint* que mi marido sostenía-. Enciéndemelo, tonto -dije-. Realmente no debo masticarlo, sería un desperdicio. Hay que masticar un montón para ponerse bien, o por lo menos eso es lo que yo necesito. Sabe Dios lo que le ocurre al resto del mundo, quizá los demás pueden ponerse como quieren de todas maneras y en cualquier momento. Cabeza abajo en la mierda y sin poder volver a fumar; eso es exactamente lo que merezco. Si hubiera podido evitar que ocurriera, si supiera alguna forma, lo haría. Tengo la maldición de la visión total. Veo y...

-¿Quieres ir al Kaiser?

-¿Al hospital? -lo miré.

-Quiero decir, estás fuera de tus casillas.

-Eso es lo que produce la visión total. Gracias -tomé el cigarrillo, qué él había encendido, y aspiré el humo. Por lo menos así ya no podía hablar. y pronto no podría saber ni pensar. Ni siquiera recordar. Pon *Sticky Fingers*, me dije. Los Stones. *Hermana Morfina*. Oír esos malditos discos me calmaba. Me habría gustado tener una mano consoladora apoyada en mi cabeza, pensé. No soy yo la que estaré muerta mañana, aunque lo merecería. Nombremos a la persona más inocente que sea posible: ésa será-. Esa puta me hizo volver a casa a pie. Desde San Francisco.

-Si viniste en el...

-Eso es a pie.

-Me gusta. Creo que es una buena amiga. Pienso que será, y que probablemente ya es, buena para papá. ¿No has pensado que estás celosa?

-¿Cómo?

-Así es. He dicho celosa. Estás celosa de esa relación. Querrías ser parte de ella. Veo tu reacción como un insulto hacia mí. Yo debería ser... nuestra relación debería ser suficiente para ti.

-Voy a dar un paseo.

-Como quieras.

-Si tuvieras ojos en la parte delantera de tu cabeza... Déjame terminar. Estaré en calma. Lo

diré con calma. Tim no sólo es una figura religiosa; habla para miles de personas dentro y fuera de la iglesia, quizá vive más fuera que dentro. ¿Comprendes? Si tropieza, todos caeremos. Todos estamos condenados. Es casi el único que queda, los demás están muertos. Y lo principal es que no es necesario. Es como si él lo hubiera decidido. Lo vio y caminó hacia delante; no esquivó ni luchó. Aceptó. ¿Crees que esto, lo que siento, se debe a que tuve que volver en el tren? Han derribado, una tras otra, a todas las figuras públicas; y ahora Tim les da las llaves, por su propia voluntad, sin pelear.

-Y tú quieres pelear. Contra mí, si es necesario.

-Te veo como un estúpido -dije-. Veo a todos como unos necios. Veo la estupidez triunfando. Esto no es algo tramado por el Pentágono. Esto es idiota. Caminar hacia ellos y decir «Aquí estoy yo...».

-Celos -dijo Jeff-. Tu motivación psicológica llena toda la casa.

-No tengo «motivación psicológica». Sólo quiero ver a alguien aquí cuando termine el tiroteo, alguien que no sea... -me callé-. No vengas más tarde a decirme que esto nos lo ha han hecho, porque no es así, y no me digas que te sorprende. Un obispo tiene un asunto con una mujer que acaba de conocer en un restaurante, es decir, un hombre que acaba de dar marcha atrás y destrozar un surtidor, alejándose luego con toda tranquilidad. Y el surtidor lo persiguió. Así funciona: aplastas el surtidor de un tipo, y él corre hasta que te alcanza. Estás en un coche y él a pie, pero te busca y de pronto allí está. Es lo mismo; hay alguien que nos persigue, y nos alcanzará. Siempre lo logra. Yo vi al tipo de la gasolinera. Estaba furioso. Iba a seguir corriendo. Nunca ceden.

-Y ves que eso ocurre ahora. A causa de una de tus mejores amigas.

-Son las peores.

Sonriendo, Jeff dijo:

-Conozco la historia. Es un cuento de W. C. Fields. Hay un director...

-Y ella ya no corre más tras él -dije-. Lo ha alcanzado. Han alquilado un apartamento. Lo único que se necesita es una vecina curiosa. ¿Y ese obispo de cuello rojo que persigue a Tim por herejía? ¿Qué haría con esto? Si alguien te acusa de herejía, ¿te acuestas con la primera loca con quien sales a comer? ¿Y buscas luego un apartamento? Mira -caminé hacia mi marido-. ¿Qué haces después de ser obispo? ¿Ya está cansado de eso Tim? Se ha cansado de todo lo demás que ha hecho. Hasta se cansó de ser alcohólico; es el único borracho perdido que se ha vuelto abstemio por aburrimiento, después de un breve período de reflexión. La gente generalmente desea su propio infortunio. Veo que nosotros lo hacemos ahora. Veo cómo él se aburre y dice subconscientemente: «Qué diablos, es una lata ponerse esta ropa absurda todos los días; despertemos alguna miseria humana y veamos qué pasa después».

Riendo, Jeff respondió:

-¿Sabes qué? ¿...a quién me recuerdas? A la bruja de *Dido y Eneas* de Purcell.

-¿Por qué?

-«Como funestos cuervos plañideros, golpea las ventanas de los agonizantes». Lo siento, pero...

-Tonto intelectual de Berkeley -dije-. ¿Qué mundo idiota habitas? Espero que no el mismo que yo... Citar viejos poemas, eso es lo que nos ha perdido. Reaparecerán cuando excaven nuestros huesos. Tu padre citaba la Biblia en el restaurante del mismo modo que tú. Tendrías que pegarme, o yo a ti. Me alegraré cuando se acabe la civilización. La gente balbucea trocitos de libros. Pon *Sticky Fingers*, pon *Hermana Morfina*. En este momento, no puedo hacerme cargo del estéreo. Hazlo por mí. Gracias por el *joint*.

-Cuando te hayas serenado...

-Cuando tú hayas despertado -dije-, ya no habrá nada.

Jeff se inclinó para buscar el disco que yo deseaba oír. No dijo nada. Finalmente se había enojado. Pero equivocándose de persona, pensé, una moneda menos y un día más. Se había enojado conmigo. Éramos destruidos por nuestros gigantescos intelectos, por razonar y meditar sin hacer nada. El gobierno de los imbéciles. Nos peleamos por tonterías. La

hechicera de *Dido*, tiene razón. «*Tu mano, Belinda, la oscuridad me cubre; deja que descanse sobre tu pecho; querría más, pero la muerte me invade*». ¿Y qué más decía? «*Ahora la muerte es una invitada bienvenida*». Mierda, pensé. Es significativo, él tiene razón. Toda la razón.

Jeff manipuló el estéreo y puso el disco de los Stones.

La música me tranquilizó. Un poco. Pero aún lloraba, pensando en Tim. Y todo porque son estúpidos. No era más que eso. Y eso era lo peor, que fuera tan sencillo. Que no hubiera nada más.

Pocos días más tarde, después de pensarlo y decidirme, llamé por teléfono a la Grace Cathedral y me dieron hora para ver a Tim. Me recibió en su despacho, que era grande y hermoso, en una construcción separada de la catedral. Después de saludarme con un abrazo y un beso, me mostró dos antiguas vasijas de arcilla que, explicó, habían sido usadas como lámparas de aceite en el Oriente Cercano más de cuatro mil años atrás. Mientras miraba cómo las sostenía me asaltó la idea de que esas lámparas probablemente, y en realidad sin duda alguna, no eran suyas; pertenecían a la Diócesis. Me pregunté cuánto valdrían. Era asombroso que hubieran sobrevivido tantos años.

-Eres muy amable al concederme una parte de tu tiempo. Yo sé que estás muy ocupado -dije.

La expresión del rostro de Tim me dijo que sabía por qué estaba yo en su despacho. Asintió, ausente, como si en verdad me diera su atención en la menor medida posible. Yo lo había visto varias veces afinado en ese tono de ausencia: una parte de su cerebro escuchaba, pero la mayor parte se había cerrado.

Cuando terminé de pronunciar mi pequeño discurso preparado, Tim dijo gravemente:

-Pablo, como sabes, había sido fariseo. Para los fariseos era importantísima la observancia estricta de las minucias de la Ley, la Tora. Esto implicaba en particular la pureza ritual. Pero más tarde, después de su conversión, no vio ya la salvación en la Ley sino en el *zadiqah*, que es el estado de autenticidad otorgado por Cristo. Quiero que te sientes aquí, a mi lado -dijo, con un gesto, abriendo una Biblia muy grande, encuadernada en cuero-. ¿Conoces bien Romanos, de cuatro a ocho?

-No -respondí. Pero me senté a su lado. Veía venir la conferencia, el sermón. Tim me encontraba preparada.

-Romanos cinco establece la premisa básica de Pablo, que nos salvamos por la gracia y no por los hechos -leyó en la Biblia que tenía abierta en su regazo-: «Habiendo, pues, recibido de la fe nuestra justificación, estamos en paz con Dios por nuestro señor Jesucristo» -alzó la vista, su mirada era aguda y penetrante; éste era Timothy Archer el abogado-, «por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios». Veamos -bajó los dedos sobre la página, moviendo los labios-. «Si por el delito de uno murieron todos, ¡cuánto más la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, se han desbordado sobre todos!» -buscó más adelante, pasando las páginas-. Ah, sí..., aquí, mira: «Mas al presente, hemos quedado emancipados de la ley, muertos a aquello que nos tenía aprisionados, de modo que sirvamos con un espíritu nuevo y no con la letra vieja» -nuevamente avanzó-. «Por consiguiente, ninguna condenación pesa ya sobre los que están con Cristo Jesús. Porque la ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte» -me miró-. Esto es el corazón de la percepción de Pablo. Lo que quiere decir «pecado», en realidad, es hostilidad hacia Dios. Literalmente significa «no dar en el blanco», como si, por ejemplo, arrojaras una flecha muy alto, muy bajo o muy débil. Lo que necesita la humanidad, lo que se necesita, es virtud. Sólo Dios la tiene, y sólo Dios la puede dar a los hombres..., quiero decir a los hombres y las mujeres.

-Comprendo -dije.

-La idea de Pablo es que la fe, *pistis*, tiene el poder, el poder absoluto, de matar el pecado. De aquí proviene la libertad de la Ley; no es necesario creer que uno se salva siguiendo algún

código formal estipulado, un código ético, como se dice. Pablo se rebela contra esa idea de que uno se salva siguiendo un código ético muy complejo e intrincado; ésa era la posición de los fariseos, y él se había rebelado contra ella. Y éste es el tema central del cristianismo, de la fe en Nuestro Señor Jesucristo: virtud mediante la gracia, y gracia mediante la fe. Te leeré...

-Sí -interrumpí-, pero la Biblia dice que no se debe cometer adulterio.

Tim dijo instantáneamente:

-Adulterio es infidelidad sexual de una persona casada. Yo ya no estoy casado; Kirsten ya no está casada.

-Oh -dije, asintiendo.

-El Séptimo Mandamiento. Acerca de la santidad del matrimonio -Tim dejó su Biblia y atravesó la habitación hacia los vastos anaqueles; tomó un volumen de lomo azul. Mientras regresaba, la abrió y buscó entre sus páginas- citaré la que ha dicho el doctor Hertz, el supremo rabino del Imperio Británico. En relación con el Séptimo Mandamiento. Éxodo, veinte trece. «Adulterio. Es una execrable mala acción, detestada por Dios. Este Mandamiento contra la infidelidad advierte tanto al esposo como a la esposa contra la profanación del sagrado pacto del matrimonio» -leyó algo más en silencio y luego cerró el libro-. Creo, Angel, que tienes bastante sentido común para comprender que Kirsten y yo somos...

-Pero es peligroso -dije.

-Conducir por el puente Golden Gate es peligroso. ¿Sabes que la compañía Yellow Cabs prohíbe a sus taxis (la compañía, no la policía) ir por el carril rápido del Golden Gate, ese carril que llaman «del suicidio»? Si sorprenden allí a uno de sus conductores lo despiden. Pero la gente conduce constantemente por el carril rápido del Golden Gate. Quizá sea una analogía pobre.

-No, es buena -dije.

-¿Conduces tú por el carril rápido del Golden Gate?

Después de una pausa respondí:

-A veces.

-¿Qué te parecería si te pidiera que te sentaras y empezara a darte consejos al respecto? ¿No pensarías que te trato como a una niña, y no una adulta? ¿Comprendes lo que te digo? Cuando un adulto hace algo que no apruebas, discutes con él. Yo estoy dispuesto a discutir contigo sobre mi relación con Kirsten porque eres mi nuera; pero sobre todo porque eres alguien a quien conozco y quiero. Y aquí llegamos a la palabra principal, la clave del pensamiento de Pablo. *Agape* en griego. Traducida al latín es *caritas*, de donde viene la palabra inglesa *caring*, cuidar de alguien o preocuparse por él. Así como tú te preocupas por mí ahora, por mí y por tu amiga Kirsten. Te preocupas por nosotros.

-Es verdad -dije-. Por eso estoy aquí.

-Entonces, para ti, cuidar es importante.

-Sí -dije-. Evidentemente.

-Puedes llamarlo *agape* o *caritas* o amor o preocuparse por alguien; pero comoquiera que digas..., te leeré de Pablo -el obispo Archer volvió a abrir su gran Biblia; pasó velozmente las páginas, exactamente sabedor de lo que buscaba-. Primera carta a los Corintios, capítulo trece: «Aunque tuviera el don de la profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia...».

-Sí, lo citabas en el *Mala Suerte* -interrumpí.

-Y lo haré de nuevo -su voz era vivaz-. «Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha». Y escucha esto: «La caridad no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo parcial. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre dejé todas las cosas de niño».

Entonces sonó el teléfono en su gran escritorio. Fastidiado, el obispo Archer dejó a un lado la Biblia abierta.

-Perdóname -fue a atender el teléfono.

Librodot

Mientras esperaba a que terminara, miré el pasaje que estaba leyendo. Era familiar para mí, pero en la traducción del rey Jaime. Esta era la Biblia de Jerusalén. Nunca la había visto antes. Seguí leyendo a partir del punto donde él había llegado.

Concluida su conversación telefónica, el obispo Archer volvió.

-Debo marcharme. Un obispo africano me espera; acaba de llegar aquí desde el aeropuerto.

-Dice -puse el dedo sobre el pasaje de la gran Biblia- que sólo vemos en un espejo oscuro.

-Y también dice: «Subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas es la caridad». Yo señalaría que esto resume el *kerygma* de Nuestro Señor.

-¿Y si Kirsten se lo dice a alguien?

-Podemos contar con que sea discreta, me parece -ya estaba en la puerta de su despacho.

Reflexivamente, me puse de pie y avancé hacia él.

-Me lo ha dicho a mí.

-Eres la mujer de mi hijo.

-Sí, bueno...

-Lamento tener que salir así -el obispo Archer cerró la puerta de su despacho-. Mi bendición -me besó en la frente-. Queremos que vengas cuando estemos instalados. Hoy Kirsten ha encontrado un apartamento en el Tenderloin. No lo he visto. Dejo que ella se ocupe -y se marchó, dejándome ahí, de pie.

Me había sorprendido con una minucia técnica, comprendí. Yo había confundido adulterio con fornicación. Había olvidado que él era un abogado. Había entrado en su gran despacho con algo que decir, y no lo había dicho. Entré inteligente y salí estúpida, sin nada entre medio.

Tal vez, si no fumara marihuana podría discutir mejor. Él ganaba; yo perdía. No. Él perdía y yo perdía, los dos perdíamos. Mierda.

Yo no había dicho en ningún momento que el amor fuera malo. No había hablado del *agape*. Ese no era el punto, el jodido punto. El punto es que no te sorprendan. El punto es atornillar los pies al suelo, ese suelo que llamamos la realidad.

Mientras me dirigía a la calle, pensé: estoy juzgando a uno de los hombres de mayor éxito en el mundo. Jamás seré conocida como él es conocido; nunca tendré influencia sobre la opinión. No quité de mi pecho la cruz, como hizo Tim, por todo el tiempo que durara la Guerra de Vietnam. ¿Quién mierda soy yo?

4

No mucho después, Jeff y yo fuimos invitados a visitar al obispo de California y a su amante en su escondite de Tenderloin. Era, como vimos, una especie de fiesta. Kirsten había preparado canapés y hors d'oeuvres; llegaba a nosotros el olor de la comida que se cocinaba... Tim me pidió que lo llevara a comprar vino en una tienda cercana; lo habían olvidado. Elegí el vino. Mientras yo pagaba, Tim miraba el vacío, como abstraído. Supongo que cuando uno ha sido miembro de Alcohólicos Anónimos aprende a desaparecer en las tiendas de licores.

De vuelta en el apartamento, encontré en el botiquín del cuarto de baño un frasco de Dexamil, inmenso, del tamaño recomendado cuando uno parte en un largo viaje. ¿Kirsten tomando *speed*? [Literalmente, «velocidad». Además, cualquier compuesto basado en anfetaminas. N. del T.]

Sin hacer ruido, tomé el frasco. En el marbete estaba el nombre del obispo. Mira, pensé; deja la bebida y pasa al *speed*. ¿No deberían tenerlo en cuenta los AA? Descargué la cisterna, para hacer algo de ruido, y mientras el agua gorgoteaba abrí el frasco y metí en mi bolsillo unas pocas tabletas de Dex. Esto es algo que se hace automáticamente cuando se vive en Berkeley; a nadie le asombra. Por otra parte, nadie, en Berkeley, deja sus drogas en el cuarto de baño.

Luego los cuatro estábamos tranquilamente sentados en el modesto living. Todos con una copa menos Tim, que llevaba una camisa roja y pantalones de planchado permanente. No

Librodot

parecía un obispo. Parecía el amante de Kirsten Lundborg.

-Es un lugar muy bonito -dije.

Mientras regresábamos de la tienda, Tim había hablado de los detectives privados y del modo en que investigan. Se meten en la casa cuando uno se marcha y revisan todos los cajones. Para saber si esto ocurre, se pega un cabello a cada puerta exterior. Creo que Tim lo había visto en una película.

-Si vuelves y descubres que el cabello está roto o ha desaparecido -me informó cuando caminábamos desde el coche hasta el apartamento-, sabes que te vigilan.

Luego contó la historia del FBI con el doctor King. Era una historia que todo el mundo conocía en Berkeley. Escuché cortésmente.

Esa noche, en el living room de su escondite, oí hablar por primera vez de los Documentos Zadokitas. Por supuesto, ahora se puede comprar la traducción de Patton, Myers y Abré, completa, editada por Doubleday Anchor, con la introducción de Helen James, que trata del misticismo, compara y discrimina entre los zadokitas y los hombres de Qumran, que eran presumiblemente esenios, aunque esto no está, en realidad, establecido.

-Pienso -dijo Tim- que esto puede ser incluso más importante que la Biblioteca de Nag Hammadi. Ya sabemos bastante acerca del gnosticismo, pero nada de los zadokitas, aparte de que eran judíos.

-¿Cuál es la fecha aproximada de los rollos zadokitas? -preguntó Jeff.

-Según los primeros cálculos, unos doscientos años antes de la era cristiana -respondió Tim.

-Entonces pudieron haber influido en Jesús...

-No es probable -dijo Tim-. Volaré a Londres en marzo; allí tendré la oportunidad de hablar con los traductores. Me habría gustado que John AIlegro hubiera participado, pero no fue así.

Habló un rato acerca del trabajo de AIlegro con los rollos de Qumran, los llamados Rollos del Mar Muerto.

-¿No sería interesante -dijo Kirsten-, si... en los -vaciló- Documentos Zadokitas hubiera algún material cristiano?

-Después de todo, el cristianismo se funda en el judaísmo -dijo Tim.

-Quiero decir, expresiones específicas atribuidas a Jesús -dijo Kirsten.

-Según la tradición rabínica, no hay una ruptura clara -dijo Tim-. Hillel expresa algunas ideas que consideramos básicas en el Nuevo Testamento. Y, por supuesto, Mateo entendía todo lo que Jesús hacía y decía como el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento. Mateo escribía a y para judíos y, especialmente, como un judío. Jesús completa el plan de Dios, establecido en el Antiguo Testamento. En esa época no se usaba la expresión «cristiandad». En general, los cristianos apostólicos hablaban simplemente del «camino» y destacaban así su carácter natural y universal -después de una pausa, agregó-: Y también se encuentra la expresión «la palabra del Señor». Aparece en Hechos, seis. «La palabra del Señor iba creciendo; en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de los discípulos».

-¿De dónde deriva «zadokita»?

-De Zadok, un sacerdote de Israel en los tiempos de David -respondió Tim-. Fundó una casa sacerdotal, los zadokitas. Pertenecían a la casa de Eleazar. Se menciona a Zadok en los rollos de Qumran. Déjame ver -se levantó y buscó un libro en un embalaje todavía sin abrir-. Crónicas, Primero, capítulo veinticuatro. «También éstos entraron en suerte de la misma manera que sus hermanos, los hijos de Aarón, en presencia del rey David: Zadok...». Aquí está citado -Tim cerró el libro. Era otra Biblia.

-Supongo que ahora sabremos mucho más -dijo Jeff.

-Sí, espero que así sea -respondió Tim-. Cuando vaya a Londres -como era su costumbre, cambió bruscamente sus marchas mentales-. He encargado una misa en tiempo de rock para esta Navidad, en la Grace Cathedral -me miró fijamente y preguntó-: ¿Qué opinión tienes acerca de Frank Zappa?

Librodot

No pude contestar.

-Haríamos un registro de todo el servicio -continuó Tim-, para editarlo en forma de álbum. También me han recomendado a Captain Beefheart. Y había otros nombres. ¿Dónde podría conseguir un álbum de Frank Zappa para oírlo?

-En una tienda de discos -dijo Jeff.

-Frank Zappa, ¿es negro?

-No veo que eso tenga importancia -dijo Kirsten-. Me parece el prejuicio inverso.

Tim dijo:

-Sólo preguntaba por curiosidad. No sé nada de todo eso. ¿Alguno de ustedes sabe algo de Marc Bolan?

-Está muerto -respondí-. Estás hablando del *Tyrannosaurus rex*.

-¿Ha muerto Marc Bolan? -preguntó Jeff; parecía muy sorprendido.

-Tal vez me equivoque -dije-. Te sugiero a Ray Davies. Escribe los temas de los Kinks. Es muy bueno.

-¿Querrías ocuparte de eso por mí? -dijo Tim, dirigiéndose tanto a Jeff como a mí.

-No sabría cómo -respondí.

-Yo me ocuparé -dijo tranquilamente Kirsten.

-Podrías conseguir a Paul Kantner y a Gracie Slick -dije-. Viven aquí en Bolinas, en el Condado de Marin.

-Lo sé -dijo Kirsten, asintiendo plácidamente, con un aire de absoluta certeza.

Mierda, pensé. Ni siquiera sabes de quién estoy hablando. Ya has tomado las riendas, sólo por estar establecida en este apartamento. Que no es una maravilla.

-Me gustaría que Janis Joplin cantara en Grace -dijo Tim.

-Murió en 1970 -dije.

-Entonces, ¿a quién recomendarías en su lugar? -preguntó Tim. Aguardó con expectativa.

-En lugar de Janis Joplin -dije-. En lugar de Janis Joplin. Tendré que pensarlo mejor. Realmente no tengo ningún nombre en la cabeza. Llevará algún tiempo.

Kirsten me miró con una mezcla de expresiones. Predominaba la reprobación.

-Ella intenta decir, me parece -dijo Kirsten-, que nadie podrá tomar ni tomará nunca el lugar de la Joplin.

-¿Dónde podría conseguir alguno de sus discos?

-En una tienda de discos -dijo Jeff.

-¿Lo harás tú? -preguntó su padre.

-Jeff y yo tenemos todos sus discos -dije-. No son tantos. Los traeremos.

-Ralph McTell -dijo Kirsten.

-Quiero que tomen nota de todas estas sugerencias -dijo Tim-. Una misa en rock en la Grace Cathedral atraerá bastante la atención.

Pensé: no existe nadie llamado Ralph McTell. Desde el lado opuesto de la habitación Kirsten me sonreía. Era una sonrisa complicada. Parecía triunfante, pero yo no sabía de qué modo.

-Está en la solapa de los discos Paramount -dijo Kirsten; su sonrisa crecía.

-Realmente querría haber tenido a Janis Joplin -dijo Tim, en parte para sus adentros; parecía desconcertado-. Oí algo de ella esta mañana, quizá no fue ella quien lo escribió, en la radio del coche. Es negra, ¿verdad?

-Es blanca -dijo Jeff-, y está muerta.

-Espero que alguien tome nota de esto -dijo Tim.

El vínculo emocional de mi marido con Kirsten Lundborg no empezó en un momento particular de un día determinado, al menos por lo que puedo saber. Inicialmente, sostenía que era buena para el obispo; poseía suficiente realismo práctico para retener a ambos anclados, en lugar de flotar incesantemente a la deriva. Es necesario, cuando se evalúan estas cosas, distinguir entre la propia conciencia y aquello que se tiene consciente. Puedo decir cuándo lo

Librodot

advertí, pero esto es todo.

Si se tenía en cuenta su edad, Kirsten lograba emitir todavía una cantidad aceptable de ondas sexualmente estimulantes. Así es como la veía Jeff. Desde mi punto de vista seguía siendo una amiga de mayor edad, que ahora, en virtud de su relación con el obispo Archer, me superaba en rango. No me interesa el grado de provocación erótica de una mujer; no me inclino en ambas direcciones, y tampoco es para mí una amenaza. Salvo, naturalmente, si mi propio marido está implicado. Pero entonces el problema es con él.

Mientras yo trabajaba en el estudio jurídico y cerería, ocupándome de que los traficantes de drogas salieran de dificultades con igual rapidez que se metían en ellas, Jeff atareaba su cabeza con una serie de cursos de extensión de la Universidad de California. En California del Norte no habíamos llegado aún hasta el extremo de ofrecer seminarios para la composición de los propios mantras; eso pertenecía al Sur, plenamente despreciado por todo el mundo en la Zona de la Bahía. Jeff había emprendido un proyecto serio: rastrear los males de la Europa moderna a partir de la Guerra de los Treinta Años, que había devastado Alemania (*circa* 1648), provocado el colapso del Sacro Imperio Romano y determinado el nacimiento del nazismo y el Tercer Reich de Hitler. Aparte de los cursos vinculados con esto, Jeff tenía ahora una teoría propia acerca de la raíz del problema. Después de leer la *Trilogía de Wallenstein* de Schiller, Jeff había saltado a la intuición de que si el gran general no se hubiese dedicado a la astrología, la causa imperial habría triunfado, con la consecuencia de que la Segunda Guerra Mundial no se habría producido.

La tercera obra de la trilogía de Schiller, *La muerte de Wallenstein*, afectó profundamente a mi marido. Consideraba que era una obra no inferior a cualquiera de Shakespeare y bastante mejor que la mayoría. Además, nadie la había leído (por lo que él sabía) aparte de él mismo. Para Jeff, Wallenstein era uno de los enigmas decisivos de la historia occidental. Jeff había observado que Hitler, como Wallenstein, confiaba en el ocultismo y no en la razón en los momentos de crisis. Según sus puntos de vista, todo esto configuraba algo significativo, aunque no podía imaginar qué era exactamente. Hitler y Wallenstein tenían tantos rasgos en común -sostenía Jeff- que su parecido bordeaba lo increíble. Ambos eran generales extraordinarios, aunque excéntricos; ambos habían destrozado Alemania por completo. Jeff esperaba poder escribir un estudio de las coincidencias, extrayendo de la documentación la conclusión de que el abandono del cristianismo por el ocultismo había abierto las puertas a la ruina universal. Jesús y Simón el Mago eran para Jeff polos opuestos, distintos y absolutos.

Nada habría podido importarme menos.

Ya se ve lo que hace de una persona el estudiar y estudiar sin fin. Mientras yo trabajaba como una esclava en el estudio jurídico y cerería, Jeff leía todo lo que contenía la Biblioteca de Berkeley acerca de, por ejemplo, la batalla de Lützen (16 de noviembre de 1632), ocasión y momento en que se decidió el destino de Wallenstein. Gustavo Adolfo II, rey de Suecia, murió en Lützen; pero los suecos vencieron de todos modos.

El significado real de esa victoria era, por supuesto, que en ningún otro momento las potencias católicas volverían a tener la posibilidad de aplastar la causa protestante. Sin embargo, Jeff veía todo esto en función de Wallenstein. Leía y releía la trilogía de Schiller e intentaba reconstruir a partir de ella, y de otros estudios históricos más apropiados, el momento exacto en que Wallenstein había perdido el contacto con la realidad.

-Es como el caso de Hitler -me decía Jeff-. ¿Puedes decir que estaba loco todo el tiempo? ¿Puedes decir que estaba verdaderamente loco? y si lo estuvo, aunque no siempre, ¿cuándo se volvió loco y qué lo enloqueció? ¿Por qué razón un hombre de éxito que posee de verdad una asombrosa cantidad de poder, poder para decidir la historia humana, cae en semejante desvarío? Está bien; probablemente la razón estaba en su esquizofrenia paranoide y en las inyecciones que le aplicaba ese falso médico. Pero en el caso de Wallenstein no se daba ninguno de esos factores.

Kirsten, que era noruega, demostró interés y simpatía por los estudios de Jeff sobre la campaña de Gustavo Adolfo en Europa central. Entre un chiste sueco y otro, reveló gran

Librodot

orgullo por el papel desempeñado por el gran rey protestante en la Guerra de los Treinta Años. Y sabía algo acerca de esto; yo nada. Kirsten y Jeff estaban de acuerdo en que la Guerra de los Treinta Años había sido, hasta la Primera Guerra Mundial, la más tremenda desde el saqueo de Roma por los hunos. Alemania había sido reducida al canibalismo. Los soldados de ambos bandos acostumbraban atravesar los cuerpos con lanzas y asarlos. Las obras de referencia de Jeff sugerían incluso abominaciones tan terribles que no se podían exponer en detalle. Todo lo que estaba relacionado en tiempo y lugar con ese período era terrible.

-Todavía hoy -decía Jeff- estamos pagando el precio de esa guerra.

-Sí, supongo que fue realmente espantosa -dije, mientras leía el último número de *Howard the Duck* sentada, sola, en un ángulo de nuestro living room.

-No parece que te interese mucho -dijo Jeff.

Alcé la vista y contesté;

-Me canso de pagar fianzas a traficantes de heroína. Me envían siempre a mí. Lamento no poder tomar la Guerra de los Treinta Años tan seriamente como Kirsten o tú.

-Todo gira en tomo a la Guerra de los Treinta Años. Y la Guerra de los Treinta Años gira en torno de Wallenstein.

-¿Qué harás cuando se vayan a Inglaterra...? Tu padre y Kirsten.

Me miró fijamente.

-Ella también irá. Me lo ha dicho -informé-. Tiene un arreglo con esa agencia, Focus Center. Ella es la representante de él, o algo por el estilo.

-Jesús -dijo amargamente Jeff.

Seguí leyendo *Howard the Duck*. Era el episodio en que la gente del espacio convierte a Howard en Richard Nixon. Recíprocamente, a Nixon le salen plumas mientras se dirige a la nación por toda la red de televisión, y también se cubren de plumas los generales del Pentágono.

-¿Cuánto tiempo estarán? -preguntó Jeff.

-Hasta que Tim descubra el significado de los Documentos Zadokitas y su relación con la cristiandad.

-Mierda -dijo Jeff.

-¿Qué es «Q»? -pregunté.

-«Q» -repitió Jeff.

-Tim dice que los primeros informes, basados en la traducción fragmentaria de algunos documentos...

-«Q» es la fuente hipotética de los sinópticos -su voz era áspera y brutal.

-¿Qué son los sinópticos?

-Los tres primeros Evangelios. Mateo, Marcos y Lucas. Según se supone, provienen de una misma fuente, probablemente aramea. Nadie ha podido probarlo nunca.

-Bueno -dije-, Tim me dijo por teléfono la otra noche, mientras estabas en clase, que los traductores de Londres creen que los Documentos Zadokitas contienen, no precisamente «Q» sino el material en que «Q» se basa. No están seguros. Nunca he visto tan excitado a Tim.

-Pero los Documentos Zadokitas son doscientos años anteriores a Cristo.

-Probablemente por eso está tan excitado.

-Quiero ir -dijo Jeff.

-No puedes.

-¿Por qué? -alzó la voz-. ¿Por qué no puedo ir yo y ella sí? ¡Soy su hijo!

-Está agotando el Fondo Discrecional del Obispo. Se van a quedar varios meses; costará un montón.

Jeff salió del living. Yo seguí leyendo. Un rato más tarde, advertí conscientemente un sonido extraño; bajé el ejemplar de *Howard the Duck* y presté atención.

Solo en la cocina, a oscuras, mi marido lloraba.

Una de las versiones más extrañas y desconcertantes que leí acerca del suicidio de mi marido decía que él, Jeff Archer, hijo del obispo Timothy Archer, se había dado muerte por miedo a ser homosexual. En cierto libro escrito unos años después de su muerte -después de que murieran los tres- se mutilaba tan cuidadosamente los hechos que, cuando uno terminaba de leerlo (no recuerdo siquiera su título ni quién lo escribió) sabía menos de Jeff, del obispo Archer y de Kirsten Lundborg que antes de comenzar. Como ocurre en teoría de la información, el ruido expulsaba a la señal. Pero como el ruido estaba disfrazado de señal, no se lo reconocía como ruido. Las agencias de inteligencia llaman a esto desinformación, y el bloque soviético lo emplea a fondo. Si se puede poner en circulación suficiente desinformación, se puede abolir el contacto con la realidad de todo el mundo, y probablemente también el propio.

Jeff tenía, acerca de la amante de su padre, dos actitudes mutuamente excluyentes. Por una parte ella lo estimulaba sexualmente, y él se sentía fuerte -y perversamente- atraído. Por otra parte, sentía odio, resentimiento y rechazo hacia ella, que lo reemplazaba -o eso suponía- en el interés y el afecto de Tim.

Pero ni siquiera esto era todo..., aunque no pude discernir el resto hasta que pasaron los años. Aparte de sus celos de Kirsten, estaba inmensamente celoso de... bueno, Jeff tenía todo enredado; yo no lo puedo desenredar. Conviene recordar los problemas específicos del hijo de un hombre cuya foto se ve en la portada de *Time* y *Newsweek*, que aparece en el programa de Johnny Carson y es entrevistado por David Frost, y a quien se refieren los dibujos de los humoristas políticos de los principales periódicos. ¿Qué puede hacer, en nombre de Cristo, el hijo de un hombre así?

Jeff se reunió con ellos en Inglaterra durante una semana, y poco sé de esa semana; regresó mudo y abstraído, y luego se dirigió a una habitación de hotel donde se disparó un tiro en la cara una noche, muy tarde. No hablaré de mis sentimientos acerca de esa forma de matarse. Eso trajo al obispo de regreso en cuestión de horas, y en cierto sentido, eso es lo que se proponía el suicidio.

También tenía que ver, de un modo muy real, con Q o con la fuente de Q, que los periódicos llamaban ahora U.Q. Es decir, la expresión alemana *Ur-Quelle*: fuente original. Más allá de Q estaba la *Ur-Quelle*; lo que había llevado a Timothy Archer a pasar varios meses en un hotel de Londres con su amante, que pasaba a la vista de todos por su agente y su secretaria general.

Nadie en el mundo había esperado que aparecieran los documentos en que se basaba Q; nadie sabía que existía la U.Q. Como yo no soy cristiana -ni lo seré jamás, después de la muerte de las personas que he amado- esto no tiene ni tuvo particular interés para mí; pero supongo que posee relevancia teológica, en especial porque la fecha asignada a la U.Q. es doscientos años anterior a la época de Jesús.

5

Lo que más recuerdo, de los primeros artículos de los periódicos; con las primeras sospechas que tuvimos, que todos teníamos aparte de los traductores, de que éste era un hallazgo aún más importante que el de los Rollos del Mar Muerto, es cierta palabra hebrea. Aparecía escrita de dos maneras: a veces *anokhi*, otras *anochi*.

La palabra aparece en el Éxodo, capítulo veinte, versículo dos. Es una parte muy conmovedora e importante de la Torah porque Dios mismo habla, y dice:

> *Yo, Yahvé, soy tu Dios,*
> *que te he sacado del país de Egipto,*
> *de la casa de la servidumbre.*

Librodot

En hebreo, la primera palabra es anokhi o anochi, y significa «Yo» en el caso de «Yo soy tu Dios». Jeff me mostró el comentario oficial judío sobre esta parte de la Torah:

> «El Dios adorado por el judaísmo no es una fuerza impersonal, un ello, tanto si se habla de él como de la «Naturaleza» o como de la «Razón del mundo». El Dios de Israel no sólo es la fuente de poder y de vida, sino también de la conciencia, la personalidad, el propósito moral y la acción ética».

Incluso a mí, una no-cristiana -quizá debería decir una no-judía- me sacudía; ese texto me tocó y me cambió, y ahora no soy la misma. Lo que se expresa allí, me explicó Jeff, con esa palabra única, que es una letra del alfabeto inglés, es la autoconciencia de Dios:

> «Así como el hombre descuella sobre todas las demás criaturas por su voluntad y su acción consciente, Dios gobierna sobre el todo como la única Mente y Voluntad completamente autoconsciente. Tanto en el reino visible como en el invisible, Él se manifiesta como la personalidad moral y espiritual absolutamente libre que otorga a todas las cosas su existencia, forma y finalidad».

Samuel M. Cohon, citando a Kaufmann Kohler, ha escrito esto. Otro autor judío, Hermann Cohen, dice:

> «Dios le respondió de este modo: «Soy el que soy. Así dirás a los hijos de Israel: *Yo soy* me ha enviado a vosotros». Probablemente no hay en la historia del espíritu mayor milagro que el revelado en este versículo. Porque aquí emerge un lenguaje primigenio que aún carece de toda filosofía, y pronuncia con dificultad la palabra más profunda de toda la filosofía. El nombre de Dios es «Yo soy el que soy». Esto significa que Dios es el Ser; que Dios es el Yo, el cual designa al Existente».

Y esto es lo que apareció en el *wadi* de Israel, venido desde 200 años antes de Cristo; en un *wadi* situado no lejos de Qumran. Esa palabra está en el corazón de los Documentos Zadokitas; todo erudito en hebreo la conoce y todos los cristianos y judíos deberían conocerla; pero en ese *wadi* la palabra *anokhi* se usaba de una manera diferente, en que no la había visto usada anteriormente ninguna persona viva. Y por eso Tim y Kirsten se quedaron en Londres el doble del tiempo previsto; porque se había encontrado el corazón mismo de algo, el corazón del Decálogo, como si el Señor hubiese dejado huellas autógrafas, es decir, de su propia mano.

Mientras se desarrollaban estos descubrimientos, durante la etapa de la traducción, Jeff vagaba por el campus de la Universidad de Berkeley estudiando la Guerra de los Treinta Años y la vida de Wallenstein, que se había aislado progresivamente de la realidad durante la peor guerra, quizá, de todas las guerras, con excepción de las guerras totales de este siglo; no diré que he podido establecer qué impulso en particular mató a mi marido, qué elemento de la mezcla lo hirió; pero fue uno de ellos, o todos en coro. Él está muerto, y yo ni siquiera estaba allí en ese momento, ni lo esperaba. Tuve un presentimiento inicial cuando supe que Kirsten y Tim habían comenzado una relación invisible. Dije entonces lo que tenía que decir; hice el mejor disparo: visité al obispo en la Grace Cathedral y él desarmó mis argumentos con poco esfuerzo; poco esfuerzo y habilidad profesional. Fue una fácil victoria verbal para Tim Archer. Eso fue todo.

Si uno quiere matarse, no necesita una razón, en el sentido habitual del término; así como, en el caso contrario, si se quiere seguir vivo, no es necesaria una razón verbal, articulada, formal, que se pueda emplear si la situación lo aconseja. Jeff había quedado al margen. Yo podía ver que su interés en la Guerra de los Treinta Años estaba relacionado con Kirsten; su

mente, o alguna parte de ella, reparaba en su origen escandinavo, y otra parte percibía y registraba el hecho de que el ejército sueco había sido la potencia heroica y victoriosa en esa guerra; su búsqueda emocional y su búsqueda intelectual se entramaron, lo que inicialmente jugaba a su favor; pero cuando Kirsten se marchó a Inglaterra Jeff fue destrozado por su propia inteligencia. Tuvo que enfrentar entonces el hecho de que realmente no le importaban un bledo Tilly, Wallenstein, ni el Sacro Imperio Romano: estaba enamorado de una mujer de la edad de su madre que se acostaba con su padre, y eso a doce mil kilómetros de distancia; y además, y por encima de todo, ellos dos, excluyéndolo, participaban en uno de los más jubilosos descubrimientos de la teología arqueológica de toda la historia, siguiendo día tras día la traducción, mientras se pegaban y restauraban los documentos y emergían las palabras una por una, y aparecía una y otra vez la palabra hebrea *anokhi* en un contexto insólito, desconcertante, nuevo. Los documentos hablaban como si *anokhi* estuviera presente en el *wadi*. De él se decía *aquí* y no allí; *ahora*, y no en cualquier momento. *Anokhi* no era algo pensado o conocido por los zadokitas; *era algo que poseían*.

Es muy duro leer los libros de tu propia biblioteca escuchando un disco de Donovan, por bueno que sea, cuando se realiza en otra parte un descubrimiento de esa magnitud, y tu padre y su amante, a quienes amas y al mismo tiempo odias furiosamente, participan en el desarrollo de ese descubrimiento. Lo que me ponía frenética era que Jeff pasara y volviera a pasar el primer álbum de Paul McCartney en solitario; lo que más le agradaba era *Teddy Boy*. Cuando me dejó para ir a vivir solo en un hotel, en la habitación donde se mató, llevó consigo el álbum, aunque como supe luego, no tenía tocadiscos. Me escribió varias veces; decía que continuaba participando activamente en manifestaciones antibélicas. Probablemente era así. Pero pienso que en general se quedaba solo en su habitación del hotel tratando de comprender qué sentía por su padre y -lo que era más importante- por Kirsten. Debía ser 1971, porque el álbum de McCartney apareció en 1970. Y eso también me dejaba sola a mí, en nuestra casa. Yo me quedé con la casa; Jeff murió. Te dije que no vivieras solo, aunque realmente me lo decía a mí misma. Puedes hacer lo que se te ocurra; pero yo jamás volveré a vivir sola. Llamaré a la gente de la calle antes de permitir que eso me ocurra, ese aislamiento...

Y no toquéis la música de Los Beatles. Eso es lo más importante que pido. Puedo soportar a la Joplin, porque aún me parece divertido que Tim creyese que era negra y estaba viva, en lugar de muerta y blanca; pero no quiero oír a Los Beatles porque están unidos a un excesivo dolor en mí, dentro de mí, en mi vida, por lo que ha ocurrido.

Yo no soy muy racional cuando se trata, específicamente, del suicidio de mi marido. Oigo en mi mente una mezcla de John y Paul y George, mientras Ringo atruena en el fondo, en alguna parte; fragmentos de temas y palabras, expresiones críticas pertenecientes a almas que sufren mucho, aunque no de una manera que yo pueda comprender, salvo en lo que concierne a la muerte de mi marido, y luego a la de Kirsten y finalmente a la de Tim Archer; pero supongo que con eso basta. Ahora, con la muerte de John Lennon todo el mundo ha sido herido como yo, de modo que bien puedo ya, jodidamente, dejar de compadecerme de mí misma y unirme a los demás, sabiendo que no estoy mejor que ellos y tampoco peor.

Con frecuencia, cuando miro hacia atrás, el suicidio de Jeff, descubro que reorganizo fechas y sucesos en secuencias más afines a mi mente; es decir, hago un montaje. Condenso, corto trocitos, acelero, de modo que -por ejemplo- ya no recuerdo haber mirado el cuerpo de Jeff para identificarlo. He logrado olvidar el nombre del hotel. No sé cuánto tiempo pasó allí. Por lo que recuerdo, no se quedó mucho tiempo en casa después de la partida de Tim y Kirsten. Llegó una primera carta de ellos, escrita a máquina, firmada por ambos pero casi seguramente copiada por Kirsten. Quizá Tim se la dictó. En esa carta estaba el primer indicio de la magnitud del descubrimiento. Yo no advertí lo implicado en las noticias, pero Jeff sí. De modo que quizá se marchó inmediatamente después.

Lo que más me sorprendió fue percibir, bruscamente, que Jeff había querido entrar en el sacerdocio; ¿pero qué sentido tenía eso a la luz del papel de su padre? Dejaba, sin embargo,

un vacío. Jeff no quería, tampoco, hacer ninguna otra cosa. No podía ser sacerdote; no le interesaba ninguna otra profesión. Se convirtió entonces en lo que en Berkeley llamábamos estudiante crónico; nunca dejó de asistir a la universidad. A lo sumo, se iba y volvía. Nuestro matrimonio había estado marchando mal durante cierto tiempo; tengo lagunas desde 1968, quizá me falta en total un año entero. Jeff tenía problemas emocionales de los que yo reprimía todo conocimiento. Los dos reprimíamos. Siempre se puede conseguir psicoterapia gratis en la Zona de la Bahía, y ambos la aprovechábamos.

No creo que pueda llamarse -que hubiera podido llamarse- enfermo mental a Jeff; simplemente, no era feliz. A veces no se trata de un impulso hacia la muerte, sino de un defecto más sutil, una carencia de la sensación de alegría. Se iba cayendo de la vida gradualmente. Cuando encontró una mujer a la que quería auténticamente, ella se convirtió en la amante de su padre; luego ambos se marcharon a Inglaterra y lo dejaron estudiando una guerra que no le importaba, extraviado y en el punto de partida. Empezó a despreocuparse, terminó por no preocuparse. Un médico dijo que, según creía, Jeff había tomado LSD desde que me dejó hasta que se mató. Sólo es una teoría. Pero, al contrario de la teoría de la homosexualidad, podría ser verdadera.

Miles de jóvenes se matan en América todos los años; pero la costumbre es, en general, anotar sus muertes como accidentales. Esto se hace para ahorrar a la familia la vergüenza que se suele atribuir al suicidio. En realidad, es muy vergonzoso que un hombre o una mujer jóvenes, o adolescentes, deseen morir y consigan su finalidad, antes de haber vivido y casi, de algún modo, nacido. Hay mujeres golpeadas por sus maridos; los policías matan negros y latinoamericanos; los viejos revisan los basureros o se alimentan de comida para perros: la vergüenza impera y llama al desastre. El suicidio es sólo un hecho vergonzoso entre mil. Hay adolescentes negros que no conseguirán un trabajo mientras vivan; no porque sean haraganes sino porque no hay trabajo, o también porque los hijos del ghetto no tienen capacidades que se puedan vender. Hay chicas que huyen de sus casas, aterrizan en New York o en Hollywood, se hacen prostitutas y terminan con sus cuerpos destrozados. Si tienes el impulso de matar a los mensajeros espartanos que traen la noticia de la batalla, de lo ocurrido en las Termópilas, pues mátalos. Yo soy uno de esos mensajeros y traigo una noticia que, probablemente, no quieres oír. Personalmente, informo acerca de tres muertes; tres que no eran necesarias. Hoy es el día en que ha muerto John Lennon: ¿También querrás matar a quien lo cuenta? Como dice Sri Krishna cuando asume su forma verdadera y universal, la del tiempo:

Todos esos ejércitos deben morir; golpea, detén tu mano. No importa.
Parece que matas. Esos hombres ya han sido muertos por mí.

Es una visión terrible. Arjuna ha visto lo que no puede creer que exista.

Lamiendo con tus lenguas ardientes,
devorando todos los mundos,
sondeas las alturas del cielo
con rayos intolerables, oh Vishnu.

Arjuna ve a quien fue su antiguo amigo y el conductor de su carro. Un hombre como él. Eso es apenas un aspecto, un amable disfraz. Sri Krishna quería protegerlo, ocultar la verdad. Arjuna ha pedido ver la forma verdadera de Sri Krishna y puede verla. Ya no será como era antes. La imagen lo cambia para siempre. Este es el fruto verdaderamente prohibido, este tipo de conocimiento. Sri Krishna esperó largo tiempo antes de mostrar su forma verdadera a Arjuna. Quería ampararlo. Finalmente, emerge la forma real, la del destructor universal.

No querría hacerte infeliz detallando el dolor, pero hay una diferencia de carácter esencial entre el dolor y la narración del dolor. Te digo lo que ocurrió. Si saberlo causa un dolor

Librodot

vicario, hay auténtico peligro en no saberlo. Apartar la vista implica un riesgo inmenso.

Cuando Kirsten y el obispo regresaron a la Zona de la Bahía -no definitivamente, sino para ocuparse de la muerte de Jeff y de los problemas que ella generó- pude advertir, al verlos, un cambio en ambos. Kirsten parecía desgastada y desventurada; y eso no me pareció debido solamente al golpe de la muerte de Jeff. Era evidente su mala salud en términos puramente físicos. Por otra parte, el obispo Archer parecía aún más animado que cuando lo había visto por última vez. Se hizo cargo completamente de la situación acerca de la muerte de Jeff; eligió el lugar de la sepultura, el tipo de lápida, pronunció la oración fúnebre y cumplió los demás ritos con sus hábitos completos, y pagó todo. La inscripción de la lápida era un resultado de su inspiración. Escogió una frase que yo encontré muy aceptable; es un lema o la afirmación básica de la escuela de Heráclito:

NADA PERMANECE, TODO FLUYE

Me habían enseñado en el curso de filosofía que Heráclito mismo lo había dicho, pero Tim explicó que ese resumen era posterior a Heráclito, y había sido creado por los seguidores de su escuela. Creían que sólo el devenir, el cambio, es real. Quizás estaban en lo cierto.

Después del entierro nos reunimos los tres; fuimos al apartamento de Tenderloin y tratamos de tranquilizarnos. Pasó un tiempo antes de que alguno pronunciara una palabra.

Por alguna razón, Tim habló de Satán; tenía una nueva teoría acerca del ascenso y la caída de Satán, y al parecer quería ponerla a prueba con nosotras, ya que Kirsten y yo éramos las personas que tenía más a mano. En ese momento pensé que Tim se proponía incluir su teoría en el libro que había empezado a escribir.

«Veo la leyenda de Satán de una forma nueva. Él deseaba conocer a Dios tan completamente como fuera posible. El conocimiento más pleno llegaría si se convertía en Dios, si él mismo era Dios. Luchó para eso y lo consiguió, sabiendo que el castigo sería el exilio permanente de Dios. Pero lo hizo de todos modos, porque la memoria de haber conocido a Dios, de conocerlo como nadie más lo habría conocido ni podría hacerlo, justificaba para él su eterno castigo. Ahora bien; ¿quién diríais que amaba verdaderamente a Dios, entre todas las personas que han existido? Satán aceptó voluntariamente el eterno exilio y castigo sólo para conocer a Dios -para ser Dios- por un instante. Se me ocurre, además, que Satán conocía verdaderamente a Dios; pero que quizá Dios no conocía o comprendía a Satán; si lo hubiese comprendido, no lo habría castigado. Por eso se ha dicho que Satán se rebeló; esto significa que Satán estaba fuera del control y del dominio de Dios, como en otro universo. Pero Satán, pienso, aceptó con regocijo su castigo, porque era su prueba, ante sí mismo, de que había conocido y amado a Dios. De otra manera, podría haber hecho lo que hizo por alguna recompensa, si es que existía una. «Mejor es gobernar en el infierno que servir en el cielo» es un aspecto; pero no el verdadero, que es la última meta del ser y el conocimiento, porque en comparación con conocer plena y realmente a Dios todo lo demás es en verdad muy poco».

-Prometeo -dijo Kirsten, ausente. Estaba sentada, fumaba, miraba el vacío.

Tim dijo:

-Prometeo significa «pensador anticipado». Su tarea era la creación del hombre. Era también el supremo bromista entre los dioses. Pandora fue enviada a la tierra por Zeus para castigar a Prometeo por robar el fuego y dárselo al hombre. Pandora castigó, además, a toda la raza humana. Epimeteo, que significa «visión posterior», se casó con ella. Prometeo le advirtió que no lo hiciera, puesto que él podía prever las consecuencias. Este mismo tipo de conocimiento anticipado, absoluto, era considerado por los zoroastrianos un atributo de Dios, la Mente Sabia.

-Un águila le devoraba el hígado -dijo remotamente Kirsten.

Tim asintió y dijo:

Librodot

-Zeus castigó a Prometeo; lo encadenó e hizo que un águila le comiera el hígado, que, sin embargo, se regeneraba incesantemente. Pero Hércules lo liberó. Prometeo fue, al margen de toda duda, un amigo de la humanidad. Era un consumado artesano. Ciertamente, hay una afinidad con la leyenda de Satán.

-Tal como yo lo veo, se podría decir que Satán robó, no el fuego sino el conocimiento de Dios. Pero no se lo dio al hombre, como hizo Prometeo con el fuego. Quizás, el verdadero pecado de Satán haya sido que, al adquirir ese conocimiento, lo guardara para sí; que no lo compartiera con la humanidad. Es interesante..., con esa línea de razonamiento se podría pensar que es posible adquirir conocimiento de Dios por intermedio de Satán. Jamás he oído proponer esta teoría -guardó silencio; en apariencia meditaba. y pidió a Kirsten-: ¿Quieres anotarlo?

-Lo recordaré -el tono de ella era lánguido y opaco.

-El hombre debe asaltar a Satán y apoderarse de ese conocimiento -dijo Tim- arrancárselo. Satán no quiere cederlo. Ha sido castigado por ocultarlo, no por adquirirlo antes que nadie. Entonces, en cierto sentido, los seres humanos podrían redimir a Satán combatiendo contra él para arrebatárselo.

-Y luego ir a estudiar astrología -dije.

-¿Cómo? -preguntó Tim, lanzándome una mirada.

-Wallenstein -dije-. Y sus horóscopos.

-Las palabras griegas de que proviene nuestra expresión «horóscopo» son *hora* -dijo Tim-, que significa hora, y *scopos*, «uno que mira». Entonces horóscopo significa, literalmente, «uno que mira las horas» -encendió un cigarrillo; desde su llegada de Inglaterra, Kirsten y él fumaban casi continuamente-. Wallenstein era una persona fascinante.

-Así dice Jeff -respondí-. Decía.

Volviendo la cabeza, Tim, alerta, preguntó:

-¿Le interesaba Wallenstein a Jeff? Porque yo...

-¿No lo sabías?

-No creo -respondió Tim; parecía desconcertado.

Kirsten lo miraba fijamente, con expresión inescrutable.

-Tengo una buena cantidad de excelentes obras sobre Wallenstein -dijo Tim-. ¿Sabes? Por muchas razones, Wallenstein se parecía a Hitler.

Tanto Kirsten como yo guardamos silencio.

-Wallenstein contribuyó a la ruina de Alemania -dijo Tim-. Era un gran general. Friedrich von Schiller, como sin duda sabes, escribió tres obras de teatro, tituladas *El campamento de Wallenstein*, *Los Piccolomini*, y *La muerte de Wallenstein*. Son profundamente conmovedoras. Esto recuerda, por supuesto, el papel del mismo Schiller en el desarrollo del pensamiento occidental. Te leeré algo -dejando su cigarrillo, Tim se dirigió a la biblioteca; después de unos minutos de cacería, encontró el libro-. Esto puede arrojar alguna luz sobre el asunto. En una carta a un amigo... espera, aquí tengo el nombre; a Wilhelm von Humboldt, casi al fin de la vida de Schiller, éste dice; «Después de todo, ambos somos idealistas, y deberíamos avergonzarnos de decir que el mundo material nos ha formado, en lugar de haber sido formado por nosotros». La esencia de la visión de Schiller era, desde luego, la libertad: Estaba naturalmente interesado en el gran drama de la rebelión de los Países Bajos y -Tim hizo una pausa, meditando, moviendo los labios, mirando ausente el vacío; en el diván, Kirsten fumaba con mirada atenta, en silencio-. Bueno -dijo finalmente Tim, hojeando el libro que tenía en la mano-, leeré esto. Schiller lo escribió a los treinta y cuatro años. Tal vez resume gran parte de nuestras aspiraciones, las más nobles -miró el libro y leyó con voz potente-; «Ahora que he comenzado a conocer y emplear apropiadamente mis poderes espirituales, una enfermedad amenaza, infortunadamente, los físicos. Sin embargo, haré lo que pueda; y cuando por fin el edificio se desmorone, habré salvado lo más digno de preservar».

Tim cerró el libro y lo devolvió a su estante.

Ninguna de las dos dijo nada. Yo ni siquiera pensaba; simplemente estaba allí.

-Schiller es muy importante para el siglo XX -agregó Tim. Recogió su cigarrillo y lo apagó enérgicamente. Miró largo tiempo el cenicero.

-Voy a pedir que envíen una pizza -dijo Kirsten-. No tengo ánimos para cocinar.

-Espléndido -dijo Tim-. Diles que pongan tocino del Canadá y si tienen bebidas gaseosas...

-Yo puedo preparar algo -dije.

Kirsten se puso de pie y se dirigió al teléfono, dejándonos solos.

Tim me dijo, con seriedad:

-Es realmente un asunto de gran importancia conocer a Dios, discernir la Esencia Absoluta, como la llama Heidegger. *Sein* es la expresión que usa: Ser. Lo que hemos descubierto en el *wadi* zadokita simplemente excede de toda descripción.

Asentí.

-¿Cómo estás de dinero? -preguntó Tim, buscando en su bolsillo.

-Muy bien -dije.

-¿Sigues trabajando? En esa inmobiliaria... Eres secretaria de un estudio jurídico -se corrigió-. ¿Todavía estás con ellos?

-Sí -dije-. Pero soy sólo dactilógrafa.

-Yo encontraba fatigosa mi carrera de abogado -dijo Tim-, pero tenía su recompensa. Te aconsejo que te conviertas en secretaria especializada en leyes; quizá podrías usar eso luego como trampolín y ser una abogada. Y hasta podrías llegar a juez un día.

-Supongo que sí -dije.

-¿Habló Jeff contigo del *anokhi*?

-Sí, tú nos escribiste y leímos los artículos de las revistas y periódicos.

-Ellos, los zadokitas, usaban la palabra en un sentido especial, técnico. No podía ser la Inteligencia Divina porque ellos afirmaban que realmente la poseían. Una línea del Documento Seis dice: «*Anokhi* muere y renace cada año, y con cada año sucesivo *anokhi* es más». O también «mayor»; puede ser más, mayor, o más elevado. Es muy desconcertante, pero los traductores están trabajando en esto y esperamos tenerlo dentro de los próximos seis meses..., y por supuesto, todavía están compaginando los fragmentos de los rollos mutilados. Yo no conozco el arameo, como recordarás. He estudiado griego y latín, tú sabes; «Dios, el baluarte final contra el no-ser».

-Tillich -dije.

-¿Cómo? -preguntó Tim.

-Paul Tillich dice eso.

-No es seguro -respondió Tim-. Ciertamente era uno de los teólogos existenciales protestantes; puede haber sido Reinhold Niebuhr. Niebuhr, tú sabes, es americano, o mejor dicho, lo era; ha muerto hace muy poco. Una cosa que me interesa, en Niebuhr... -Tim hizo una pausa-. Niemöller sirvió en la marina alemana durante la Primera Guerra Mundial. Trabajó activamente contra el nazismo, y continuó predicando hasta 1938. La Gestapo lo arrestó y lo envió a Dachau. Originalmente, Niebuhr había sido pacifista; pero impulsó a los cristianos a apoyar la guerra contra Hitler. Pienso que una de las diferencias significativas entre Wallenstein y Hitler -en realidad había grandes similitudes- estaba en los juramentos de lealtad que Wallenstein...

-Perdón -dije. Fui al cuarto de baño y abrí el botiquín en busca del frasco de Dexamil. No estaba; no había medicinas.

Se las habrán llevado a Inglaterra, pensé. O estarían en el equipaje de Tim y Kirsten. Joder.

Cuando salí, vi a Kirsten de pie en el living.

-Estoy muy, muy cansada -dijo en voz débil.

-Ya lo veo -dije.

-No podré tolerar la pizza. ¿No podrías ir a la tienda en mi lugar? He preparado una lista. Quiero pollo deshuesado, ése que viene envasado, y arroz o spaghetti. Toma, ésta es la lista -me la entregó-. Tim te dará el dinero.

-Tengo dinero -volví al dormitorio, donde había dejado el bolso y el abrigo. Mientras me ponía el abrigo. Tim apareció detrás de mí, ansioso por seguir hablando.

-Schiller veía en Wallenstein un hombre que conspiraba con su propio destino para atraer la muerte. Eso debía ser, para los románticos alemanes, el mayor pecado: ser cómplice del destino, considerando al destino como fin -me siguió del dormitorio al hall-. El espíritu de Goethe, Schiller y los demás, su principal creencia, era que la voluntad humana puede vencer al destino. El destino no era considerado inevitable, sino algo que las personas admiten. ¿Comprendes? Para los griegos, *ananké*, era una fuerza absolutamente predeterminada e impersonal: la identificaban con Némesis, que era el destino punitivo, retributivo.

-Lo siento -dije-. Tengo que ir a la tienda.

-¿No traían una pizza?

-Kirsten no se siente bien.

De pie, muy cerca de mí, Tim habló en voz baja:

-Angel, estoy muy preocupado por ella. No puedo convencerla de que vaya al médico. El estómago, o quizá la vesícula. Tal vez puedas persuadirla tú. Tiene miedo de lo que pueden encontrar. ¿Sabes que hace años tuvo un cáncer cervical?

-Sí -respondí.

-¿...y que le hicieron una histeroclisis?

-¿Qué es eso?

-Un procedimiento quirúrgico con que se cierra la cavidad uterina. Tiene tantas ansiedades en esta área..., quiero decir, en este tema. Es imposible, para mí, hablar de eso con ella.

-Yo lo haré.

-Kirsten se acusa de la muerte de Jeff.

-Mierda -dije-. Me lo temía.

Kirsten salió del living y me dijo:

-Agrega Ginger Ale a la lista que te di. Por favor.

-Está bien -respondí-. ¿La tienda...?

-Sal hacia la derecha -dijo Kirsten-. Está a cuatro calles en línea recta y otra a la izquierda. Es una pequeña despensa atendida por un chino, pero tiene todo lo que necesito.

-¿Necesitas más cigarrillos? -preguntó Tim.

-Sí, tal vez un cartón -dijo Kirsten-. Cualquiera de los que tienen bajo nivel de alquitrán. Todos saben igual.

-Está bien -dije.

Tim abrió la puerta para mí y dijo:

-Te llevaré -bajamos hasta el coche estacionado junto a la acera, pero allí descubrió que no tenía las llaves-. Tendremos que caminar -dijo. Y seguimos a pie un rato sin hablar.

-Bonita noche -dije finalmente.

-Hay una cosa que quería conversar contigo -dijo Tim-. Aunque técnicamente no está dentro de tu campo.

-No sabía que tenía un campo -respondí.

-No es tu campo de experiencia. No sé con quién hablar de esto. Estos Documentos Zadokitas son, en cierto sentido, casi diría angustiosos... Para mí, personalmente -vaciló-. Lo que han encontrado los traductores son muchos de los *Logia* -los dichos- de Jesús, formulados con casi doscientos años de anticipación.

-Comprendo.

-Lo cual significaría que no era el Hijo de Dios -continuó Tim-. Que no era Dios, en realidad, como la doctrina de la Trinidad exige que creamos. Quizás esto no sea problema para ti, Angel.

-No, no lo es.

-Los *Logia* son esenciales para nuestra percepción y comprensión de Jesús como Cristo, es decir, el Mesías, el Ungido. Pero si como ahora parece, se pueden separar los Logia de la persona de Jesús, debemos reevaluar los cuatro Evangelios, no sólo los Sinópticos, sino los

cuatro... Debemos preguntamos qué sabemos sobre Jesús, si es que sabemos algo.

-¿No se puede pensar simplemente que Jesús era zadokita? -pregunté; ésa era la impresión que yo había recibido de los artículos en revistas y periódicos. Después de los descubrimientos de los rollos de Qumran, los Rollos del Mar Muerto, había habido un gran caudal de especulación; se había pensado que Jesús provenía de los esenios o que de algún modo estaba vinculado con ellos. Yo no veía ningún problema. No podía comprender qué preocupaba tanto a Tim mientras ambos caminábamos lentamente por la acera.

-Hay una figura misteriosa -decía Tim-, mencionada en varios Documentos Zadokitas. Recibe, en hebreo, un título cuya mejor traducción es «Expositor». A este extraño personaje se le atribuyen muchos de los *Logia*.

-Entonces, Jesús aprendió de él. O de alguna manera, de él procedían.

-Pero entonces Jesús no es el Hijo de Dios. No es Dios encarnado, Dios como un ser humano.

-Quizá Dios reveló los Logia al *Expositor*.

-Entonces el Expositor es el Hijo de Dios.

-Sí -dije.

-Estos problemas han hecho que viva en la agonía, aunque el término parezca exagerado. Pero me angustian, y es natural que así sea. Muchas de las parábolas narradas en los Evangelios aparecen aquí, doscientos años antes de Cristo. Desde luego, no se encuentran todos los *Logia*; pero sí muchos, y esenciales. También están presentes ciertas doctrinas cardinales de la resurrección, las que se expresan en las bien conocidas frases de Jesús que comienzan con «Yo soy». «Yo soy el pan de la vida». «Yo soy el Camino». «Yo soy la puerta estrecha». Estas, sencillamente, no se pueden separar de Jesucristo. Toma la primera: «Yo soy el pan de la vida. Cualquiera que coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida eterna, y lo elevaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. Quien coma mi carne y beba mi sangre vivirá en mí, y yo viviré en él». ¿Comprendes lo que quiero decir?

-Por supuesto -respondí-. El Expositor zadokita lo dijo primero.

-Entonces el Expositor zadokita confería la vida eterna, y específicamente por medio de la Eucaristía.

-Me parece maravilloso -dije.

Tim continuó:

-Siempre se esperó, aunque no se consideraba probable, encontrar algún día Q, o partes de Q; pero nadie soñó nunca que pudiera aparecer una *Ur-Quelle* que se anticipara a Jesús, y menos por dos siglos. Además..., hay otro asunto particular -hizo una pausa-. Quiero tu promesa de que no hablarás con nadie de lo que te voy a decir, y de que no lo discutirás. Esto no ha sido entregado a la prensa.

-Que me muera si lo hago.

-Junto a las declaraciones de «Yo soy» hay ciertas adiciones muy peculiares que no se encuentran en los Evangelios ni eran conocidas, al parecer, por los cristianos primitivos. Por lo, menos, no ha llegado a nosotros ningún comprobante escrito que se creyeran o conocieran estas cosas. Yo... -interrumpió brevemente su exposición-. El término «pan» y el término usado para «sangre» se refieren a pan y sangre concretos. Como si los zadokitas tuvieran un pan específico y una bebida específica que ellos preparaban y constituían en esencia, el cuerpo y la sangre de lo que llamaban *anokhi*, en cuyo nombre hablaba el Expositor, y a quien representaba.

-Oh -dije, asintiendo.

-¿Dónde está esa tienda? -Tim miró a su alrededor.

-En la calle siguiente -respondí-. Me parece.

-Algo que bebían; algo que comían. Como en el banquete mesiánico. Los hacía inmortales, según creían; les daba la vida eterna, esa combinación de lo que comían y lo que bebían. Es evidente que esto prefiguraba la Eucaristía, que está relacionado con el banquete mesiánico.

Librodot

Anokhi. Siempre esa palabra. Comían *anokhi* y bebían *anokhi* y, como resultado, se convertían en *anokhi*. En Dios mismo.

-Eso es lo que enseña el cristianismo -dije-, en la Misa.

-Y hay un paralelo en Zoroastro -prosiguió Tim-. Los zoroastrianos sacrificaban ganado y combinaban su carne con una bebida embriagadora llamada *haoma*. Pero no hay razones para suponer que esto produjera una identificación con la deidad. Esto, comprendes, es lo que dan los Sacramentos al cristiano; él, o ella, se identifica con Dios tal como está representado en y por Cristo. Se convierte en Dios, o se hace uno o una con Dios, se une, se asimila a Él. Una apoteosis, eso es lo que quiero decir. Y los zadokitas logran precisamente esto con el pan y la bebida derivados del *anokhi*, y por supuesto, el término *anokhi* se refiere en sí a la Pura Autoconciencia, es decir, la Pura Conciencia de Yahvé, el Dios del pueblo hebreo.

-También Brahma significa eso -dije.

-¿Cómo es eso? ¿Brahma?

-El brahmanismo. En la India. Brahma posee la conciencia pura y absoluta. La pura conciencia, el puro ser, la pura felicidad. Si recuerdo bien.

-¿Pero qué era ese *anokhi* que comían y bebían? -preguntaba Tim, retomando el hilo.

-La carne y la sangre del Señor -dije.

-¿Pero qué es? -hizo un gesto-. Una cosa es decir alegremente: «Es el Señor», porque, Angel, eso es lo que en lógica se llama una falacia *hysteron proteron*; lo que tratas de demostrar ya está supuesto en la premisa. Evidentemente, es el cuerpo y la sangre del Señor; la palabra *anokhi* lo expresa con claridad; pero no...

-Ah, comprendo -respondí-. Es un razonamiento circular. Lo que quieres decir, en otras palabras, es que el *anokhi* existe concretamente.

Tim se detuvo y me miró.

-Por supuesto.

-Quieres decir que es una cosa real.

-Dios es real.

-No verdaderamente -respondí-. Dios es un asunto de creencia. No es real en el sentido en que lo es ese coche -señalé un taxi estacionado.

-No podrías estar más equivocada.

Me eché a reír.

-¿Cómo has tenido esa idea? -preguntó Tim-. ¿...de que Dios no es real?

-Dios es... -vacilé-. Una forma de mirar las cosas. Una interpretación. Quiero decir, Él no existe. No, como existen los objetos. Uno no puede chocar contra Él, como contra una pared.

-Un campo magnético, ¿existe?

-Naturalmente -respondí.

-No puedes chocar contra él.

-Pero se mostrará si pones limaduras de hierro en una hoja de papel -expliqué.

-Los jeroglíficos de Dios te rodean por todas partes -dijo Tim-. Como el mundo, y en el mundo.

-Eso es sólo una opinión. No es mi opinión.

-Pero puedes ver el mundo.

-Veo el mundo -dije-, pero no veo ningún signo de Dios.

-No puede haber una creación sin un creador.

-¿Quién dice que es una creación?

-Lo que pienso -dijo Tim-, es que los *Logia* preceden a Jesús por doscientos años; que los Evangelios están bajo sospecha, y que, entonces, no tenemos pruebas de que Jesús fuera Dios, el verdadero Dios, Dios Encarnado; y por la tanto, la base de nuestra religión ha desaparecido. Jesús es simplemente un maestro que representaba a una determinada secta judía que comía y bebía... bueno, lo que fuera el *anokhi*, y se hacía inmortal.

-Creía hacerse inmortal -rectifiqué-. No es lo mismo. La gente puede creer que un remedio a base de hierbas cura el cáncer, pero no por eso es verdad.

Llegamos a la tienda y nos detuvimos un instante.

-Supongo que no eres cristiana -dijo Tim.

-Tim -respondí-. Hace años que lo sabes. Soy tu nuera.

-Yo no estoy seguro de ser cristiano. No estoy seguro de que exista una cosa llamada Cristiandad, y debo decir a la gente... Debo cumplir las obligaciones pastorales de mi ministerio. Sabiendo lo que sé. Sabiendo que Jesús era un maestro, y no Dios, y ni siquiera un maestro original; lo que enseñaba era el sistema de creencias conjunto de una secta entera. Un producto de grupo.

-Incluso así podía provenir de Dios -respondí-. Dios pudo haber revelado esto a los zadokitas. ¿Qué otra cosa se dice acerca del Expositor?

-Vuelve los Últimos Días y actúa como el Juez Escatológico.

-Eso está bien -dije.

-También se encuentra en el zoroastrismo -continuó Tim-. En gran parte parece proceder de las religiones del Irán... Los judíos desarrollaron su religión de un modo distinto del iraní durante el período... -dejó inconcluso el discurso; se había vuelto mentalmente hacia adentro, abstraído de mí, de la tienda, de nuestra finalidad.

Intentando animarlo, dije:

-Quizá los estudiosos y los traductores encuentren el *anokhi*.

-Que encuentren a Dios -dijo.

-Que lo encuentren creciendo, como un árbol, o una raíz.

-¿Por qué dices eso? -parecía irritado-. ¿Qué te hace decir eso?

-El pan debe estar hecho de algo. No se puede comer un pan que no esté hecho de algo.

-Jesús hablaba metafóricamente. No quería decir verdadero pan.

-Él tal vez no, pero los zadokitas aparentemente lo hacían.

-Esa idea ha pasado por mi mente. Algunos traductores lo proponen. Que se trata de un verdadero pan y una verdadera bebida. «Yo soy la puerta del redil». Jesús ciertamente no quería decir que Él estaba hecho de madera. «Soy la verdadera vid, y mi padre es el viñador. Corta cada rama de mí que no dé fruto; y poda las que den fruto, para que den aún más».

-Entonces es una vid -dije-. Busca una vid.

-Eso es carnal y absurdo.

-¿Por qué?

Tim respondió con violencia:

-«Yo soy la vid; vosotros las ramas». ¿Debemos suponer que esto se refiere realmente a una planta, que es un asunto físico y no espiritual, algo que crece en el desierto del Mar Muerto? -hizo un gesto-. «Yo soy la Luz del mundo.» ¿Debemos suponer que podrías leer un periódico acercándote a Él, como a ese farol?

-Tal vez -respondí-. Dionisos era una vid, en cierto modo. Sus adoradores se embriagaban y luego Dionisos los poseía, y corrían por campos y colinas mordiendo a las vacas. Devoraban animales enteros.

-Existe cierta similitud -dijo Tim.

Entramos juntos en la tienda.

6

Antes de que Tim y Kirsten pudieran regresar a Inglaterra, el Sínodo de Obispos Episcopales decidió investigar el asunto de la posible herejía de Tim. Los puñeteros obispos -supongo que debería decir «conservadores», que es más cortés- que lo acusaban se demostraron estúpidamente incapaces de montar un ataque victorioso. Tim emergió del Sínodo oficialmente reivindicado. Este resultado llegó a los periódicos y las revistas, por supuesto. En ningún momento Tim sintió la menor preocupación. Además, a causa del suicidio de Jeff, tenía la simpatía pública a su favor. Siempre la había tenido; pero ahora, a

Librodot

causa de la tragedia en su vida personal, era aún mayor.

En alguna parte Platón sostiene que si piensas atacar a un rey, debes asegurarte que lo matarás. Los obispos conservadores, al no conseguir destruir a Tim, lo hicieron más fuerte que nunca con su propia derrota; como se suele decir, el tiro salió por la culata. Tim sabía ahora que nadie, en la Iglesia Episcopal de Estados Unidos, podía derribarlo. Sólo él mismo podría lograr su propia destrucción, si era necesario.

En cuanto a mí y a mi propia vida, era dueña ahora de la casa que Jeff y yo habíamos comprado a plazos. Jeff había hecho testamento, merced a la insistencia de su padre. Yo me quedaba con todo lo que había, que no era mucho. Como había podido ganar el sustento para ambos, no tenía ningún problema financiero. Seguí trabajando en el estudio jurídico y cerería. Durante un tiempo pensé que, muerto Jeff, me iría alejando gradualmente de Tim y de Kirsten. Pero no ocurrió así. Al parecer, Tim había encontrado en mí alguien con quien hablar. Después de todo, yo era una de las únicas personas que conocía la historia de su relación con su secretaria general y agente de negocios. Y era yo también, por supuesto, quien los había reunido.

Además de eso, Tim no se alejaba de las personas que habían llegado a ser sus amigos. Yo era en ese momento más que eso; existía entre ambos mucho afecto, y a través de él, gran comprensión. Éramos lo que se dice buenos amigos, de una manera tradicional. El Obispo de California, que tenía puntos de vista tan radicales y teorías tan atrevidas, era en la vida cotidiana un ser humano a la antigua, en el buen sentido del término. Era leal a sus amigos y jamás dejaba de serlo, como informé años más tarde a la Sra. Marion, mucho después de que Tim y Kirsten hubiesen muerto, como mi marido. Se ha olvidado que el obispo Archer amaba a sus amigos y adhería a ellos aunque nada tuviera que ganar, en el sentido que poseyeran o no algún poder de mejorar su posición o su carrera, o de otorgarle alguna ventaja en el mundo práctico. En ese mundo, yo solamente era una mujer que trabaja como secretaria en un estudio jurídico, que tampoco era importante. Tim nada tenía que ganar, estratégicamente, de su relación amistosa conmigo; pero la mantuvo hasta su muerte.

Durante el período siguiente a la muerte de Jeff, Kirsten mostró síntomas progresivos de un deterioro físico que finalmente fue diagnosticado por los médicos inequívocamente como peritonitis, un mal del que se puede morir. El obispo pago todos los gastos que alcanzaron a una enorme suma; ella languideció durante diez días en la unidad de cuidados intensivos de uno de los mejores hospitales de San Francisco, quejándose amargamente de que nadie la visitaba ni se preocupaba por ella. Tim, que volaba por todos los Estados Unidos dando conferencias, la veía tanto como podía, aunque eso no se acercaba ni remotamente a lo que ella deseaba. Yo iba a la ciudad a verla con la mayor frecuencia posible. La mía, como la de Tim, era (a su juicio) una respuesta demasiado inadecuada a su enfermedad. La mayor parte del tiempo que yo pasaba con ella era una diatriba unilateral en que ella se quejaba de él y de todo en la vida. Había envejecido.

Me parece casi carente de sentido decir «sólo eres tan viejo como te sientes» porque, de hecho, la edad y la muerte van a triunfar, y esa estúpida afirmación es únicamente aplicable a las personas de buena salud que no han sufrido los traumas que había padecido Kirsten Lundborg. Su hijo Bill había revelado una infinita capacidad de locura y ella se sentía culpable; sabía también que su relación con Tim había sido un factor importante en el suicidio de Jeff, lo que la tornaba amargamente severa conmigo, como si la culpa -su culpa- la obligara a abusar crónicamente de mí, principal víctima de la muerte de Jeff.

En realidad, no quedaba gran cosa de nuestra amistad. Sin embargo, yo la visitaba en el hospital; siempre me vestía para estar espléndida y le llevaba algo que no podía comer, si era comida, ni usar.

-No me permiten fumar -dijo una vez, a modo de saludo.

-Por supuesto -respondí-. Volverías a incendiar tu cama. Como aquella vez -casi se había asfixiado, pocas semanas antes de ir al hospital.

-Tráeme algunas madejas -pidió.

Librodot

-«Madejas» -dije con extrañeza.

-Voy a tejer un suéter. Para el obispo -su tono marchitaba la palabra; Kirsten lograba introducir en las palabras un antagonismo poco frecuente-. El obispo necesita un suéter -agregó.

Su animosidad estaba centrada en el hecho de que Tim había llevado sus asuntos perfectamente sin ella; en ese momento estaba en algún punto de Canadá, pronunciando un discurso. Kirsten había pensado durante cierto tiempo que Tim no lograría sobrevivir una semana sin su ayuda. Su confinamiento en el hospital había demostrado cuán equivocada estaba.

-¿Por qué los mexicanos no quieren que sus hijas se casen con negros?

-Porque los niños serían demasiado perezosos para robar -dije.

-¿Cuándo un hombre de color se convierte en un negro?

-Apenas se marcha de la habitación -me senté en una silla de plástico, junto a la cama-. ¿Cuál es el momento más seguro para conducir tu coche?

Kirsten me lanzó una mirada hostil.

-Pronto saldrás de aquí -dije, para alegrarla.

-Jamás saldré de aquí. El obispo está, probablemente... No importa. Detrás de algún culo en Montreal. O donde esté. ¿Sabes? Me llevó a la cama la segunda vez que nos vimos. Y la primera había sido en un restaurante de Berkeley.

-Yo estaba.

-Por lo cual no pudo. Si hubiera podido, lo habría hecho. ¿No te sorprende eso en un obispo? Te podría decir unas cuantas cosas, pero... no lo haré -dejó de hablar, enojadísima.

-Me alegro -dije.

-Te alegras..., ¿de qué? ¿De que no te las diga?

-Si lo haces -dije-, me levantaré y me iré. Mi terapeuta me ha ordenado que te ponga límites.

-Ah, sí, tú también. Estás en terapia, como mi hijo. Deberías estar con él. Podríais practicar alguna terapia ocupacional, como hacer serpientes de arcilla.

-Me voy -dije. Me puse de pie.

-Oh, Dios -dijo Kirsten, con irritación-. Siéntate.

-¿Sabes qué fue de ese cretino mongoloide sueco que huyó de un asilo en Estocolmo? -pregunté.

-No sé.

-Lo encontraron trabajando como maestro de escuela en Noruega.

-Vete a hacer puñetas a... -dijo Kirsten, riendo.

-No tengo necesidad. Me arreglo perfectamente.

-Es probable -asintió-. Me gustaría estar de vuelta en Londres. No has estado nunca en Londres...

-No había bastante dinero -dije-. En el Fondo Discrecional del Obispo. Para Jeff y para mí.

-Es verdad. Lo gasté íntegro.

-La mayor parte.

-De nada me sirvió -dijo Kirsten-. Tim estaba todo el tiempo con esos maricones de traductores. ¿Te contó que Jesús es un fraude? Sorprendente. Con dos mil años de retraso descubrimos que otra persona inventó todos esos *Logia* y las frases de «Yo soy». Nunca había visto a Tim tan deprimido; pasaba el tiempo mirando el suelo, en nuestro apartamento, un día tras otro.

No respondí nada.

-¿Crees que es importante? -preguntó Kirsten-. ¿...que Jesús sea un fraude?

-No para mí. A mí no me interesa.

-No han publicado lo más importante, en realidad. Acerca del hongo. Lo mantendrán en secreto todo lo que puedan. Sin embargo...

-¿Qué hongo?

-El *anokhi*.

-¿...el *anokhi* es un hongo? -pregunté con incredulidad.

-Es un hongo. Era un hongo entonces. Lo criaban en cuevas, los zadokitas.

-Cristo -dije.

-Hacían un pan con él. Hacían un caldo y lo bebían. Bebían el caldo, comían el pan. De allí surgen las dos especies de la hostia, el cuerpo y la sangre. Al parecer, el *anokhi* era un hongo tóxico, pero los zadokitas sabían cómo quitarle la toxicidad, al menos lo suficiente para que no los matara. Les daba alucinaciones.

Empecé a reír.

-Entonces...

-Sí, se drogaban -ahora también Kirsten reía, a su pesar-. Y Tim tiene que ir todos los domingos a la Grace Cathedral y dar la comunión sabiendo eso, que simplemente hacían viajes psicodélicos, como los chicos de Height-Ashbury. Creí que moriría cuando lo supo.

-Entonces, Jesús era un traficante -dije.

Ella asintió.

-Los Doce, los discípulos, estaban contrabandeando *anokhi* a Jerusalén, esto es lo que se cree, cuando fueron sorprendidos. Esto confirma lo que suponía John Allegro, si has visto su libro... Es uno de los principales eruditos en lenguas del Cercano Oriente. Y el traductor oficial de los rollos de Qumran.

-Nunca vi su libro -dije-, pero sé quién es. Jeff hablaba siempre de él.

-Allegro pensaba que los cristianos primitivos tenían un culto fundado en los hongos; lo había deducido de ciertas evidencias del Nuevo Testamento. Y encontró un fresco, una pintura mural de los cristianos primitivos con un inmenso hongo *amania muscaria*...

-*Amanita muscaria* -rectifiqué-. Son rojos, y terriblemente venenosos. Así que, entonces, los primeros cristianos encontraron un medio de quitarles el veneno...

-Es lo que supone Allegro. Y tenían visiones -Kirsten reía.

-¿Existen realmente hongos *anokhi*? -pregunté; yo sabía algo de hongos..., antes de casarme con Jeff, había estado con un micólogo aficionado.

-Probablemente existían, pero hoy nadie sabe cómo pueden ser. Hasta ahora no se ha hallado ninguna descripción en los Documentos Zadokitas. No hay forma de saber qué hongo era ni si existe todavía.

-Quizá causaban algo más que alucinaciones -dije.

-¿Qué más?

Entró una enfermera.

-Ahora tiene que marcharse -me dijo.

-Está bien.

Me levanté y recogí el abrigo y el bolso.

-Acércate -me dijo Kirsten, cogiéndome del brazo, y susurró directamente en mi oído-: ¿...orgías?

Le di un beso y me marché del hospital.

Volví a Berkeley y fui en autobús a la vieja casita de campo donde habíamos vivido con Jeff. Mientras caminaba por el sendero vi a un joven acurrucado en un rincón de la galería; me detuve atemorizada... ¿Quién era?

Bajo, robusto, de pelo rubio claro, se inclinaba para acariciar a mi gato Magnificat, enroscado y feliz junto a la puerta del frente. Miré un rato y pensé si sería un vendedor o algo así. Usaba pantalones demasiado grandes y una camisa de colores vivos. Mientras acariciaba a Magnificat tenía la expresión más dulce que he visto en una cara humana; ese chico, que evidentemente jamás había visto a mi gato, irradiaba una especie de ternura, de amor palpable, completamente nuevos para mí. Algunas de las primeras estatuas del dios Apolo revelan esa dulce sonrisa. Absorto en su contacto con Magnificat, no advertía mi cercana presencia; yo miraba, fascinada, sobre todo porque Magnificat era un viejo macho de modales

bruscos que normalmente no permitía que se le acercaran extraños.

De pronto, el chico alzó la mirada. Sonrió con timidez y se puso de pie torpemente.

-Hola.

-Hola -avancé con cautela, lentamente.

-Encontré a este gato -parpadeó, sin dejar de sonreír; tenía ojos azules, desprovistos de toda malicia.

-Es mi gato -dije.

-¿Cómo se llama?

-Magnificat.

-Es muy bonito.

-¿Quién eres? -pregunté.

-Soy el hijo de Kirsten. Bill.

Eso explicaba los ojos azules y el pelo rubio.

-Yo soy Angel Archer -dije.

-Ya sé. Nos hemos conocido. Pero era... -vaciló-. No estoy seguro de cuándo fue. Me han dado electroshocks... Mi memoria no es muy buena.

-Sí -dije-. Creo que nos hemos visto. Vengo de ver a tu madre en el hospital.

-¿Puedo usar tu cuarto de baño?

-Por supuesto -dije; saqué las llaves del bolso y abrí la puerta-. Perdona el desorden. Trabajo; no estoy en casa bastante tiempo para tenerla arreglada. El cuarto de baño está pasando la cocina, al final. Sigue adelante.

Bill Lundborg no cerró la puerta del baño; oí que orinaba ruidosamente. Llené la tetera y la puse al fuego. Extraño, pensé. Es el hijo del que ella se burla. Como de todos nosotros.

Bill Lundborg reapareció, consciente de sí mismo, sonriendo con ansiedad, evidentemente muy incómodo. No había descargado la cisterna. Y pensé de inmediato: Acaba de salir del hospital, el hospital mental, estoy segura.

-¿Quieres café? -ofrecí.

-Sí.

Magnificat entró en la cocina.

-¿Qué edad tiene? -preguntó Bill.

-No tengo idea. Lo salvé de un perro. Quiero decir, ya estaba crecido. Probablemente vivía por aquí.

-¿Cómo está Kirsten?

-Bastante mejor -dije; señalé una silla-. Siéntate.

-Gracias -se sentó, apoyó los brazos en la mesa de la cocina, entrelazó los dedos. Su piel era muy blanca. Habitante forzoso de interiores, pensé. Enjaulado-. Me gusta tu gato.

-Puedes darle de comer -dije; abrí la nevera y saqué una lata de alimento para gatos.

Mientras Bill daba su comida a Magnificat, los miré. Miré el cuidado con que tomaba cucharadas de alimento, sistemáticamente, con la atención profundamente concentrada, como si fuera muy importante aquello que hacía; tenía la mirada clavada en Magnificat, y mientras contemplaba al viejo gato volvió a sonreír, con esa sonrisa que tanto me había sobresaltado y conmovido.

Golpéame, oh Dios, pensé, recordando algo por alguna extraña razón. Golpéame, mátame; han hecho tanto daño a este chico dulce y bueno que ya casi no queda nada. Le han quemado los circuitos con la pretensión de curarlo. Jodidos sádicos, pensé, con sus batas esterilizadas. ¿Qué saben del corazón humano?

Tenía ganas de llorar.

Y volverá allá, pensé. Como dice Kirsten. Pasará entrando y saliendo del hospital el resto de su vida. Jodidos hijos de puta.

Golpea mi corazón,
Dios de tres personas;

Librodot

pues si hasta ahora sólo has llamado,
alentado, pulido y tratado de enmendar,
para que yo pueda erguirme y elevarme,
derríbame
y emplea tu fuerza.
Rompe, sopla, quema y hazme de nuevo.
Yo,
como una ciudad usurpada que a otro se debe,
trabajo para dejarte entrar, pero, oh, inútilmente.
Razona en mí tu virrey; quisiera defenderme,
pero está cautivo, y se demuestra falso o débil.
Sin embargo te amo,
y mucho querría ser amado,
pero estoy prometido a tu enemigo;
Divórciame, desata o rompe nuevamente el nudo,
Llévame a ti, aprisióname, porque nunca,
excepto si me cautivas, seré libre,
ni casto, excepto si me violas.

Mi poema favorito de John Donne; brotó de mí, en mi mente, mientras veía cómo Bill Lundborg daba de comer a mi viejo y deslucido gato.

Y me río de Dios, pensé; para mí no tiene sentido lo que Tim cree y enseña, ni el tormento que siente por esas novedades. Me estoy engañando; a mi propia y laboriosa manera, comprendo. Mira cómo atiende a ese gato ignorante. Él -ese chico- habría podido llegar a ser veterinario, si no lo hubieran mutilado, destrozado su mente. ¿Qué me había dicho Kirsten? Le asusta conducir; no saca la basura por la noche; no se baña y luego llora. También yo lloro, pensé, y a veces dejo que la basura se amontone, y una vez casi me salí de la pista en Hoffman y tuve que dar marcha atrás. Enciérrenme, pensé. Enciérrennos a todos. ¿Es ésta, entonces, la aflicción de Kirsten? ¿...que este chico sea su hijo?

Bill dijo:

-¿Puedo darle algo más? Aún tiene hambre.

-Todo lo que veas en la nevera -respondí-. ¿Quieres tú algo de comer?

-No, gracias -volvió a acariciar al terrible gato viejo, un gato que nunca dejaba que nadie se le acercara. Ha domesticado a ese animal, pensé; lo ha vuelto manso, como es él mismo: manso.

-¿Has venido en el autobús? -pregunté.

-Sí. Tuve que devolver mi licencia de conductor. Yo conducía, pero...

-Yo vengo en el autobús -dije.

-Tenía un coche grande -dijo Bill-. Un Chevy 56. Ocho cilindros, el ocho grande que hacían; era sólo el segundo año que Chevrolet hacía un ocho cilindros; el primero fue el 55.

-Son coches muy caros -dije.

-Sí. Chevrolet había cambiado la carrocería. Después de la más alta y más corta que hacía hasta entonces. La diferencia entre el Chevy 55 y el 56 está en la parrilla delantera; si lleva luces de giro en ella, se puede afirmar que es un 56.

-¿Dónde vives? -pregunté- ¿...en el centro?

-No vivo en ninguna parte. Salí de Napa la semana pasada. Me soltaron porque Kirsten está enferma. Vine hasta aquí haciendo dedo. Un hombre me llevó a pasear con su Stingray -sonrió-. Hay que sacar a la carretera esos 'Vettes una vez por semana; de lo contrario, se les forma un depósito de carbón en el motor. Este arrojaba carbón todo el tiempo. Lo que no me gusta del 'Vette es la carrocería de fibra de vidrio; no se puede reparar -explicó-. Pero ciertamente son bonitos. Ese era blanco. No recuerdo el año, aunque el hombre me lo dijo. Íbamos a ciento sesenta, pero la policía vigila cuando ve un 'Vette..., esperan que uno exceda

el límite. Teníamos un patrullero detrás, pero tuvo que pasar y alejarse con la sirena funcionando; alguna emergencia, seguramente. Aceleramos cuando se marchó. Estaban enojados pero no podían ocuparse de nosotros; tenían demasiada prisa.

Le pregunté, con todo el tacto que pude, por qué había venido a verme.

-Quería preguntarte una cosa -dijo Bill-. Conocí a tu marido. Tú no estabas en casa; estabas trabajando o algo así. Él estaba solo. ¿No se llamaba Jeff?

-Sí -dije.

-Yo quería saber... -Bill vaciló-. ¿Podrías decirme por qué se mató?

-Una cosa así supone una cantidad de factores... -me senté junto a la mesa de la cocina, frente a él.

-Yo sé que estaba enamorado de mi madre.

-Ah -dije-. Sabes eso.

-Sí, Kirsten me lo dijo. ¿Era la razón principal?

-Tal vez -dije.

-¿Cuáles eran las otras razones?

Guardé silencio.

-¿Me dirías una cosa? -dijo Bill-. Una cosa particular. ¿Tenía trastornos mentales?

-Estuvo en terapia. Pero no terapia intensiva.

-He estado pensando en eso -continuó Bill-. Estaba enojado con su padre por causa de Kirsten. En gran parte debía ser eso. Mira, cuando estás en el hospital..., en el hospital mental, conoces mucha gente que ha intentado suicidarse. Tienen las muñecas cortajeadas. Por eso se sabe siempre. Lo mejor, cuando se hace eso, es cortar hacia arriba, en la dirección de las venas -me mostró el brazo desnudo, señalando-. El error que comete la mayoría es cortar en la muñeca, en ángulo recto con las venas. Teníamos un tipo que se había hecho una herida de unos veinte centímetros en el brazo, y... Tal vez medio centímetro de ancho -vaciló en el cálculo- Y sin embargo pudieron coserlo. Había estado dentro meses. Una vez, durante la sesión de grupo, dijo que sólo quería ser un par de ojos en la pared, para poder ver a todos sin que nadie pudiera verlo a él. Sólo un observador; no una parte de lo que ocurría. Ver y oír, nada más. Claro que para eso habría necesitado también un par de orejas.

Por mi vida, no pude pensar nada que decir.

-Los paranoides tienen miedo de que los miren -agregó Bill-. Por eso la invisibilidad es importante para ellos. Una mujer no podía comer si alguien la miraba. Siempre se llevaba la bandeja a su habitación. Creería que comer era sucio... -Bill sonrió. Yo logré devolver su sonrisa.

Qué extraño es esto, pensé. Una conversación irreal, como si no estuviera ocurriendo de veras.

-Jeff sentía gran hostilidad -dijo Bill-. Contra su padre y contra Kirsten, y tal vez contra ti, aunque pienso que mucho menos. Hablamos de ti el día que vine. No recuerdo cuándo era. Yo tenía permiso por dos días. También vine haciendo dedo. No es difícil. Me trajo un camión, pese a que tenía un cartel de «Pasajeros no». Traía sustancias químicas, pero no tóxicas; si llevan tóxicos o combustibles no levantan a nadie, pues en caso de accidente, si uno muere o se envenena, el seguro queda sin efecto.

Otra vez no pude pensar en nada; asentí.

-En el caso de un accidente donde el pasajero que viaja a dedo muere o se lastima, la ley presume que viaja a su propio riesgo. Y por eso no puede haber ningún juicio. Así es la ley de California. No sé cómo será en otros estados.

-Sí -dije-. Jeff estaba furioso con Tim.

-¿Sientes animosidad contra mi madre?

Después de pensármelo bien durante un buen rato, dije:

-Sí. Verdaderamente, sí.

-¿Por qué? No era su culpa. Una persona que se mata asume toda la responsabilidad. Aprendimos eso. Uno aprende un montón en el hospital, descubre cantidad de cosas que la

Librodot

gente de afuera no sabe. Es un curso acelerado de realidad, lo que es la última... paradoja -hizo un gesto-. Porque allí está, presumiblemente, la gente que no enfrenta la realidad. Así es como llegan al hospital mental del estado, como el Napa, y tienen que enfrentar de golpe mucha más realidad que los demás. Y la enfrentan bien. He visto cosas que me han enorgullecido, pacientes que ayudan a otros. Una vez, esa mujer, de unos cincuenta años, me dijo: «¿Puedo confiar en ti?». Me hizo jurar que mantendría el secreto. Le prometí que no diría nada. Dijo: «Esta noche me voy a matar» y me explicó de qué manera. No era un pabellón cerrado. Tenía el coche en el estacionamiento, y una llave, y ellos -los médicos- no lo sabían; creían que tenían todas sus llaves pero ella había logrado quedarse con ésa. Entonces yo pensé qué debía hacer. ¿Decirle al doctor Gutman? Él estaba a cargo del pabellón. Pero lo que hice fue escaparme al parking -yo sabía cuál era su coche- y como quitarle el cable que va... bueno, tú no sabes. Que va de la bobina al distribuidor. No se puede poner en marcha el motor sin ese cable. Es fácil sacarlo; cuando uno deja el coche en un sitio peligroso, y tiene miedo de que lo roben, se quita ese cable. Sale muy fácil. Ella apretó el arranque hasta que se gastó la batería y después volvió. Estaba furiosa, pero más tarde me dio las gracias -Bill reflexionó y luego dijo, mitad para sus adentros-: Ella pensaba chocar de frente contra otro coche en el puente de la Bahía. Así que también a él lo salvé, al otro coche. Podía haber sido una furgoneta llena de chicos.

-Dios mío -dije débilmente.

-Fue una decisión que tuve que tomar deprisa -dijo Bill-. Apenas supe que tenía esa llave..., había que hacer algo. Era un gran Mercedes. Plateado. Casi nuevo. Ella tenía mucho dinero. En una situación tal no hacer nada es como ayudar a matarse...

-Habría sido mejor avisarle al doctor -dije.

-No -sacudió la cabeza-. Entonces, ella... Es difícil de explicar. Ella sabía que yo lo hice para salvarle la vida, no para meterla en líos. Si le hubiera contado a los médicos, y especialmente al doctor Gutman, habría pensado que yo simplemente quería que estuviera allí dos meses más. Pero de ese modo, nadie lo supo, y no la retuvieron más tiempo del previsto originalmente. Cuando salí -ella había salido antes- fue un día a lo que es mi casa. Yo le había dado mi dirección; fue en el mismo Mercedes, lo reconocí enseguida. Quería saber cómo me iba.

-¿Y cómo te iba? -pregunté.

-Bastante mal. No tenía dinero para pagar el alquiler; me iban a echar. Ella tenía un montón de dinero; su marido era rico. Tenían muchas casas de apartamento en toda California, hasta San Diego. Volvió al coche y me dio un rollito; yo creí que eran níqueles, ya sabes..., esos rollos que hacen con las monedas. Pero abrí una punta y eran monedas de oro. Me dijo después que tenía parte de su dinero en forma de oro. Eran de alguna colonia inglesa. Me dijo que cuando las vendiera, especificara que eran «B.U.». Eso quiere decir nuevas, sin circulación. Un término del mercado de monedas. Una moneda «B.U.» vale más. Las vendí y me dieron doce dólares por cada una. Me guardé una, pero la perdí. Me dieron como seiscientos dólares por el rollo, sin contar la que faltaba -se volvió y miró la cocina-. El agua hierve.

Vertí el agua en la cafetera.

-El café de filtro que no hierve -dijo Bill-, es mucho mejor que el preparado al vapor, ese que sube y vuelve a bajar.

-Es verdad -respondí.

Bill agregó:

-He estado pensando mucho en la muerte de tu marido. Parecía una persona realmente encantadora. A veces, eso es un problema.

-¿Por qué?

-Muchas enfermedades mentales se deben a que las personas reprimen su hostilidad y tratan de ser amables, demasiado amables. No se puede reprimir siempre la hostilidad. Todo el mundo la tiene; hay que sacarla.

Librodot

-Jeff era muy tranquilo -dije-. Era difícil hacer que peleara. En las peleas matrimoniales, normalmente era yo la que me enojaba.

-Kirsten dice que tomaba ácido.

-No creo que fuera verdad -dije-. Que tomara ácido.

-Mucha gente que tiene problemas los debe a las drogas. Se ven muchos en el hospital, y no siempre por las drogas mismas, en contra de lo que se dice. En su mayoría, por mala nutrición; la gente que se droga se olvida de comer, y cuando comen, comen mala comida. Los músculos... Todos los drogados tienen moretones, salvo, por supuesto, si toman anfetaminas, en cuyo caso no comen nada. Lo que parecen psicosis causadas por el cerebro intoxicado en la gente que toma anfetaminas es en verdad una deficiencia de los electrolitos galvánicos. Que se pueden reemplazar con toda facilidad.

-¿En qué trabajas? -pregunté; ya no se veía incómodo, hablaba con mayor confianza.

-Soy pintor -dijo Bill.

-¿Te interesa algún artista en...?

-Pintor de coches -sonrió suavemente-. Pintura a soplete. En Leo Shine's. En San Mateo. «Pintaré su coche del color que usted quiera por cuarenta y nueve cincuenta y le daré una garantía escrita por seis meses» -rió, y yo también reí; había visto los anuncios de TV de Leo Shine's.

-Yo quería mucho a mi marido -dije.

-¿Iba a ser sacerdote?

-No. No sé qué quería ser.

-Tal vez nada. Yo estoy haciendo un curso de programación de computadoras. Ahora estudio algoritmos. Un algoritmo es una receta, como las que se usan para hacer pasteles. Es una secuencia de pasos crecientes que a veces utiliza repeticiones preestablecidas; ciertos pasos deben reiterarse. El aspecto esencial del algoritmo es que sea significativo; suele ocurrir que se pregunte involuntariamente a una computadora algo que no puede contestar; no porque sea estúpida sino porque realmente la pregunta no tiene respuesta.

-Comprendo -dije.

-Dime el número más alto que sea menor de dos -dijo Bill-. ¿Te parece que ésta es una pregunta significativa?

-Sí -respondí-. Lo es.

-No -movió la cabeza-. No existe ese número.

-Yo sé cuál es -dije-. Es uno, coma, nueve...

-Tendrías que llevar la secuencia de dígitos hasta el infinito. Esa pregunta no es inteligible. Por eso, el algoritmo es erróneo. Le pides a la computadora algo que no se puede hacer. Si tu algoritmo es ininteligible, la computadora no puede responder, aunque en general lo intenta.

-Basura que entra -dije-, basura que sale.

-Así es -asintió.

-Ahora -dije-, te voy a hacer yo una pregunta. Te voy a decir un proverbio, alguno muy común. Si no lo conoces...

-¿Cuánto tiempo tendré?

-No se toma el tiempo. Dime sólo qué quiere decir el proverbio «Escoba nueva barre bien». ¿Qué significa?

Después de una pausa, Bill respondió:

-Significa que una escoba vieja se gasta y hay que tirarla.

Dije luego:

-El niño quemado teme al fuego.

Nuevamente guardó silencio por un instante, con la frente arrugada.

-Los niños suelen quemarse, especialmente cerca de la cocina. De una cocina como ésta -señaló la mía.

-«Sobre llovido, mojado» -pero ya sabía. Bill Lundborg tenía un trastorno del pensamiento; no podía explicar los proverbios y simplemente los repetía en términos concretos, los mismos

en que habían sido expuestos.

-A veces llueve mucho y te mojas -dijo, vacilando-. Especialmente, cuando no lo esperas.

-«Vanidad, tu nombre es mujer».

-Las mujeres son vanidosas. Eso no es un proverbio. Es una cita de alguien.

-Es verdad -dije-. Lo has hecho muy bien -pero en verdad, en verdad, como decía Tim, o como decía Jesús, o los zadokitas, esta persona era totalmente esquizofrénica, según el Test de Proverbios de Benjamin. Yo sentía un vago y extraño dolor al comprender esto mientras lo veía, tan joven y físicamente sano, y tan incapaz de pensar de modo abstracto. Tenía la clásica incapacidad cognitiva de la esquizofrenia; su raciocinio se limitaba a lo concreto.

Ya puedes olvidarte de ser programador de computadoras, dije para mí misma. Pintarás coches deportivos a soplete hasta que llegue el Juez Escatológico y nos libere a todos de nuestras preocupaciones. Te libere a ti y me libere a mí y a cada persona, y entonces, tu mente enferma será, presumiblemente, curada. Arrojada a un cerdo que pasa, para que salte por un precipicio a su destino. Adonde pertenece.

-Perdón -dije; salí de la cocina y fui a través de la casa hasta el punto más alejado de Bill Lundborg. Me apoyé contra la pared con la cara apretada contra el brazo. Podía sentir mis lágrimas sobre mi piel, lágrimas calientes... Pero no hice ruido.

7

Sentía que yo misma era como Jeff, llorando a solas en el fondo de la casa por alguien a quien quería... ¿Dónde va a terminar esto? Tiene que terminar y no parece tener fin; simplemente continúa, una secuencia de explosiones, como la computadora de Bill Lundborg tratando de establecer cuál es el número más alto anterior a un número entero, una tarea imposible.

Poco después, Kirsten salió del hospital; se recuperó gradualmente de sus trastornos digestivos y, una vez curada, ella y Tim volvieron a Inglaterra. Antes de que salieran de Estados Unidos supe por ella que su hijo Bill estaba en la cárcel. El Servicio Postal Federal lo había contratado, y luego despedido.

Él, en respuesta al despido, había roto los cristales de la estafeta de San Mateo... con los nudillos desnudos. Evidentemente, estaba loco de nuevo. Si se podía decir que en algún momento no lo estuviera.

Por todo esto, perdí la pista de todos; no volví a ver a Bill después de aquel día en que me visitó; vi a Kirsten y a Tim unas cuantas veces, a ella más que a él, y luego me encontré sola y no muy feliz, preguntándome cuál era el sentido del mundo y especulando sobre él, si es que se lo encontraba. Tal como los períodos de cordura de Bill Lundborg, esto era materia discutible.

Un día el estudio jurídico y cerería dejó de funcionar. Mis dos empleadores fueron acusados de tráfico de drogas. Yo lo había previsto. Se podía ganar más dinero vendiendo cocaína que velas. En ese tiempo la cocaína no estaba de moda como ahora; pero aún así la demanda constituía una tentación que mis empleadores no pudieron resistir. Las autoridades lograron atraparlos por su incapacidad de decir que no al dinero; los dos fueron condenados a cinco años de cárcel. Estuve ociosa unos meses, ganando un seguro de paro, y luego entré como vendedora en la Musik Shop, en la Telegraph Avenue, cerca de Channing Way, donde trabajo ahora.

La psicosis adopta muchas formas. Puedes ser psicótico acerca de todo o concentrarte en un tema especial. Bill representaba la demencia ubicua; la demencia se había infiltrado en todas las facetas de su vida, al menos eso me parecía...

La idea fija de la locura es fascinante, si se inclina uno a ver con interés algo que es palpablemente imposible y sin embargo existe. *Sobre-valencia* es la noción de las posibilidades de la mente humana -posibilidades de que algo marche mal- y que, si no

Librodot

existiera, no podría ser supuesta. Con esto quiero decir sencillamente que es preciso ver una idea *sobre-valente* en plena acción para apreciarla. La expresión antigua es *ideé-fixe*. Idea *sobre-valente* es una expresión mejor; deriva de la mecánica, la química y la biología; es un término gráfico e involucra la noción de *poder*. Lo esencial de la valencia es el poder, y a esto me refiero; hablo de una idea que, apenas llega a la mente humana, quiero decir la mente de un ser humano determinado, no sólo persiste indefinidamente, sino que además consume todo el conjunto de la mente, de manera que, al final, desaparecen la persona y la mente como tales, y sólo perdura la idea *sobre-valente*.

¿Cómo comienza una cosa así? ¿Cuándo comienza? Jung habla en alguna parte -olvido en cuál de sus libros-, de una persona, una persona normal en cuya mente aflora un día cierta idea que no se marcha nunca. Además, dice Jung, después de que esa idea entra en la mente de esa persona, nada nuevo ocurre jamás en esa mente; para ella el tiempo se detiene; la mente muere. La mente, como una entidad viva y creciente, muere. y sin embargo, la persona subsiste.

A veces, supongo, una idea *sobre-valente* penetra en la mente como un problema, o un problema imaginario. Esto no es tan raro. Te dispones a acostarte, por la noche, tarde, y de pronto aparece en tu mente la idea de que no has apagado las luces del coche. Miras por la ventana tu coche, que está en la calle, bien visible, y lo ves sin luces. Pero piensas: «Quizá dejé las luces encendidas tanto tiempo que se ha gastado la batería. Para asegurarme, debo bajar a ver». Te pones una bata, bajas, abres la puerta del coche, te metes dentro, aprietas el interruptor de las luces frontales... Las luces se encienden. Las apagas, sales, cierras el coche y vuelves a casa. Lo que ocurre es que te has vuelto loco, psicótico. Porque no has tenido en cuenta el testimonio de tus sentidos; has visto por la ventana que las luces de tu coche estaban apagadas, pero has bajado de todos modos. Ese es el factor principal: has visto, pero no has creído. O a la inversa, no has visto algo pero lo has creído. Teóricamente, podrías oscilar una eternidad entre el coche y tu dormitorio, atrapado en un círculo cerrado sin fin, abriendo la puerta del coche, probando las luces, volviendo a la casa, y entonces serías una máquina. Ya no más un ser humano.

Por otra parte, una idea *sobre-valente* puede presentarse no como un problema real o imaginario, sino como una solución.

Si se presenta como un problema, tu mente luchará contra ella, porque nadie realmente quiere problemas, o goza de ellos. Pero si surge como una solución -por supuesto, una falsa solución-, entonces no la combatirás, pues tiene un alto valor utilitario; es algo que necesitas, la has conjurado para satisfacer esa necesidad.

Es muy poco probable que te muevas circularmente entre tu coche y tu dormitorio el resto de tu vida; pero es muy posible que si te atormentan la culpa, el dolor, la inseguridad, y una vasta inundación de autoacusaciones que te asalta infaliblemente todos los días, aparezca, como solución, una idea fija persistente. Eso fue lo que vi en Kirsten y en Tim, a su regreso de Inglaterra, por segunda vez. Durante esa segunda estancia en Londres, en algún momento, una idea, una idea *sobre-valente* surgió en sus mentes, y eso fue todo.

Kirsten regresó varios días antes que Tim. No fui a recibirla al aeropuerto; nos encontramos en su habitación del piso superior del St. Francis, en la misma noble colina de San Francisco donde se encuentra la Grace Cathedral. Estaba desempacando activamente y pensé: «Dios mío, ¡qué joven parece...! En comparación con la última vez que la vi..., está resplandeciente. ¿Qué ha ocurrido?». Menos arrugas en su cara; se movía con ágil flexibilidad, y cuando entré en la habitación sonrió, sin la amarga tensión ni las diversas acusaciones tácitas a las que me había acostumbrado.

-Hola -dijo.

-Chica -dije-, estás espléndida.

Asintió.

-He dejado de fumar -sacó un paquete de una maleta abierta sobre la cama-. Te he traído un par de cosas. Llegarán más por barco; sólo pude meter esto aquí. ¿Quieres abrirlo ahora?

Librodot

-No me recobro de mi asombro por lo bien que te veo.

-¿Crees que he perdido peso? -giró y se situó ante uno de los espejos de la suite.

-Algo así.

-Tengo un enorme baúl que viene en barco. Ah, si lo has visto; tú me ayudaste a empacar. Tengo mucho que contarte.

-Por teléfono dabas a entender...

-Sí -dijo Kirsten; se sentó en la cama, buscó en su bolso, lo abrió y sacó un paquete de cigarrillos Player's; sonriendo, encendió uno.

-Creía que ya no fumabas -dije.

Reflexivamente, dejó el cigarrillo.

-Todavía lo hago de vez en cuando, por la costumbre...

Continuaba sonriendo, de un modo misterioso e intenso, aunque velado.

-Pues bien, ¿qué ocurre? -pregunté.

-Mira sobre la mesa.

Miré. Había un gran cuaderno.

-Ábrelo -dijo Kirsten.

-Está bien -tomé el cuaderno y lo abrí; en algunas páginas no había nada, pero en su mayoría estaban cubiertas por la escritura de Kirsten.

-Jeff ha vuelto con nosotros -me dijo-. Desde el otro mundo.

Si en ese momento le hubiese dicho: «Señora, está usted loca de remate» no lo habría hecho muy diferente... Y no me reprocho por no haber podido hacerlo. La confusión me dominaba sin atenuantes.

-Oh -dije, asintiendo-. Qué sabe una -intenté leer, pero no entendí-. ¿Qué quieres decir? -pregunté.

-Fenómenos -dijo Kirsten-. Así los llamamos Tim y yo. Me clava las agujas debajo de las uñas por la noche y pone todos los relojes a las seis y media, que es la hora exacta en que murió.

-Oh -dije.

-Llevamos un registro -dijo Kirsten-. No queríamos decirte nada por carta ni por teléfono, queríamos contártelo personalmente. Por eso he esperado hasta hoy -alzó los brazos, excitada-. Angel, ha vuelto con nosotros.

-Coño -dije, mecánicamente.

-Cientos de incidentes. Cientos de fenómenos. Bajemos al bar. Empezó inmediatamente después de nuestro regreso a Londres. Tim fue a un médium. Dijo que era verdad. Sabíamos que lo era; no era necesario que nadie nos lo dijera, pero queríamos estar realmente seguros, porque pensábamos que no era posible, tan sólo posible, que fuera un poltergeist. ¡Pero no lo es! ¡Es Jeff!

-Diablos -dije.

-¿Crees que bromeo?

-No -respondí sinceramente.

-Porque los dos lo vimos. Y también los Winchell, nuestros amigos de Londres. Y ahora que estamos de vuelta en Estados Unidos, queremos que también tú lo veas y lo registres, para el nuevo libro de Tim. Está escribiendo un libro sobre esto, porque no sólo tiene sentido para nosotros, sino para todos, pues demuestra que el hombre existe en otro mundo después de morir aquí.

-Sí -dije-. Vamos al bar.

-El libro de Tim se llama «Desde el otro mundo». Ya ha recibido un anticipo de diez mil dólares por él; su editor cree que será un best seller.

-Estoy sorprendida -dije.

-Yo sé que no me crees -su tono se había vuelto duro, con ribetes de furia.

-¿Por qué razón no habría de creerte?

Librodot

-Porque la gente no tiene fe.

-Tal vez, después de leer el cuaderno...

-Él, Jeff..., me quemó el pelo dieciséis veces.

-Oh.

-Y destrozó todos los espejos del apartamento. No una sino muchas veces. Nos levantábamos y los veíamos rotos sin haber oído nada, ninguno de los dos. El doctor Mason -el médium que visitamos- dijo que Jeff deseaba hacer que comprendiéramos que nos perdonaba. También a ti te ha perdonado.

-Oh -dije.

-No seas sarcástica -dijo Kirsten.

-No es mi intención ser sarcástica -dije-. Como puedes ver, me sorprende. No tengo palabras. Supongo que con el tiempo me recobraré -avancé hacia la puerta.

Edgar Barefoot, en una de sus charlas por la KPFA, habló de una forma lógica de la inferencia desarrollada en la India por la escuela hindú. Es muy antigua y ha sido muy estudiada, no sólo en la India sino también en Occidente. Es el segundo medio de conocimiento con que el hombre adquiere conocimiento adecuado y se llama *anumana*, que significa, en sánscrito, «medir alguna cosa, o inferencia». Tiene cinco etapas y no las detallaré, porque es difícil; pero lo más importante es que si desarrollan correctamente esas cinco etapas -el sistema contiene medios de prueba para determinar con precisión si se han desarrollado- se tiene la seguridad de haber pasado de la premisa a la conclusión correcta.

El elemento más distintivo del *anumana* es el tercer paso, la ilustración (*udharahana*); requiere lo que se llama una concomitancia invariable (*vyapti*; literalmente, «invasión completa»). La forma *anumana* de razonamiento por inferencia sólo funciona si se está absolutamente seguro de poseer un *vyapti*; no una concomitancia, sino una concomitancia invariable. Por ejemplo, a la noche se oye un ruido seco, fuerte, explosivo, con ecos. Quien lo oye, se dice: «Debe ser el escape de un coche, porque ése es el ruido que hace el escape de un coche». Precisamente allí está la médula del razonamiento por inferencia, es decir, del efecto a la causa, y por eso en Occidente muchos lógicos consideran sospechoso el razonamiento inductivo, y piensan que sólo se puede confiar en el deductivo. El *anumana* intenta lograr lo que se llama una base suficiente; la ilustración o *udharahana* exige una observación real -no supuesta- en todo momento, sosteniendo que no se puede presumir una concomitancia *que no es ejemplificada*.

Nosotros, en Occidente, no tenemos un silogismo exactamente igual al *anumana*; y es una vergüenza que no sea así, porque si poseyéramos una forma rigurosa de controlar nuestro razonamiento inductivo, el obispo Timothy Archer habría podido conocerla; y si así hubiera sido, habría sabido que, en realidad, el pelo quemado de su amante al despertar no demostraba que el espíritu de su hijo muerto había regresado desde el otro mundo, es decir desde el otro lado de la tumba. El obispo Archer podía lanzar términos como *hysteron proteron* porque esa falacia era conocida en el pensamiento griego, es decir, occidental. Pero el *anumana* viene de la India. Los lógicos hindúes distinguían una típica base falaz que destruía el *anumana*; la llamaban *hetvabhasa* («mera apariencia de una base») y se refería a un solo paso entre los cinco del *anumana*. Hallaron una variedad de formas de poner a prueba esta estructura de cinco pasos; un hombre de la inteligencia y educación del obispo Archer habría podido, o debería haber podido seguir cada una de esas formas. El hecho de que pudiera creer que unos pocos sucesos extraños no explicados significaban que Jeff no sólo estaba aún vivo (en alguna parte), sino que se comunicaba (de algún modo) con los vivos, demostraba, como Wallenstein con sus cartas astrológicas durante la Guerra de los Treinta Años, que la facultad del conocimiento preciso es variable, y depende, en último análisis, de lo que uno quiere creer, y no de lo que es. Un lógico hindú de hace muchos siglos habría visto de inmediato una falacia básica en el argumento que sostenía la inmortalidad de Jeff, y de este modo la voluntad de creer ahuyentaba a la mente racional, siempre y en todos los casos en que ambas entraban en conflicto. Esto es todo lo que yo podía suponer, fundándome en lo que estaba viendo.

Supongo que todos lo hacemos, y con frecuencia; pero se trataba de algo demasiado básico y evidente para ignorarlo. El hijo lunático de Kirsten, concretamente esquizofrénico, podía ver por qué era una exigencia ininteligible preguntarle a una computadora el número más grande menor de dos; pero el obispo Timothy Archer, un abogado, un erudito, un adulto cuerdo, veía un alfiler en la sábana junto a su amante y saltaba a la conclusión de que su hijo muerto se comunicaba con ellos desde otro mundo. Además, Tim escribía un libro a propósito de esto, un libro que sería publicado y leído; no sólo creía un disparate, sino que lo creía de una manera pública.

-Espera hasta que el mundo se entere -declaraba el obispo Archer, y también su amante. Quizá, vencer en el juicio por herejía lo había convencido de que era infalible; o que si se equivocaba, nadie podría destruirlo. Estaba errado en ambos casos; podía equivocarse, y había personas que podían causar su destrucción. Sin ir más lejos, él mismo podía destruirse.

Vi claramente todo esto mientras estaba con Kirsten en uno de los bares del St. Francis Hotel ese día. Pero no podía hacer nada. Su idea fija, que no era un problema sino una solución, no admitía razonamientos, aunque finalmente se convirtió en un nuevo problema. Habían tratado de resolver un problema con otro. No es así como se hace; no se puede resolver un problema con otro mayor. Así había tratado Hitler -increíblemente parecido a Wallenstein- de ganar la Segunda Guerra Mundial. Tim podía fustigar a su antojo mi razonamiento *hysteron proteron*, y luego ser víctima de los disparates ocultistas de la literatura barata. Así, también habría podido creer que unos viejos astronautas habían traído a Jeff de regreso de otro sistema solar.

Me dolía pensar en esto. Me dolían las piernas, me dolía todo el cuerpo. ¡Obispo Archer...! Yo no podía parar de *hysteronproteronearme* calle arriba y calle abajo; él era un obispo, yo sólo una chica con una graduación universitaria de California en humanidades... Una noche había escuchado a Edgar Barefoot hablar de esa cosa hindú, el *anumana*, y sabía más o podía más que el obispo de California; pero no tenía importancia porque el obispo de California no pensaba oírme, ni oír a nadie que no fuera su amante, que como él mismo, estaba tan hundida en la culpa y tan confundida por la intriga y el engaño derivados de su relación invisible, que desde mucho antes no podía razonar correctamente. Bill Lundborg, que estaba en la cárcel, habría podido arreglar las cosas. Un conductor de taxi elegido al azar les habría dicho que estaban destruyendo deliberadamente sus vidas, no sólo por creer lo que creían, lo que era en sí suficientemente destructivo, sino por la decisión de publicarlo. Está bien. Hazlo. Arruina tu maldita vida. Haz cartas astrales; lee horóscopos mientras se prepara la guerra más destructiva de los tiempos modernos. Ganarás un lugar en los libros de historia: el lugar del necio. Te sentarás en el banco alto del rincón; usarás el bonete cónico; desharás toda la actividad social que has construido de acuerdo con algunas de las mejores mentes del siglo. Para esto ha muerto el doctor Martín Luther King Jr. Para esto has marchado en Selma: para creer ahora -y decirlo públicamente- que el espíritu de tu hijo muerto clava alfileres debajo de las uñas de tu amante mientras duerme. Publícalo, no te detengas. Te lo ruego.

El error lógico, por supuesto, era que Kirsten y Tim razonaban hacia atrás, del efecto a la causa; no veían la causa; únicamente veían lo que llamaban «fenómenos» y de ellos inferían que Jeff era la causa secreta que operaba en o desde «el otro mundo». La estructura del *anumana* demuestra que este razonamiento inductivo no es en modo alguno un razonamiento; con el *anumana* uno parte de una premisa y avanza, a través de los cinco pasos, hasta la conclusión; y cada paso es estanco en relación con el anterior y el siguiente; pero no hay ninguna lógica sólida en acción si de espejos rotos y pelos quemados y relojes detenidos y demás basuras se infiere otra realidad en que los muertos no están muertos. Lo que se demuestra es que uno es crédulo y se conduce mentalmente al nivel de un niño de seis años; que no comprueba la realidad y se pierde en el autismo, en el cumplimiento del deseo. Pero es un autismo de tipo extraño, porque gira en torno de una sola idea; no invade todo el campo, toda la atención. Aparte de esa única premisa falsa, esa única inducción defectuosa, uno es lúcido y sano. Es una locura localizada, que permite hablar y actuar normalmente el resto del

Librodot

tiempo. Por eso, nadie te encierra; porque aún puedes ganarte la vida, bañarte, conducir un coche, sacar la basura por la noche. No estás loco como Bill Lundborg; y en cierto modo (según como definas «loco») no lo estás en absoluto.

El obispo Archer podía cumplir sus obligaciones pastorales. Kirsten podía comprar ropa en las mejores tiendas de San Francisco. Ninguno de ellos rompería con los puños desnudos los cristales de las ventanas de una estafeta de correos de los Estados Unidos. No se puede arrestar a nadie por creer que su hijo se comunica con este mundo desde el otro, ni por creer, para el caso, que existe otro mundo. Aquí la idea fija se disimula en la religión, al convertirse en una parte de la orientación ultraterrenal de las religiones reveladas del mundo. ¿Qué diferencia hay entre creer en un Dios que no se puede ver y creer en un hijo a quien no se puede ver? ¿Qué distingue una invisibilidad de otra? Hay, sin embargo, una diferencia, aunque confusa. Tiene que ver con la opinión general, una zona resbaladiza; muchas personas creen en Dios, y pocas que Jeff Archer pueda clavar alfileres bajo las uñas de Kirsten Lundborg mientras duerme; ésa es la diferencia, y así se ve claramente la subjetividad del asunto. Después de todo, Kirsten y Tim tienen esos malditos alfileres, el pelo quemado y los espejos rotos, por no mencionar los relojes parados. Pero ambos cometen un error lógico, y no sé si la gente que cree en Dios comete un error, pues no es posible comprobar su sistema de creencias. Se trata sencillamente de fe.

Ahora yo había sido formalmente invitada a asistir como esperanzada espectadora a posteriores «fenómenos», y si ocurrían podría testimoniar lo que hubiera visto y añadir mi nombre al próximo libro de Tim, un libro que, como había dicho su editor, se vendería indudablemente más que los anteriores de él, cuyo tema era menos sensacional. Pero no podía negarme. Jeff había sido mi marido. Yo lo había amado. Hubiese querido creer. Y lo que era peor: sentía el motor psicológico que impulsaba a creer a Kirsten y a Tim, y no quería derrumbarles la fe -o la credulidad- pues alcanzaba a vislumbrar el efecto que tendría el cinismo. Los dejaría sin nada, una vez más llenos de culpa, una culpa que ninguno de ambos estaba en condiciones de sobrellevar. Por lo tanto, yo debía aceptar la situación, aunque sólo fuera *pro forma*. Debía demostrar interés, excitación, fe. No sería suficiente la neutralidad, se necesitaría entusiasmo. El daño ya estaba hecho, había sido hecho en Londres, antes de que me metieran en esto. La decisión ya había sido tomada. Si yo decía «es una locura», continuarían de todos modos, a pesar de la amargura. Al diablo con el cinismo, pensé mientras estaba con Kirsten en el bar del St. Francis. No hay nada que ganar y sí mucho que perder; y tampoco importa; Tim escribirá y publicará el libro, conmigo o sin mí.

Era un mal razonamiento. Que algo parezca inevitable no da motivo para apoyarlo voluntariamente. Pero eso es lo que pensé. Y vi también esto: si decía a Kirsten y a Tim cómo me sentía, probablemente no volvería a verlos nunca más; me alejarían, me harían a un lado; yo seguiría con mi empleo en la tienda de discos, y mi amistad con el obispo Archer iría quedando en el pasado. Significaba demasiado para mí. No podía perderlo.

Esa fue mi motivación falaz: mi deseo. Quería seguir viéndolos. Y por eso decidí ser cómplice, a sabiendas. Lo decidí entonces, en el St. Francis. Mantuve la boca cerrada, me reservé mis opiniones y me dispuse a registrar los fenómenos esperados, y participé en algo cuya estupidez conocía. El obispo Archer destruyó su carrera, y ni una sola vez traté de hablar con él para impedirlo. Después de todo, había tratado inútilmente de alejarlo de su relación con Kirsten. Esta vez, no sólo me vencería con sus argumentos; me apartaría. El costo sería demasiado alto para mí.

Yo no compartía su idea fija. Pero hice como ellos y hablé como ellos hablaban. El libro del obispo Archer menciona mi nombre; acredita mi «inapreciable ayuda» para anotar y registrar las diarias manifestaciones de Jeff, que no existían. Supongo que esto es lo que gobierna el mundo: la debilidad. Todo se resume en el poema de Yeats que dice: «los mejores carecen de toda convicción», o como sea exactamente. Todos conocen el poema, no tengo por qué citarlo.

«Cuando disparas contra un rey debes matarlo». Si planeas decir a un hombre

Librodot

mundialmente famoso que es un tonto, debes afrontar el hecho de que perderás lo que no puedes obligarte a perder. Y por eso cerré mi jodida boca, bebí mi copa, pagué la copa de Kirsten y la mía, acepté los regalos que me había traído de Londres y prometí acompañarlos a esperar los próximos fenómenos y los nuevos acontecimientos.

Y lo haría de nuevo, si tuviese la oportunidad... Porque los amaba, tanto a Kirsten como a Tim. Los amaba más que a mi propia integridad. La amistad me parecía algo inmenso; y por lo tanto la importancia de la integridad, y la integridad misma, disminuyeron hasta desaparecer por completo. Dije adiós a mi integridad y conservé mis amistades. Otro tendrá que juzgar si procedí bien, porque aún no he perdido interés en el asunto. Aún veo solamente a dos amigos, que regresaban después de varios meses en el exterior, amigos a quienes había extrañado mucho tiempo y sin los cuales no podía vivir. Y había también, profundamente enclavado, un factor sutil que me urgía y que no he reconocido hasta hoy: me enorgullecía conocer a un hombre que había marchado con el doctor King en Selma, un hombre famoso que había sido entrevistado por David Frost y cuyas opiniones ayudaban a conformar el moderno mundo intelectual. Ahí está todo, en esencia. Yo me definía -definía mi identidad- como la nuera y amiga del obispo Archer.

Era una motivación perversa, pero que se había apoderado firmemente de mí. «Conozco al obispo Archer» decía mi mente en la oscuridad de la noche. Susurraba esas palabras, y conformaba mi autoestima; además, también yo sentía culpa por el suicidio de Jeff; y participando de la vida, la historia, los hábitos y modalidades del obispo Archer, perdía, o al menos sentía disminuir, mi inseguridad.

Pero en mi razonamiento había también un error lógico -aparte del ético- que no había percibido; con su locura crédula y supersticiosa, el obispo de California echaría a los vientos su influencia, su poder de control de la opinión pública, ese mismo poder que me atraía de él. Si ese día en el St. Francis yo hubiera podido aprehender con exactitud la situación, habría previsto esto y actuado luego de otra manera. El obispo no sería por mucho tiempo un gran hombre; se transformaría de autoridad en fraude. Y así, buena parte de su atracción se desvanecería pronto. De manera que, en ese sentido, yo vivía en la ilusión tanto como él. Pero mi mente no registró eso aquel día. Pensaba en él como era entonces, no como sería dentro de pocos años. También yo actuaba al nivel de los seis años. No hice ningún mal, realmente; pero tampoco hice bien, y me envilecí para nada. Nada bueno salió de eso; y cuando miro atrás lamento amargamente no haber tenido entonces la comprensión que tengo ahora. El obispo Archer nos arrastró porque lo amábamos y creíamos en él, aun cuando sabíamos que estaba equivocado; y éste es un terrible pensamiento, una cuestión que debería incitar el temor moral y espiritual. Ahora lo genera en mí, pero no fue así en ese momento. Mi temor llegó demasiado tarde, como una visión retroactiva.

Esto puede parecer un aburrido parloteo; pero es algo más para mí. Es la angustia de mi corazón.

8

Las autoridades no mantuvieron mucho tiempo en la cárcel a Bill Lundborg. El obispo Archer obtuvo su liberación, fundada en la historia clínica de enfermo mental crónico de Bill, y un día el chico apareció en el apartamento del Tenderloin, con un suéter de lana que le había tejido Kirsten, los pantalones deformados y la cara tierna y regordeta.

A mí, personalmente, me alegró verlo. Había pensado en él varias veces, preguntándome cómo le iría. No parecía que la cárcel le hubiera hecho mal. Quizá no se distinguía, para él, de los confinamientos periódicos en el hospital. Por lo que sabía -yo no había estado en ninguno de ambos- la diferencia era muy poca.

-Hola, Angel -me dijo cuando entré en el apartamento; había salido a cambiar de lugar mi nuevo Honda para evitar una multa-. ¿Qué coche tienes?

-Un Honda Civic -dije.

-Buen motor -dijo Bill-. No se pasa de revoluciones, como la mayoría. Y tiene buena suspensión. ¿Cuál es? ¿El de cuatro o el de cinco velocidades?

-El de cuatro -me quité el abrigo y lo colgué en el armario de la entrada.

-A pesar de su pequeña base, marcha muy bien. Pero si chocas..., si te choca un coche americano, desapareces -dijo Bill-. Probablemente volcarías.

Me habló entonces de las estadísticas de accidentes con coches pequeños. Me presentó un cuadro sombrío; mis posibilidades no podían compararse, por ejemplo, con las de un Mustang. Bill habló con entusiasmo del nuevo Oldsmobile de tracción delantera, al que pintó como un gran adelanto de ingeniería en términos de tracción y de comportamiento en la carretera. Era evidente que consideraba necesario que yo tuviera un coche grande; demostraba preocupación por mi seguridad. Yo encontré conmovedor esto; además, él sabía de qué hablaba. Yo había perdido dos amigos en un accidente con un Volkswagen cuyas ruedas traseras se habían plegado hacia adentro (como las de los aviones), lo que provocó el vuelco.

Bill explicó que ese diseño había sido modificado con éxito a partir de 1965, año en que la VW había adoptado el eje fijo, que limitaba el «*toe-in*».

Creo que uso correctamente estos términos. Para informaciones de este tipo acerca de coches dependo de Bill. Kirsten escuchaba con apatía; el obispo Archer demostraba, al menos, una atención simulada, aunque mi impresión era de que se trataba de una pose. Me parecía imposible que se preocupara o comprendiera; para el obispo, cosas como el *«toe-in»* eran lo que es la metafísica para el resto de nosotros; meras especulaciones, y por añadidura, frívolas.

Cuando Bill desapareció en la cocina tras una lata de Coors, los labios de Kirsten formaron una palabra.

-¿Qué...? -pregunté, haciendo pantalla con mi mano.

-Obsesión -asintió solemnemente, con disgusto.

Al regresar con la cerveza, Bill dijo:

-La vida depende de la suspensión del coche. Una barra de torsión transversal proporciona...

-Si oigo hablar más de coches -interrumpió Kirsten-, empezaré a chillar.

-Lo siento -dijo Bill.

-Bill -dijo el obispo Archer-, si quisiera comprar un coche nuevo, ¿cuál me convendría?

-¿Cuánto dinero?

-Tengo el dinero -dijo el obispo.

-Un BMW -dijo Bill-. O un Mercedes Benz. La ventaja del Mercedes Benz es que nadie puede robarlo -explicó entonces cómo eran los cierres sorprendentemente sofisticados del Mercedes Benz-. Incluso los nuevos propietarios tienen dificultades -agregó-. Un ladrón puede abrir seis Caddies y tres Porsches en el tiempo que lleva entrar en un Mercedes. Por eso tienden a no tocarlos, y por eso se puede dejar una radio en el coche; con cualquier otro, es preciso llevársela consigo -luego nos dijo que Carl Benz había diseñado y construido el primer automóvil práctico impulsado por un motor de combustión interna. En 1926 Benz unificó su compañía con la Daimler Motoren Gesellschaft para formar la Daimler-Benz, que había producido los coches Mercedes. Ese nombre era el de una niñita vinculada con Carl Benz; Bill no pudo recordar si era la hija, la nieta, o qué.

-De modo que «Mercedes» no es el nombre de un ingeniero o un diseñador, sino el de una niña... Y ahora el nombre de esa niña se asocia al de uno de los mejores coches del mundo -comentó Tim.

-Así es -respondió Bill; contó luego otra historia que poca gente sabe. El doctor Porsche, que diseñó el Volkswagen y, por supuesto, el Porsche, no fue el inventor del motor trasero enfriado por aire; lo había encontrado en una fábrica de coches de Checoslovaquia cuando los alemanes ocuparon ese país, en 1938; no recordó la marca del coche checoslovaco, pero era un automóvil de ocho cilindros, no de cuatro, tan rápido y de tal potencia que se prohibió a los

Librodot

oficiales alemanes que lo condujeran. El doctor Porsche modificó el diseño de ocho cilindros y alto rendimiento por orden personal de Hitler, que quería un motor enfriado por aire, porque esperaba utilizar los Volkswagen en las *autobahn* de la Unión Soviética después de la ocupación alemana; allí, a causa de la temperatura, del frío...

-Creo que deberías comprar un Jaguar -interrumpió Kirsten, dirigiéndose a Tim.

-Oh, no -respondió Bill-. El Jaguar es uno de los coches más inestables y propensos a problemas del mundo; es demasiado complicado y hay que tenerlo en el taller todo el tiempo. Sin embargo, ese tremendo motor de doble árbol de levas es quizás el mejor motor de alto rendimiento que jamás se haya construido, si se exceptúan los coches de turismo de dieciséis cilindros de la década del treinta.

-¿Dieciséis cilindros? -pregunté, sorprendida.

-Tenían una marcha muy suave -dijo Bill-. Había un abismo entre los coches pequeños de la década del treinta y los automóviles caros de turismo; ahora no existe ese abismo... Hay toda una gama entre... digamos, tu Honda Civic, que es el transporte básico, y el Rolls. El precio y la calidad aumentan por incrementos graduales, lo que es bueno. Eso mide el cambio en la sociedad desde entonces hasta ahora -luego empezó a hablar de los coches de vapor, y del por qué del fracaso de ese diseño.

Kirsten se puso de pie y lo miró severamente.

-Creo que me iré a la cama -dijo.

-¿A qué hora hablo mañana en el Lion's Club? -preguntó el obispo Archer.

-Oh, Dios, aún no he terminado ese discurso -dijo Kirsten.

-Puedo improvisar.

-Está grabado. Lo único que tengo que hacer es transcribirlo.

-Puedes hacerlo por la mañana.

Kirsten miró a Tim.

-Como te decía, puedo improvisar -dijo Tim.

Kirsten dijo, dirigiéndose a mí y a Bill:

-«Puede improvisar» -miró al obispo, que cambió de posición, incómodo-. Dios mío.

-¿Qué tiene de malo?

-Nada -Kirsten caminó hacia el escritorio-. Terminaré de transcribirlo. No sería bueno que..., no sé por qué siempre tenemos que discutir por eso. Prométeme que no harás una de esas largas tiradas sobre los zoroastrianos.

Suave pero firmemente, Tim respondió:

-Para investigar el origen del pensamiento patrístico...

-No creo que los leones quieran oír hablar de los padres del desierto y la vida monástica en el siglo segundo.

-Pero de eso, exactamente, debo hablar -dijo Tim, y agregó, dirigiéndose a mí y a Bill-: Se envió a un monje a cierta ciudad llevando medicinas para un santo enfermo..., los nombres no son necesarios. Pero debe comprenderse que el santo enfermo era un gran santo, uno de los más amados y respetados en el norte de África. Cuando el monje llegó a la ciudad, después de un largo viaje por el desierto, él...

-Buenas noches -dijo Kirsten, y desapareció en el dormitorio.

-Buenas noches -dijimos todos.

-Después de una pausa, Tim continuó, en voz baja:

-Cuando entró en la ciudad, el monje no sabía adónde ir. Trastabillando en la oscuridad, era de noche, encontró a un mendigo echado en la alcantarilla, muy enfermo. El monje, después de meditar sobre los aspectos espirituales de la cuestión, atendió al mendigo, y le aplicó los medicamentos que llevaba; y el hombre pronto dio muestras de mejoría. Pero el monje ya no tenía nada que llevar al gran santo enfermo. Por lo cual regresó al monasterio del que había venido, muy temeroso de lo que fuera a decir su abad. Cuando le contó lo que había hecho, el abad dijo: «Has obrado bien».

Tim calló. Los tres permanecimos en silencio.

Librodot

-¿Eso es todo? -preguntó luego Bill.

-En la cristiandad no se distingue entre grandes y humildes, pobres y menos pobres -respondió Tim-. El sacerdote, al dar el medicamento al primer enfermo que vio, en lugar de reservarlo para el gran santo famoso, había mirado el corazón de su Salvador. En los tiempos de Jesús se empleaba un término despectivo para las personas ordinarias. Las llamaban *am ha-aretz*, palabra hebrea que significa sencillamente «gente de tierra», e implica personas sin importancia. Era a estas personas, los *am ha-aretz*, a quienes hablaba Jesús; con ellos pasaba el tiempo, comía y dormía, es decir, dormía en sus casas, aunque ocasionalmente dormía en las casas de los ricos, porque ni siquiera los ricos debían ser excluidos -observé que Tim parecía un poco abatido.

-«El obi» -dijo Bill, sonriendo-. Así te llama Kirsten cuando no estás.

Tim no dijo nada. Podíamos oír a Kirsten moviéndose en la otra habitación; algo cayó y ella maldijo.

-¿Qué te hace pensar que hay un Dios? -preguntó Bill al obispo.

Durante un rato Tim nada dijo. Parecía muy cansado, y sin embargo yo sentía que trataba de articular una respuesta. Se frotó los ojos con fatiga. Empezó a murmurar:

-Está la prueba ontológica..., el argumento ontológico de San Anselmo; si es posible imaginar un Ser... -abandonó inesperadamente la exposición, alzó la cabeza, parpadeó.

-Puedo pasar a máquina tu discurso -le dije-. Ese era mi trabajo en el estudio jurídico. Lo hago bien -me puse de pie-. Le diré a Kirsten.

-No es un problema -dijo Tim.

-¿No sería mejor que hablaras con una trascripción a la vista? -pregunté.

-Quiero hablarles de... ¿Sabes, Angel? La quiero de veras. Ha hecho mucho por mí y si no hubiera estado conmigo después de la muerte de Jeff..., no sé qué habría hecho... Estoy seguro de que lo comprendes -a Bill le dijo-: Siento gran cariño por tu madre. No tengo en el mundo una persona más cerca.

-¿Hay pruebas de la existencia de Dios? -preguntó Bill.

Después de una pausa, Tim respondió:

-Se han propuesto infinidad de argumentos. Quizás el mejor sea el de Teilhard de Chardin, que procede de la biología... La existencia de la evolución parece exigir un diseñador. Y también tenemos el argumento de Morrison; nuestro planeta parece demostrar una notable hospitalidad hacia las formas de vida complejas. Las probabilidades de que esto ocurra al azar son muy pequeñas. Lo siento -sacudió la cabeza-. No me encuentro bien. Lo trataremos en algún otro momento. Yo diría, sin embargo, que el argumento teleológico, el que procede de una intención, un propósito, en la naturaleza, es el más poderoso.

-Bill -dije-, el obispo está cansado.

Abriendo la puerta del dormitorio, Kirsten, ya en bata y chinelas, dijo;

-El obispo está cansado. El obispo está siempre cansado. El obispo está demasiado cansado para contestar a la pregunta «¿Hay alguna prueba de la existencia de Dios?». No, no hay ninguna prueba. ¿Dónde está el Alka Seltzer?

-Tomé el último -dijo Tim, distante.

-Tengo algunos en el bolso -dije.

Kirsten cerró la puerta del dormitorio. Con fuerza.

-Hay pruebas -dijo Tim.

-Pero Dios no le habla a nadie -dijo Bill.

-No -respondió Tim; en ese momento se recobró, vi cómo reunía sus fuerzas-. Sin embargo, el Viejo Testamento da muchos ejemplos de Yahvé dirigiéndose a su pueblo por medio de los profetas. Hasta que, por último, esa fuente se secó. Dios ya no habla con el hombre. Se llama a esto «el largo silencio». Ha durado dos mil años.

-Ya sé que Dios habla con la gente en la Biblia -dijo Bill-, en los viejos tiempos, pero, ¿por qué no lo hace ahora? ¿Por qué dejó de hacerlo?

-No lo sé -respondió Tim, y no dijo nada más; allí se detuvo. Yo pensé: No deberías

Librodot

quedarte allí. No es el lugar de poner el punto final.

-Sigue, por favor -dije.

-¿Qué hora es? -preguntó Tim; miró a su alrededor-. No tengo mi reloj.

Bill preguntó:

-¿Qué es esa locura de Jeff volviendo del otro mundo?

Oh, Dios, me dije; cerré los ojos.

-De veras querría que me lo explicaras -dijo Bill a Tim-, porque es imposible. No sólo improbable; es imposible -esperó-. Kirsten me ha contado. Es la cosa más estúpida que he oído nunca.

-Jeff se ha comunicado con nosotros dos -respondió Tim-. Por fenómenos intermediarios. Muchas veces, de muchas maneras -de pronto enrojeció; se irguió, la autoridad que llevaba en lo más hondo afloró; el hombre de edad mediana, con problemas, se convirtió en la fuerza misma; la fuerza de la convicción generó palabras, se condensó en palabras-. Dios mismo trabaja en nosotros y a través de nosotros para traer un día más luminoso. Mi hijo está ahora con nosotros; está en esta habitación. Nunca nos ha dejado. Lo que ha muerto es un cuerpo material. Todas las cosas materiales perecen. Planetas íntegros perecen. El mismo universo físico ha de perecer. ¿Dirás entonces que nada existe? Porque a eso te llevará tu lógica. No es posible demostrar, ahora mismo, que la realidad externa existe. Descartes lo descubrió; es la base de la filosofía moderna. Todo lo que sabemos con seguridad es que nuestra propia mente, nuestra propia conciencia, existe. Puedes decir «Yo soy» y eso es todo. Y eso sugiere Yahvé a Moisés que diga cuando la gente le pregunte con quién ha hablado. «Yo soy» dice Yahvé. *Ehyeh*, en hebreo. Puedes decir eso, y es todo lo que puedes decir; con eso se agota. Lo que ves no es el mundo, sino una representación formada por tu mente y dentro de ella. Todo lo que experimentas lo conoces por la fe. Y además, podrías estar soñando. ¿No lo habías pensado? Platón cuenta que un sabio anciano, probablemente un órfico, le dijo: «Ahora estamos muertos y en una especie de prisión». A Platón esto no le parecía una afirmación absurda; decía que era importante y que valía la pena pensar en ella. «Ahora estamos muertos». Puede que no tengamos ningún mundo. He tenido tantas pruebas... Tu madre y yo hemos tenido tantas pruebas del retorno de Jeff como las que tenemos de que el mundo existe. No es que supongamos que él ha regresado; lo hemos experimentado. Hemos vivido y vivimos la experiencia. Por lo tanto, no es nuestra opinión. Es real.

-Real para ti -dijo Bill.

-¿Qué más puede dar la realidad?

-Bueno, quiero decir... que yo no lo creo -agregó Bill.

-El problema no está en nuestra experiencia, en este asunto -respondió Tim-. Está en el sistema de creencias. Dentro de los límites de tus creencias, una cosa así es imposible. Pero, ¿quién puede decir verdaderamente qué es posible? No sabemos qué es posible y qué no lo es; no somos nosotros los que ponemos los límites; es Dios -Tim señaló a Bill con un dedo firme-. Lo que uno cree y sabe, depende en última instancia de Dios; no hay opción en esto, de dar nuestro consentimiento o negarnos a consentir; ambas cosas son atributos de Dios, y ejemplos de nuestra dependencia. Dios nos concede un mundo y exige nuestro asentimiento a ese mundo; Él lo hace real para nosotros; y éste es uno de sus poderes. ¿Crees que Jesús era el Hijo de Dios, Dios mismo? Tampoco eso crees. Entonces, ¿cómo te puedo probar que Jeff ha regresado a nosotros desde el otro mundo? Ni siquiera puedo demostrar que el Hijo del Hombre ha caminado por esta Tierra hace dos mil años, que ha vivido y muerto por nosotros, por nuestros pecados, para elevarse gloriosamente el tercer día. ¿No tengo razón? ¿No niegas también eso? ¿En qué crees, entonces? En objetos dentro de los cuales te metes y das vuelta a la esquina. Pero es posible que no haya objetos ni esquinas... Alguien señaló a Descartes que algún malicioso demonio pudiera estar determinando nuestro asentimiento a un mundo que no existe, imprimiéndonos una falsedad como una representación evidente del mundo. Si eso ocurriera, no lo sabríamos. Debemos confiar, debemos confiar en Dios. Yo confío en que Dios no me engañará; considero que el Señor es fiel y veraz, e incapaz de engañar. Para ti esta

cuestión no existe siquiera, porque niegas desde el comienzo que Él exista. Pides pruebas. Si te dijera ahora mismo que he oído la voz de Dios hablándome, ¿lo creerías? Por supuesto que no. Llamamos piadosas a las personas que hablan a Dios, y locas a aquellas a quienes Dios habla. Esta es una época en que hay poca fe. No es Dios quien ha muerto; es nuestra fe.

Bill hizo un gesto.

-Pero... No tiene sentido. ¿Por qué habría de volver?

-Dime primero por qué habría de vivir -respondió Tim-. Tal vez entonces te podría decir por qué ha vuelto. ¿Por qué vives? ¿Para qué fin has sido creado? No conoces a quien te ha creado, suponiendo que alguien lo haya hecho, ni sabes por qué, suponiendo que haya razón. Tal vez nadie te ha creado y tu vida no tiene una finalidad. No hay mundo, ni finalidad, ni Creador; y Jeff no ha vuelto. ¿Es ésta tu lógica? ¿Eso es lo que el Ser, en el sentido de Heidegger, es para ti? Es una clase empobrecida y poco auténtica de Ser. Me parece débil, desolada, y finalmente, fútil. Debe haber algo en que puedas creer, Bill. ¿Crees en ti mismo? ¿Aceptas que tú, Bill Lundborg, existes? Lo aceptas; espléndido. Está bien. Ya es un comienzo. Examina tu cuerpo. ¿Tienes órganos de los sentidos? Ojos, oídos, gusto, tacto y olfato... Entonces, probablemente, este sistema de percepción ha sido diseñado para recibir información. Si es así, es razonable suponer que la información existe. Si existe información, probablemente pertenece a algo. Probablemente hay un mundo, y estás vinculado con ese mundo por medio de los órganos de los sentidos... no cierta, sino probablemente. ¿Creas tu propia comida? ¿Extraes de ti mismo, de tu propio cuerpo, la comida que necesitas para vivir? No es así. Por lo tanto, es lógico suponer que dependes de ese mundo exterior, de cuya existencia sólo posees un conocimiento probable, y no necesario; un mundo que es para nosotros una verdad contingente, y no ineluctable. ¿En qué consiste ese mundo? ¿Qué hay allí fuera? ¿Mienten tus sentidos? Si mienten, ¿por qué se ha hecho que existan? ¿Los has creado tú mismo? No, no es así. Alguien o algo, aparte. ¿Quién es ese alguien que no eres tú? Aparentemente, no estás solo, no eres la única realidad existente; aparentemente, existen otros, y uno o varios de ellos; te han diseñado y construido a ti y a tu cuerpo como Carl Benz diseñó y construyó el primer automóvil. ¿Cómo sé yo que ha existido Carl Benz? Porque tú me lo has dicho, ¿no? Y yo te he dicho que mi hijo Jeff ha regresado...

-Me lo ha dicho Kirsten -rectificó Bill.

-¿Te miente habitualmente Kirsten?

-No.

-¿Qué ganaríamos ella o yo diciendo que Jeff ha regresado a nosotros del otro mundo? Mucha gente no nos creerá. Tú mismo no nos crees. Lo decimos porque creemos que es verdad. Los dos hemos visto cosas, hemos sido testigos de cosas. No veo a Carl Benz en esta habitación pero creo que ha existido. Creo que Mercedes-Benz es un nombre formado con el de un hombre y el de una niñita. Soy un abogado, una persona familiarizada con los criterios con que se analizan los datos. Nosotros, Kirsten y yo, tenemos pruebas de Jeff, de fenómenos...

-Sí, pero esos fenómenos, todos ellos..., no prueban nada. Que Jeff los haya causado es sólo una suposición. No un conocimiento.

Tim respondió:

-Te daré un ejemplo. Miras debajo de tu coche y ves un poco de agua. Ahora bien, tú no sabes que el agua proviene del motor; eso es algo que tienes que suponer. Tienes una prueba. Como abogado, sé que es una prueba. Tú, como mecánico de coches...

-¿El coche está en tu cochera? -preguntó Bill-. ¿O está en un parking público, como el de un supermercado?

Algo sorprendido, Tim hizo una pausa.

-No comprendo.

-Si está en tu propia cochera, o en tu garaje, donde sólo tú dejas tu coche -prosiguió Bill-, probablemente proviene de tu coche. De todos modos, no es del motor; ha salido del radiador, o de la bomba de agua, o de alguno de los tubos.

Librodot

-Pero eso es algo que supones -dijo Tim-. A partir de las pruebas.

-Podría ser líquido de la dirección de potencia. Se parece mucho al agua. Es rosado, y la transmisión, si tiene transmisión automática, tiene el mismo tipo de líquido. ¿Tienes dirección de potencia?

-¿Dónde? -preguntó Tim.

-En tu coche.

-No sé. Hablaba de un coche hipotético.

-Y podría ser aceite del motor -continuó Bill-; en ese caso, no sería rosado. Tienes que distinguir si es agua o aceite, y también si es líquido de la dirección de potencia o de la transmisión; podría ser cualquiera de esas cosas. Si estás en un lugar público y ves un charco debajo de tu coche, probablemente no significa nada, pues mucha gente deja allí su coche; podría ser de alguno que estaba antes. Lo mejor es...

-Pero sólo puedes hacer suposiciones -dijo Tim-. No puedes saber si es de tu coche.

-En el momento, no. Pero sí, puedes averiguarlo. Está bien, digamos que es tu cochera y que allí no hay nunca otro coche. Lo primero es establecer qué clase de líquido es. Entonces, te metes debajo del coche (a veces es necesario moverlo antes) y pones el dedo en el líquido. ¿Es rosado? ¿Es castaño? ¿Es aceite? ¿Es agua? Digamos que es agua. Entonces podría ser una cosa normal; simplemente, ha caído del sistema de desagüe del radiador. A veces, cuando se apaga el motor, el agua se calienta un poco más y sale por el tubo de desagüe.

-Aunque puedas determinar que es agua -respondió Tim, obstinado-, no puedes estar seguro de que ha salido de tu coche.

-¿Y de dónde, entonces?

-Ese es el factor desconocido. Tus pruebas son indirectas; no has visto a tu coche perdiendo agua.

-Está bien. Entonces, enciendes el motor, lo dejas correr, y miras. Así ves si gotea.

-¿No llevará eso largo tiempo? -preguntó Tim.

-Quizá... Pero hay que saber qué ocurre. Debes controlar el nivel del sistema de dirección de potencia; el nivel de la transmisión, y examinar el radiador y el aceite del motor. Hay que examinar rutinariamente todo esto. Mientras estás allí, puedes controlar todo. En algunos casos, como el del líquido de la transmisión, hay que poner el motor en marcha. Mientras tanto puedes controlar también la presión de los neumáticos. ¿Qué presión tienes?

-¿Dónde? -preguntó Tim.

-En los neumáticos -dijo Bill, sonriendo-. Hay cinco. Uno está en el baúl, es el de repuesto. Probablemente no lo recuerdes cuando controlas los demás. No sabes que le falta aire hasta que un día pinchas y lo descubres. El gato que llevas, ¿se aplica al eje o a las barras del chasis? ¿Qué coche tienes?

-Creo que es un Buick -dijo Tim.

-Es un Chrysler -dije despacio.

-Ah -dijo Tim.

Después que Bill partió de regreso a East Bay, Tim y yo nos sentamos en el living del apartamento de Tenderloin. El me habló abierta y cándidamente.

-Kirsten y yo hemos tenido algunas dificultades -dijo; estaba sentado a mi lado en el diván; hablaba en voz baja para que Kirsten no oyera desde el dormitorio.

-¿Cuántas pastillas toma? -pregunté.

-¿...quieres decir barbitúricos?

-Sí, eso mismo.

-Realmente no lo sé. Tiene un médico que le da todos los que quiere..., cien por vez. Seconal. Y también toma Amytal. Creo que el Amytal se lo da otro médico.

-Harías bien en saber cuántos toma.

Tim dijo:

-¿Por qué se resiste Bill a comprender que Jeff ha vuelto a nosotros?

Librodot

-Sólo Dios lo sabe -respondí.

-La finalidad de mi libro es dar consuelo a la gente dolorida que ha perdido a sus seres queridos. ¿Qué consuelo puede superar al de saber que hay vida más allá del trauma de la muerte, así como la hay más allá del trauma del nacimiento? Jesús nos asegura que una vida posterior nos aguarda; de esto depende toda la promesa de la salvación. «Yo soy la Resurrección. Quien crea en mí, aunque muera vivirá; y quienquiera que viva y crea en mí no morirá». Y luego Jesús dice a Marta: «¿Crees esto?» y ella responde: «Sí, Señor. Creo que eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que debía venir a este mundo». Más tarde, Jesús dijo: «Pues lo que he dicho no viene de mí, no; el Padre que me ha enviado dispuso que yo lo dijera, y sé que su orden significa la vida eterna». Quiero mi Biblia -Tim tomó su Biblia de la mesilla del extremo-. Corintios, primera, quince, doce. «Ahora bien, si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo andan diciendo algunos de vosotros que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe. Y somos convictos de falsos testigos de Dios porque hemos atestiguado contra Dios que resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si es que los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana, estáis todavía en vuestros pecados. Por tanto, también los que durmieron en Cristo perecieron. Si solamente para esta vida tenemos nuestra esperanza en Cristo, ¡somos los más dignos de compasión de todos los hombres! ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron». -Tim cerró la Biblia-. Esto lo dice clara y evidentemente. No puede haber ninguna duda.

-Así supongo -dije.

-Y ésta es la prueba que apareció en el *wadi* zadokita. Y que arroja luz sobre todo el *kerygma* de la cristiandad primitiva. Ahora lo sabemos. Pablo de ningún modo hablaba metafóricamente; los hombres se elevaban efectivamente de entre los muertos. Era una ciencia. Hoy la llamaríamos medicina. Tenían el *anokhi*, en el *wadi*.

-El hongo -dije.

Me miró.

-Sí, el hongo *anokhi*.

-Pan y caldo -dije.

-Sí.

-Pero no lo tenemos ahora.

-Tenemos la Eucaristía.

-Pero tú sabes y yo sé que la substancia no está allí, en la Eucaristía -dije-. Es como esos cultos primitivos en que los nativos construyen aviones de mentira.

-No es así.

-¿En qué se diferencia?

-El Espíritu Santo...

-Eso es lo que yo quería decir.

Tim agregó:

-Siento que el Espíritu Santo es responsable por el retorno de Jeff.

-Entonces piensas que el Espíritu Santo existe y siempre ha existido y es Dios, una de las formas de Dios.

-Ahora sí -respondió Tim-. Ahora que he visto la prueba. No lo creí hasta que tuve las pruebas: los relojes parados a la hora de la muerte de Jeff, el pelo quemado de Kirsten, los espejos rotos, los alfileres clavados debajo de sus uñas... Hace poco has visto las ropas de ella tiradas por todas partes; te llamamos para que lo vieras con tus propios ojos. Nosotros no lo habíamos hecho. Ninguna persona viviente lo hizo; no estamos fabricando pruebas. ¿Crees que nosotros podríamos organizar un fraude?

-No -dije.

-Y el día en que los libros saltaron del estante y cayeron al suelo... No había nadie. Tú lo

viste.

-¿Crees que el hongo *anokhi* existe todavía? -pregunté.

-No lo sé. La *Historia Naturalis* de Plinio el Mayor, Libro Ocho, menciona un hongo llamado *vita verna*. Plinio vivía en el siglo uno..., el momento adecuado, y la cita no deriva de Teofrasto; era un hongo que había visto personalmente, merced a su conocimiento directo de los jardines romanos. Podía ser el *anokhi*. Pero sólo es una suposición. Querría que pudiéramos estar seguros -cambió de tema, como era su costumbre; la mente de Tim Archer nunca se detenía mucho tiempo en un solo asunto-. Lo que tiene Bill es esquizofrenia, ¿verdad?

-Sí -dije.

-Pero puede ganarse la vida.

-Cuando no está en el hospital -respondí-. O volando en espirales dentro de sí mismo y en camino al hospital.

-Parece estar muy bien ahora. Pero observo... cierta incapacidad para teorizar.

-Para él es difícil abstraer -dije.

-Me pregunto cómo se desenvolverá -dijo Tim-. Las probabilidades no son buenas, según Kirsten.

-¿...de recuperación? Cero. No tiene ninguna probabilidad. Pero es bastante inteligente para mantenerse alejado de las drogas.

-No tiene la ventaja de una buena educación.

-No estoy segura de que la educación sea una ventaja. Lo único que hago es trabajar en una tienda de discos. Y no me tomaron por nada que haya aprendido en el Departamento de Inglés de la Universidad de California.

-Quería preguntarte qué grabación de *Fidelio*, de Beethoven, deberíamos comprar.

-La de KIemperer -contesté-. Discos Angel. Con Christa Ludwig como Leonora.

-Me gusta mucho esa aria...

-«*Abscheulicher! Wo Eilst Du Hin?».* La canta muy bien. Pero nadie puede igualar la grabación que hizo Frieda Leider años atrás. Es un disco para coleccionistas... Quizá lo hayan metido en un LP; si fuera así, nunca lo he visto. Una vez la oí por la KPFA, hace muchos años. Nunca la olvidé.

Tim dijo:

-Beethoven era el mayor genio, el artista más creativo que ha conocido el mundo. Ha transformado la concepción que el hombre tiene de sí mismo.

-Sí -dije-. Cuando los presos de *Fidelio* salen a la luz... Es uno de los pasajes más hermosos de toda la música.

-Está más allá de la belleza -dijo Tim-. Contiene el descubrimiento de la naturaleza de la libertad. ¿Cómo puede ser que una música puramente abstracta, como los últimos cuartetos, puedan cambiar, sin palabras, a los seres humanos, en lo concerniente a su propia conciencia de sí mismos, a su naturaleza ontológica? Schopenhauer creía que el arte, en particular la música, tenía... tiene la virtud de hacer que la voluntad, la voluntad de lucha irracional, se vuelva sobre sí misma y deje de luchar. Consideraba que ésa era una experiencia religiosa, aunque temporaria. De algún modo el arte, y en especial la música, tiene el poder de transformar al hombre de cosa irracional en una entidad racional que no es gobernada por sus impulsos biológicos, los que, por definición, nunca pueden ser satisfechos. Recuerdo la primera ocasión en que oí el movimiento final del décimo tercer cuarteto..., no la *Grosse Fuge*, sino el allegro que añadió más tarde, en reemplazo de la *Grosse Fuge*. Es un trozo tan extraño ese allegro..., tan vivaz y luminoso, tan soleado...

-He leído que es lo último que compuso -dije-. Ese pequeño allegro habría sido la primera obra de un cuarto período de Beethoven, si hubiera vivido más tiempo. No es ya una pieza del tercer período, en realidad.

-¿De dónde tomaría Beethoven el concepto absolutamente nuevo y original de la libertad humana, que su música expresa? -preguntó Tim-. ¿Era un hombre muy culto?

-Pertenecía al período de Goethe y de Schiller. El *Aufklärung*, el iluminismo alemán.

-Siempre Schiller. Siempre se vuelve a eso. Y de Schiller a la rebelión de los holandeses contra los españoles, la Guerra de Flandes..., que aparece en la segunda parte del Fausto de Goethe, cuando Fausto por fin encuentra algo que le satisface y pide a ese momento que perdure. Al ver que los flamencos reclaman las tierras del Mar del Norte. Una vez yo mismo traduje ese pasaje; no me gustaba ninguna de las traducciones existentes en inglés. No sé qué hice con eso..., fue hace muchos años. ¿Conoces la traducción de Bayard Taylor? -se levantó, se acercó a una hilera de libros, halló el volumen y lo abrió mientras lo traía.

Bajo las colinas, una llanura cenagosa infecta
lo que tanto tiempo he tratado de recobrar;
era probable que esa charca estancada secara ahora mi mejor triunfo.
Dejadme procurar suelo a muchos millones,
aunque no seguro, libre para el trabajo activo:
campos verdes, fértiles, adonde salgan hombres y rebaños
ya mismo, jubilosos, a la tierra joven,
poblada prontamente junto a la firme base de la colina,
cultivada por un bravío pueblo capaz de trabajo duro.
Aquí: en esta tierra igual al Paraíso
la marea puede rugir hasta el borde,
pero aunque lo muerda y rompa contra el límite,
todos los hombres tratan, por impulso común, de contenerla.
¡Sí! Adhiero a esta idea con firme persistencia,
esta sabiduría es verídica y final:
sólo gana su libertad y su existencia

-...*quien las conquista de nuevo cada día* -concluí.

-Sí -dijo Tim, y cerró el ejemplar de *Fausto*, Segunda Parte-. Me habría gustado conservar la traducción que hice -y volvió a abrir el libro-. ¿Te importa si leo el resto?

-Léelo, por favor -contesté.

Y de este modo aquí, rodeado de peligros,
se deslizará de la infancia, la adultez, la vejez y el día vigoroso.
Hubiese querido ver ese bullicio
en suelo libre y entre un pueblo libre.
Entonces me atreví a detener el fugaz Instante,
«Ah, quédate aún. ¡Eres tan bello...!»

-En ese momento Dios gana la apuesta en el cielo -dije.

Tim asintió, y prosiguió:

Las huellas de mi ser terrenal
no perecerán en eones, ¡están allí!
Anticipando ahora esa alta alegría
gozo del momento supremo: ese momento.

-Es una traducción muy hermosa y clara -dije.

-Goethe escribió la Segunda Parte un año exacto antes de morir -dijo Tim-. De ese pasaje, sólo recuerdo una expresión en alemán: *verdienen*, ganar. «Gana su libertad». Supongo que eso debe ser *Freiheit*, libertad. Tal vez decía *Verdient seine Freiheit*... Es todo lo que recuerdo. «Gana su libertad quien la conquista de nuevo... Las conquista, la libertad y la existencia. Cada día...». El punto más alto del iluminismo alemán. Y de allí cayó

Librodot

trágicamente. De Goethe, Schiller y Beethoven al Tercer Reich y a Hitler. Parece imposible.

-Y sin embargo estaba prefigurado en Wallenstein -dije.

-...que elegía a sus generales por pronósticos astrológicos. ¿Cómo podía creer en eso un hombre inteligente y educado, verdaderamente un gran hombre, y uno de los más poderosos de su tiempo? -preguntó el obispo Archer-. Es un misterio para mí. Un enigma que tal vez no se resuelva nunca.

Vi que estaba muy fatigado, de modo que busqué mi abrigo y mi bolso, dije buenas noches y me marché.

Habían puesto una multa en mi coche. Mierda, me dije mientras desprendía la hoja del limpiaparabrisas y la metía en el bolsillo. Mientras leíamos a Goethe, la encantadora Rita Metemultas se ocupaba de mi coche. Qué mundo extraño, pensé, o más bien, qué extraños mundos. No se tocaban.

9

Después de aplicar profundamente sus brillantes facultades analíticas, después de mucho orar y meditar, el obispo Timothy Archer concibió en su mente la noción de que no tenía otra opción que dimitir como obispo de la Diócesis Episcopal de California y pasar -según sus propias palabras- al sector privado. Estudió largamente el asunto conmigo y con Kirsten.

-No tengo fe en la realidad de Cristo -nos informó-. Ninguna. No puedo, en conciencia, seguir predicando el *kerygma* del Nuevo Testamento. Cada vez que me pongo de pie ante mi congregación, siento que la engaño.

-Le has dicho a Bill Lundborg que el retorno de Jeff comprueba la realidad de Cristo -dije.

-No es así -dijo Tim-. No lo consigue. He examinado exhaustivamente la situación, y no lo consigue.

-¿Qué prueba, entonces? -preguntó Kirsten.

-La vida después de la muerte -respondió Tim-. Pero no la realidad de Cristo. Jesús era un maestro cuyas enseñanzas no eran siquiera originales. Tengo aquí el nombre de un médium, un tal doctor Garret, que vive en Santa Bárbara. Volaré hasta allá para consultarlo e intentar hablar con Jeff. Mr. Mason lo recomienda -examinó una tarjeta-. Oh -dijo-, el doctor Garret es una mujer: Rachel Garret. Hmmm... Estaba seguro de que era un hombre -preguntó si nosotras dos queríamos acompañarlo a Santa Bárbara. Explicó que su intención era interrogar a Jeff acerca de Cristo. Jeff podía contestar, a través de la médium, la doctora Garret, si Cristo era o no, verdaderamente, el Hijo de Dios y las demás cosas que enseñan las iglesias. Sería un viaje importante. De él dependía la decisión de Tim de renunciar a su puesto de obispo.

Además, estaba en juego la misma fe de Tim. Había pasado décadas ascendiendo en la Iglesia Episcopal, pero ahora dudaba seriamente de que la cristiandad fuera válida. Esta era la palabra que usaba Tim: «válida». Me parecía una palabra débil y tendenciosa, trágicamente inadecuada para la magnitud de las fuerzas que se confrontaban en la mente y el corazón de Tim.

Sin embargo, era la que Tim empleaba; hablaba de manera tranquila, desprovista de acentos histéricos. Era como si planeara la compra de unas ropas.

-Cristo es un rol -dijo-, no una persona. Es... La palabra es una acepción errónea de la hebrea *messiah*, que significa literalmente «el Ungido», es decir, «el Elegido». El Mesías, por supuesto, debe llegar al fin del mundo, y guiarnos a la Edad de Oro que sustituirá a la Edad de Hierro en que ahora vivimos. La más hermosa descripción de esto se halla en la *Cuarta Égloga* de Virgilio. Espera... La tengo aquí -se dirigió, como en todos los momentos graves, hacia sus libros.

-No es necesario que nos leas Virgilio -dijo Kirsten en tono mordaz.

-Aquí está -dijo Tim, sin escucharla.

«Ultima Cumaei venit iam carminis aetas; magnus...».

-Es suficiente -dijo secamente Kirsten, mientras él la miraba sorprendido-. Pienso que es absurdamente tonto y egoísta que renuncies como obispo.

-Deja que te traduzca la égloga, por lo menos -dijo Tim-. Así comprenderás mejor.

-Lo que comprendo es que estás destruyendo tu vida y la mía -replicó Kirsten-. ¿Y yo, qué...?

Tim movió la cabeza.

-Me contratarán en la Fundación para las Instituciones Libres.

-¿Qué diablos es eso? -preguntó Kirsten.

-Un centro de producción de ideas, en Santa Bárbara -dije.

-¿Irás a verlos cuando estés allá? -preguntó Kirsten.

-Sí. Tengo una cita con Pomeroy, el director. Felton Pomeroy. Seré su asesor en asuntos teológicos.

-Se tiene muy alta estima por ese grupo -dije, y Kirsten me dirigió una mirada capaz de marchitar un árbol.

-Aún no hay nada decidido -dijo Tim-. E igual veremos a Rachel Garret... No veo por qué no combinar ambas cosas en un solo viaje. Así tendré que volar sólo una vez.

-Se supone que yo me ocupo de tus citas -dijo Kirsten.

-En realidad -dijo Tim-, será una conversación puramente informal. Comeremos juntos..., conoceré a los demás asesores. Veré los edificios y los jardines. Tienen jardines muy bonitos. Los vi hace muchos años, y aún los recuerdo -se dirigió a mí-. Te encantarán, Angel. Todas las rosas están representadas, en especial las *Peace*. Todas las de cinco estrellas, o como sea que se califiquen las rosas. ¿Puedo leer la traducción de la égloga de Virgilio?

Ahora llega la edad final
anunciada por el canto de la Sibila de Cumas;
la gran sucesión de las épocas vuelve a nacer.
Ahora la Virgen retorna, el reino de Saturno retorna;
ahora una nueva raza desciende del alto cielo.
Oh, casta Lucina, diosa de los nacimientos,
sonríe al niño que acaba de nacer,
durante cuya vida concluirá la raza de hierro,
y una raza de oro se esparcirá por todo el mundo.
Ahora, tu propio Apolo es rey.

Kirsten y yo nos miramos. Vi que los labios de Kirsten se movían, pero no oí ningún sonido. Sólo el cielo sabe qué decía y pensaba en ese momento, mientras veía cómo Tim arruinaba su carrera y su vida por convicción o, con más propiedad, por falta de convicción y de fe en el Salvador.

Para Kirsten, el problema era simplemente que no podía ver el problema. La angustia de Tim surgía de un dilema fantasmal creado por razones literarias. Según su razonamiento, él tenía la opción de desechar ese problema cuando se le antojara; su análisis era que Tim se había, sencillamente, aburrido de sus tareas de obispo y quería un cambio; afirmar la pérdida de su fe en Cristo era su manera de justificar el movimiento. Como era un movimiento estúpido desde el punto de vista de su carrera, ella no lo aprobaba. Después de todo, había ganado mucho con el prestigio de él; y como ella misma había dicho, Tim no pensaba en ella; pensaba sólo en él.

-La doctora Garret tiene excelentes recomendaciones -dijo Tim, en voz casi implorante, como si pidiese apoyo a una de nosotras.

-Tim -dije-, realmente pienso...

-Tú piensas con tus ovarios -dijo Kirsten.

-¿Cómo?

-Ya me has oído. Ya sé de las conversaciones que tenéis ambos cuando yo me voy a la cama. Cuando estáis solos. Y sé de los encuentros.

-¿Qué encuentros? -pregunté.

-De él contigo.

-Cristo -dije.

-«Cristo», sí -repitió Kirsten-. Siempre Cristo. Siempre se llama al Todopoderoso Hijo de Dios para justificar el egoísmo y las intenciones... Me repugna. Los dos me repugnáis -se dirigió a Tim-. Sé que has estado en su maldita tienda de discos la semana pasada.

-Para comprar un álbum -dijo Tim-. El de *Fidelio*.

-Podrías haberlo comprado aquí, en el centro -respondió Kirsten-. O yo te lo hubiera traído.

-Quería ver qué tenía...

-Ella no tiene nada que yo no tenga -replicó Kirsten.

-La *Missa Solemnis* -dijo débilmente Tim; parecía asombrado; apelando a mí, agregó-: ¿Puedes explicarle?

-Me lo explico sola -dijo Kirsten-. Puedo explicarme perfectamente lo que ocurre.

-Mejor harías si dejaras de tomar pastillas, Kirsten -dije.

-Y tú de fumar cinco veces por día -había en su mirada un odio tan feroz que mis sentidos no podían creerlo-. Fumas tanta marihuana... Como la que recoge en un mes la policía de San Francisco -de pronto, su expresión cambió-. Lo siento. No me encuentro bien. Perdón.

Fue al dormitorio; la puerta se cerró silenciosamente. La oímos moverse. Luego entró en el cuarto de baño. El agua empezó a correr. Tomaba una píldora, seguramente un barbitúrico.

Dije a Tim, que estaba inmóvil, sorprendido:

-Los barbitúricos provocan esos cambios de ánimo. Son las pastillas las que hablan, no ella.

-Creo... Realmente quiero ir a Santa Bárbara y ver a la doctora Garret. ¿Se deberá esto a que es mujer?

-¿Kirsten? ¿...Garret?

-Garret. Yo habría jurado que era un hombre; sólo hace un momento vi cómo se llamaba. Tal vez sea eso lo que le preocupa. El doctor Mason me dijo que se trataba de una persona anciana, enferma, casi retirada, de modo que no le creará competencia a Kirsten cuando la vea.

Para cambiar el tema, pregunté:

-¿Has oído la *Missa Solemnis* que te vendí?

-No -respondió Tim vagamente-. No he tenido tiempo.

-No es la mejor grabación -dije-. Columbia utiliza una distribución especial de micrófonos; los pone diseminados entre la orquesta, para dar relieve a cada uno de los instrumentos. La idea es buena, pero destruye el sonido ambiente.

-Le molesta que me retire -dijo Tim-. Como obispo.

-Deberías pensarlo mejor antes de hacerlo -dije-. ¿Estás seguro de que quieres consultar a esa médium? ¿No hay nadie en la iglesia a quien consultes cuando tienes una crisis espiritual?

-Consultaré a Jeff. Un médium es un agente pasivo, muy parecido a un teléfono -y entonces, explicó lo mal comprendidos que son los médiums.

Me costaba atender..., ni impresionada ni interesada. La hostilidad de Kirsten me había desasosegado, pese a estar acostumbrada a ella; hoy había habido algo más que su malicia crónica. Ya sé cómo son los que se drogan con pastillas, me dije. El cambio de personalidad, la respuesta instantánea. La paranoia. Nos cubre de basura, me dije. Kirsten cae por el desagüe. Y lo peor, no cae sola; tiene las uñas profundamente clavadas en nosotros y no tenemos más remedio que seguirla. Mierda. Es sencillamente horrible; un hombre como Tim Archer no debería soportar esto. Yo no debería...

Kirsten abrió la puerta del dormitorio.

-Ven aquí -dijo a Tim.

-Dentro de un momento.

-Ven ya mismo.

-Me marcho -dije.

-No -dijo Tim-, no te irás. Tengo algo más que hablar contigo. ¿Piensas que no debo renunciar? Tendré que hacerlo cuando salga mi libro sobre Jeff. La iglesia no permitirá que publique una obra polémica de ese carácter. Es demasiado radical para ellos; o dicho de otro modo, son demasiado reaccionarios para aceptarla. Está por delante de su tiempo y ellos están por detrás. No hay diferencias entre mi posición en este asunto y la que tuve durante la Guerra de Vietnam; aquella vez cargué contra el *Establishment* y ahora, teóricamente, debería volver a hacerlo en el asunto de la vida después de la tumba. Con la guerra tuve el apoyo de la juventud de América. Y en esta cuestión no tengo el apoyo de nadie.

-Tienes mi apoyo -dijo Kirsten-, pero eso no te importa.

-Me refiero al apoyo público. El apoyo de los que están en el poder e infortunadamente, controlan las mentes humanas.

-Mi apoyo no significa nada para ti -repitió Kirsten.

-Lo significa todo -dijo Tim-. Yo no... no me habría atrevido a escribir el libro sin ti; no habría *creído* sin ti. Eres tú quien me da fuerza..., capacidad de comprender. Y por Jeff, después de que nos comuniquemos con él, sabré de un modo u otro algo sobre Jesucristo. Sabré si los documentos zadokitas indican, en verdad, que Jesús hablaba de oídas acerca de lo que le habían enseñado... O quizá Jeff me diga que Cristo está con él, o él con Cristo, en el otro mundo, el reino superior, adonde todos iremos finalmente, adonde está él ahora, tratando de llegar hasta nosotros como puede, bendito sea.

-Entonces -dije-, ves este asunto con Jeff como una especie de oportunidad. Para aclarar de un modo u otro tus dudas acerca del significado de los Documentos...

-Creo que lo he dicho claramente -interrumpió Tim, irritado-. Por eso es esencial. Hablar con él.

Qué extraño, pensé. Usar a su hijo, hacer un uso calculado de su hijo muerto, para definir un asunto histórico. Pero es más que un asunto histórico; se trata del conjunto íntegro de la fe de Tim Archer, del resumen de sus creencias. Sus creencias, o la pérdida de ellas. Lo que aquí está en juego es la creencia contra el nihilismo... Para Tim, perder a Cristo es perderlo todo. Y ha perdido a Cristo; las afirmaciones que hizo Bill aquella noche bien pudieron ser la última defensa de la fortaleza antes del derrumbe. Se derrumbó entonces..., o tal vez antes; Tim discutía de memoria, como si leyera, como si estuviera ante un discurso escrito. Como cuando, al celebrar la Última Cena, lee el Libro de Oraciones.

El hijo, su hijo, mi marido, subordinado a un problema intelectual. Yo no podría ver nunca las cosas así. Eso significaba la despersonalización de Jeff Archer; lo había convertido en un instrumento, un método de aprendizaje, y más; en un libro parlante. Como todos esos libros que Tim busca siempre, especialmente en momentos críticos. Todo lo que vale la pena conocer está en algún libro; y a la inversa, si Jeff es importante, no es como persona sino como libro. Entonces, se trata de libros por los libros; ni siquiera de conocimiento por el conocimiento. El libro es la realidad. Para que Tim pudiera amar y apreciar a su hijo, debía considerarlo, por imposible que parezca, como una especie de libro. Para Tim Archer, el universo era un gran conjunto de libros de referencia de donde elige y picotea según las inclinaciones de su mente voluble, buscando siempre lo nuevo, alejándose siempre de lo viejo; exactamente al contrario de ese pasaje de Fausto que había leído. Tim no había hallado un instante al que decir «quédate»; ese instante huía aún de él, aún se movía fugaz.

Y yo no soy tan diferente, comprendí; yo, que había estudiado en el Departamento de Inglés de Berkeley. Tim y yo somos de la misma especie. ¿No había sido acaso el canto final de *La Divina Comedia* del Dante lo que había martillado mi identidad cuando lo leí por vez primera, en la universidad? El Canto XXXIII del Paraíso, la culminación, para mí, donde Dante dice:

Librodot

Nel suo profondo vidi che s'interna
legato con amore in un volume
ció che per l'universo si squaderna
sustanze e accidenti e lor costume
quasi conflati insieme, per tal modo
che ció chi dico é un semplice lume.

Y luego, el comentario de C.H. Grandgent sobre este pasaje: «Dios es el Libro del Universo». A lo que responde otro comentarista -no recuerdo cuál-, diciendo: «Esta es una idea platónica». Platónica o lo que fuera, esa secuencia de palabras me había dado un marco, había hecho de mí lo que soy; ésa era mi fuente, esa visión, esa imagen definitiva. No me considero cristiana, pero no puedo olvidar esa visión, esa maravilla. Recuerdo la noche que leí todo el canto final del Paraíso; lo leí realmente por vez primera; tenía ese diente infectado que dolía horriblemente, y pasé la noche en vela bebiendo whisky bourbon, puro, y leyendo a Dante; y a las nueve de la mañana siguiente fui en mi coche al dentista, sin avisar, sin una cita, y con la cara llena de lágrimas pregunté si el doctor Davidson podía hacer algo por mí, lo que hizo. Así que el canto final está hondamente impreso en mí; se asocia a un terrible dolor que duró horas, de noche, sin nadie con quien hablar; y así logré medir las cosas definitivas a mi propio modo, que no era oficial ni formal, pero de todas maneras el mío.

El que aprende debe sufrir.
Incluso en nuestro sueño,
un dolor que no puede olvidar
cae gota a gota sobre el corazón;
y en medio de nuestra desesperación,
contra nuestra voluntad,
llega a nosotros la sabiduría
por la terrible gracia de Dios.

O como diga... ¿Esquilo? Alguno de los tres tragedistas.

Esto significa que puedo decir, con toda veracidad, que para mí el momento de máxima comprensión, en el que conocí finalmente la realidad espiritual, llegó vinculado a una limpieza urgente de conductos, y a dos horas en el sillón del dentista. Y a doce horas de beber bourbon -malo, por añadidura- y a leer sencillamente a Dante, sin escuchar música ni comer (no podía) y al sufrimiento, y todo eso valía la pena; jamás lo olvidaré. Por lo tanto, *no soy diferente de Tim Archer*. También para mí los libros son reales y están vivos; las voces de seres humanos brotan de ellos y urgen mi asentimiento, así como Dios exige nuestro asentimiento al mundo, según Tim. Cuando se ha sufrido tal angustia, no se olvida lo que se ha hecho, visto, pensado y leído en una noche como aquella; leí y lo recuerdo; no leí *Howard the Duck* ni *The Fabulous Furry Freak Brothers* ni *Snatch Comix* esa noche; leí *La Divina Comedia* de Dante, desde el Infierno en adelante, hasta que llegué finalmente a los tres anillos de luz y color..., y eran las nueve de la mañana, y pude meterme en el jodido coche y lanzarme entre el tránsito hasta el consultorio del doctor Davidson, llorando y maldiciendo todo el camino, sin desayunar ni tomar siquiera un café, y apestando a sudor y a bourbon, hecha una lástima, para asombro de la recepcionista.

De modo que para mí, de cierto modo inusitado, por ciertas inusitadas razones, los libros se funden con la realidad; están unidos por un incidente en una noche de mi vida; mi vida intelectual y mi vida práctica se unieron -nada es más real que un diente infectado y dolorido- y ya nunca más volvieron a separarse del todo. Si creyera en Dios, diría que esa noche Él me demostró una cosa: la totalidad; el dolor, el dolor físico, gota a gota, y luego su terrible gracia, la comprensión... ¿Qué comprendí? Que *todo* es real; un diente con un absceso y una limpieza de conductos y, ni más ni menos,

Librodot

dell 'alto lume parvermi tre giri
di tre colori e d'una contenenza.

Esta era la visión que tenía Dante de Dios como la Trinidad. La mayoría de la gente, cuando intenta leer *La Divina Comedía*, se atasca en el Infierno y supone que la única visión es la de una cámara de los horrores: personas de pie o cabeza abajo en la mierda, y un lago de hielo (que sugiere influencias arábigas: así es el infierno musulmán); pero éste es sólo el comienzo del viaje. Así empieza. *Yo leí La Divina Comedia* hasta el final esa noche y luego me lancé a la calle hacia el consultorio del doctor Davidson, y nunca volví a ser la misma. De modo que también para mí son reales los libros; no sólo me vinculan con otras mentes, sino con la *visión* de otras mentes, con lo que esas mentes comprenden y ven. Veo sus mundos tan claramente como el mío. El dolor y el llanto y la transpiración y el mal olor y el Jim Beam Bourbon fueron mi infierno, y no era imaginario; lo que leí se llamaba Paraíso, y eso mismo era. Éste es el triunfo de la visión de Dante: que todos los reinos son reales, ninguno más ni menos que los otros. Y se combinan por medio de lo que Bill denominaba «incrementos graduales», lo que realmente es la expresión exacta. Hay así armonía, como en los coches de hoy comparados con los de los treinta, pues no hay rupturas bruscas.

Dios me libre de otra noche como aquella. Pero maldita sea; si no hubiese vivido esa noche, bebiendo, leyendo, sufriendo y llorando, jamás habría nacido de verdad. Ese fue el momento de mi nacimiento al mundo real; el mundo real es, para mí, una mezcla de dolor y belleza, y ésta es la visión correcta porque ésos son los elementos que componen la realidad. Y los tenía conmigo más tarde, así como las píldoras contra el dolor que me dio el dentista cuando acabó mi ordalía. Volví a casa, tomé una píldora, bebí un poco de café y me fui a la cama.

Y además, sentí que eso era lo que no había hecho Tim; o no había integrado el libro, o el dolor; y si así había sido, no lo había hecho bien. Él tenía la melodía, pero no las palabras. O más exactamente, tenía las palabras; pero ellas no pertenecían al mundo sino a otras palabras, lo que se llama en los libros y artículos de filosofía y lógica un «círculo vicioso». Esos libros y artículos advierten a veces que «nuevamente nos amenaza un círculo vicioso»; esto significa que el pensador corre grave peligro. Habitualmente no lo sabe. Un comentarista crítico, con mente y vista penetrantes, le avisa. O esto no ocurre. Yo no podía ser ese crítico para Tim Archer. ¿Quién podía? Bill el Chiflado había apuntado bien, pero lo habían enviado de regreso a su apartamento de East Bay a pensarlo mejor.

«Jeff sabe las respuestas a mis preguntas», decía Tim. Sí, debí decirle yo; pero es que Jeff no existe y es muy probable que las preguntas mismas sean igualmente irreales.

Eso dejaba solo a Tim. Y estaba preparando activamente su libro sobre el retorno de Jeff desde el otro mundo, el libro que -como Tim sabía- terminaría con su carrera en la Iglesia Episcopal y además, con su capacidad de influir sobre la opinión pública. Era un precio muy elevado, es decir, un círculo decididamente vicioso y amenazador. Tanto que ya había llegado; era el momento de viajar a Santa Bárbara a visitar a la doctora Rachel Garret, médium.

Santa Bárbara, California, me parece uno de los lugares más conmovedores y hermosos del país. Aunque técnicamente (es decir, geográficamente) es parte de California del Sur, no lo es en sentido espiritual; o bien se trata de que nosotros, en el norte, comprendemos muy mal el sur. Hace pocos años, los estudiantes pacifistas de la Universidad de California en Santa Bárbara incendiaron el Bank of America, para secreto deleite de todo el mundo; por lo tanto, la ciudad no está aislada, separada del tiempo y del mundo, pese a que sus bellos jardines sugieren una persuasión suave y no violenta.

Los tres volamos desde el aeropuerto internacional de San Francisco hasta el pequeño aeropuerto de Santa Bárbara; tuvimos que viajar en un pequeño avión de dos motores a hélice,

Librodot

puesto que las pistas son demasiado cortas para los reactores.

La ley exige que se respete el estilo de la ciudad, es decir el colonial español, y sus adobes. Mientras un taxi nos llevaba a la casa donde pararíamos, observé un diseño acusadamente hispánico en todas partes, incluso en los centros comerciales con arcadas; y me dije: «Este es un lugar donde podría, razonablemente, vivir». Si alguna vez me alejaba de la Zona de la Bahía.

No me interesaron los amigos de Tim en cuya casa estábamos; eran personas amables, ricas, retráctiles, que se mantenían aisladas. Tenían criados. Kirsten y Tim dormían en una habitación; yo tenía otra, muy pequeña, que obviamente se usaba si las otras estaban ocupadas.

La mañana siguiente a nuestra llegada fuimos en taxi a casa de la doctora Rachel Garret, quien, sin duda, nos pondría en contacto con los muertos y el otro mundo, curaría a los enfermos, convertiría agua en vino y haría otras maravillas si era necesario. Tim y Kirsten parecían excitados; yo no sentía nada en particular, excepto quizás una oscura noción de lo que planeábamos y teníamos por delante; ni siquiera curiosidad; apenas lo que podía sentir una estrella de mar en el fondo de una cala.

Descubrirnos que la doctora Garret era una pequeña dama anciana irlandesa, muy vivaz, que usaba un jersey rojo sobre la blusa, a pesar del calor que hacía, zapatos de taco bajo y el tipo de falda práctica de la persona que se ocupa de todos sus quehaceres domésticos.

-¿Quiere repetir quién es usted? -preguntó haciendo pantalla con la mano sobre su oído. Ni siquiera podía saber quién estaba ante ella, en su galería. No es un comienzo auspicioso, me dije.

Luego los cuatro nos sentamos en un living en penumbra, a tomar el té mientras oíamos hablar con entusiasmo a la doctora Garret sobre el heroísmo del IRA, al que -nos dijo con orgullo- enviaba todo el dinero que ganaba con sus sesiones.

Sin embargo, nos dijo que «sesión» no era una expresión adecuada, pues sugería algo oculto. Lo que hacía la doctora Garret pertenecía al mundo de las cosas perfectamente naturales, y podía llamarse, con justicia, una ciencia. En un rincón del living vi, entre otros muebles arcaicos, un combinado Magnavox de la década del cuarenta, muy grande, de los que tenían altavoces idénticos de doce pulgadas. A cada lado del Magnavox había pilas de discos de 78; se podía distinguir álbumes de Bing Crosby, Nat Cole, y demás basura de esa época.

Me pregunté si la doctora Garret aún los oiría, y si mediante sus dotes sobrenaturales se habría enterado de la existencia de discos long-play y de artistas de hoy. Probablemente no.

-¿Es usted hija...? -preguntó la doctora Garret.

-No -respondí.

-Es mi nuera -dijo Tim.

-Tiene un maestro hindú -dijo alegremente la doctora.

-Así es -murmuré.

-Está de pie detrás de usted, justamente a su izquierda. Tiene el pelo muy largo. Y a su derecha está su bisabuelo paterno. Están permanentemente a su lado.

-Siempre tuve la sensación de que era así -dije.

Kirsten me dedicó una de sus miradas mezcladas; yo no hablé más. Me acomodé contra los almohadones del diván, reparé en un helecho que crecía en un enorme tiesto de arcilla cerca de las puertas que daban al jardín..., y en varias ilustraciones poco instructivas en las paredes, incluidas algunas fotos de delincuentes famosos de los años veinte.

-¿Es acerca de su hijo? -preguntó la doctora Garret.

-Sí -dijo Tim.

Yo sentí que había entrado en la ópera *La médium* de Gian Carlo Menotti, que según él mismo afirma en la cubierta del álbum de Columbia, «se sitúa en el fabuloso y decrépito salón de Mme. Flora». Este es el problema de la educación, comprendí; ya has estado antes, vicariamente en todas partes; todo te ha ocurrido ya. Somos M. y Mme. Gobineau visitando a Mme. Flora, una loca y una estafadora. M. y Mme. Gobineau han concurrido todas las

semanas, durante dos años, a las sesiones de Mme. Flora, según recuerdo. Qué basura. Y además, el dinero que Tim le pagará servirá para matar soldados británicos; esta mujer reúne fondos para los terroristas. Espléndido.

-¿Cuál es el nombre de su hijo? -preguntó la doctora Garret. Estaba sentada en una vieja silla de mimbre, echada hacia atrás, con las manos entrelazadas y los ojos cada vez más entrecerrados. Había empezado a respirar por la boca, como hacen las personas muy enfermas; su piel parecía la de una gallina, con vello aquí y allá, como plantas mal regadas. La habitación, y todo lo que había en ella, poseía un carácter vegetal, carente por completo de vitalidad. Me sentí vacía, sentí que me vaciaban, que me arrebataban mi energía. Tal vez la luz -la falta de luz- me daba esa impresión. No la encontré placentera.

-Jeff, -dijo Tim. Estaba alerta, con los ojos fijos en la doctora Garret.

Kirsten había sacado un cigarrillo de su bolso, pero no lo había encendido; simplemente lo sostenía. También ella miraba a la doctora Garret con evidente expectativa.

-Jeff ha llegado a la costa más lejana -dijo la médium.

Como han dicho los periódicos, me dije. Yo esperaba un largo preámbulo de la doctora, para preparar la escena. Pero me equivoqué. Empezó inmediatamente.

-Jeff quiere que sepáis... -hizo una pausa como si escuchara-. No debéis sentir culpa. Jeff ha tratado de comunicarse durante algún tiempo. Quería decir que os perdona. Ha intentado atraer vuestra atención de varias formas. Ha clavado alfileres en vuestros dedos; ha roto cosas; ha dejado notas... -la doctora Garret abrió mucho los ojos-. Jeff está muy agitado. Él... -su voz se rompió-. Ha tomado su propia vida.

Has marcado mil, pensé con acritud.

-Sí, así es -dijo Kirsten, como si la afirmación de la doctora Garret fuera una revelación o confirmara de modo sorprendente algo que hasta ese momento sólo se sospechaba.

-Y de manera violenta -agregó la doctora Garret-. Tengo la impresión de que ha usado un arma de fuego.

-Así es -dijo Tim.

-Jeff quiere que sepáis que ya no sufre -dijo la doctora-. Sufría mucho cuando se quitó la vida. Quiere que lo sepáis. Sufría de grandes dudas acerca del valor de la vida.

-Qué me dice a mí -dije interrogativamente.

La doctora Garret abrió los ojos el tiempo suficiente para saber quién había hablado.

-Era mi marido -agregué.

-Jeff la ama y ruega por usted -respondió la doctora-. Quiere que sea feliz.

Con eso y cincuenta céntimos, pensé, le darán una taza de café.

-Hay más -declaró la doctora Garret-. Mucho más. Todo viene como un torbellino. Oh, Dios. ¿Qué quieres decir, Jeff? -escuchó en silencio un momento, mientras la agitación se reflejaba en su rostro-. El hombre del restaurante era... ¿Qué? -nuevamente abrió los ojos-. Dios mío. Un agente soviético.

Jesús, pensé.

-Pero no hay por qué preocuparse -dijo la doctora Garret, con alivio-. Dios hará que sea castigado.

Miré inquisitivamente a Kirsten, tratando de captar las menores señales de su mirada; quería saber qué le había dicho -si es que había dicho algo- a la doctora Garret. Pero Kirsten miraba fijamente a la anciana, aparentemente en el colmo de su asombro. De modo que yo ya tenía mi respuesta.

-Jeff dice -continuó la doctora Garret- que se alegra profundamente de que Kirsten y su padre estén unidos. Esto es un gran consuelo para él. Quiere que lo sepáis. ¿Quién es Kirsten?

-Soy yo -dijo Kirsten.

-Dice Jeff que la ama.

Kirsten no respondió. Pero escuchaba con una intensidad que jamás le había observado antes.

-Piensa que ha hecho mal -dijo la doctora Garret-. Lo lamenta, pero no pudo evitarlo. Se

Librodot

siente culpable por esto y querría vuestro perdón.

-Ya lo tiene -dijo Tim.

-Jeff dice que él no puede perdonarse -continuó la doctora Garret-. Estaba, además, furioso con Kirsten por haberse interpuesto entre su padre y él. Le hacía sentirse alejado de su padre. Tengo la impresión de que su padre y Kirsten partieron en un largo viaje, un viaje a Inglaterra, y lo dejaron aquí. Se sintió mal por eso -la mujer hizo una nueva pausa-. Angel no debería fumar. Fuma demasiada... ¿Qué, Jeff? No entiendo con claridad... Demasiada... María... No sé qué quiere decir.

Me reí. A mi pesar.

-¿Tiene esto sentido para usted? -me preguntó la doctora Garret.

-Un poco -respondí, procurando darle el menor pie posible.

-Jeff dice que se alegra de su trabajo en la casa de discos. Pero... No le pagan bastante -rió-. Le gustaba más que trabajara en la... tienda... una especie de tienda ¿...de vinos?

-De velas. Estudio jurídico y cerería.

-Qué extraño -dijo la doctora Garret, desconcertada-. Estudio jurídico y cerería.

-Era en Berkeley -añadí.

La doctora Garret continuó:

-Jeff tiene que decir algo muy importante a Kirsten y a su padre -su voz se había vuelto muy débil, apenas un murmullo, como si viniera de una inmensa distancia..., viajando por hilos invisibles tendidos entre las estrellas-. Jeff tiene terribles noticias que desea daros a ambos. Por esto se ha esforzado tanto por llegar hasta vosotros. Por eso los alfileres y el pelo quemado y las cosas rotas y el desorden y las manchas. Tiene una razón, una terrible razón.

Luego, silencio.

Inclinándome hacia Tim, dije:

-Esto puede ser la llamada del Día del Juicio... Yo me quiero ir.

-No -dijo Tim. Sacudió la cabeza. Su cara demostraba infelicidad.

10

Qué curiosa combinación de misterio y disparate, pensé, mientras esperábamos que la anciana doctora Garret continuara. La mención de Fred Hill, el agente de la KGB... Que Jeff desaprobara mi hábito de fumar marihuana... Cosas obviamente leídas en los periódicos: cómo había muerto Jeff y sus probables motivaciones. Lumpen, psicoanálisis y basura de prensa amarilla y, sin embargo, aquí y allá, algunos fragmentos como diminutas astillas que no tenían explicación posible.

Sin duda, la doctora Garret había tenido fácil acceso a la mayor parte del conocimiento que exponía; pero quedaba un inquietante residuo, que se define como «lo que resta cuando se han hecho determinadas deducciones», de modo que ése es el término correcto; y he tenido largo tiempo, muchos años, para meditar sobre esto, y he meditado, pero no puedo explicármelo. ¿Cómo podía conocer la doctora Garret el restaurante *Mala Suerte*? Y aunque supiera que Tim y Kirsten se habían encontrado por primera vez allí, ¿cómo podía saber algo acerca de Fred Hill o de lo que nosotros suponíamos de él?

Que el dueño del *Mala Suerte* había sido un agente de la KGB era una broma que cruzábamos incesantemente Jeff y yo. Pero eso jamás se había escrito, salvo quizás en los ordenadores del FBI y del cuartel general de la KGB en Moscú, y en todo caso era una pura fantasía. El asunto de la marihuana podía ser una suposición inteligente, puesto que yo vivía y trabajaba en Berkeley y, como todo el mundo sabe, la gente de Berkeley se droga regularmente y, en verdad, en exceso. Un médium es una persona que se inspira, tradicionalmente, en una multitud de intuiciones, conocimientos comunes, claves involuntariamente aportadas por el auditorio mismo y devueltas luego... Y, por supuesto, las banalidades obvias, como «Jeff la ama» y «Jeff ya no sufre» y «Jeff sentía graves dudas»,

Librodot

generalizaciones que cualquiera puede hacer en cualquier momento, a partir de hechos conocidos.

Sin embargo, yo tenía una sensación de inmensa extrañeza, pese a saber que esa vieja dama irlandesa que daba dinero al IRA (o decía que lo daba), era un fraude, y que nos estaba timando colectivamente a los tres no sólo en el sentido del dinero; también en el de nuestra credulidad, aprovechada y manipulada por alguien experto en hacerlo, un profesional. Sin duda, el doctor Mason, el médium primario -así como los médicos hablan de un cáncer primario- le había transmitido todo lo que él había descubierto; así trabajan los médiums y todos lo sabemos.

El momento de marcharse era antes de que llegara la revelación; en ese momento una inescrupulosa anciana con el signo $, en los ojos y gran inteligencia para estimar los puntos débiles de las mentes humanas estaba a punto de descargarla sobre nosotros. Y como no nos marchamos, tan implacablemente como la noche sigue al día tuvimos que oír de la doctora qué había sido lo que agitó tanto a Jeff, haciéndole volver a Tim y a Kirsten en la forma de esos «fenómenos» que ellos anotaban de día en día para el próximo libro de Tim.

Tuve la impresión de que Rachel Garret había envejecido mucho mientras estaba allí, sentada en la silla de mimbre; recordé a la anciana sibila, no recordaba si era la de Delfos o la de Cumas, que pidió la inmortalidad pero olvidando estipular también la juventud, por lo cual vivió eternamente, aunque tan vieja que sus amigos terminaron por meterla en un saco y colgarla de la pared. Rachel Garret parecía también allí un lío andrajoso de piel y huesos frágiles que susurraba desde su saco clavado en la pared. No sé de qué pared en qué ciudad del Imperio sería; quizá la sibila estuviera allí todavía; quizás el ser que teníamos a la vista en forma de Rachel Garret fuera la misma sibila; como quiera que fuera, yo no quería oír lo que tenía que decir; quería marcharme.

-Siéntate -dijo Kirsten.

Advertí entonces que me había puesto de pie sin pensarlo.

Reacción de fuga, me dije. Instintiva. Provocada por la experiencia de la proximidad del adversario. La parte del cerebro que es como una lagartija.

Rachel Garret susurró:

-Kirsten -pero esta vez lo había pronunciado correctamente: *Shishen*, como no solíamos hacerlo Tim ni yo ni Jeff. Pero así lo hacía la misma Kirsten, aunque ya había abandonado la idea de hacer que los demás lo hicieran, al menos en los Estados Unidos.

Ante eso, Kirsten dejó escapar una exclamación ahogada:

La anciana de la silla de mimbre dijo:

Ultima Cumaei venit iam carminis aetas;
magnus ab integro saeclorum narcitur ordo.
Iam redit et Virgo, redeunt Satumia regna;
iam nova...

-Dios mío -dijo Tim-. Es la Cuarta Égloga de Virgilio.

-Basta -dijo débilmente Kirsten.

Yo pensé: la vieja está leyendo mi mente. Sabe que yo estaba pensando en la sibila.

Dirigiéndose a mí, Rachel Garret dijo:

Dies irae, dies illa
Solvet saeclum in favilla:
Teste David cum Sibylla.

Sí, está leyendo mi mente, me dije. Sabe incluso que lo sé; mientras pienso me lee los pensamientos.

-*Mors Kirsten nunc carpit* -susurró Rachel Garret, al tiempo que se erguía en su silla de

mimbre-. *Hodie. Calamitas timeo*...

-¿Qué ha dicho? -preguntó Kirsten a Tim.

-Morirá usted muy pronto -le dijo Rachel Garret, con voz tranquila-. Pensé que hoy, pero no será hoy. Lo he visto. Todavía no. Jeff lo dice. Por eso ha vuelto. Para avisar.

-¿...que morirá cómo? -preguntó Tim.

-Él no sabe con seguridad cómo -dijo Rachel Garret.

-¿Violentamente? -preguntó Tim.

-No lo sabe -respondió la anciana-. Pero está preparando un lugar para usted, Kirsten -su agitación había desaparecido: estaba totalmente en paz-. Es una tremenda noticia -agregó-. Lo siento, Kirsten. No es extraño que Jeff haya causado tantos trastornos. Por lo general hay una razón... Regresan por alguna buena razón.

-¿Se puede hacer algo? -preguntó Tim.

-Jeff piensa que es inevitable -replicó la mujer, después de una pausa.

-Entonces, ¿qué sentido tiene que haya vuelto? -preguntó brutalmente Kirsten; su rostro estaba blanco.

-Quería advertir también a su padre -dijo la médium.

-¿De qué? -pregunté yo.

Rachel Garret dijo:

-Él tiene alguna posibilidad de vivir... No, dice Jeff. Su padre morirá poco después de Kirsten. Los dos moriréis. No tardará mucho. Hay alguna incertidumbre respecto del padre, pero ninguna con la mujer. Si pudiera daros más información lo haría. Jeff está aún conmigo, pero no sabe nada más -cerró los ojos y suspiró.

Parecía que toda su vitalidad la hubiese abandonado mientras estaba sentada en la vieja silla, con las manos entrelazadas; luego, bruscamente, se inclinó hacia delante y tomó su taza de té.

-Jeff estaba ansioso por que lo supierais -dijo en tono vivaz-. Ahora se siente mucho mejor -sonrió.

Todavía cenicienta, Kirsten murmuró:

-¿Podría fumar?

-Oh, preferiría que no lo hiciera. Pero si lo necesita...

-Gracias -con mano temblorosa, Kirsten encendió un cigarrillo. Miraba sin cesar a la mujer, con furia y disgusto, me pareció. Pensé: mata a los mensajeros de Esparta; hazlos responsables.

-Le agradecemos mucho -dijo Tim a la doctora Garret, en voz calma y controlada; empezaba, gradualmente, a hacerse cargo de la situación-. Entonces, Jeff, fuera de toda duda, ¿está vivo en el otro mundo? ¿Y ha sido él quien ha venido a nosotros con lo que llamamos «fenómenos»?

-Naturalmente -dijo la doctora Garret-. Pero Leonard, Leonard Mason, ya se lo había dicho... Ya lo sabía usted.

Yo pregunté:

-¿No podía ser un espíritu maligno que fingía ser Jeff, en lugar de Jeff?

Con los ojos brillantes, la doctora Garret respondió:

-Es usted extraordinariamente perceptiva. Sí, ciertamente eso es posible. Pero no ha ocurrido. Se aprende a reconocer la diferencia. No he encontrado malicia en él; sólo noté preocupación y amor. Angel... Su nombre es Angel, ¿verdad? Su marido le pide perdón por su afecto hacia Kirsten. Sabe que eso era injusto para usted. Pero piensa que usted comprende...

No dije nada.

-¿He oído bien su nombre? -me preguntó Rachel Garret en tono tímido e inseguro.

-Sí -contesté, y dije a Kirsten-: Déjame aspirar tu cigarrillo, por favor.

-Aquí tienes -me lo dio-. Quédatelo. Yo no debo fumar -y a Tim-: Y bien... ¿Nos vamos? No veo razón para que estemos aquí más tiempo -recogió su bolso y su abrigo.

Librodot

Tim pagó a la doctora Garret; no vi gran cosa, pero era dinero y no un cheque; luego llamó un taxi por teléfono. Diez minutos más tarde, los tres regresábamos por el sinuoso camino entre las colinas hacia la casa donde estábamos instalados.

Pasó el tiempo; luego, Tim, a medias para sí mismo, dijo:

-Es la misma égloga de Virgilio que leí aquel día.

-Lo recuerdo -dije.

-Parece una notable coincidencia -dijo Tim-. Ella no podía saber de ningún modo que es mi égloga favorita. Desde luego, es la más famosa... Pero eso no cuenta. Jamás he oído a nadie que la citara. Cuando la doctora Garret empezó a hablar en latín, fue como si yo escuchara mis propios pensamientos en voz alta.

También yo había experimentado eso. Tim lo había expresado perfectamente. Perfectamente y con toda precisión.

-Tim -dije-, ¿le habías hablado al doctor Mason del restaurante *Mala Suerte*?

Mirándome de soslayo, Tim preguntó:

-¿Qué restaurante es ése?

-El lugar donde nos conocimos -dijo Kirsten.

-No -respondió Tim-. Ni siquiera recordaba su nombre. Recuerdo lo que comimos... Yo pedí mariscos.

-¿Le has hablado a alguien, a cualquiera, en algún momento, en algún lugar, de Fred Hill?

-No conozco a nadie llamado así -respondió Tim-. Lo siento -se frotó los ojos, fatigado.

-Leen en la mente de uno -dijo Kirsten-. De allí lo sacan.

-Ella sabía que estoy enferma. Sabía que estoy preocupada por la mancha del pulmón.

-¿Qué mancha? -pregunté; era la primera noticia que tenía-. ¿Te has hecho nuevos análisis?

Kirsten no respondió. Tim dijo:

-Tiene una mancha. Una radiografía de rutina. Hace varias semanas. No le dan mayor significación.

-Significa que voy a morir -dijo Kirsten con perceptible veneno-. Ya has oído a esa vieja puta.

-Mata a los mensajeros de Esparta -dije.

Kirsten, llena de furia, se volvió hacia mí.

-¿Es uno de tus cultos comentarios de Berkeley?

-Por favor -dijo Tim débilmente.

-No es culpa de ella -dije yo.

-Pagamos cien dólares para que nos digan que vamos a morir -empezó Kirsten-, y todavía piensas que debemos agradecerle... Y tú -me miró con lo que me pareció una maldad psicótica, peor de lo que había visto antes en ella o en nadie-. Tú estás perfectamente; nadie ha dicho que te ocurrirá nada. Debes estar feliz, coñito de Berkeley... Yo me voy a morir y tú te quedarás con Tim todo para ti, ahora que Jeff ha muerto y pronto también moriré yo. Ahora veo que tú lo has arreglado todo; ¡tú tienes la culpa, maldita! -se lanzó contra mí; allí, en el asiento trasero del taxi, trató de golpearme. Me eché atrás, horrorizada.

Tim la aferró con ambas manos y la retuvo contra la puerta.

-Si vuelves a decir esas palabras quedarás fuera de mi vida para siempre.

-Suéltame -dijo Kirsten.

Después seguimos en silencio. El único ruido era el de la centralita de la compañía de taxis.

-Bajemos a tomar una copa -dijo Kirsten, cuando nos acercábamos a casa-. No quiero ver a esa gente horrible y estirada. Simplemente no puedo. Vamos de tiendas -a Tim le dijo-: Te dejamos. Angel y yo nos vamos de compras. Verdaderamente no aguanto más.

-No me apetece ir de compras -dije.

-Por favor -dijo Kirsten, tensa.

Tim me pidió con voz amable:

-Hazlo como un favor para los dos -abrió la puerta.

Librodot

-Está bien -respondí.

Después de dar dinero a Kirsten, todo el que llevaba, al parecer, Tim bajó del taxi; cerramos la puerta y llegamos al distrito comercial de Santa Bárbara, atestado de hermosas tiendecillas de artesanía. Pronto Kirsten y yo estuvimos sentadas en un bar, tranquilo y agradable, con música a poco volumen. Por las puertas abiertas veíamos a la gente que paseaba bajo el sol brillante del mediodía.

-Mierda -dijo Kirsten mientras bebía a sorbitos su vodka collins-. Una hermosura enterarse de una cosa así. Que una va a morir.

-La doctora Garret iba hacia atrás a partir del retorno de Jeff -dije.

-¿Qué quieres decir? -revolvió su trago.

-Jeff ha regresado. Ese es el dato que ella sabía. Luego buscó la razón para explicarlo, la más dramática que pudiera ocurrírsele. Es lo que hacen siempre... Como el fantasma de *Hamlet* -hice un gesto.

Mirándome con humor, Kirsten dijo:

-En Berkeley tenéis una razón intelectual para todo.

-El fantasma advierte a Hamlet que Claudio es un asesino, y que él es quien lo mató... Al padre de Hamlet.

-¿Cómo se llama el padre de Hamlet?

-Simplemente «el padre de Hamlet, el rey muerto».

Kirsten, con expresión de búho, declaró:

-No; su padre también se llama Hamlet.

-Te apuesto diez dólares.

Ella extendió su mano, y la apreté.

-La obra debería llamarse *Hamlet el joven*, y no simplemente *Hamlet* -dijo Kirsten; ambas reímos-. Quiero decir que esto es una locura. Fue una locura ir a ver a esa médium. Y venir hasta aquí... Por supuesto, Tim va a reunirse con los cráneos de doble fondo de ese grupo de producción de ideas. ¿Sabes donde quiere trabajar realmente? No se lo digas a nadie; en el Centro para el estudio de las Instituciones Democráticas. Todo ese asunto del retorno de Jeff -sorbió su bebida- le está costando muy caro.

-No es necesario que publique ese libro. Podría dejar de lado el proyecto.

Como si estuviera pensando en voz alta, Kirsten dijo:

-¿Cómo lo hará? Debe ser percepción extrasensorial; pueden advertir tus ansiedades. De algún modo, esa vieja loca sabía que tengo problemas de salud. Desde esa maldita peritonitis..., todo el mundo sabía. Hay un archivo centralizado, ¿lo sabéis médiums del mundo? ¿O el plural será *media*? Y el cáncer. Saben que tengo un cuerpo de ocasión, como un coche usado. Dios me vendió un buzón y no un cuerpo.

-Debiste haberme dicho lo de la macha en el pulmón.

-No es tu problema.

-Me preocupas.

-Lesbiana -dijo Kirsten-. Por eso se mató Jeff; porque tú y yo nos amamos -las dos nos reímos; nuestras cabezas chocaron; la rodee con el brazo-. Tengo un chiste para ti. No debemos llamar más «grasas» a los mexicanos -bajó la voz-. Debemos llamarles...

-Lubricanos -dije.

Me miró.

-Joder.

-Si quieres buscamos a alguien.

-Busca tú a alguien. Yo me voy de compras -en tono más sombrío agregó-: Es una hermosa ciudad. Tal vez tengamos que vivir aquí, ¿sabes? ¿Te quedarías en Berkeley si Tim y yo viniéramos a Santa Bárbara?

-No sé -dije.

-Tú y tus amigos de Berkeley. La Compañía Co-sexual de Amor Libre Comunal y Cambio de Parejas de East Bay, Ilimitada. ¿Qué te ocurre con Berkeley, Angel? ¿Por qué estás allí?

-La casa -respondí; y pensé: el recuerdo de Jeff. En relación con la casa. El supermercado de la Avenida de la Universidad, donde solíamos hacer las compras- Me gustan los cafés de la avenida -dije-. Especialmente el de Larry Blake. Una vez Larry Blake vino a visitarnos, allá, en el Ratskeller; era muy amable con nosotros. Y me gusta el Tilden Park -y el campus, me dije. No me puedo librar de eso. El bosque de eucaliptos, cerca de Oxford. La biblioteca-. Es mi casa -dije.

-Te acostumbrarías a Santa Bárbara.

-No deberías llamarme coñito delante de Tim. Podrías darle ideas.

-Si me muero, ¿te acostarías con él? Hablo en serio.

-No te morirás.

-La doctora Monstruo dice que sí.

-La doctora Monstruo es una estafadora.

-¿Te parece? Por Dios, era terrible -Kirsten se estremeció-. Sentí que leía en mi mente, que la absorbía. Leía en voz alta mis propios miedos. ¿Te acostarías con Tim? Dime la verdad. Necesito saberlo.

-Sería incesto.

-¿Por qué? Ah, sí. Pero igual, para él ya es pecado; ¿qué más daría agregar el incesto? Si Jeff está en el cielo y me prepara un lugar, será que yo también iré al cielo... Es un alivio. No sé hasta dónde tomar en serio lo que dijo la doctora Garret.

-Tómalo con toda la producción de sal de las minas de Polonia durante un año calendario.

-Pero Jeff ha vuelto a nosotros -respondió Kirsten-. Ahora tenemos la confirmación. Y si creo eso, ¿no tengo que creer también en la profecía?

Mientras la oía, entraron en mi mente unas líneas de Dido y Eneas, junto con la música:

El príncipe troyano, lo sabéis,
está obligado por el destino a buscar cielo italiano;
ahora él y la reina están cazando.

¿Por qué había acudido eso a mi mente? La hechicera... Jeff la había citado, o lo había hecho yo; la música era parte de nuestras vidas, y yo pensaba ahora en Jeff y en las cosas que nos habían unido. El destino, pensé. La predestinación, una teoría de la iglesia, fundada en Pablo y Agustín. Tim me había dicho una vez que el cristianismo, como religión del misterio, había nacido para abolir la tiranía del destino, reintroduciéndola como predestinación; doble predestinación, en realidad: algunos estaban predestinados al infierno, otros al cielo. La doctrina de Calvino.

-Ya no tenemos destino -dije-. Eso se acabó con la astrología y con el mundo antiguo. Tim me lo explicó.

-También a mí -dijo Kirsten-, pero los muertos poseen conocimiento anticipado; están fuera del tiempo. Por eso se llama a los espíritus de los muertos..., para recibir su consejo acerca del futuro. Conocen el futuro. Para ellos, ya ha ocurrido. Son como Dios. Ven todo. Necromancia. Somos como el doctor Dee en la Inglaterra isabelina. Tenemos acceso a ese maravilloso poder sobrenatural. Es mejor que el Espíritu Santo, que también concede la capacidad de predecir el futuro, la de profetizar. Por medio de esa vieja bruja hemos recibido el conocimiento absoluto de Jeff de que yo voy a reventar en el futuro inmediato. ¿Cómo lo puedes poner en duda?

-Con toda facilidad.

-Pero sin embargo, sabía acerca del *Mala Suerte*. Ya ves, Angel; o lo rechazamos todo o lo aceptamos, no podemos elegir una parte. Y si lo rechazamos, entonces Jeff no ha vuelto y estamos chiflados. Y si lo aceptamos, entonces él ha vuelto, lo que es una maravilla, pero hay que enfrentar el hecho de que me voy a morir.

Yo pensé: y Tim también. Lo has olvidado, preocupada por ti misma. Como es típico en ti.

-¿Qué ocurre? -preguntó Kirsten.

Librodot

-Ella dijo también que Tim moriría.

-Tim tiene a Cristo a su lado, es inmortal. ¿No lo sabías? Los obispos viven eternamente. El primer obispo, Pedro, está vivo todavía en alguna parte, supongo, cobrando un salario. Los obispos viven eternamente y les pagan muy bien. Yo me moriré y no me pagarán casi nada.

-Es mejor que trabajar en una tienda de discos -dije.

-No creas. Todo en tu vida está a la vista, por lo menos. No tienes que esconderte como un ladrón. El libro de Tim... Será claro como el día para quienes lo lean que Tim y yo vivimos juntos. Juntos estábamos en Inglaterra, y juntos vimos los fenómenos. Quizás ésta sea la venganza de Dios por nuestros pecados, la profecía de la vieja. Duerme con un obispo muere; es como «ver Roma y morir». No puedo decir que haya sido un buen negocio, de veras no puedo. Preferiría ser vendedora de una tienda en Berkeley, como tú... Aunque también tendría que ser joven como tú para recibir todo el beneficio.

-Mi marido está muerto -dije-. Tampoco tengo todas las ventajas.

-Pero no sientes culpas.

-Un huevo -dije-. Estoy llena de culpas.

-¿Por qué? Jeff... Bueno, como haya sido, no fue por tu culpa.

-Todos nosotros compartimos la culpa.

-¿...por la muerte de alguien que estaba programado para morir? Sólo te matas si la banda de la muerte de tu DNA te lo dice; está en el DNA... ¿No lo sabías? ¿O es lo que se llama un mensaje, como decía Eric Berne? Ha muerto, ¿sabes? Su banda de la muerte, o su mensaje, llegó a destino y demostró que tenía razón. Su padre y él murieron exactamente a la misma edad. Como Chardin, que deseaba morir el Viernes Santo... Su deseo se cumplió.

-Esto es morboso -dije.

-Es verdad -dijo Kirsten-. Hace un rato oí que estaba condenada a morir; me siento morbosa, y también tú debes sentirte así..., sólo que por alguna razón a ti no te toca. Quizá no tengas una mancha en el pulmón ni hayas tenido nunca un cáncer. ¿Por qué no se muere esa anciana? ¿Por qué Tim y yo? Pienso que Jeff ha sido malicioso con nosotros; debe ser una de esas profecías que provocan el cumplimiento de lo profetizado. Le dice a la doctora Monstruo que me moriré, y a causa de eso me muero; y Jeff se divierte porque me odia desde que me acuesto con su padre. Al diablo con los dos. Es como los alfileres clavados debajo de las uñas; Jeff me odia, me odia. Reconozco el odio cuando lo veo. Espero que Tim lo diga en su libro... Bueno, lo hará porque yo estoy escribiendo la mayor parte; él no tiene tiempo y, si quieres saber la verdad, tampoco talento para hacerlo. Todas sus frases son a la carrera. Tiene logorrea, si quieres saber la verdad, por las anfetaminas que toma.

-No lo quiero saber -respondí.

-¿Te has acostado con Tim?

-¡No! -exclamé sorprendida.

-Mentira.

-Dios mío -dije-. Estás loca.

-Dime que es por los barbitúricos.

La miré; ella me devolvió la mirada..., sin parpadear, con el rostro tenso.

-Estás loca -repetí.

Kirsten dijo:

-Tú has vuelto a Tim contra mí.

-...que yo ¿qué?

-Tim piensa que Jeff estaría vivo si no fuera por mí; pero fue idea suya que tuviéramos relaciones.

-Tú... -no encontré qué decir-. Tus cambios de ánimo son cada vez más grandes -dije por fin.

Kirsten respondió en voz áspera:

-Ahora veo todo más claro. Vamos -terminó su bebida, se deslizó del banco, vaciló y me sonrió-. Vamos a las tiendas. Compraremos un montón de joyas de plata importadas de

México; aquí las venden. Tú me consideras adicta a los barbitúricos, vieja y enferma, ¿verdad? Tim y yo hemos hablado de tu opinión acerca de mí. A él le parece dañina y difamatoria. Algún día te hablará de eso. Prepárate; citará el derecho canónico. Dar falso testimonio es un delito para el derecho canónico. No te considera una buena cristiana, y en verdad, ni siquiera cristiana. Realmente, no le gustas. ¿Lo sabías?

No contesté.

-Los cristianos creen en el pecado, y los obispos todavía más. Yo he tenido que acostumbrarme a que Tim confiese cada semana el pecado de acostarse conmigo; ¿sabes como se siente eso? A mí me duele. Y ahora me ha convencido; tomo la comunión y me confieso. Es una cosa enferma. El cristianismo está enfermo. Quiero que deje de ser obispo y pase al sector privado.

-Oh -dije; y entonces comprendí. Así, Tim podría poner de manifiesto su relación con ella, sacarla de la clandestinidad.

Era extraño, pensé, que jamás antes se me hubiera ocurrido.

-Cuando empiece a trabajar con ese grupo de ideas -dijo Kirsten-, se acabará la ocultación, porque a ellos no les importa. No son cristianos; son seglares y no condenan a los demás. No tienen que salvarse. Te diré una cosa, Angel. Por mi causa Tim se ha alejado de Dios. Esto es terrible para él y para mí; todos los domingos predica sabiendo que por mí, Dios y él se han separado, como en la Caída original. Por mí el obispo Timothy Archer ha reeditado la Caída consigo mismo. Y lo ha hecho voluntariamente. Lo eligió. Nadie hizo que cayera o se lo pidió. Es por mi culpa. Yo debí haber dicho «no» cuando me pidió que me acostara con él por primera vez. Habría sido mucho mejor, pero yo no sabía nada acerca del cristianismo; no comprendí lo que significaba para él ni tampoco lo que terminaría de significar para mí cuando esa maldita costra me cubrió por completo, la doctrina del pecado de Pablo, el Pecado Original. Qué teoría demente, que el hombre nace maligno, y qué cruel. No se encuentra en el judaísmo; Pablo la creó para explicar la Crucifixión, para dar sentido a la muerte de Cristo, que en realidad no tiene sentido. Una muerte para nada, salvo que creas en el Pecado Original.

-¿Crees ahora en él? -pregunté.

-Creo que he pecado; no sé si nací así. Pero ahora es verdad.

-Necesitas una terapia.

-Toda la iglesia necesita terapia. La vieja bruja supo que yo y Tim dormíamos juntos con una sola mirada; ya lo saben todas las cadenas de televisión; y cuando aparezca el libro, Tim tendrá que dimitir. No tiene nada que ver con su fe o su falta de fe en Cristo; tiene que ver conmigo. Soy yo quien rompe su carrera, no su falta de fe. Es mi obra. Esa vieja loca no hizo más que leer lo que yo ya sabía; que no puedo hacer lo que estoy haciendo; puedo, pero debo pagar. Tanto me da morir, de verdad. Esto no es vida. Cada vez que vamos a alguna parte, tenemos que pedir dos habitaciones de hotel; una para cada uno, y luego me deslizo por el pasillo... La vieja bruja no tenía necesidad de poderes psíquicos para verlo; estaba escrito en nuestras caras con letra bien legible... Vamos, quiero ocuparme de mis compras.

-Tendrás que prestarme un poco de dinero -dije-. No he traído bastante.

-Es dinero de la Iglesia Episcopal -abrió su bolso-. Sírvete lo que quieras.

-Te odias a ti misma -dije; pensaba agregar «injustamente», pero Kirsten me interrumpió.

-Odio la posición en que estoy. Odio lo que Tim me ha hecho; ha conseguido que me avergüence de mí misma, de mi cuerpo, de ser mujer. ¿Para eso fundamos el MEF? Nunca creí posible llegar a esta situación, a ser como una puta de cuarenta dólares. Tú y yo deberíamos hablar alguna vez, como hacíamos antes de que yo estuviera ocupada todo el tiempo, escribiendo sus discursos y organizando sus citas... Antes de que fuera la secretaria preocupada de que el obispo no revele públicamente lo tonto y niño que es... Yo soy la que tiene toda la responsabilidad, y me tratan como basura.

Me dio un poco de dinero de su bolso, tomado al azar; lo acepté y sentí una gran culpabilidad, pero igual lo acepté. Como había dicho Kirsten, pertenecía a la Iglesia Episcopal.

-He aprendido una cosa -dijo mientras salíamos del bar y emergíamos a la luz del día-. A leer lo que está escrito en letra pequeña.

-Algo hay que reconocer -dije-. Ciertamente, esa anciana te ha soltado la lengua.

-No... Es porque no estoy en San Francisco. Nunca me habías visto fuera de la Zona de la Bahía o de la Grace Cathedral. No me gusta ser una puta barata ni me gustas tú ni me gusta mi vida en general. Ni siquiera estoy segura de que me guste Tim. No estoy segura de que quiera seguir así. Ese apartamento... Yo tenía uno mucho mejor antes de conocer a Tim, aunque no creo que eso tenga mucha importancia. No hay por qué suponer que la tiene. Pero yo vivía muy bien. Como estaba programada por mi DNA para que me metiera con Tim, ahora una vieja bruja me grita que voy a morir. ¿Sabes qué siento, qué siento de verdad? Ya no me importa. Lo sabía de antemano. Simplemente, ella leyó en voz alta mis pensamientos, y tú lo sabes. Eso es lo único que me queda de la sesión o como se llame; oí cómo alguien expresaba mis ideas acerca de mí misma, de mi vida y de lo que sería de mí... Me da valor para afrontar lo que tengo que afrontar y hacer lo que debo hacer.

-¿Qué es?

-Ya lo verás a su tiempo. He tomado una decisión importante. Esto de hoy ha ayudado a aclarar mi mente. Creo que he comprendido.

No continuó. Era costumbre de Kirsten dejar caer un velo sobre sus asuntos; suponía que de ese modo les añadía atractivo. Pero en realidad no era así, y solamente tornaba oscura la situación... Especialmente para ella.

Dejé que el tema se esfumara. Caminamos juntas, buscando formas de gastar el dinero de la iglesia.

Regresamos a San Francisco el fin de semana, cargados de compras y fatiga. El obispo había conseguido un cargo en el centro de producción de ideas de Santa Bárbara, lo que no se debía publicar. Se anunciaría pronto que se proponía renunciar a su puesto de obispo de la Diócesis de California... Este anuncio era ineluctable. Ya había tomado su decisión y obtenido un nuevo cargo; todo estaba fijado.

Mientras tanto, Kirsten se había internado en el hospital Mount Zion para nuevos análisis. Sus aprensiones la tomaban morosa y taciturna. La visité en el hospital y casi no habló. No hizo más que quejarse y ocuparse de su pelo. Salí insatisfecha, sobre todo de mí misma; había perdido la capacidad de comunicarme con ella -mi mejor amiga, en realidad- y nuestra relación declinaba, como su ánimo.

En esos días, el obispo recibió las galeras de su libro sobre el retorno de Jeff desde el otro mundo; Tim había elegido un título: *Aquí, muerte tirana*, que yo le había sugerido. La cita es de *Belshazzar*, de Händel, y el verso completo dice:

> *«Here, thyrant Death, thy terrors end».*
> *Aquí, muerte tirana, concluyen tus terrores.*

La cita aparecía íntegra en el contexto del libro.

Ocupado como siempre, disperso, atareado con ciento y una cuestiones de importancia, había decidido llevarle las galeras a Kirsten al hospital; le encargó la corrección de las pruebas y partió de inmediato. La encontré reclinada, con un cigarrillo en una mano y un lápiz en la otra, con las largas galeradas apoyadas en sus rodillas. Era evidente que estaba furiosa.

-¿Puedes creerlo? -dijo, a manera de saludo.

-Yo lo puedo hacer -respondí, sentándome en el borde de la cama.

-No, si vomito sobre ellas.

-Tendrás más trabajo todavía.

-No -dijo Kirsten-. Es que no voy a trabajar. Esa es la cosa. Mientras leo, me pregunto todo el tiempo: ¿Quién va a leer esta basura? Porque es una basura. Hay que reconocerlo. Mira -señaló una parte del texto y la leí. Mi reacción fue similar a la de ella: la prosa era vaga,

hinchada, desastrosamente pomposa. Era evidente que Tim la había dictado a su velocidad «terminemos-de-una-vez», con su máxima aceleración. E igualmente evidente que no había releído el texto. El título, pensé, debía ser *Léelo de nuevo, idiota*.

-Hazlo desde la página final hasta la primera -sugerí-. Así no tendrás que leerlo.

-Las dejo caer... ¡Oh! -simuló que dejaba caer las pruebas, y las recogió en el último instante-. ¿El orden importa? Mezclémoslas.

-Agrega cosas -dije-. Pon «Esto realmente apesta» o «Tu madre usa botas del ejército».

Simulando escribir, Kirsten dijo:

-«Jeff se nos apareció desnudo, con el pito en la mano. Cantaba *Bandas y Estrellas por siempre»* -ambas nos echamos a reír; caí sobre ella y nos abrazamos.

-Te daré cien dólares si agregas eso -le dije, casi sin poder hablar.

-Las enviaré al IRA.

-No, al IRS. (IRS: *Internal Revenue Service*, entidad recaudadora de impuestos)

-Nunca hago declaraciones -dijo Kirsten-. Las prostitutas estamos exentas...

Luego, su ánimo cambió; era perceptible la retirada de su espíritu. Con dulzura, me acarició el brazo y me besó. Me sentí conmovida, inquieta.

-¿Qué ocurre? -pregunté.

-Creen que la mancha significa un tumor.

-Oh, no -dije.

-Sí. Bueno, eso es todo -después, me apartó con una furia mal disimulada.

-¿Y pueden hacer algo? Quiero decir...

-Pueden operar. Extirpar el pulmón.

-Y sigues fumando...

-Es un poco tarde para dejar el cigarrillo. Qué diablos. Esto suscita una pregunta interesante... No soy la primera que lo pregunta. Cuando resucitas, ¿vuelves siendo perfecta o resucitas con todos los defectos, heridas y cicatrices que tenías en vida? Jesús mostró a Tomás sus heridas; hizo que Tomás metiera la mano en su costado. ¿Sabías que la iglesia nació de esa herida? Eso creen los católicos romanos. Mientras Cristo estaba en la cruz, de esa herida, la herida de la lanza, manaron sangre y agua. Era una vagina..., la vagina de Jesús -no parecía estar bromeando; su tono era solemne, se la veía reflexiva-. La noción mística de un segundo nacimiento espiritual. Cristo nos dio a luz a todos.

No dije nada. Me había sentado en la silla, junto a la cama. La noticia, el informe de los médicos, me asombraba y aterraba; no podía responder. Sin embargo, Kirsten estaba compuesta.

Le han dado tranquilizantes, pensé. Como suelen hacer cuando dan noticias de esa clase.

-¿Te consideras cristiana ahora? -pregunté finalmente, incapaz de pensar en algo más apropiado.

-La historia de la cueva del zorro -dijo Kirsten-. ¿Qué te parece el título? *Aquí, muerte tirana*.

-Yo lo elegí -dije.

Me miró con intensidad.

-¿Por qué me miras así?

-Tim dice que lo eligió él.

-Es cierto. Yo le dije la cita. Entre otras. Le propuse varias.

-¿Cuándo fue?

-No sé. Hace tiempo. No recuerdo. ¿Por qué?

-Es un título terrible. Me pareció abominable cuando lo vi. Fue cuando me tiró estas pruebas sobre las rodillas, apenas. Como literalmente hizo... Ni siquiera preguntó -se calló y apagó con fuerza el cigarrillo-. Es como una suposición acerca de cómo debería ser un título. Una parodia de título. Obra de alguien que jamás tituló antes un libro. Me sorprende que el editor no protestara.

-¿Me lo dices a mí?

Librodot

-No sé. Piénsalo tú misma -empezó entonces a examinar las pruebas, ignorándome.

-¿Quieres que me vaya? -pregunté torpemente, un rato más tarde.

Kirsten respondió:

-Realmente no me importa que lo hagas -continuó con su tarea. De pronto, se detuvo un instante para encender otro cigarrillo. Pude ver que el cenicero estaba repleto de colillas de cigarrillos fumados a medias.

11

Me enteré del suicidio cuando Tim me lo contó por teléfono. Mi hermano menor había venido a casa, a visitarme; era domingo, pues no había ido a la Musik Shop. Estaba allí, armando un modelo en madera de balsa del Spad 1913, y oía a Tim decirme que Kirsten «se había ido». Yo miraba a mi hermanito, que quería mucho a Kirsten; él sabía que era Tim, pero no, por supuesto, que ahora, además de Jeff, también Kirsten había muerto.

-Eres fuerte -decía la voz de Tim-. Sé que podrás soportarlo.

-Lo veía venir -dije.

-Sí -respondió Tim; parecía tranquila, pero yo sabía que tenía el corazón destrozado.

-¿Barbitúricos?

-Tomó... bueno, no están seguros. Los tomó y esperó. Más tarde vino y me lo dijo. Se cayó. Yo sabía qué era... Mañana -agregó- debía volver al Mount Zion.

-Llamaste...

-Los practicantes la llevaron enseguida al hospital. Intentaron todo. Pero había tomado la dosis máxima previamente, de modo que cuando tomó la sobredosis...

-Así se hace -dije-. De ese modo la droga está en todo el sistema de uno, y el lavaje de estómago no sirve para nada.

-¿Quieres venir? -dijo Tim-. Aquí, al centro. Agradecería que estuvieras aquí.

-Tengo conmigo a Harvey -dije.

Mi hermano menor alzó la vista. Le expliqué:

-Ha muerto Kirsten.

-Oh -dijo. E instantes después regresaba a su modelo de Spad en madera balsa. Como en *Wozzeck*, pensé. Exactamente como el final de *Wozzeck*. Aquí estoy; una intelectual de Berkeley que ve todo en términos de cultura, ópera, novela, oratorio, poema... Para no hablar de drama.

«Du! Deine Mutter ist tot!»

Y el hijo de Marien dice:

«Hopp, hopp! Hopp, hopp! Hopp, hopp!»

Te destrozarás si sigues así, pensé. El chico arma su modelo y no comprende; un doble horror, y los dos me ocurren a mí, ahora.

-Iré -dije a Tim- apenas encuentre alguien que pueda ocuparse de Harvey.

-Podrías traerlo -dijo Tim.

-No -moví reflexivamente la cabeza.

Logré que una vecina se quedara con Harvey el resto del día, y pronto estuve en camino a San Francisco, en mi Honda, por el puente de la bahía. Las palabras de la ópera de Berg seguían insinuándose obsesivamente en mi cabeza:

La vida del cazador es libre y alegre;
cazar es libre para todos.

Allí querría ser cazador.
Allí querría estar.

Es decir, las palabras de George Büchner, me dije; él escribió esa maldita ópera.

Lloraba mientras conducía, las lágrimas corrían por mi cara; encendí la radio y apreté un botón tras otro. En una emisora de rock oí una vieja grabación de Santana; aumenté el volumen y cuando la música rebotó en mi pequeño coche, grité. Y oí:

¡Tú! ¡Tu madre ha muerto!

Casi choqué con un enorme coche americano; tuve que pasar al otro carril. Despacio, me dije. Joder, dos muertes son suficiente. ¿Quieres que sean tres? Entonces sigue conduciendo así; tres, más los del otro coche. Y luego recordé a Bill. A Bill Lundborg, el Chiflado, que estaría en algún asilo. ¿Lo habrá llamado Tim? Debo hacerlo yo, me dije.

Pobre hijo de perra jodido, me dije, recordando a Bill, su cara regordeta y dulce. Ese aire tierno, como de tréboles recientes, y sus pantalones informes y su mirada obtusa, como la de una vaca, una vaca contenta. Pronto volverá a romper los cristales del correo; irá hasta allá y empezará a golpear las enormes ventanas con los puños hasta que la sangre le corra por los brazos. Y entonces lo encerrarán de nuevo en un lugar o en otro; no le importará cuál pues no sabe la diferencia.

Me pregunté cómo pudo Kirsten hacerle eso a él... Cuánta malignidad. Qué enorme crueldad para todos nosotros. Ella nos odiaba. Este es nuestro castigo. Yo pensaré siempre que la responsabilidad es mía. Tim pensará que es suya, y Bill también. Y por supuesto, ninguno de nosotros es responsable, aunque en cierto sentido lo somos todos, pero de cualquier manera está fuera de cuestión, después del hecho mismo, nulo y vacío, totalmente vacío, en el sentido del «vacío infinito», el sublime no-ser de Dios.

En alguna parte de *Wozzeck* hay una línea que significa, aproximadamente, «El mundo es horrible». Sí, me dije, mientras volaba por el puente de la bahía sin preocuparme por la velocidad que llevaba; eso lo resume todo: «El mundo es horrible». Todo queda dicho. Para esto pagamos a los compositores, los pintores y los grandes escritores; para que nos digan eso; por imaginarlo se ganan la vida. Qué incisiva y magistral perspicacia. Qué inteligencia tan penetrante. Una rata en una zanja podría decir lo mismo si pudiera hablar. Si las ratas hablaran, haría todo lo que dijeran. Una chica negra que conocí. Ella nunca hablaba de ratas, como yo, sino de arañas; *viz* (*viz*: videlicet, expresión latina que significa «por ejemplo» N. del T.) «si las arañas hablaran». Tuvo una diarrea mientras estábamos en el Tilden Park y hubo que llevarla en el coche a su casa. Neurótica. Casada con un tipo blanco... ¿Cómo se llamaba? Únicamente en Berkeley.

Viz, forma abreviada de Visigodos, los nobles godos. O Visitación, como la visitación de los muertos, desde el otro mundo. Esa anciana tiene verdadera responsabilidad en esto. Si hay una persona culpable por sí sola, es ella. Pero eso es matar a los mensajeros espartanos; ahora yo misma lo estoy haciendo, a pesar de todas las advertencias. AVISO: ESTA MUJER ESTÁ LOCA. Fuera de mi camino. Sean jodidos por siempre todos los que andan en grandes coches lavados.

Pensé: *Guerra Destructiva, conoce tus límites; aquí, muerte tirana, concluyen tus terrores. Sólo soy enemiga de los tiranos, y amiga de la virtud y de sus amigos*. Y luego dice nuevamente: *Aquí, muerte tirana*. Es un excelente título, no una paranoia. Así ha sido, Tim usó mi título y, por supuesto, con su habitual soberbia, no se preocupó de decírselo a ella o no lo recordó. En realidad, le dijo que él lo había pensado. Sin duda lo creía. Toda idea valiosa en la historia del mundo ha sido pensada por Timothy Archer. Él inventó el sistema heliocéntrico. Todavía tendríamos el geocéntrico si no fuera por él. ¿Dónde termina el obispo Archer y comienza Dios? Buen punto. Pregúntaselo; te contestará con citas de libros.

Nada dura; y todo se jode, pensé. Así debería completarse la frase. Se la sugeriré a Tim para la lápida de Kirsten. El cretino sueco enseñando en una escuela de Noruega. Le he dicho un millón de cosas horribles como si fuera un juego. Su cerebro las recordaba y volvía a poner

Librodot

el disco muy tarde, por la noche, cuando no podía dormir, mientras Tim roncaba; no podía dormir y tomaba más y más barbitúricos de los que la mataron; sabíamos que así sería; la única duda era si sería un accidente o una sobredosis deliberada, suponiendo que hubiera una diferencia.

Mis instrucciones requerían que me encontrara con Tim en el apartamento del Tenderloin antes de ir con él a la Grace Cathedral. Yo esperaba encontrarlo deshecho y con los ojos enrojecidos. Para mi sorpresa, Tim parecía animoso, fuerte e incluso, en un sentido literal, más grande que nunca.

Dijo mientras me daba un abrazo:

-Tengo una gran lucha entre manos. Desde que salgamos de aquí.

-¿...quieres decir, por el escándalo? Aparecerá en los diarios y la televisión, supongo.

-Destruí parte de su carta de despedida. La policía tiene lo que queda. Han estado aquí. Probablemente volverán. Tengo influencia, pero no puedo acallar a la prensa. No me queda más que esperar que pase por una suposición.

-¿Qué decía la carta?

-¿...la parte que rompí? No recuerdo. La tiré. Hablaba de nosotros, de sus sentimientos por mí. No tenía opción.

-Me lo figuro -dije.

-No hay duda de que fue suicidio. El motivo era, por supuesto, su temor a un nuevo cáncer. Y ellos saben que era adicta a los barbitúricos.

-¿Tú la describirías así, como una adicta? -pregunté.

-Por supuesto. Eso es indudable.

-¿Desde cuándo lo sabías?

-Desde que la conocí. Desde que la vi tomar pastillas. Tú también lo sabías.

-Sí -respondí-. Lo sabía.

-Siéntate y toma un café -dijo Tim; salió del living a la cocina, y automáticamente me senté en el diván familiar, preguntándome si habría cigarrillos en el apartamento.

-¿Con qué quieres el café? -Tim estaba en la puerta de la cocina.

-No sé -dije-. No importa.

-¿Prefieres una copa?

-No -sacudí la cabeza.

-Esto prueba que Rachel Garret tenía razón, ¿comprendes?

-Lo sé.

-Jeff quería ponerla sobre aviso.

-Así parece.

-Y yo moriré después.

Alcé la vista.

-Eso es lo que dijo Jeff -continuó Tim.

-Sí.

-Será una lucha terrible, pero venceré. No seguiré a Jeff y a Kirsten -su tono era de dureza e indignación-. Para esto vino Cristo al mundo, para salvar al hombre de esto..., de esta clase de determinismo. Es posible cambiar el futuro.

-Así lo espero -dije.

-Mi esperanza está en Jesucristo -dijo Tim-. «Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz». Juan, doce, treinta y seis. «No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios; creed también en mí». Juan, catorce, uno. «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!». Mateo, veintitrés, treinta y nueve -respirando con su gran pecho que subía y bajaba, Tim me miró y me señaló con el dedo-. Yo no iré por ese camino, Angel. Los dos lo han hecho intencionalmente, pero yo no lo haré nunca. Nunca iré como una oveja al matadero.

Gracias a Dios, pensé. Pelearás.

-Con la profecía o contra ella -dijo Tim-. Aunque Rachel Garret fuera la misma sibila, aún así no iría voluntariamente, como un animal tonto, a que me corten el cuello.

Los ojos le brillaban intensa y ardientemente. Yo lo había visto así, algunas veces, en la Grace Cathedral, cuando predicaba; este Tim Archer hablaba con la autoridad que le había concedido el mismo Apóstol Pedro, a través de la línea directa de sucesión apostólica mantenida exclusivamente para la Iglesia Episcopal.

Mientras íbamos a la Grace Cathedral en mi Honda, Tim decía:

-Veo cómo caigo en el destino de Wallenstein. Atendiendo a la astrología. A los horóscopos.

-Te refieres a la doctora Garret, ¿verdad? -dije.

-Sí, a ella y al doctor Mason. No son doctores de ninguna clase. Ese no era Jeff. Jamás volvió del otro mundo. No es verdad. Una idea estúpida, como dijo ese pobre chico, su hijo. Oh, Señor, no he llamado a su hijo.

-Yo le diré.

-Lo matará -dijo Tim-. No, quizá no. Quizá sea más fuerte de lo que pensamos. Él advirtió que el retorno de Jeff era un disparate.

-Cuando se es esquizofrénico -expliqué-, se ha de decir la verdad.

-Entonces, más gente debería ser esquizofrénica. ¿Esto ha sido como el manto invisible del emperador? Tú también lo sabías, pero no dijiste nada...

-No era cosa de saber -respondí-, sino de valorar.

-Pero jamás lo creíste.

Después de una pausa, dije:

-No estoy segura.

-Kirsten ha muerto porque hemos creído en un disparate -dijo Tim-. Los dos, y creíamos porque queríamos creer. Yo no tengo ese motivo ahora.

-Supongo que no.

-Si hubiéramos afrontado la realidad con rigor, Kirsten viviría ahora. Sólo me queda esperar ponerle fin ya mismo a esto..., y acompañar a Kirsten dentro de algún tiempo. Garret y Mason sabían que estaba enferma. Se aprovecharon de una mujer enferma y trastornada, y ahora ella ha muerto. Los hago responsables -de pronto calló, luego agregó-: Yo estaba tratando de conseguir que Kirsten hiciera un tratamiento de desintoxicación. Tengo varios amigos especializados en este campo aquí, en San Francisco. Yo tenía pleno conocimiento de su adicción y sabía que sólo la ayuda profesional podía salvarla. Yo mismo he pasado por eso, como tú sabes..., con el alcohol.

No respondí. Me limitaba a conducir.

-Ahora es demasiado tarde para detener la edición del libro -dijo Tim.

-¿No podrías telefonear a tu editor y...?

-El libro ya es propiedad de ellos.

-Es una editorial de excelente reputación. Te escucharían si les pidieses que retiraran el libro.

-Ya han iniciado los envíos de material publicitario previo a la edición. Han hecho circular galeras encuadernadas y copias del manuscrito en Xerox. Lo que haré -Tim reflexionó- será escribir otro libro. Acerca de la muerte de Kirsten y de mi reevaluación de lo oculto. Es el mejor camino.

-Creo que deberías retirar *Aquí, muerte tirana*.

Pero él ya había tomado su decisión. Movió vigorosamente la cabeza.

-No; debo permitir que aparezca tal como estaba previsto. Tengo años de experiencia en estas cosas. Debes hacer frente a tus propias locuras..., las mías, por supuesto, y luego empezar a corregirlas. Mi próximo libro será esa corrección.

-El anticipo, ¿ha sido grande?

-No mucho, teniendo en cuenta la venta posible. Diez mil al firmar el contrato, otros diez mil a la entrega del manuscrito completo. Y habrá diez mil finales cuando aparezca el libro.

-Treinta mil dólares es mucho dinero.

Librodot

-Creo que añadiré una dedicatoria -dijo Tim, meditabundo, mitad para sus adentros-. Una dedicatoria a Kirsten. *In memoriam*. Diré algo sobre mis sentimientos hacia ella.

-Podrías dedicarlo a ambos -dije-. A Jeff y a Kirsten. Y añadir: «Pero por la gracia de Dios...».

-Sería muy justo.

-Y también a mí y a Bill. Somos parte de esta película.

-¿Película?

-Es una expresión de Berkeley. Aunque en realidad no es una película; es la ópera *Wozzeck*, de Alban Berg. Mueren todos excepto el chico que juega con su caballito de madera.

-Tendré que dictar la dedicatoria por teléfono -observó Tim-. Las pruebas ya están corregidas y de vuelta en New York.

-Entonces, ¿ella terminó su trabajo?

-Sí -respondió él, vagamente.

-¿Lo hizo bien? Después de todo, se sentía bastante mal...

-Supongo que lo hizo correctamente; yo no lo revisé.

-Harás decir una misa por ella, ¿verdad? ¿En la Grace Cathedral? -pregunté.

-Oh, sí. Por eso voy a...

-Podrías conseguir a Kiss. Es un buen grupo de rock. Tú planeabas una misa rock.

-¿A ella le gustaba Kiss?

-Tal vez menos que Sha Na Na.

-Entonces, deberíamos conseguir a Sha Na Na -dijo Tim.

Continuamos en silencio.

-El grupo de Patti Smith -dije de pronto.

-Querría preguntarte varias cosas acerca de Kirsten.

-Estoy aquí para contestar a lo que quieras.

-Me gustaría leer, durante el servicio, algún poema que a ella le gustara. ¿Puedes darme los nombres de algunos? -sacó del bolsillo un anotador y una lapicera de oro; esperó, sosteniéndolos.

-Hay un hermoso poema de D. H. Lawrence sobre una serpiente -dije-. Ella lo adoraba. No me pidas que te lo diga; en este momento no podría. Lo siento.

Cerré los ojos, tratando de no llorar.

12

Durante el servicio, el obispo Timothy Archer leyó el poema de D. H. Lawrence sobre la serpiente; lo hizo magníficamente, pude ver cuán conmovido quedó el público, que no era mucho.

No era grande la cantidad de gente que conoció a Kirsten Lundborg.

No logré localizar a su hijo Bill en la catedral. Cuando lo llamé para darle la noticia, apenas respondió. Creo que lo esperaba. En ese momento, estaba libre del hospital y la cárcel; había conquistado su libertad de caminar por las calles, pintar coches o lo que fuere. Se entretenía, por lo tanto, con su habitual gravedad.

Cuando Kirsten se mató, las telarañas abandonaron la mente del obispo Archer, de modo que, al parecer, esta muerte había servido a un propósito útil, aunque desproporcionado a nuestra pérdida. Me asombra el poder de convicción de la muerte humana. Supera todas las palabras y todos los argumentos; es la fuerza definitiva. Exige tu tiempo y tu atención, y te deja cambiado.

Me desconcertaba que Tim pudiera derivar fuerza de la muerte, y más aún, de la muerte de una persona que amaba. Yo no podía entender cómo, pero ésa era una de las cualidades que lo hacían bueno; bueno como ser humano y eficaz en su profesión. Cuanto peor iban las cosas,

Librodot

más fuerte se tomaba; no le gustaba la muerte, pero no la temía. La comprendía, ahora que se le habían ido las telarañas. Había intentado la solución errónea -las sesiones, la superstición- y no había dado buenos resultados; al contrario, había provocado más muerte. Entonces cambió las marchas con la intención de ser racional. Tenía un motivo profundo: su propia vida estaba en juego, como un cebo... Un cebo para tentar lo que los antiguos llamaban «un siniestro destino», es decir, una muerte prematura, antes de tiempo.

Los pensadores de la antigüedad no consideraban un mal la muerte en sí, puesto que a todos nos sucede; lo que percibían correctamente como un mal era la muerte prematura, que ocurre antes de que la persona concluya su tarea. Algo arrancado antes de la madurez, una manzana verde y dura que la muerte cogía y arrojaba luego a lo lejos, por su escaso interés, incluso para la muerte misma.

El obispo Archer no había terminado su tarea y de ningún modo se proponía ser arrancado y separado de la vida. Ahora percibía con claridad cómo él mismo había caído gradualmente en el destino de Wallenstein; primero la superstición y la credulidad, y luego la herida de la alabarda de un capitán inglés llamado Walter Devereux, que por ningún otro motivo se destacó en la historia (Wallenstein pidió cuartel en vano; normalmente, cuando la alabarda está en la mano del enemigo, es tarde para rendirse). En ese momento Wallenstein, despierto de su sueño, probablemente había despertado también de su estupor mental. Yo supongo que, cuando los soldados enemigos irrumpieron en su dormitorio, debió haber comprendido de inmediato que todas las cartas astrológicas y todos los horóscopos fueron inútiles para él, puesto que no habían previsto eso. Sin embargo, la diferencia entre Wallenstein y Tim era muy grande. En primer lugar, Tim tenía la ventaja del ejemplo de Wallenstein; Tim podía ver adónde llevaba a los grandes hombres la locura. En segundo lugar, Tim era fundamentalmente un realista, a pesar de toda su culta y educada charla. Tim había llegado al mundo con una mirada alerta y un agudo sentido de aquello que lo beneficiaba y aquello que podía perjudicarlo. En el momento mismo de la muerte de Kirsten, había destruido inteligentemente una parte de su carta de despedida; no había sido ningún tonto. Había logrado también -era sorprendente- ocultar su relación con Kirsten de la prensa y de la Iglesia Episcopal (salió más tarde a luz, por supuesto; pero Tim ya había muerto y no le importaría).

Es asombroso, desde luego, que un hombre esencialmente pragmático, y hasta podría decirse oportunista, se hubiera entregado a tan adversos dislates; pero incluso lo disparatado tenía una especie de utilidad en la economía total de la vida de Tim. Él no deseaba verse refrenado por la constrictura formal de su rol; en realidad, no se definía como obispo, así como antes se había negado a definirse como abogado. Era un hombre, y así pensaba de sí mismo; no un hombre en el sentido de «persona masculina», sino en el de un ser humano que residía en muchas regiones y se movía en una variedad amplia de vectores. En sus días de universidad, había aprendido mucho al estudiar el Renacimiento; en una oportunidad me dijo que el Renacimiento de ningún modo había derrocado o abolido el mundo medieval: *el Renacimiento lo había llevado a su total desarrollo*, aunque T. S. Eliot imaginara lo contrario.

Un ejemplo (me dijo Tim esa vez) era *La Divina Comedia* del Dante. Era evidente, en términos de fechas, que la *Comedia* procedía de la Edad Media; resumía absolutamente la visión del mundo del medioevo; era su mayor coronación. Y sin embargo (aunque muchos críticos no estarán de acuerdo), *La Divina Comedia* tenía una amplitud de visión que no podía reducirse a la de Miguel Angel, quien, de hecho, se había inspirado manifiestamente en la obra del Dante para el cielorraso de la Capilla Sixtina. Tim pensaba que el cristianismo había llegado a su culminación en el Renacimiento; no creía que ése fuera el momento de la historia en que el mundo antiguo había revivido y dominado a la Era Cristiana, a la Edad Media; el Renacimiento no significaba el triunfo del viejo mundo pagano sobre la fe, sino, más bien, el más completo y definitivo florecimiento de la fe, y en especial la fe cristiana. Por la tanto, pensaba Tim, el hombre culto del Renacimiento (que sabía algo sobre todas las cosas, y poseía, para usar el término correcto, la *polimathia*) era el cristiano ideal, en su casa en este mundo y en el siguiente; una perfecta combinación de materia y espíritu, un ser, en realidad,

Librodot

de materia divinizada. Materia transformada pero, con todo, materia. Los dos reinos, éste y el siguiente, unidos, así como habían estado unidos antes de la Caída.

Este era el ideal que Tim intentaba capturar para él, hacerlo propio. La persona completa, razonaba él, no se encierra en su tarea, por alta que sea. Un zapatero que se considere medianamente un hombre que remienda zapatos se limita erróneamente; por la misma razón, un obispo debe penetrar en todos los campos ocupados por el hombre completo. Uno de esos campos era el de la sexualidad. Aunque la opinión general se oponía, a Tim no le importaba, y no cedió. Sabía que era apto para el ideal renacentista, y sabía que él era ese hombre del Renacimiento en toda su autenticidad.

Es indudable que su actitud de intentar todas las ideas posibles para ver si funcionaban destruyó finalmente a Tim Archer. Probó demasiadas ideas; las elegía, las examinaba, las aplicaba el durante un tiempo y luego las descartaba... Pero sin embargo, algunas de esas ideas, como si poseyeran vida propia, volvían por la puerta trasera y caían sobre él. Esta es la historia; se trata de hechos históricos. Tim ha muerto. Las ideas no sirvieron. Lo elevaron del suelo y luego lo traicionaron y lo atacaron; en cierto modo, lo dejaron caer antes de que él pudiera arrojarlas a un lado. Hay otra cosa que conviene destacar: Tim Archer sabía cuando afrontaba una lucha a muerte y, cuando lo advertía, adoptaba la postura de la enérgica defensa. Como me dijo el día de la muerte de Kirsten, no se rindió. Para destruir a Tim Archer, el destino tenía que atropellarlo; él no se destruiría a sí mismo. No se convirtió en un cómplice de un destino retributivo, cuando vio su proximidad y su significado. Había discernido que el destino retributivo lo buscaba. Él no huyó ni cooperó. Se mantuvo firme y luchó, y en esa posición murió. Pero murió sin ceder, es decir, devolviendo los golpes. El destino tuvo que asesinarlo.

Y mientras el destino planeaba cómo realizar esto, el ágil cerebro de Tim estaba totalmente entregado a esquivar, con todos los movimientos de la gimnasia mental posibles, eso que probablemente contenía la fuerza de lo inevitable. Esto es sin duda lo que queremos expresar con la palabra «destino»; si no fuera inevitable, no emplearíamos el término; hablaríamos, en cambio, de mala suerte. Hablaríamos de accidentes. En el destino no hay accidentes; hay deliberación. Una deliberación despiadada, que avanza desde todas las direcciones a la vez, como si el universo de la víctima se encogiera. Finalmente, ese universo contiene solamente a la víctima y a su siniestro destino. Está programado para sucumbir a pesar de su voluntad; y en sus esfuerzos por liberarse sucumbe aún antes, de fatiga y desesperación. Y entonces el destino triunfa a pesar de todos los esfuerzos.

Tim me dijo muchas de estas cosas. Había estudiado el tema como parte de su educación cristiana. El mundo antiguo había visto nacer las religiones grecorromanas del misterio, que pretendían vencer al destino convirtiendo a sus adeptos en dioses situados más allá de las esferas planetarias y capaces de eludir las influencias astrales, como se llamaban en aquellos días. Nosotros, hoy, hablamos de la banda de la muerte del DNA y de un texto psicológico aprendido de otras personas previas, amigos y parientes, y modelado sobre ellas. Es lo mismo: el determinismo te mata hagas lo que hagas. Algún poder, fuera de ti, actúa y altera la situación; no lo puedes hacer por ti mismo, porque la programación exige que cumplas el acto que te destruye; tú lo realizas con la idea de que te salvará, cuando en realidad te entrega al destino mismo que deseas eludir.

Tim sabía todo esto. No le ayudó. Pero hizo lo mejor que le fue posible: intentarlo.

Los hombres prácticos no hacen lo que hicieron Jeff y Kirsten; los hombres prácticos rechazan esa tendencia porque es romántica, porque es débil. Es pasividad aprendida; es una cesión aprendida. Tim pudo ignorar la muerte de su hijo mientras era la única, estimando que no había peligro de contagio; pero cuando Kirsten se marchó del mismo modo, Tim tuvo que cambiar de idea, retomar hasta la muerte de Jeff y reevaluarla. Así pudo haber visto en ella los orígenes de los desastres posteriores, y del desastre que lo amenazaba. Esto hizo que rechazara de inmediato todas las falsas nociones que había adoptado a partir de la muerte de Jeff, todas esas ideas decrépitas y fabulosas asociadas con lo oculto, para emplear la precisa

Librodot

frase de Menotti. Tim comprendió de pronto que se había sentado a la mesa del salón de Mme. Flora con el objeto de hablar con los espíritus y, realmente, de entregarse a la locura. Entonces había empezado a hacer lo que había sido característico en él durante toda su vida; abandonar esa ruta y seguir otra; desprenderse de esa maligna carga y buscar algo más estable, durable y sólido que pudiera reemplazarla. A veces, para salvar el barco, es preciso echar la carga por la borda; cuando se hace esto, se arroja la carga cuidadosamente, de modo que se aleje flotando y deje el barco intacto.

Este momento sólo llega cuando el barco está en dificultades, como estaba ahora Tim. La doctora Garret había pronosticado la muerte de Kirsten y la de Tim, comenzando con ella.

-La primera profecía había resultado verídica. Él podía esperar, por lo tanto, ser el siguiente. Arrojar la carga es un procedimiento de emergencia. Lo emplean los desesperados y las personas inteligentes. Tim era las dos cosas, y por necesidad. Él conocía la diferencia entre el barco (algo que es indispensable) y la carga (que no lo es). Se veía a sí mismo como el barco. Consideraba «carga» su fe en los espíritus, en el retorno de su hijo desde el otro mundo. Esta clara distinción era su ventaja, mientras no la perdiera de vista. Arrojar lejos sus creencias no lo comprometía ni lo pervertía, y le daba una pequeña probabilidad de salvarse.

Me alegró la reciente lucidez de Tim. Pero me sentía profundamente pesimista. Yo veía esa lucidez como la presencia en la superficie de una determinación básica de sobrevivir. Era una cosa buena. No se puede engañar al impulso de sobrevivir. La pregunta que me asustaba era: ¿Había llegado a tiempo? El futuro lo diría.

Cuando el barco se salva -si se salva- el abandono necesario de la carga concede derechos sobre todo lo que se pueda salvar al propietario o propietarios de la carga. Esta es una ley internacional del mar. Es una idea básica de los seres humanos de todo origen y procedencia. Tim, consciente o inconscientemente, lo comprendía. Al hacer lo que estaba haciendo, participaba de algo venerable y universalmente aceptado. Yo lo comprendía; pienso que todos podían hacerlo. No era el momento de quejarse por las batallas perdidas acerca del retorno o el no retorno de su hijo del otro mundo; para Tim era el momento de pelear por su vida. Lo hizo, y lo mejor que pudo. Yo aguardaba, y cuando era posible ayudaba. Finalmente fracasó, pero no por falta de esfuerzos ni porque flaqueara en su voluntad de intentar o su ánimo.

Y no por egoísmo. Se disponía a la defensa definitiva. Ver a Tim en sus últimos días como un hombre de poco valer decidido a toda costa a una supervivencia animal, como un hombre que abandonara sus convicciones morales, sería un error total.

Cuando la vida está en juego, si uno es inteligente actúa de cierto modo, y eso era lo que hizo Tim: arrojó a un lado todo lo que podía o debía arrojar; desnudó los dientes y amenazó morder, eso es lo que hace un hombre, una criatura determinada a sobrevivir, y al diablo con la carga. Después de la muerte de Kirsten, Tim estaba en inminente peligro de morir a su vez, y lo sabía; y para comprenderlo en ese período final es preciso comprender también que su percepción era correcta. Estaba, como dicen los psicólogos, en contacto con la situación de realidad (como si hubiera alguna especie de diferencia entre «situación» y «situación de realidad»). Deseaba vivir. También yo. Seguramente, también usted. Entonces, usted debería imaginar que tenía en la mente el obispo Archer durante el período que siguió a la muerte de Kirsten y precedió a su propia muerte; la primera concreta, la segunda una ominosa pero no indudable posibilidad. No era una realidad, al menos entonces, aunque desde nuestro punto de vista actual, retrospectivo, podamos pensar que era inevitable. Pero tal es el carácter de la retrospección; para ella, todo es inevitable, puesto que ya ha ocurrido.

Aunque Tim considerara su propia muerte inevitable, puesta por la profecía, impuesta por la sibila -o por Apolo, hablando por la boca de la sibila- estaba decidido a enfrentar su destino y oponer el mejor combate posible. Creo que esto es extraordinario y digno de elogio. Que hubiera arrojado por la borda un montón de palabras vacías que antes creía y predicaba no tenía importancia; ¿acaso debía abrazar esa carga y morir en posición fetal, con los ojos cerrados y sin mostrar los dientes? Estoy segura de esto; lo vi, lo medí. Vi caer la carga. La vi desaparecer sobre la borda en el instante en que se cumplió la primera profecía de la doctora

Librodot

Garret. Y me dije: Gracias a Dios.

Sin embargo, creo que debería haber evitado la publicación de ese maldito libro, *Aquí, muerte tirana*, al que yo misma había puesto título. Pero había treinta mil dólares en juego, y tal vez su determinación de no evitarla era simplemente una nueva prueba de su carácter práctico. No sé. Algunos aspectos de Tim Archer siguen siendo, hasta hoy, misterios para mí.

No era el estilo de Tim abortar un error antes de que su gestación se completara; lo dejaba ocurrir y luego, como decía, publicaba una enmienda. Excepto cuando estaba en tela de juicio su supervivencia física; en ese caso, calculaba anticipadamente sus actos. Miraba hacia delante. El hombre que había corrido durante toda su vida más rápido que él mismo, distanciándose de sí mismo, como urgido por las anfetaminas que tomaba diariamente, ese hombre dejó de correr de inmediato, se volvió, miró hacia el destino, y dijo, como se supone que hizo Lutero aunque no fue así, «Aquí me quedo; no puedo hacer otra cosa (*Hier steh'Ich; Ich kann nicht anders*)» El ontólogo alemán Martin Heidegger tiene una expresión para esto: transmutación del Ser inauténtico en el Ser auténtico o *Sein*. Yo lo había estudiado en la universidad. Nunca pensé que lo vería en la realidad, pero lo vi, y me pareció hermoso aunque muy triste, porque falló.

Imaginé, en mi mente, que el espíritu de mi marido muerto penetraba en mis pensamientos y se divertía mucho. Jeff habría señalado que consideraba al obispo un barco de carga que muestra los dientes, una metáfora combinada capaz de mantenerlo en éxtasis durante días; y yo habría oído incesantemente su risa. A causa del suicidio de Kirsten, mi mente resbalaba. Mientras trabajaba, comparando el contenido de los envíos con las facturas, apenas notaba lo que hacía. Me había abstraído. Mis compañeros y mi jefe lo advirtieron. Comía poco; pasaba la hora de la comida leyendo a Delmore Schwartz, quien, según me habían dicho, murió con la cabeza apoyada en la bolsa de basura que estaba bajando por la escalera cuando sufrió un ataque al corazón. ¡Hermosa forma de morir para un poeta!

El problema de la introspección es que no cesa; como el sueño de Bottom en *El sueño de una noche de verano*, no tiene fondo («It has no bottom»).

En mis años en el Departamento de Inglés de la universidad había aprendido a hacer metáforas, a jugar con ellas, a combinarlas, a lanzarlas como pelotas; soy una adicta a las metáforas, demasiado ávida y educada. Pienso demasiado, leo demasiado, me preocupo demasiado por los que quiero. Los que yo quería habían empezado a morir. Ya no quedaban muchos; la mayoría se había ido.

¡Todos se han ido al mundo de la luz!
Y yo, solo, me demoro aquí.
Su pura memoria es lejana y brillante,
y aclara mis tristes pensamientos.

Como escribiera Henry Vaughan en 1655, el poema concluye así:

Que se dispersen esas nieblas
que cubren y manchan (todavía)
mi perspectiva mientras pasan,
o que me lleven de aquí a esa colina
donde no necesitaré un largavista.

Vaughan se refería a una lente, un telescopio. Lo consulté. Los metafísicos poetas menores del siglo diecisiete habían sido mi especialidad durante los años de universidad. Ahora, después de la muerte de Kirsten, volví a ellos; porque mis pensamientos se dirigían, como los de esos poetas, al otro mundo. Allá estaba mi marido; también mi mejor amiga; esperaba que pronto fuera Tim, como ocurrió.

Infortunadamente empecé a ver poco a Tim. Ese fue el peor de los golpes, Verdaderamente lo quería, pero los lazos estaban cortados. Quedaron cortados a su lado. Renunció a la diócesis de California y se trasladó a Santa Bárbara, a trabajar con el grupo de producción de ideas; su libro, que en mi opinión invariable jamás debió publicar, lo mostraba como un tonto; y esto se combinó con el escándalo acerca de Kirsten; la prensa, a pesar de la manipulación de las pruebas que había hecho Tim, rescató su relación clandestina. Su carrera en la Iglesia Episcopal cesó bruscamente; empacó y dejó San Francisco, reapareciendo (como había dicho) en el sector privado. Allí podía descansar y ser feliz; allí podía vivir su vida sin la estrechez represiva de la moral y la ley canónica cristiana.

Yo lo extrañaba.

Un tercer elemento había contribuido a liquidar su relación con la Iglesia Episcopal; se trataba, por supuesto, de los malditos Documentos Zadokitas, que Tim sencillamente no podía olvidar. Separado de Kirsten por la muerte, desligado del ocultismo, al que finalmente daba su verdadero valor, había concentrado toda su credulidad en los escritos de aquella antigua secta hebrea, declarando en conferencias, artículos y entrevistas, que en ellos se encontraba el origen verdadero de las enseñanzas de Jesús. Tim no podía separarse de las dificultades. Él y ellas estaban destinados a acompañarse hasta el fin.

Me mantenía informada de los acontecimientos relacionados con Tim leyendo revistas y periódicos. Mi contacto era de segunda mano; ya no tenía un conocimiento personal y directo. Para mí esto era una tragedia, aún peor que la pérdida de Jeff y de Kirsten, aunque jamás dije esto a nadie, ni siquiera a mi psicólogo. También perdí el rastro de Bill Lundborg; se alejó de mi vida hacia un hospital mental, y eso fue todo. Traté de encontrarlo, pero fracasé y renuncié. Realmente, diez puntos. O cero, según cómo se cuente.

De todos modos, los resultados fueron éstos: perdí a todos los que conocía, por lo tanto, había llegado el momento de buscar nuevos amigos. Llegué a la conclusión de que la venta de discos era más que una ocupación para mí; era casi una vocación. En un año llegué a ser directora de la Musik Shop. Tenía ilimitados poderes de compra; los propietarios no me ponían ningún tope, ninguno. Sólo mi juicio determinaba lo que compraba o no compraba, y todos los vendedores -los representantes de las distintas marcas- lo sabían. Esto había significado muchas invitaciones a comer y algunos encuentros interesantes. Empecé a salir de mi caparazón y a ver más gente; adquirí un amigo, si no os molesta un término tan anticuado (que jamás sería empleado en Berkeley). Supongo que «amante» sería la palabra correcta. Accedí a que Hampton viniera a vivir conmigo a la casa que habíamos comprado con Jeff, e inicié lo que, según esperaba, sería una nueva vida en común.

El libro de Tim, *Aquí, muerte tirana*, no se vendió tan bien como se había esperado; vi ejemplares sobrantes en varias librerías cerca de Sather Cate. Era demasiado caro y largo; habría hecho bien en acortarlo -si, en efecto, hubiera sido él quien lo había escrito-. Cuando finalmente me decidí a leerlo, pensé que era en su mayoría obra de Kirsten; ella, por lo menos, debió hacer la redacción final, basándose sin duda en el dictado a la disparada de Tim. Eso era lo que Kirsten me había dicho, y probablemente fue así. Por otra parte, Tim nunca publicó una enmienda, como me había prometido.

Un domingo por la mañana, mientras Hampton y yo estábamos en el living fumando un canuto de marihuana fresca, sin semillas, y mirando los dibujos animados para niños en TV, recibí inesperadamente la llamada telefónica de Tim.

-Hola, Angel -dijo en su voz cálida y cordial-. Espero no llamarte en mal momento.

-Un momento ideal -logré decir, preguntándome si estaría oyendo la voz de Tim o si se trataba de una alucinación debida a la hierba-. ¿Cómo estás? Yo...

-Te llamo porque estaré en Berkeley la semana próxima -interrumpió Tim, como si yo no hubiera respondido, como si no me oyera-. Debo asistir a una reunión en el Claremont Hotel y me gustaría encontrarme contigo.

-Magnífico -dije, infinitamente complacida.

-¿Podríamos cenar juntos? Tú conoces mejor que yo los restaurantes de Berkeley; elegirás

Librodot

el que quieras -rió-. Será una maravilla verte. Como en los viejos tiempos.

Le pregunté, balbuceando, cómo le iba.

-Aquí todo marcha bien. -dijo Tim-. Estoy muy ocupado. El mes próximo iré a Israel; quiero hablarte de esto.

-Oh -dije-. Me parece interesantísimo.

-Visitaré el *wadi* -siguió Tim-, donde se encontraron los Documentos Zadokitas. Ya están todos traducidos. Algunos de los últimos fragmentos son de gran importancia. Pero te lo contaré cuando te vea.

-Sí -respondí, excitada por el tema; como siempre, el entusiasmo de Tim me contagiaba-. He leído un largo artículo en *Scientific American*, algunos de los últimos fragmentos...

-El miércoles por la noche pasaré a buscarte por tu casa -dijo Tim-. Vístete formalmente, si no te importa.

-Recuerdas...

-Sí, por supuesto; recuerdo dónde es.

Me pareció que él hablaba rapidísimo. ¿O era la marihuana? No; la hierba haría todo más lento. Dije, con pánico:

-El miércoles trabajo en la tienda.

Como si no me hubiese oído, Tim agregó:

-A eso de las ocho. Te veré entonces. Adiós, querida -clik.

Había colgado.

Mierda, me dije. El miércoles tengo trabajo hasta las nueve. Tendré que hacer que me reemplace alguien. No pienso dejar de cenar con Tim antes de que se marche a Israel. Me pregunté, entonces, cuánto tiempo se quedaría allá. Probablemente un tiempo considerable. Había estado antes una vez, y plantado un cedro; lo recordaba, la prensa había hablado mucho de eso.

-¿Quién era? -preguntó Hampton, sentado ante el televisor en tejanos y T-shirt; mi amigo era alto, delgado, mordaz, y tenía gafas y pelo como alambre negro.

-Mi suegro -dije-. Mi antiguo suegro.

-El padre de Jeff -dijo Hampton; y en su cara apareció una sonrisa torcida-. Se me ocurre una idea acerca de qué hacer con la gente que se suicida. Debería haber una ley: cuando se encuentra a alguien que se ha suicidado, habría que vestirlo de payaso. Fotografiarlo, y publicar la foto en el periódico, con el traje de payaso. Como Sylvia Plath. Ella sería ideal -luego Hampton contó cómo Sylvia y sus amigas, según su imaginación, jugaban a cuál podía meter la cabeza en el horno de la cocina por más tiempo, sin dejar de decir «Ji, ji», de reír y alborotar.

-Eso no es divertido -dije, y me fui del living a la cocina.

-No meterás la cabeza en el horno, ¿verdad? -preguntó Hampton.

-Vete al diablo.

-Con una gran pelota de goma, roja, en la nariz -murmuraba Hampton, sobre todo para sí mismo; su voz y el ruido de los dibujos animados de la TV me atormentaban; me llevé las manos a los oídos para suprimir el ruido-. ¡Saca la cabeza del horno! -chilló Hampton.

Regresé al living y apagué el televisor; volviéndome hacia Hampton, dije:

-Esas dos personas sufrían mucho. No es posible burlarse de alguien que sufre así.

Sonriendo, sentado en el suelo, meciéndose hacia delante y hacia atrás, respondió:

-Y unas grandes manos flojas. Manos de payaso.

Abrí la puerta del frente.

-Te veré luego. Salgo a pasear -cerré la puerta.

Hampton abrió la puerta con fuerza, salió a la galería, se llevó las manos a la boca y gritó:

-Ji, ji. Voy a meter la cabeza en el horno. Ahora veremos si la niñera llega a tiempo. ¿Crees que llegará? ¿Alguien apuesta algo?

No miré hacia atrás; seguí andando.

Mientras caminaba, pensé en Tim y en Israel y cómo sería eso, el clima cálido y el desierto

Librodot

y las rocas, y los *kibbutzim*. Trabajar la tierra, la vieja tierra que había sido labrada durante miles de años, por los judíos, desde mucho antes de los tiempos de Cristo. Quizá llevaran la atención de Tim a la tierra, pensé. Y lejos del otro mundo. A la realidad, adonde pertenecía.

Quizá me equivocaba, pero lo dudaba. Sentí entonces el deseo de ir con Tim, dejar mi trabajo en la tienda de discos, dejarlo, simplemente, y partir. Tal vez para no volver. Quedarme para siempre en Israel. Pedir la ciudadanía. Convertirme al judaísmo. Si me aceptaban. Tim podría ayudarme. Tal vez en Israel dejaría de recordar poemas y combinar metáforas. Tal vez mi mente dejaría de resolver problemas en términos de palabras recicladas. Frases usadas, trocitos arrancados de aquí y de allá; fragmentos de los días de universidad, memorizados pero no comprendidos, comprendidos, pero no aplicados, aplicados, pero sin éxito. La espectadora de la destrucción de mis amigos, me dije; la que registra en una agenda los nombres de los que mueren, sin poder salvar a nadie, ni siquiera a uno solo.

Le preguntaré a Tim si puedo ir con él... Dirá que no -tiene que decir que no-, pero de todos modos se lo pediré.

Para arraigar a Tim en la realidad, pensé, primero tendrán que conquistar su atención; y si él sigue tomando dexedrina eso no será posible; su mente seguirá viajando con ruedas libres, girando eternamente en el vacío, imaginando el gran modelo del cielo... Lo intentarán y, como yo, fracasarán. Tal vez, si fuera con él, podría ayudar, pensé; quizá junto con los israelíes podría hacer lo que sola no podía; quizás ellos logren orientar su atención hacia el suelo que hay debajo de sus pies.

Cristo, pensé; tengo que ir con él. Es esencial. Porque ellos no tendrán tiempo de advertir el problema. Él flotará por encima del país, primero aquí, luego allí, sin detenerse lo suficiente, sin dejarles nunca...

Un coche dio un bocinazo; yo había errado hasta la calle, y estaba cruzando inconscientemente, sin mirar.

-Perdón -dije al conductor, que me lanzó una mirada de furia.

No Soy mejor que Tim, comprendí. No le serviría de nada en Israel. Pero aún así, pensé, querría ir.

13

El miércoles a la noche, Tim pasó a buscarme en un Pontiac alquilado. Yo llevaba un vestido negro sin tirantes y un pequeño bolso de cuentas; tenía una flor en el pelo y Tim, contemplándome mientras mantenía abierta la puerta del coche, observó que estaba encantadora.

-Gracias -dije, con timidez.

Fuimos hasta un restaurante en la University Avenue, inmediatamente después de Shattuck; era un restaurante chino abierto hacía poco. Yo no había estado nunca, pero los clientes de la Musik Shop decían que era el mejor lugar nuevo de la ciudad.

-¿Siempre has llevado el pelo así? -preguntó Tim mientras una camarera nos llevaba a nuestra mesa.

-Me lo he arreglado así para esta noche -expliqué; le mostré mis pendientes-. Jeff me los regaló hace años. No me los pongo habitualmente; tengo miedo de perder uno...

-Has perdido un poco de peso -acomodó la silla para mí y me senté con nerviosidad.

-Es por mi trabajo. Me quedo en la tienda hasta muy tarde por la noche.

-¿Cómo va el estudio jurídico?

-Dirijo una tienda de discos.

-Sí -dijo Tim-. Me habías conseguido ese álbum de *Fidelio*. No he tenido muchas oportunidades de oírlo...

Luego abrió el menú. Abstraído, apartó de mí su atención. Qué fácilmente se distrae la atención, pensé. O mejor dicho, altera su foco. No es la atención lo que cambia; es el objeto

de la atención. Tim debe vivir en un mundo que cambia incesantemente. El mundo fluyente de Heráclito en persona.

Me agradó ver que Tim vestía aún ropas de religioso. Me pregunté si sería legal. Bueno, no es asunto mío. Tomé mi menú. Era comida de estilo mandarín, y no cantonés; no sería dulce, y sí especiosa y caliente, con abundancia de nueces. Y jengibre, me dije; tenía hambre y me sentía feliz, y muy contenta de estar nuevamente con mi amigo.

-Angel -dijo Tim-, ven conmigo a Israel.

Mirándolo fijamente, dije:

-¿Cómo?

-Como mi secretaria.

-Sin dejar de mirarlo, agregué:

-¿...que tome el lugar de Kirsten, quieres decir? -empecé a temblar. Un camarero se acercó; hice un gesto para que se retirara.

-¿No quieren ustedes beber algo? -preguntó el camarero, ignorando mi gesto.

-Váyase -le dije, en voz amenazante-. Maldito camarero -dije a Tim-. ¿Qué decías? Quiero decir, qué clase de...

-Simplemente como secretaria. Nada personal, de ningún modo. ¿Acaso piensas que te pedía que fueras mi amante? Necesito alguien que haga lo que hacía Kirsten; no puedo arreglarme solo.

-Por Dios -dije-. Pensé que...

-Nada de eso -respondió Tim en tono firme y severo, indicando que no estaba de broma. Y que desaprobaba-. Sigo viéndote como mi nuera.

-Estoy a cargo de la tienda -dije.

-Mi presupuesto me permite gastos considerables; probablemente pueda pagarte tan bien como tu estudio jurídico -rectificó-. Como tu casa de discos.

-Déjame pensar -llamé al camarero-. Un martini -pedí-. Bien seco. Nada para el obispo.

Tim me dedicó una sonrisa torcida.

-Ya no soy obispo.

-No puedo ir a Israel -dije-. Tengo demasiados lazos aquí.

Con voz tranquila, Tim respondió:

-Si no vienes conmigo, nunca... Vi nuevamente a la doctora Garret. Hace poco. Jeff ha vuelto desde el otro mundo. Dice que si no te llevo conmigo a Israel, moriré allá.

-Eso es un disparate, una locura -dije-. Creí que habías abandonado eso.

-Ha habido nuevos fenómenos -no aclaró, su rostro estaba tenso y pálido.

Le tomé la mano.

-No hables con la Garret. Habla conmigo. Yo te digo: ve a Israel y al diablo con esa vieja. No es Jeff, es ella misma. y lo sabes.

-Los relojes -dijo Tim-. Se han detenido a la hora de la muerte de Kirsten.

-Aún así -insistí.

-Creo que pueden ser los dos -dijo Tim.

-Ve a Israel -dije-. Habla con la gente de allí, con el pueblo de Israel; un pueblo que, como ninguno, se asienta en la realidad.

-No tendré mucho tiempo. Debo ir directamente al desierto del Mar Muerto y encontrar el *wadi*. Y regresar a tiempo para una reunión con Buckminster Fuller. Creo que es con él que debo reunirme -se tocó el bolsillo-. Lo tengo anotado.

-Me parece que Buckminster Fuller ha muerto -dije.

-No, debes estar equivocada -me miró, le devolví la mirada, y poco a poco, ambos nos echamos a reír.

-¿Ves? -dije, sosteniéndole aún la mano-. No te serviría de nada.

-Ellos dicen que sí -respondió Tim-. Jeff y Kirsten.

-Tim -dije-, piensa en Wallenstein.

-Tengo la opción -dijo Tim en voz grave pero clara, una voz de brusca autoridad- de creer

lo imposible y estúpido, por una parte, o... -dejó de hablar.

-O no creer -terminé.

-Wallenstein fue asesinado -dijo Tim.

-A ti nadie te asesinará.

-Tengo miedo.

-Tim -dije-, lo peor es esa basura ocultista. Lo sé. Créeme. Eso es lo que mató a Kirsten. Tú lo comprendiste cuando murió, ¿recuerdas? No puedes volver a eso. Perderás todo el terreno que...

-Más vale un perro vivo que un león muerto -dijo Tim-. Quiero decir, mejor es creer en un disparate que ser escéptico, científico, racional y realista y morir en Israel.

-Entonces no vayas.

-Lo que necesito saber se encuentra allá, en el *wadi*. El *anokhi*, Angel; el hongo. Está allá, en alguna parte, y ese hongo es Cristo. El verdadero Cristo, en cuyo nombre hablaba Jesús. Jesús era el mensajero del *anokhi*, que es el verdadero poder sagrado, la fuente verdadera. Quiero verlo, quiero encontrarlo. Crece en las cavernas. Sé que es así.

-Antes era así.

-Está allí ahora, y Cristo también. Cristo tiene el poder de romper el apretón del destino. Podré sobrevivir únicamente si alguien lo rompe y me libera; de otro modo, seguiré a Jeff y a Kirsten. Eso es lo que hace Cristo; invalidar los viejos poderes planetarios. Pablo lo menciona en sus *Cartas del Cautiverio*... Cristo se eleva de una esfera a otra -su voz volvió a perderse.

-Hablas de magia.

-Hablo de Dios.

-Dios está en todas partes.

-Dios está en el *wadi*. La *parusía*, la Presencia Divina. Allí estaba con los zadokitas; allí está ahora. El poder del destino es, en su esencia, el poder del mundo; y sólo Dios, expresado como Cristo, puede romper el poder del mundo. Está escrito en el Libro de las Hilanderas que moriré, si no me salvan el cuerpo y la sangre de Cristo. El Libro de las Hilanderas es algo así como la Torah. Las hilanderas son el destino personificado, como las Nornas en la mitología germánica. Tejen los destinos de las personas. Nadie más que Cristo, actuando aquí en la Tierra en nombre de Dios, puede tomar el Libro de las Hilanderas, leerlo, informar a las personas de su destino y luego, con su absoluta sabiduría, enseñarles cómo evitar su destino. Ése es el camino de la salida -calló-. Deberíamos pedir la cena. Hay gente esperando...

-Prometeo roba el fuego para el hombre, el secreto del fuego -dije-. Cristo coge el Libro de las Hilanderas, lo lee e informa a los hombres para salvarlos.

-Sí -asintió Tim-. Es aproximadamente el mismo mito. Excepto que el último no es un mito. Cristo existe realmente. Como un espíritu, en el *wadi*.

-No puedo ir contigo -dije-, y lo siento. Tendrás que ir solo, pero verás que la doctora Garret está alimentando tus temores, como alimentó y explotó de modo siniestro los de Kirsten.

-Tú podrías conducir.

-En Israel debe haber conductores expertos en el desierto.

Yo no sé nada del desierto del Mar Muerto.

-Tienes un excelente sentido de la orientación.

-Me pierdo. Estoy perdida. Ahora mismo estoy perdida. Querría ir contigo, pero tengo mi trabajo y mi vida y mis amigos; no quiero salir de Berkeley, es mi casa. Lo lamento pero esa es la pura verdad. He vivido siempre en Berkeley. No estoy preparada para irme en este momento. Quizá después -llegó mi martini; lo bebí de una vez, con un trago espasmódico que me dejó jadeando.

Tim dijo:

-El *anokhi* es la conciencia de Dios. Es, por lo tanto, la *hagia sophia*, la Sabiduría de Dios. Solamente esa sabiduría, que es absoluta, puede leer el Libro de las Hilanderas. No puede cambiar lo que está escrito, pero sí discernir un camino para escapar del Libro. Lo escrito está

fijo y no cambiará jamás -parecía derrotado; había empezado a ceder-. Necesito esa sabiduría, Angel. Ninguna otra cosa puede servir.

-Eres como Satán -dije; y entonces comprendí que el alcohol me había cogido de pronto; no había querido decir eso.

-No -respondió Tim, y luego asintió-. Sí, lo soy. Tienes razón.

-Lamento haber dicho eso.

-No quiero que me maten como a un animal. Si es posible leer ese escrito, entonces es posible hallar una salida; Cristo puede hacerlo; *hagia sophia*, Cristo. Son homólogos desde la hipóstasis del Viejo y el Nuevo Testamento -pero yo podía ver que había cedido; no podía convencerme y lo sabía-. ¿Por qué no, Angel? ¿Por qué no vienes?

-Porque no quiero morir en el Mar Muerto.

-Está bien. Iré solo.

-Alguien debe sobrevivir a todo esto -dije.

Tim asintió.

-Yo quiero que sobrevivas, Angel. Quédate. Te pido excusas...

-Perdóname -dije.

Sonrió desmayadamente.

-Podrías montar en camello.

-Huelen mal -dije-. Dicen.

-Si encuentro el *anokhi* tendré acceso a la sabiduría de Dios..., que ha estado ausente del mundo durante más de dos mil años. De eso hablan los Documentos Zadokitas, de esa sabiduría que antes se nos ofrecía abiertamente. Piensa en lo que significa.

El camarero se acercó a la mesa y preguntó si estábamos dispuestos a pedir la cena. Yo dije que sí; Tim miró a su alrededor desconcertado, como si en ese momento advirtiera dónde estaba. Ver su decepción me dolía en el corazón. Pero yo había tomado mi decisión. Mi vida, tal como era, significaba mucho para mí; y tenía, sobre todo, miedo de comprometerme con ese hombre. Eso le había costado la vida a Kirsten y, de un modo más sutil, a mi marido. Yo quería dejar todo eso atrás; había empezado de nuevo, ya no miraba hacia el pasado.

De modo desvaído, sin entusiasmo, Tim dijo al camarero que deseaba; parecía olvidado de mí, como si yo me hubiera confundido con el lugar. Me volví a mi menú, y hallé lo que deseaba. Lo que deseaba era algo inmediato, estable, real, tangible; estaba en este mundo que se podía tocar y agarrar; tenía que ver con mi casa y mi trabajo, y con el destierro definitivo de ciertas ideas, ideas acerca de otras ideas, girando eternamente en espirales, en un regreso infinito.

La comida tenía exquisito sabor. Tim y yo comimos con placer. Mis clientes estaban en lo cierto.

-¿...enfadado conmigo? -pregunté cuando terminamos.

-No. Estoy feliz porque sobrevivirás a todo esto. Y seguirás siendo como eres -entonces me señaló con expresión de autoridad-. Pero si yo encuentro lo que busco, cambiaré. No seré como soy ahora. He leído todos los documentos, y en ellos no está la solución; los documentos indican la respuesta y la ubicación de la respuesta, pero no la contienen. Está en el *wadi*. Corro un riesgo que vale la pena. Quiero correrlo porque podría encontrar el *anokhi*. Saber esto es suficiente para que valga la pena.

De pronto tuve una inspiración.

-No hubo nuevos fenómenos...

-Es verdad.

-Y no has vuelto a ver a la doctora Garret.

-Cierto -no parecía confundido ni contrito.

-Me lo dijiste para que te acompañara...

-Quiero que vengas. Y me guíes. De otra manera..., temo que no encontraré lo que busco -sonrió.

-Mierda -dije-. Te había creído.

-He tenido malos sueños -dijo Tim-. Sueños perturbadores. Pero no alfileres debajo de las uñas. Ni pelo quemado. Ni relojes parados.

Dije, vacilante:

-...tanto quieres que vaya contigo -por un instante sentí el impulso, la necesidad de ir-. Y crees que sería bueno para mí.

-Sí. Pero no vendrás... Está claro -sonrió con esa sonrisa sabia y familiar-. Bueno, he hecho lo posible.

-¿Piensas que vivo en la rutina, aquí en Berkeley?

-Estudiante profesional -dijo Tim.

-Dirijo una tienda de discos.

-Tus clientes son estudiantes y profesores. Sigues atada a la universidad, no has roto el cordón umbilical. Mientras no lo hagas, no serás del todo adulta.

-Nací la noche que bebí bourbon mientras leía *La Divina Comedia*. La noche del dolor de muelas.

-Empezaste a nacer. Pero si no vienes a Israel... Allá es donde podrías nacer; en el desierto del Mar Muerto. La vida espiritual del hombre empezó allí, en el Monte Sinaí, con Moisés. *Ehyeh* habló... La teofanía. El momento más grande de la historia del hombre.

-Casi iría.

-Ven, entonces -abrió las manos.

-Tengo miedo -dije, sencillamente.

-Ése es el problema -respondió Tim-. Es la herencia del pasado; la muerte de Jeff y la de Kirsten... Te han hecho un daño permanente. Te han dejado con miedo a vivir.

-Más vale perro vivo...

-Pero es que no estás auténticamente viva -dijo Tim-. Aún no has nacido. Eso es lo que quería decir Jesús cuando hablaba del Segundo Nacimiento, el nacimiento en o del espíritu, el nacimiento superior. Eso es lo que hay en el desierto. Eso es lo que iré a buscar.

-Búscalo, pero sin mí -respondí.

-Aquel que pierda su vida...

-No me digas citas de la Biblia, ¿quieres? -pedí-. Ya he oído muchas y dicho demasiadas, ¿no te parece?

Tim extendió la mano y apretó solemnemente la mía. Sonrió, y después de un momento me soltó la mano y sacó su reloj de bolsillo de oro.

-Tendré que llevarte a tu casa. Todavía tengo una reunión esta noche. Comprendes, ¿verdad? Me conoces...

-Sí -dije-. Está bien. Tim -agregué-, eres un gran estratega. Te observé el día que conociste a Kirsten. Y ahora has hecho que todo eso pesara sobre mí -y casi me has convencido, me dije; unos minutos más... y habría aceptado. Si hubieras insistido apenas un poco más...

-Mi profesión es salvar almas -dijo Tim, enigmáticamente. No supe si hablaba en serio o irónicamente; simplemente, era incapaz de determinarlo-. Lamento la prisa, pero tenemos que marchamos.

Siempre tienes prisa, me dije, mientras me ponía de pie.

-Ha sido una cena magnífica -dije.

-¿De veras? No me di cuenta. Debo estar preocupado. Tengo que hacer tantas cosas antes de partir a Israel... Ahora que no tengo a Kirsten, para ocuparse de todo... Ella trabajaba muy bien.

-Ya encontrarás alguien.

-Pensé que te había encontrado a ti. Pero esta noche el pescador no te pescó.

-Quizás alguna otra vez.

-No -dijo Tim-. No habrá otra vez.

No lo explicó. No era necesario; yo sabía que, por una u otra razón, era así. Lo sentía. Tim estaba en lo cierto.

Cuando Timothy Archer partió a Israel, la NBC dio escuetamente la noticia, como hubiera

dado la de una migración de aves, migración demasiado regular para tener algún interés, y sin embargo digna de la información; al parecer, para recordar a los espectadores que el obispo de la Iglesia Episcopal Timothy Archer aún existía y seguía activo en los asuntos del mundo. Nada supo luego el público americano durante más o menos una semana.

Recibí una tarjeta postal; pero llegó después de la historia sensacional de despedida del obispo Archer y su Datsun abandonado, con la parte posterior fuera del sinuoso camino de montaña, sobre una protuberancia rocosa, y el mapa de las gasolineras en el asiento delantero derecho, donde él lo había dejado.

El gobierno de Israel hizo todo lo posible y con gran celeridad. Tenía tropas y... Mierda; emplearon todos los recursos, pero los periodistas sabían que Tim Archer había muerto en el desierto del Mar Muerto porque allí no es posible vivir, subiendo los riscos y bajando las hondonadas; la supervivencia no era posible, y finalmente encontraron su cuerpo; parecía, dijo uno de los periodistas en el lugar, arrodillado en actitud de orar. Pero en verdad Tim había caído a un precipicio. Y yo fui, como de costumbre, a la tienda de discos, la abrí y puse el dinero en a caja y esa vez no lloré.

Los periodistas se preguntaban por qué no habría contratado un conductor profesional. ¿Cómo se había aventurado en el desierto con un mapa de gasolineras y dos coca-colas? Yo sabía la respuesta. Porque tenía prisa. Sin duda, buscar un conductor, a su juicio, habría llevado demasiado tiempo. Como la noche del restaurante chino, Tim necesitaba moverse; no podía permanecer en un lugar, era un hombre ocupado, y por eso se lanzó al desierto en un cochecito de cuatro cilindros que no habría sido seguro en las carreteras de California. Como decía Bill Lundborg, los coches pequeños son peligrosos.

De todos ellos, era el que yo más amaba. Lo supe cuando oí la noticia, distinto que antes; antes había sido un sentimiento, una emoción. Pero cuando comprendí que había muerto, ese conocimiento me convirtió en una persona enferma que cojeaba y se encogía, pero iba a su trabajo y atendía el teléfono y preguntaba a los clientes si podía ayudarles en algo; no estaba enferma como una persona o un animal; estaba enferma como una máquina. Aún me movía pero mi alma agonizaba, mi alma que, como Tim había dicho, nunca había nacido del todo; esa alma que había empezado a nacer y quería nacer más, murió por fin y mi cuerpo siguió viviendo mecánicamente.

El alma que perdí esa semana no retornó jamás; ahora, años después, soy una máquina; una máquina oyó la noticia de la muerte de John Lennon y una máquina sintió dolor y meditó y fue hasta Sausalito, al seminario de Edgar Barefoot, porque eso es lo que hacen las máquinas; ésa es la forma en que las máquinas reciben el horror. Una máquina no sabe otra cosa; simplemente gira y quizá zumba. Es todo lo que puede hacer. No se puede esperar otra cosa de una máquina. Por eso decimos que es una máquina: comprende, intelectualmente, pero no hay comprensión en su corazón porque su corazón es mecánico, diseñado para funcionar como una bomba.

Así que bombea, y la máquina arrastra los pies y se mueve. Y sabe, pero no sabe y mantiene la rutina. Vive lo que se supone que debe ser la vida; sigue un plan y obedece la ley. No conduce su coche por encima del límite de velocidad en el puente Richardson y se dice: Nunca me gustaron Los Beatles. Jeff llevó a casa Rubber SouI y si escucho..., se repite a sí misma lo que ha pensado y oído, simulando la vida; una vida que antes poseía y ahora ha perdido, una vida ausente. Sabe que no sabe qué, como dicen los libros de filosofía acerca de un filósofo confuso; no recuerdo cuál. Tal vez Locke. «Locke cree que no sabe qué». Eso me impresionaba, ese giro. Busco esas cosas; me atraen las frases inteligentes, que suponen un buen estilo en prosa.

Soy una estudiante profesional y seguiré así; no cambiaré. Me ofrecieron la oportunidad de cambiar y la rechacé; ahora, estoy inmovilizada y, como he dicho, sé pero no sé qué.

14

Ante nosotros, con una sonrisa ancha como la luna, Edgar Barefoot decía:

-¿Qué ocurriría si una orquesta sinfónica sólo pensara en llegar a la coda final? ¿Qué ocurriría con la música? Un gran estallido de sonido, y un rápido final. La música está en el proceso, en el desarrollo; si la apresuráis la destruís. Y la música se acaba. Quiero que penséis en esto.

Está bien, me dije. Pensaré en eso. Hoy prefería no pensar en ninguna otra cosa. Algo ha ocurrido, algo importante, pero no quiero recordarlo. Nadie lo hace. Puedo ver la misma reacción alrededor. Mi reacción está también en los demás, aquí, en esta lujosa casa flotante de la Puerta Cinco. Donde se pagan cien dólares, la misma suma, creo, que pagaron Tim y Kirsten a esa falsa psíquica y médium de Santa Bárbara que nos ha destruido a todos.

Cien dólares es aparentemente una suma mágica; abre la puerta a la iluminación. Por eso estoy aquí. Dedico mi vida a buscar la iluminación, como quienes me rodean. Este es el ruido de la Zona de la Bahía, el tumulto y el estruendo del significado; para esto existimos, para aprender.

Enséñanos, Barefoot, me dije. Enséñame algo que no sepa. Yo, por ser de comprensión deficiente, anhelo saber. Puedes empezar conmigo; soy el más atento de tus discípulos. Creo profundamente en ti. Soy una perfecta tonta que ha venido a recibir. Dame. Sigue con los sonidos; me arrullan y olvido.

-Señorita -dijo Barefoot.

Comprendí, sobresaltada, que me hablaba.

-Sí -dije, mientras despertaba.

-¿Cómo se llama? -preguntó Barefoot.

-Angel Archer.

-¿Para qué está aquí?

-Para escapar -dije.

-¿De qué?

-De todo.

-¿Por qué?

-Porque duele.

-¿...John Lennon, quiere decir?

-Sí. Y otras cosas.

-La estaba observando -dijo Barefoot-, porque estaba dormida. Quizá no lo supiera. ¿Lo sabía?

-Sí -dije.

-¿Así quiere que yo la perciba? ¿Dormida?

-Déjeme en paz.

-¿...que la deje dormir?

-Sí.

-«El sonido de una mano que aplaude» -citó Barefoot.

No dije nada.

-¿Quiere que le pegue... una bofetada... que la despierte?

-No me importa -dije-. En absoluto.

-¿Qué sería preciso para despertarla?

No respondí.

-Mi tarea es despertar a las personas.

-Es otro pescador.

-Sí, pesco peces. No almas. No sé nada de las «almas». Sé de peces. Un pescador pesca peces; si cree que pesca otras cosas es un tonto, se engaña y también a quien pesca.

-Pésqueme, entonces -dije.

-¿Qué desea usted?

Librodot

-No despertar nunca.

-Entonces, venga aquí -dijo Barefoot-. Venga y póngase aquí. Le enseñaré a dormir. Dormir es tan difícil como despertar. Usted duerme mal, sin habilidad. Puedo enseñarle a dormir tan fácilmente como a despertar. Lo que elija. ¿Está segura de que sabe lo que quiere? Tal vez, secretamente, desee despertar. Tal vez se equivoque acerca de usted misma. Venga -extendió la mano.

-No me toque -dije mientras avanzaba hacia él-. No quiero que me toquen.

-Entonces, eso lo sabe.

-Estoy segura.

-Quizá lo que le ocurre es que nadie la ha tocado nunca -dijo Barefoot.

-Dígamelo usted -respondí-. Yo no tengo nada que decir. Todo lo que tenía...

-Nunca ha dicho nada -dijo Barefoot-. Usted ha estado en silencio toda su vida. Sólo su boca ha hablado.

-Si usted lo dice...

-Dígame de nuevo su nombre.

-Angel Archer.

-¿Tiene un nombre secreto? ¿Un nombre que nadie conoce?

-No tengo un nombre secreto -dije, y luego agregué-: Soy una traidora.

-¿A quién ha traicionado?

-A mis amigos.

-Bien, traidora -dijo Barefoot-. Dígame cómo llevó a sus amigos a la ruina. ¿Cómo lo hizo?

-Con palabras. Como ahora.

-Entonces, usted es hábil con las palabras...

-Muy hábil -respondí-. Soy una enfermedad, una enfermedad verbal. Aprendí con profesionales.

-Yo no tengo palabras -dijo Barefoot.

-Muy bien -respondí-. Escucharé, entonces.

-Ahora empieza a saber.

Asentí.

-¿Tiene algún animal en su casa? ¿Perros o gatos? ¿Algún otro animal?

-Dos gatos -respondí.

-¿Los cuida usted y los alimenta? ¿Lo hace responsablemente? ¿Los lleva al veterinario si se enferman?

-Por supuesto -dije.

-¿Quién se ocupa de su casa y de usted?

-¿De mí? Nadie.

-¿Y puede usted hacer todo eso por sí sola?

-Sí que puedo.

-Entonces, Angel Archer, usted está viva.

-No intencionalmente -dije.

-Pero lo está. No lo cree, pero así es. Por debajo de las palabras, la enfermedad de las palabras, está viva. Quisiera decirle esto sin palabras, pero es imposible. Lo único que tenemos son las palabras. Vuelva a sentarse y escuche. Todo lo que diré de ahora en adelante estará dirigido a usted; le estoy hablando, pero sin palabras. ¿Tiene esto sentido para usted?

-No -dije.

-Entonces, siéntese.

Me senté.

-Angel Archer -dijo Barefoot-, usted está equivocada acerca de usted misma. No está enferma; *tiene hambre*. Lo que la mata es el hambre. Las palabras no tienen nada que ver. Ha tenido hambre toda su vida. Las cosas espirituales no sirven. No las necesita. Hay muchas cosas espirituales en el mundo; demasiadas. Usted es una tonta, Angel Archer, pero su tontería no es de buena calidad.

No contesté.

-Necesita verdadero alimento y verdadera bebida -dijo Barefoot-; no alimento ni bebida espiritual. No tiene usted idea de qué ha venido a hacer aquí. Mi tarea consiste en decírselo. Cuando la gente viene aquí a oírme hablar, les ofrezco un sándwich. Los tontos escuchan lo que digo; los sabios comen el sándwich. Esto que digo no es absurdo; es la verdad. Esto es algo que ninguno de ustedes imagina, pero yo doy alimento real, y ese alimento es un sándwich; las palabras, la charla, es sólo viento..., nada. Yo cobro cien dólares, pero ustedes aprenden algo inapreciable. Cuando sus perros o gatos tienen hambre, ¿les hablan? No; les dan comida. Yo también, aunque no se dan cuenta. Usted tiene todo al revés porque se lo ha enseñado la Universidad; le ha enseñado mal. Le ha mentido. Y se dice mentiras; ha aprendido cómo hacerlo y lo hace con mucha habilidad. Tome el sándwich y coma; olvide las palabras. La única finalidad de las palabras ha sido traerla hasta aquí.

Qué extraño, pensé. Lo cree. Parte de mi infelicidad empezó, entonces, a disminuir. Sentí cierta paz, cierto alivio del sufrimiento.

Alguien, detrás de mí, se inclinó y me tocó el hombro.

-Hola, Angel.

Me volví para ver quién era. Un joven de cara regordeta y pelo rubio me sonreía; sus ojos eran cándidos. Bill Lundborg, con un suéter de cuello volcado, pantalones grises, y calzado, para mi sorpresa, con Hush Puppies.

-¿Te acuerdas de mí? -dijo suavemente-. Siento no haber contestado a ninguna de tus cartas... Me preguntaba cómo te iba.

-Bien -dije-. Bien.

-Deberíamos estar en silencio, me parece -se echó hacia atrás y cruzó los brazos dispuesto a escuchar lo que decía Edgar Barefoot.

Al final de su conferencia, Barefoot se acercó; yo seguía sentada, inmóvil. Inclinándose, me pregunto:

-¿Es usted algo del obispo Archer?

-Sí -dije-. Su nuera.

-Nos conocíamos -dijo Barefoot-. Tim y yo. De años. Fue un golpe su muerte. Solíamos hablar de teología.

Bill Lundborg se acercó y escuchó sin decir nada; aún tenía la sonrisa que yo recordaba.

-Y luego, hoy, la muerte de John Lennon -continuó Barefoot-. Espero que no haya sido embarazoso para usted venir al frente: Pero era evidente que algo marchaba mal. Ahora se la ve mejor.

-Me siento mejor -dije.

-¿Quiere un sándwich? -Barefoot señaló hacia la gente reunida en torno a la mesa, en la parte posterior de la habitación.

-No -respondí.

-Entonces no ha escuchado -dijo Barefoot-. Lo que yo le dije. No estaba bromeando, Angel; no puede vivir de palabras, las palabras no alimentan. Jesús dijo: «No sólo de pan vive el hombre»; yo digo: «No sólo de palabras vive el hombre». Coma un sándwich.

-Come algo, Angel -dijo Bill Lundborg.

-No tengo ganas de comer -dije-. Lo siento -y pensé: preferiría que me dejaran en paz.

Bill se inclinó y dijo:

-Estás tan delgada...

-Mi trabajo -dije remotamente.

-Angel, le presento a Bill Lundborg -dijo Edgar Barefoot.

-Nos conocemos -respondió Bill-. Somos viejos amigos.

-Entonces -me dijo Barefoot-, sabrá usted que Bill es un *bodhisattva*...

-No lo sabía.

-¿Sabe qué es un *bodhisattva*, Angel? -preguntó Barefoot.

-Tiene algo que ver con Buda -respondí.

Librodot

-Un *bodhisattva* es alguien que renuncia a su oportunidad de alcanzar el *Nirvana* para ayudar a otros -explicó Barefoot-. Para el *bodhisattva* la compasión es una finalidad tan importante como la sabiduría. Esta es la idea esencial del *bodhisattva*.

-Está bien -dije.

-Aprendo mucho de lo que Edgar me enseña -me dijo Bill-. Ven -me tomó de la mano-. Me ocuparé de que comas algo.

-¿Te consideras un *bodhisattva*? -pregunté.

-No -respondió Bill.

-A veces el *bodhisattva* no lo sabe -dijo Barefoot-. Es posible estar iluminado sin saberlo, y también es posible creerse iluminado erróneamente. El Buda se llama «el que está despierto», porque «despierto» significa lo mismo que «iluminado». Todos dormimos sin saberlo. Vivimos en un sueño; caminamos, nos movemos, pasamos nuestra vida en sueños; la mayoría de nosotros habla en sueños; nuestras palabras son las palabras irreales de los que sueñan.

Como éstas, pensé. Las que estoy oyendo.

Bill desapareció; lo busqué con la mirada.

-Ha ido a buscar algo de comer -dijo Barefoot.

-Todo esto es muy raro -dije-. Todo este día ha sido irreal. Es como un sueño. Usted tiene razón. Están tocando todas las viejas canciones de Los Beatles en todas las emisoras.

-Le contaré una cosa que me ocurrió una vez -dijo Barefoot; se sentó en una silla, a mi lado, y se inclinó hacia delante, con las manos unidas-. Yo era muy joven, estaba todavía en la universidad. Era Stanford, pero no me recibí. Seguí infinidad de cursos de filosofía.

-Yo también -dije.

-Un día salí de casa para enviar una carta. Estaba escribiendo un trabajo, no un trabajo por encargo sino mío propio; ideas filosóficas profundas, muy importantes para mí. Estaba metido en un problema desentrañable; tenía que ver con Kant y las categorías ontológicas con que la mente humana estructura la experiencia...

-Tiempo, espacio y causalidad -dije-. Lo sé. He estudiado eso.

-Lo que comprendí mientras caminaba -continuó Barefoot-, era que en un sentido muy real, yo mismo creaba el mundo que experimentaba; hacía ese mundo y a la vez lo percibía. Mientras caminaba, la formulación correcta del problema se me presentó de pronto en medio del aire. En un instante, no la tenía; el siguiente, sí. Era la solución. Había estado buscándola durante años... Había leído a Hume, y había hallado una respuesta a la crítica de la causalidad de Hume en la obra de Kant... Y en ese momento, repentinamente, tuve la respuesta a Kant, correctamente elaborada. Me eché a correr.

Bill Lundborg reapareció; traía un sándwich y un vaso de zumo de frutas, que me ofreció. Acepté por reflejo.

-Volví a mi casa tan deprisa como pude -continuó Barefoot-. Tenía que poner sobre el papel ese *satori* antes de que lo olvidara. Lo que había adquirido allí, en la calle, fuera de mi casa, donde no tenía lápiz ni papel, era la comprensión de un mundo conceptualmente ordenado, no por el tiempo, el espacio y la causalidad, sino un mundo como una idea concebida por una gran mente, del mismo modo que nuestras mentes atesoran memorias. Había recibido una vislumbre de un mundo que no respondía a mi propio ordenamiento por el tiempo, el espacio y la causalidad, sino ordenado en sí mismo, «la cosa en sí» de Kant.

-Que, según dice Kant, no se puede conocer -respondí.

-Que normalmente no se puede conocer. Pero que de algún modo yo había percibido, como una gran estructura reticulada, arbórea, de interrelaciones, en la que todo estaba organizado según cierto significado, y en la que cada nuevo hecho se integraba como un crecimiento -hizo una pausa.

-Entonces, fue a su casa y la escribió -dije.

-No -dijo Barefoot-. Nunca lo escribí. Mientras volvía, vi a dos niños pequeños, uno con biberón. Corrían de una acera a otra, atravesando la calle. Pasaban muchos coches, velozmente.

No vi cerca ningún adulto. Les pedí que me llevaran adonde estaba su madre. No hablaban inglés; era un barrio de habla hispana, muy pobre... En esos días yo no tenía dinero. Vi a la madre. Me dijo «No hablo inglés», y cerró la puerta en mis narices. Sonreía. Lo recuerdo; una sonrisa beatífica. Pensaba que yo era un vendedor a domicilio. Quería decirle que sus chicos corrían peligro de muerte y ella me cerró la puerta sonriendo angélicamente.

-¿Qué hizo luego? -preguntó Bill.

-Me senté en el bordillo de la acera y miré a los dos niños -dijo Barefoot-. Toda la tarde. Hasta que llegó su padre. Hablaba un poco de inglés. Pude conseguir que me comprendiera.

Me dio las gracias.

-Hizo usted bien -dije.

-Y nunca anoté sobre el papel mi modelo del universo -continuó Barefoot-. Sólo tengo algún oscuro recuerdo de él. Esas cosas se desvanecen. Era un *satori* de los que se tienen una sola vez en la vida. *Moksha*, se llama esto en la India; un brusco relámpago de comprensión absoluta, venido de ninguna parte. Lo que James Joyce llama una «epifanía»; surge de la trivialidad o sin ninguna causa, simplemente ocurre. Comprensión total del mundo -calló.

-¿Dice usted que la vida de un niño mexicano era...? -empecé a preguntar.

-¿Qué habría hecho usted? -preguntó Barefoot-. ¿Habría ido a su casa a escribir su idea filosófica, su *moksha*? ¿O se habría quedado con los niños?

-Habría llamado a la policía -dije.

-Para hacer eso es necesario un teléfono -dijo Barefoot-. Habría tenido que abandonar a los niños.

-Es una bonita historia -respondí-. Pero conocí otra persona que contaba historias bonitas. Está muerto.

-Tal vez haya encontrado lo que buscaba en Israel -dijo Barefoot-. Antes de morir.

-Lo dudo mucho -dije.

-También yo lo dudo -repuso Barefoot-. Por otra parte, quizá encontró algo mejor. Algo que debía buscar, pero no buscó. Estoy tratando de decir que todos nosotros somos *bodhisattvas* sin saberlo, sin quererlo incluso; de modo involuntario. Es algo impuesto por circunstancias casuales. Ese día, yo no quería más que llegar a casa y escribir esa gran revelación antes de que se me olvidara. Era realmente una gran revelación, no lo dudo. No quería ser un *bodhisattva*. No pedía eso. No lo esperaba. En esos días, apenas si había oído la palabra. Cualquiera habría hecho lo mismo que yo hice.

-Cualquiera no -respondí-. Pero supongo que la mayoría.

-¿Qué habría hecho usted si hubiera tenido que elegir? -preguntó Barefoot.

-Pienso que habría hecho lo mismo que usted, esperando recordar la revelación.

-Pero yo no la recordé -dijo-. Ese es el punto.

Bill me dijo entonces:

-¿Puedes llevarme hasta East Bay? A mi coche se le rompió una biela y tuvieron que remolcarlo, y yo...

-Por supuesto -dije; me puse de pie, envarada. Me dolían los huesos-. Señor Barefoot: lo he oído muchas veces por la KPFA. Al principio me parecía aburrido, pero ahora no estoy muy segura...

-Antes de irse -dijo Barefoot-, cuénteme cómo traicionó a sus amigos.

-No lo ha hecho -intervino Bill-. Todo está en su mente.

Barefoot se inclinó hacia mí; me rodeó con el brazo y me llevó nuevamente a la silla.

-Bueno -dije-, dejé que murieran. En particular, Tim.

-Tim no podía evitar la muerte -dijo Barefoot-. Fue a Israel a morir. Es lo que él quería. Estaba buscando la muerte. Por eso he dicho que quizás haya encontrado lo que fue a buscar, o algo todavía mejor.

Desconcertada, respondí:

-Tim no estaba buscando la muerte. Peleó contra el destino el combate más valiente que he visto nunca.

Librodot

-La muerte y el destino no son la misma cosa -dijo Barefoot-. Murió para evitar su destino, porque el destino que veía acercarse era peor que la muerte en el desierto. Por eso la buscaba y por eso la encontró; pero pienso que encontró también algo mejor. ¿Qué piensas tú, Bill?

-Preferiría no decir nada -dijo Bill.

-Pero lo sabes -le dijo Barefoot.

-¿De qué destino habla usted? -pregunté a Barefoot.

-Del mismo que usted tiene. El destino que la amenaza. Y del que tiene conciencia.

-¿Cuál es?

-Perderse entre las palabras sin sentido -dijo Barefoot-. Ser como un mercader de palabras. Sin contacto con la vida. Tim había ido muy lejos en esto. He leído *Aquí, muerte tirana* varias veces. No dice nada, nada en absoluto. Sólo palabras. *Flatus vocis*, un ruido vacío.

Después de un momento, respondí:

-Tiene razón. También yo lo leí -qué cierto era, qué terrible y tristemente cierto.

-Y Tim lo sabía -continuó Barefoot-. Me lo dijo. Estuvo conmigo unos pocos meses antes de su viaje a Israel y me lo dijo. Quería que yo le hablara de los sufíes. Quería cambiar todo el significado, todo el significado que había reunido en su vida, por otra cosa. Por belleza. Me habló de un álbum de discos que le había vendido usted y que jamás había podido escuchar. *Fidelio*, de Beethoven. Siempre estaba demasiado ocupado.

-Entonces, usted sabía quién era yo -dije-. Antes de que se lo dijera.

-Por eso le pedí que se acercara. La reconocí. Tim me había mostrado una foto de Jeff y usted. Al principio no estaba seguro. Está mucho más delgada ahora.

-Es que tengo un trabajo muy exigente -dije.

Bill Lundborg y yo fuimos juntos a East Bay, por el puente Richardson. Oíamos la radio, la infinita serie de canciones de Los Beatles.

-Yo sabía que me estabas buscando -dijo Bill-, pero no me iba muy bien. Finalmente me han diagnosticado hebefrenia.

-Espero que la música no te deprima. Podemos apagar.

-Me gustan Los Beatles -dijo Bill.

-¿Sabes que ha muerto John Lennon?

-Por supuesto -dijo Bill-. Todo el mundo lo sabe. Así que ahora diriges la Musik Shop...

-Sí -dije-. Tengo cinco empleados a mis órdenes y libertad para comprar lo que se me ocurra. Capitol Records me ofrece que vaya a trabajar con ellos en la zona de Los Angeles, creo que en Burbank. He llegado a la cúspide en la venta de discos al por menor; dirigir una tienda es todo lo que se puede hacer. O ser su dueño. Pero no tengo el dinero...

-¿Sabes qué quiere decir hebefrénico?

-Sí -contesté; y pensé: hasta sé de dónde viene la palabra-. Hebe es la diosa griega de la juventud.

-Yo no he crecido -dijo Bill-. La hebefrenia se caracteriza por la tontería.

-Supongo que sí.

-Cuando uno es hebefrénico -dijo Bill-, las cosas parecen divertidas. La muerte de Kirsten me pareció divertida.

Entonces sin duda eres hebefrénico, me dije mientras conducía. Porque no tenía nada de divertido.

-¿Y la muerte de Tim?

-Algunas cosas fueron divertidas. Ese cochecillo absurdo, el Datsun, y las dos coca-colas. Tim probablemente usaba zapatos como los míos -levantó los pies para mostrarme sus Hush Puppies.

-Por lo menos -dije.

-Pero, en general, no fue divertida. Lo que buscaba Tim no era divertido. Barefoot se equivocaba; Tim no estaba buscando la muerte.

-Conscientemente, no -dije-, pero inconscientemente tal vez sí.

-Es un disparate -dijo Bill-. Todo eso de las motivaciones inconscientes. Si razonas así, puedes postular cualquier cosa. Puedes atribuir el motivo que elijas, porque no hay forma de probarlo. Tim estaba buscando ese hongo, y eligió un lugar muy divertido para buscar hongos: un desierto. Los hongos crecen donde hay fresco, humedad y sombra.

-En las cavernas -dije-. Allí hay cavernas.

-Sí, bueno -dijo Bill-, pero es que tampoco se trataba de un hongo. Eso era una suposición, nada más. Una suposición sin base. Tim había tomado la idea de un estudioso llamado John Allegro. El problema de Tim era que no podía pensar por sí mismo; tomaba ideas de otras personas y creía que surgían de su mente cuando en realidad las robaba.

-Pero las ideas tenían valor -dije-, y era Tim quien las sintetizaba. Tim reunía muchas ideas.

-No muy buenas.

Mirando de reojo a Bill, le pregunté:

-¿Y quién eres tú para juzgar?

-Yo sé que lo querías -dijo Bill-. No tienes por qué defenderlo todo el tiempo. No lo estoy atacando.

-Eso parece, sin embargo.

-También yo lo quería. Mucha gente quería al obispo Archer. Era un gran hombre, el más grande que nunca conoceremos. Pero era un tonto y tú lo sabes.

No dije nada; conducía escuchando a medias la radio. Se oía Yesterday.

-Edgar tiene razón acerca de ti -dijo Bill-. Deberías haberte ido de la universidad sin terminar. Has aprendido demasiado.

Con amargura, respondí:

-«...Aprendido demasiado». Por Dios. La *vox populi*. Desconfianza de la educación. Me enferma oír esa mierda; me alegro de lo que he aprendido.

-Te ha hecho daño -dijo Bill.

-Puedes irte un poco a la...

Bill respondió con calma:

-Eres muy infeliz y sientes gran amargura. Eres una buena persona que quería a Kirsten, a Tim y a Jeff, y no te has repuesto de lo que les ha ocurrido. Y tu educación no te ha ayudado a resolver eso.

-¡No hay forma de resolverlo! -dije con furia-. ¡Todos eran buenas personas y ahora están muertos!

-«Vuestros padres han comido el maná en el desierto y ahora están todos muertos».

-¿Qué es eso?

-Lo dice Jesús. Creo que está en la misa. Fui a misa unas cuantas veces con Kirsten, a la Grace Cathedral. Una vez, mientras Tim pasaba el cáliz, y Kirsten estaba arrodillada junto a la baranda, él le puso discretamente un anillo en el dedo. Nadie lo vio, pero ella me lo contó. Era un anillo de boda simbólico. Tim llevaba sus ropas de sacerdote completas.

-Cuéntame -dije.

-Te estoy contando. ¿Sabías...?

-Sabía lo del anillo -dije-. Ella me lo dijo. Me lo mostró.

-Ellos se consideraban espiritualmente casados. A los ojos de Dios. Aunque no se ajustara a las leyes civiles. «Vuestros padres han comido el maná del desierto y ahora están todos muertos». Eso se refiere al Viejo Testamento. Jesús trae...

-Oh, Dios -dije-. Creía que ya no tendría que oír más esas cosas... No quiero volver a oírlas. No hizo ningún bien antes, ni hará ningún bien ahora. Barefoot habla de palabras inútiles; ésas lo son. ¿Por qué Barefoot te llama *bodhisattva*? ¿Qué son esa compasión y esa sabiduría que tienes? Has alcanzado el *Nirvana* y has vuelto para ayudar a otros, ¿no es así?

-Habría podido alcanzar el *Nirvana* -dijo Bill-. Pero no quise. Para volver.

-Perdóname -dije, fatigada-. No sé de qué hablas. ¿Comprendes?

Bill dijo:

-He vuelto a este mundo. Desde el otro. Por compasión. Esto es lo que he aprendido en el desierto, en el desierto del Mar Muerto -su voz era tranquila; su rostro mostraba profundo sosiego-. Esto es lo que he encontrado.

Lo miré fijamente.

-Soy Tim Archer -dijo Bill-. He vuelto del otro lado. Para estar con los que quiero -sonreía, con una sonrisa inmensa y secreta.

15

Después de un momento de silencio, pregunté:

-¿Se lo has dicho a Barefoot?

-Sí.

-¿A quién más?

-Casi a nadie más.

-¿Cuándo ocurrió eso? -pregunté, y luego agregué-: Estás loco de atar. Esto no va a acabar nunca..., sigue y sigue y sigue. Uno por uno, se vuelven locos y mueren. Lo único que quiero es atender mi tienda y volar un poco y acostarme con alguien de vez en cuando y leer unos cuantos libros. Pero esto... Nunca he querido esto -los neumáticos chillaron cuando giré para pasar a un vehículo lento. Casi habíamos llegado al extremo de Richmond del puente Richardson.

-Angel -dijo Bill; puso su mano en mi hombro con ternura.

-Quita tu maldita mano -dije.

La retiró.

-He vuelto -dijo.

-Te has vuelto loco de nuevo y deberías ir al hospital, chiflado hebefrénico. ¿No comprendes lo que me hace tener que oír esto? ¿Sabes qué pensaba yo de ti? Pensaba: en un sentido muy real, éste es el único cuerdo de todos nosotros. Le han puesto el rótulo de loco, pero es cuerdo. Nosotros tenemos rótulos de cuerdos y estamos locos, y ahora tú. Eres el único de quien no hubiera esperado esto, pero... Mierda, este proceso de locura está rompiendo todos los diques -me estaba alterando-. Yo me decía siempre: Bill Lundborg no pierde el contacto con la realidad; piensas en coches. Habrías podido explicar a Tim por qué una persona no debe meterse en el desierto con un Datsun, dos coca-colas y un mapa de gasolineras. Y ahora estás tan loco como ellos. Peor -extendí la mano y aumenté el volumen de la radio; Los Beatles llenaron el coche. Bill apagó la radio de inmediato. Del todo.

-Por favor, no vayas tan deprisa -dijo Bill.

-Por favor -pedí-, cuando lleguemos al peaje, baja y búscate otro que te lleve. Y le puedes decir a Edgar Barefoot que se meta su...

-No le eches la culpa a él -dijo vivamente Bill-. Él no me dijo nada; yo le dije. ¡Y ve más despacio! -extendió la mano hacia la llave de ignición.

-Está bien -dije, pisando el freno.

-Harás que esta lata de sardinas vuelque y nos mate. Y no llevas puesto el cinturón de seguridad.

-Hoy, entre todos los días -dije-. El día en que matan a John Lennon. Y tengo que oír esto.

-No encontré el hongo *anokhi* -dijo Bill.

No dije nada; me limité a conducir. Lo mejor que podía.

-Me caí -dijo Bill-. De un risco.

-Sí -respondí-. También yo lo leí en el *Chronicle*. ¿Dolió mucho?

-En ese momento estaba inconsciente por el calor y el sol.

-Me parece que no eras una persona tan inteligente -dije-, si fuiste así al desierto -y entonces, repentinamente, sentí compasión. Y vergüenza; una vergüenza abrumadora por lo que estaba haciendo-. Bill -dije-. Perdóname.

-Por supuesto -respondió, sencillamente.

Pensé las palabras y luego dije:

-¿Cuándo... ¿Cómo debo llamarte? ¿Bill o Tim? ¿Eres los dos?

-Soy los dos. Se ha formado una nueva personalidad con las dos. Cualquier nombre sirve. Probablemente deberías llamarme Bill para que la gente no se entere.

-¿Por qué no quieres que se enteren? Yo pensaría que algo tan único e importante, tan fundamental, debería saberse.

Bill respondió:

-Me meterían de nuevo en el hospital.

-Entonces te llamaré Bill.

-Más o menos un mes después de su muerte, Tim volvió. Yo no comprendí lo que ocurría, no podía entender. Luces y colores y luego una presencia extraña en mi mente. Otra personalidad, mucho más inteligente que la mía, pensando toda clase de cosas que yo no pensaba. Sabía griego y latín y hebreo, y todo sobre teología. Pensaba claramente en ti. Había querido llevarte a Israel.

Me quedé helada y lo miré vivamente.

-Esa noche, en el restaurante chino -dijo Bill-, trató de convencerte. Pero tú le dijiste que tenías tu vida planificada. No podías irte de Berkeley.

Retiré el pie del acelerador; el coche se movió cada vez más lentamente, hasta que se detuvo.

-No está permitido detenerse en el puente -dijo Bill-. Salvo si tienes problemas con el motor o si te quedas sin gasolina, o algo similar. Sigue.

Tim se lo habrá contado, me dije. Actuando como autómata, puse la primera y arranqué nuevamente.

-A Tim le gustabas -dijo Bill.

-¿Sí?

-Esa era una de las razones por las que quería llevarte a Israel.

-Hablas de Tim en tercera persona. Entonces, en realidad, no te identificas con Tim ni como Tim; eres Bill Lundborg hablando de Tim.

-Soy Bill Lundborg -aceptó-. Pero soy también Tim Archer.

-Tim no me habría dicho eso. Que estaba sexualmente interesado en mí.

-Lo sé -respondió Bill-, pero yo puedo decírtelo.

-¿Qué fue lo que cenamos aquella noche en el restaurante chino?

-No tengo idea.

-¿Dónde está el restaurante?

-En Berkeley.

-¿En qué lugar?

-No recuerdo.

-Dime qué significa *hysteron proteron*.

-¿Cómo puedo saber eso? Es latín. Tim sabe latín, yo no.

-Es griego.

-No sé nada de griego. Yo recibo los pensamientos de Tim; de vez en cuando piensa en griego, pero yo no sé qué quiere decir.

-¿Y si te creyera? ¿Qué ocurriría?

-Que estarías feliz porque tu amigo no ha muerto.

-Y eso es lo principal.

-Sí -asintió.

-Yo pienso que hay otra cosa más importante -dije cuidadosamente-. Eso sería un milagro de importancia sensacional para todo el mundo. Es una cosa que los hombres de ciencia deberían investigar. Demostraría que existe vida eterna, que hay otro mundo; todo lo que creían Tim y Kirsten sería verdad. *Aquí, muerte tirana* sería verdad. ¿No te parece?

-Supongo que sí. Eso es lo que piensa Tim. Piensa mucho en eso. Quiere que escriba un

Librodot

libro, pero yo no puedo escribir un libro. No tengo ningún talento literario.

-Puedes ser el secretario de Tim. Como lo era tu madre. Tim te puede dictar y tú escribes.

-Habla y habla a una milla por minuto. He tratado de anotarlo, pero... Tiene la mente jodida. Si me perdonas la expresión. Está desorganizada; va a todas partes y a ninguna. Y no entiendo la mitad de las palabras. En verdad, una buena parte no es de palabras, es sólo de impresiones.

-¿Puedes oírlo ahora?

-No. En este momento no. Por lo común es cuando estoy solo y nadie más habla. Entonces puedo sintonizar con él, por así decir.

-*Hysteron proteron* -murmuré-. Cuando lo que se quiere demostrar está incluido en la premisa. Así que todo razonamiento es vano, Bill -dije-. Tengo que darte crédito por esto; has hecho de mí un nudo, de verdad. ¿Recuerdas que una vez Tim embistió, al retroceder, un surtidor de gasolina? No importa; al diablo con el surtidor.

-Es una presencia mental -dijo Bill-. Tim estaba en esa zona, tú sabes; la palabra «presencia» me lo ha recordado, él la usa mucho. La Presencia, como él dice, estaba allí en el desierto.

-La *parusía* -dije.

-Así es -asintió enérgicamente Bill.

-Eso debía ser el *anokhi* -dije.

-Sí... ¿Es lo que él buscaba?

-Al parecer, lo encontró. ¿Qué dice Barefoot de todo esto?

-Él me dijo, o comprendió, que yo era un *bodhisattva*. Yo volví. Tim volvió, quiero decir, por compasión. Por los que ama. Como tú.

-¿Qué hará Barefoot con esta noticia?

-Nada.

-«Nada» -repetí como un eco.

-No hay forma de probarlo -dijo Bill-. Para las mentes escépticas. Edgar me lo indicó.

-¿Por qué no lo puedes probar? No sería difícil. Tienes acceso a todo lo que Tim sabía; como has dicho, la teología, y los detalles de su vida personal. Hechos. Sería la cosa más fácil de probar del mundo.

-¿Te lo puedo probar a ti? -preguntó Tim-. Ni siquiera a ti. Es como creer en Dios; puedes conocer a Dios, saber que existe; puedes experimentarlo, y sin embargo no puedes probárselo a nadie.

-¿Crees en Dios ahora? -pregunté.

-Por supuesto -afirmó.

-Supongo que ahora crees en muchas cosas...

-Por la presencia de Tim en mí, sé una cantidad de cosas; no se trata solamente de creer. Es como... -hizo un gesto-. Como si me hubiera tragado la memoria de una computadora o toda la Enciclopedia Británica, o una biblioteca entera. Los hechos, las ideas, van y vienen y apenas zumban en mi cabeza; van demasiado rápido, ése es el problema. Yo no las entiendo, no las recuerdo, no las puedo escribir o explicar. Es como si tuvieras la KPFA encendida en tu cabeza las veinticuatro horas del día, sin cesar. En muchos sentidos, es un espanto. Pero es interesante.

Diviértete con tus pensamientos, me dije. Eso es lo que hacen los esquizofrénicos, como dice Harry Stack Sullivan; se divierten infinitamente con sus pensamientos, y olvidan el mundo.

No se puede decir gran cosa cuando alguien trae una noticia como la de Bill Lundborg, suponiendo que alguien haya contado algo semejante alguna vez. Por supuesto, se parecía a lo que me habían revelado -no es la palabra adecuada- Tim y Kirsten a su regreso de Inglaterra, después de la muerte de Jeff. Pero eso era poco en comparación con esto. Era... el último peldaño, el monumento final. La otra historia era sólo el cartel indicador de la proximidad del monumento.

La locura, como los peces pequeños, se desarrolla en cardúmenes, en un vasto número de casos. No es solitaria. La locura nunca está satisfecha; se despliega sobre todo un valle, o sobre el mar.

Sí, pensé; es como si estuviéramos debajo del agua; no en un sueño, como dice Barefoot, sino en un tanque, donde se observan nuestras creencias, aun las más extrañas, y nuestra conducta. Yo soy una drogadicta de las metáforas; Bill Lundborg es un drogadicto de la locura, incapaz de tener bastante; posee un ilimitado apetito de locura y la obtendrá por todos los medios a su alcance. y justamente cuando parecía que la locura se había marchado del mundo. Primero la muerte de John Lennon, y ahora esto. Y en el mismo día...

No podía decirlo, y sin embargo era digno de atención. No por Bill, como un caso, no... Probablemente, hasta Edgar Barefoot podría reconocer, o como fuera que lo diga un sufí cuando tiene un *moksha*, que alguien está enfermo y necesita ayuda, pero es también conmovedor y atrayente, y carece de mala intención y no hará ningún mal. Esa locura surgía del dolor, de la pérdida de una madre y de lo que casi ciertamente era un padre en el verdadero sentido del término. Yo lo sentía, lo sentí entonces, y lo sentiré siempre, mientras viva. Pero la solución de Bill no podía ser la mía.

Así como la mía -dirigir una tienda de discos- no podía ser la de él. Cada uno debía encontrar su propia solución y, en particular, resolver el tipo de problema que crea la muerte para los demás; pero no sólo la muerte..., también la locura, la locura que lleva por último a la muerte, puesto que ésta es su meta lógica y su estado final.

Cuando mi furia original por la psicosis de Bill Lundborg se aplacó -porque se aplacó-, la cosa empezó aparecerme divertida. La utilidad de Bill Lundborg no sólo para sí mismo sino para todos nosotros, había sido su adhesión a lo concreto. Esto era precisamente lo que había perdido. Su presencia en el seminario de Edgar Barefoot revelaba el cambio; el muchacho que yo había conocido antes jamás habría puesto el pie en ese lugar. Bill había seguido el mismo camino que el resto de nosotros, pero no el de toda carne sino el de todo intelecto; hacia el disparate y la tontería, para languidecer allí sin la menor posibilidad de redención.

Pero, por supuesto, Bill estaba ahora en condiciones de enfrentar emocionalmente la serie de muertes que nos había acongojado. ¿Era mejor mi solución? Yo trabajaba, leía, escuchaba música; compraba música en forma de discos; vivía una vida profesional y soñaba con un cargo en la Capitol Records, en California del Sur. Allá estaba mi futuro, allá estaba esa cosa tangible que los discos habían llegado a ser para mí, aparte de que fueran objetos de diversión eran elementos de sustento; representaban el servicio que yo podía prestar.

Por razones obvias, era imposible que el obispo hubiese retornado del otro mundo y habitara ahora la mente o el cerebro de Bill Lundborg. Esto es algo que uno sabe instintivamente, e indiscutiblemente. La imposibilidad es un hecho absoluto. Yo podía poner a prueba incesantemente a Tim, tratando de establecer su conocimiento de hechos conocidos solamente por mí y por él; pero eso no llevaría a ninguna parte. Como la cena del restaurante chino en la University Avenue de Berkeley, todos los datos serían sospechosos pues hay infinidad de caminos para que un dato llegue a una mente humana, datos más fácilmente aceptables que la suposición de que un hombre muere en Israel y su psique flota a la ancho de medio mundo hasta que encuentra a Bill Lundborg, entre otras personas de Estados Unidos, y se zambulle en esa persona, en ese cerebro que lo espera, y se instala allí para barbotar ideas, pensamientos, recuerdos y nociones adquiridas a medias, y sea nuevamente el obispo mismo, tal como la habíamos conocido, pero en una especie de estado de plasma. Esto no pertenece al dominio de lo real. Está en otra parte; es una invención de la locura de un chico acongojado por el suicidio de su madre y la muerte súbita de una figura paternal, que había sufrido y tratado de comprender, hasta que un día en su mente aparece, no el obispo Timothy Archer, sino el *concepto* de Timothy Archer, la noción de que Timothy Archer está en él espiritualmente, como un fantasma. Hay una diferencia entre algo y la noción de ese algo.

Cuando mi furia inicial se desvaneció, sentí simpatía hacia Bill porque comprendí por qué había seguido ese camino; no lo había elegido por perversidad; no era, por así decirlo, una

locura optativa; era una compulsión que se le había impuesto a la fuerza, quieras que no. Simplemente, había ocurrido.

Bill Lundborg, el primero de nosotros que tenía contacto con la locura, se había convertido en el último de nosotros que se volvía loco; el único problema real se podía plantear así: ¿se podía hacer algo al respecto? Y eso suscitaba otro problema más profundo: ¿se debía hacer algo?

Lo pensé durante las dos semanas siguientes. Bill (según me dijo) no tenía amigos importantes; vivía solo en una habitación alquilada en East Oakland, y comía en un café mexicano. ¡Quizá, me dije, debo a Jeff, a Kirsten y a Tim -especialmente a Tim- curar a Bill! De ese modo habría un sobreviviente.

Quiero decir, aparte de mí.

Era indudable que yo había sobrevivido. Pero, lo sabía desde hacía algún tiempo, como una máquina; con todo, era una forma de supervivencia. Al menos mi mente no había sido invadida por una mente extraña que pensara en griego, latín y hebreo y usara términos que yo no podía comprender. Además, me gustaba Bill; no sería para mí una carga verlo de nuevo ni estar con él. Juntos, podíamos evocar a las personas que habíamos amado; eran las mismas personas, y nuestras memorias sumadas darían una cosecha mayor de detalles circunstanciales, de esos añicos que dan al recuerdo el aspecto de la realidad..., lo que de una manera adornada es decir que, viendo a Bill Lundborg, yo podría recuperar a Tim, a Kirsten y a Jeff porque Bill, como yo, los había conocido y comprendería lo que yo sintiera.

De todos modos, ambos íbamos al seminario de Edgar Barefoot, de manera que Bill y yo nos veíamos para bien o para mal. Mi respeto por Barefoot había aumentado debido, por supuesto, al interés personal que había demostrado por mí. Yo había respondido a eso; lo necesitaba. Y Barefoot lo había percibido.

Yo interpretaba la afirmación de Bill de que el obispo tenía interés sexual en mí como una forma oblicua de decir que él mismo estaba sexualmente interesado en mí. Lo pensé y llegué a la conclusión de que Bill era demasiado joven para mí. Y además, ¿por qué comprometerse con alguien reconocido como esquizofrénico? Hampton, que tenía huellas -bastante más que huellas- de paranoia e hipomanía me había causado suficientes dificultades, y me había costado librarme de él. En realidad, no era tan seguro que me hubiera librado de él; aún me telefoneaba para quejarse agresivamente de que, cuando lo había echado a patadas de mi casa, yo me había quedado con algunos discos, libros y grabados que en verdad le pertenecían.

Lo que me preocupaba de una posible relación con Bill era mi idea de la ferocidad de la locura. La locura que puede consumir a su dueño, dejarlo y buscar más alimento. Si yo era una temblorosa máquina, estaba en peligro; no estaba tan sana psicológicamente. Ya bastante gente había enloquecido y muerto; ¿por qué enrolarme en esa lista?

Y, lo que quizás fuera peor, podía imaginar el tipo de futuro que aguardaba a Bill. No tenía futuro. Una persona enferma de hebefrenia se sustrae al juego del proceso, el crecimiento y el tiempo; simplemente recicla sus propios pensamientos locos incesantemente, gozando de ellos hasta que, como la información transmitida, degeneran y se convierten finalmente en ruido. La señal del intelecto desaparece. Bill debía saberlo, pues en un momento llegó a pensar en ser programador de ordenadores; debía estar familiarizado con las teorías de la información de Shannon. Nadie querría comprometerse con una la situación así.

Con Harvey, mi hermano menor, fui a buscar a Bill en mi día libre y conduje hasta el Tilden Park, junto al lago Anza, al club y a las barbacoas; allí asamos hamburguesas, jugamos con un disco Frisbee y lo pasamos espléndido. Habíamos llevado un Ghetto, una de esas combinaciones supersofisticadas de radio y pasacassettes con dos altavoces que hacen en Japón, escuchamos al grupo Queen de rock y bebimos cerveza -Harvey no- y paseamos y luego, cuando nos pareció que nadie miraba ni se preocupaba, Bill y yo compartimos un *joint* mientras Harvey probaba todos los botones del Ghetto sensibles al calor. Por último se concentró en sintonizar Radio Moscú por onda corta.

-Puedes ir a la cárcel por eso -dijo Bill-. Escuchar al enemigo...

-Tonteras -dijo Harvey.

-Me pregunto qué dirían Tim y Kirsten -le dije a Bill-, si nos vieran ahora.

-Te puedo decir qué dice Tim -respondió Bill.

-¿Qué dice? -pregunté, relajada por la marihuana.

-Dice... Piensa... que aquí hay paz y que finalmente ha encontrado la paz.

-Espléndido -dije-. Nunca pude conseguir que fumara marihuana.

-Fumaba -dijo Bill-. Él y Kirsten, cuando no estábamos. A él no le gustaba. Pero ahora sí le gusta.

-Esta hierba es excelente -dije-. Probablemente ellos fumaban hierba local. No debían conocer la diferencia -medité en lo que había dicho Bill-. ¿De veras fumaban? ¿Es verdad?

-Sí -respondió Bill-. Está pensando en eso ahora; lo recuerda.

Lo miré.

-En cierto sentido, eres afortunado -dije-. Has encontrado tu solución. No me disgustaría nada tener a Tim dentro de mí. Quiero decir, en mi cerebro -reí; era ese tipo de marihuana-. No estaría tan sola -y agregué-: ¿Por qué no vino a mí? ¿Por qué a ti? Yo lo conocía mejor.

Después de un momento de reflexión, Bill dijo:

-Porque te habría hecho daño, ¿sabes? Yo estoy acostumbrado a tener en la mente voces y pensamientos que no son míos; puedo tolerarlos.

-Tim es el *bodhisattva*, no tú -dije-. Fue Tim quien volvió por compasión -y luego pensé con un sobresalto: Dios mío, ¿es que lo creo? Cuando uno fuma buena marihuana puede creer cualquier cosa, por eso es tan cara.

-Así es -respondió Bill-. Puedo sentir su compasión. Él buscaba la sabiduría, la Santa Sabiduría Divina, que Tim llama *Hagia Sophia*; la equipara con *anokhi*, la pura conciencia de Dios. Entonces, cuando fue allá y la Presencia entró en él, comprendió que lo que deseaba no era la sabiduría sino la compasión... Ya tenía la sabiduría, pero no le había hecho ningún bien, ni a él ni a nadie.

-Sí -dije-. Me habló de *Hagia Sophia*.

-Es una de esas cosas que piensa en latín.

-Griego.

-Lo que sea. Tim pensaba que la sabiduría absoluta de Cristo podía leer el Libro de las Hilanderas y explicarle su futuro, para que Tim pudiera encontrar un medio de evadir su destino. Por eso fue a Israel.

-Lo sé.

-Cristo puede leer el Libro de las Hilanderas -continuó Bill-. Ahí está escrito el destino de todo ser humano. Ningún ser humano lo ha leído jamás.

-¿Dónde está ese libro?

-Nos rodea por todas partes -respondió Bill-. Me parece, de todos modos. Espera un segundo; Tim está pensando algo. Muy claramente -permaneció abstraído y silencioso un momento-. Tim está pensando. El último canto. El canto XXXIII del Paraíso. Piensa: «Dios es el libro del universo»; y tú lo has leído, lo has leído esa noche que tenías dolor de muelas. ¿Es así?

-Es cierto -dije-. Toda la parte final de *La Divina Comedia* me hizo profunda impresión.

-Edgar dice que *La Divina Comedia* se funda en fuentes sufíes -dijo Bill.

-Tal vez sea así -dije, interrogándome sobre lo que había oído acerca de *La Divina Comedia* del Dante-. Es extraño. Las cosas que uno recuerda, y por qué las recuerda -dije-. Porque yo tenía un dolor de muelas...

-Tim dice que Cristo dispuso ese dolor -continuó Bill-, para que *La Divina Comedia* quedara impresa en ti y no se borrara nunca. «Una simple llama...». Oh, mierda; de nuevo está pensando en una lengua extranjera.

-Dilo en voz alta -pedí-. Tal como él lo piensa.

Bill, vacilando, dijo:

Nel mezzo del cammin di nostra vita
mi ritrovai per una selva oscura
che la dritta via era smarrita.

Sonreí.

-Es el comienzo de La Divina Comedia.

-Hay más -dijo Bill.

Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate.

-Abandonad toda esperanza, vosotros que entráis -dije.

-Quiere que te diga una cosa más -dijo Bill-. Pero me es difícil oír bien. Oh, no, ahora la tengo; la pensó claramente para mí:

La sua voluntate é nostra pace.

-No lo reconozco -dije.

-Tim dice que ése es el mensaje esencial de *La Divina Comedia*. Quiere decir: «Su voluntad es nuestra paz». Supongo que se refiere a Dios.

-Supongo que sí.

-Debe haber aprendido eso en el otro mundo -dijo Bill-. Seguramente, aquí no lo aprendió.

Harvey se acercó y dijo:

-Estoy cansado de oír a Queen. ¿Qué más trajimos?

-¿No has logrado captar Radio Moscú? -pregunté.

-Sí, pero la *Voice of America* la interfiere. Los rusos pasaron a otra frecuencia, seguramente la banda de treinta metros; pero me cansé de buscarla. La *Voice* interfiere todo el tiempo.

-Volveremos a casa -dije, y pasé el resto del *joint* a Bill.

16

Fue necesario volver a hospitalizar a Bill antes de lo que yo esperaba. Entró voluntariamente, aceptando esto como un hecho de la vida..., al menos, un hecho perpetuo en su vida.

Después de su ingreso, vi a su psiquiatra, un hombre fornido, de edad mediana, con bigotes y gafas sin montura, una figura autoritaria pero amable que de inmediato enumeró mis errores en orden de importancia decreciente.

-No debería alentarlo a tomar drogas -dijo el doctor Greeby, con la carpeta de antecedentes de Bill abierta sobre la superficie del escritorio.

-¿Llama usted «droga» a la marihuana?

-Para cualquier persona con el precario equilibrio mental de Bill, todo tóxico es peligroso, aunque sea suave. Bill entra en el viaje, pero la verdad es que no sale nunca. Le estamos dando Haldol ahora; parece que puede tolerar los efectos colaterales.

-Si hubiese sabido que le hacía daño -respondí-, no lo habría hecho.

Me miró de reojo.

-Aprendemos equivocándonos -concluí.

-Señorita Archer...

-Señora Archer -corregí.

-La prognosis de Bill no es buena, señora Archer. Pienso que debe usted saberlo, puesto que es al parecer la persona más cercana -el doctor Greeby frunció el ceño-. «Archer...». ¿Está

usted emparentada con el fallecido obispo episcopal Timothy Archer?

-Era mi suegro -dije.

-Bill cree que es él.

-Se le ha subido algo a la cabeza.

-Tiene la ilusión de que se ha convertido en su suegro debido a una experiencia mística. No se limita a oír y ver al obispo Archer; es el obispo Archer. Entonces, supongo que Bill ha conocido realmente al obispo Archer...

-Cambiaban neumáticos juntos -dije.

-Usted lo sabe todo -dijo el doctor Greeby.

No respondí.

-Ha ayudado a traer de nuevo a Bill al hospital.

-Y hemos pasado un par de buenos ratos juntos. También hemos pasado juntos malos momentos, relacionados con la muerte de amigos. Pienso que esas muertes han contribuido a la declinación de Bill, más que fumar un poco de marihuana en Tilden Park.

-Por favor, no vuelva a verlo -dijo el doctor Greeby.

-¿Cómo? -dije, sorprendida y consternada; una ola de miedo me abrumó; sentí un intenso dolor-. Un momento. Es mi amigo.

-Usted tiene, en general, una actitud de superioridad hacia mí y hacia el mundo en todos sus aspectos. Es, evidentemente, una persona muy cultivada, un producto del sistema universitario del Estado; supongo que se habrá recibido en la Universidad de California en Berkeley, y probablemente en el departamento de Inglés; siente que sabe todo; está haciendo mucho daño a Bill, que no es una persona sofisticada y mundana... También se está haciendo daño a usted misma, pero eso no es mi problema. Es una persona dura y poco consistente que...

-Todos ellos eran mis amigos -dije.

-Búsquese a alguien de la comunidad de Berkeley -continuó el doctor-. Y apártese de Bill. Por ser la nuera del obispo Archer, usted refuerza su ilusión; probablemente su ilusión sea una introspección, un vínculo sexual desplazado que opera fuera del control consciente de Bill.

-Y usted -respondí- está lleno de mierda recóndita.

-He visto docenas como usted en mi vida profesional -dijo el doctor Greeby-. No me perturba ni me interesa. Berkeley está lleno de mujeres idénticas.

-Cambiaré -dije, aterrorizada.

-Lo dudo mucho -dijo el doctor, y cerró la carpeta de Bill.

Después de salir de su despacho, virtualmente expulsada, vagué por el hospital, asombrada, temerosa y enojada, sobre todo conmigo misma por haber hablado de más. Lo había hecho porque estaba nerviosa, pero el daño ya estaba hecho. Mierda, me dije. Ahora he perdido al último de ellos.

Iré a la tienda, pensé; cotejaré los pedidos con las existencias para ver qué ha llegado y que no. Habrá una docena de clientes ante la caja, y sonarán los teléfonos. Se venderán muchos álbumes de Fleetwood Mac, y pocos de Helen Reddy. Nada habrá cambiado.

Yo puedo cambiar, me dije. Ese trasero gordo se equivoca; no es demasiado tarde.

Tim, ¿Por qué no fui a Israel contigo?

Mientras salía del hospital hacia el parking -podía ver desde lejos mi Civic rojo- vi un grupo de pacientes que seguía a un asistente de psiquiatría; acababan de descender de un autobús amarillo y regresaban al hospital. Con las manos en los bolsillos de mi abrigo, caminé hacia ellos. Me preguntaba si estaría también Bill.

Pero no vi a Bill en el grupo, y seguí andando, más allá de unos bancos y de una fuente. Había un bosquecillo de cedros del otro lado del hospital, y varias personas estaban sentadas aquí y allá sobre la hierba; eran indudablemente pacientes, los que tenían pases, los que estaban suficientemente bien para estar un rato fuera de un estricto control.

Entre ellos se encontraba Bill Lundborg, con sus habituales pantalones deformados y su

camisa, sentado al pie de un árbol, mirando fijamente algo que tenía en la mano.

-Hola, Bill -dije.

-Angel -dijo Bill-, mira lo que he encontrado.

Me arrodillé a ver. Había encontrado un grupo de hongos en la base del árbol; eran blancos y, como descubrí cuando arranqué uno, rosados en la parte inferior. Inofensivos; los hongos que tienen la parte inferior rosada o castaña no son, en general, tóxicos. Los que se deben evitar son los que tienen la parte inferior blanca, entre los cuales se encuentran los amanitas, como el Angel Destructor.

-¿Qué es eso? -dije.

-Crece aquí -dijo Bill, con asombro-. Lo que buscaba en Israel. Lo que fui a buscar tan lejos... Son los hongos que menciona Plinio el Mayor en su *Historia Naturalis*. No recuerdo en qué libro -sonrió con buen humor, de ese modo familiar que bien conocía yo-. Probablemente el *Libro Octavo*. Estos se ajustan exactamente a su descripción.

-A mí me parece un hongo comestible corriente -dije-, como los que crecen en todas partes en esta época del año.

-Esto es el *anokhi* -dijo Bill.

-Bill...

-Tim -respondió él, de un modo reflejo.

-Me voy, Bill. El doctor Greeby dice que he dañado tu mente. Lo siento -me puse de pie.

-No es verdad -dijo Bill-. Pero hubiese querido que vinieras a Israel conmigo. Has cometido un grave error, Angel, y te lo dije aquella noche en el restaurante chino. Ahora te quedarás encerrada para siempre en tu marco mental de siempre.

-¿No hay manera de cambiar? -pregunté.

Sonriendo con su calidez habitual, Bill respondió:

-No me importa. Yo tengo lo que quiero: esto -me alcanzó cuidadosamente el hongo que había recogido, ese hongo corriente, no tóxico-. Éste es mi cuerpo -dijo-, ésta es mi sangre. Comed, bebed, y tendréis la vida eterna.

Me incliné y dije, hablando con mis labios junto a su oído para que sólo él pudiera oírme:

-Voy a pelear para hacer que vuelvas a estar bien, Bill Lundborg. A reparar coches, y a pintarlos y otras cosas reales. Te veré como eras, no cederé. Volverás a recordar el suelo que pisas. ¿Me oyes? ¿Me comprendes?

Sin mirarme, Bill murmuro:

-Soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Él corta de mí toda rama que no da fruto, y toda...

-No -dije-. Eres un hombre que pinta coches y ajusta la transmisión y haré que lo recuerdes. Llegará el día en que dejes este hospital. Te esperaré, Bill Lundborg -le besé la frente; él se llevó la mano a la sien, como los niños cuando tratan de borrar un beso, ausente, lejano, sin deliberación ni comprensión.

-Soy la Resurrección y la vida -dijo Bill.

-Te volveré a ver, Bill -dije, y me marché.

La siguiente vez que estuve en el seminario de Edgar Barefoot, éste advirtió la ausencia de Bill y, cuando terminó de hablar, me preguntó por él.

-Está adentro de nuevo, mirando hacia afuera -dije.

-Venga conmigo -Barefoot me llevó de la sala de conferencias a su propio living; yo no lo había visto antes y comprobé con sorpresa que prefería el roble al estilo oriental. Puso un disco de *koto* que reconocí (es mi trabajo) como un disco muy raro de Kimio Eto para el sello World-Pacific. El disco, editado a fines de los años cincuenta, tiene cierto valor para los coleccionistas. Barefoot eligió *Midori na Asa*, un tema original de Eto. Es muy hermoso, y no parece japonés.

-Le daré quince dólares por ese disco -dije.

-Se lo copiaré en una cassette -dijo Barefoot.

-Quiero el disco. El disco mismo. De vez en cuando alguien me lo pide -pensé para mis adentros: «Y no me hables de la belleza de la música. El valor, para los coleccionistas, está en el disco mismo; no es necesario abrir un debate al respecto. Yo entiendo de discos; éste es mi negocio».

-¿Café? -preguntó Barefoot.

Acepté una taza, y Barefoot y yo escuchamos al más grande ejecutante vivo de *koto*.

-Siempre estará dentro y fuera del hospital, ¿comprende? -dije, cuando Barefoot dio vuelta el disco.

-¿También de eso se siente usted responsable?

-Me han dicho que lo soy -dije-. Pero no es así.

-Es muy bueno que lo comprenda.

-Si alguien cree que Tim Archer ha entrado en él -dije-, irá al hospital.

-Y le administrarán Thorazina.

-Ahora es Haldol -respondí-. Un refinamiento; las nuevas drogas contra la psicosis son más precisas.

-Uno de los primeros padres de la iglesia creía en la Resurrección «porque era imposible» -dijo Barefoot-. No «a pesar de que fuera imposible», sino «porque era imposible». Creo que era Tertuliano. Tim me habló de esto una vez.

-Y eso, ¿es una actitud inteligente?

-No mucho. No creo que Tertuliano se lo propusiera.

-No puedo imaginar a una persona que pasa de ese modo por la vida -dije-. Para mí esto resume todo este estúpido asunto: creer una cosa porque es imposible. Lo que veo es gente que enloquece y luego muere; primero la locura, luego la muerte.

-De modo que usted ve la muerte de Bill... -dijo Barefoot.

-No -respondí-. Porque lo estaré esperando cuando salga del hospital. En vez de la muerte, me tendrá a mí. ¿Qué le parece?

-Mucho mejor que la muerte.

-Entonces, usted me aprueba... No como el médico de Bill -dije-; él piensa que yo ayudé a meterlo en el hospital.

-¿Está usted viviendo con alguien ahora?

-La verdad es que vivo sola.

-Me gustaría que Bill fuera a vivir con usted cuando salga del hospital. No creo que haya vivido nunca con una mujer, salvo con su madre, Kirsten.

-Tendré que pensarlo bastante -dije.

-¿Porqué?

-Porque así hago yo esas cosas.

-Yo no me refería a él.

-¿Cómo? -dije, sorprendida.

-Yo quería decir, por usted misma. De ese modo, sabrá si realmente es Tim. Su interrogante hallara respuesta.

-Ya tengo la respuesta.

-Llévese a Bill a su casa. Cuídelo. Y quizá descubra que está cuidando a Tim, en cierto sentido concreto. Se me ocurre que usted siempre lo ha hecho, o ha querido hacerlo. Y si no lo hizo, debió haberlo hecho. Está muy indefenso.

-¿Bill o Tim?

-El hombre del hospital. El que usted quiere cuidar. Su último vínculo con otras personas.

-Tengo amigos. Tengo a mi hermano menor. Tengo a mis compañeros de la tienda, a mis clientes...

-Ya mí -dijo Barefoot.

Después de una pausa, dije:

-Sí. También a usted.

-¿Y si yo le dijera que pienso que podría ser Tim, realmente Tim, de regreso?

Librodot

-Entonces -contesté-, dejaría de asistir a sus seminarios.

Me miró intensamente.

-Estoy decidida -dije.

-No es fácil apartarla de su camino -dijo Barefoot.

-No -respondí-. He cometido varios errores graves; no hice nada cuando Kirsten y Tim me dijeron que Jeff había vuelto. No hice nada, y el resultado es que ahora están muertos. No volveré a cometer ese error.

-Entonces, usted prevé realmente la muerte de Bill.

-Sí -dije.

-Quédese con él -dijo Barefoot-, y le diré una cosa; le regalo el disco de Kimio Eto que estamos escuchando -sonrió-. Esta canción se llama *Kibo No Hikari*, «La luz de la esperanza». Me parece apropiada.

-¿Dijo realmente Tertuliano que creía en la Resurrección porque era imposible? Entonces, esto ha comenzado hace largo tiempo. No empezó con Kirsten y Tim...

-Y tendrá que dejar de asistir a mis seminarios -dijo Barefoot.

-¿Piensa que es Tim?

-Sí. Porque Bill habla en lenguas que no conoce. En el italiano de Dante, por ejemplo. y en latín y en...

-Xenoglosia -dije; la señal de la presencia del Espíritu Santo, pensé, como Tim había señalado el día que nos encontramos en el *Mala Suerte*. Precisamente, eso que Tim dudaba que existiera; incluso es probable que dudara de que hubiese existido alguna vez. Según lo que él estimaba, al límite de su capacidad. Y ahora eso ocurría en Bill Lundborg cuando sostenía que era Tim...

-Puedo tener a Bill conmigo -dijo Barefoot-. Puede vivir aquí, en mi casa flotante.

-No -respondí-. Si usted cree en eso, no. Lo llevaré a mi casa de Berkeley -y en ese momento comprendí que Barefoot me estaba manipulando, y lo miré; él sonrió y yo pensé: controla a las personas, como hacía Tim. En cierto sentido, el obispo Tim Archer está más vivo en usted que en Bill.

-Está bien -dijo Barefoot, extendiendo la mano-. Sellaremos el trato con un apretón de manos.

-¿Tendré el disco de Kimio Eto? -pregunté.

-Apenas lo haya copiado.

-Pero yo me quedaré con el disco mismo...

-Sí -dijo Barefoot, sosteniendo aún mi mano; su apretón era vigoroso; también eso me recordaba a Tim. Así que quizá sigamos teniendo a Tim con nosotros, pensé. De un modo o de otro. Todo depende de cómo se defina «Tim Archer»; como la capacidad de hacer citas en latín, griego e italiano medieval, o la de salvar vidas humanas. De cualquier forma, Tim parece estar aquí todavía. Mejor dicho, aquí de nuevo.

-Seguiré asistiendo a sus seminarios -dije.

-No por mí.

-No. Por mí.

Barefoot dijo:

-Quizás, algún día vendrá por el sándwich. Pero lo dudo. Creo que necesitará siempre el pretexto de las palabras.

No sea usted tan pesimista, pensé. Podría darle una sorpresa.

Escuchamos el final del disco de *koto*. La última canción de la segunda cara se llama *Haru No Sugata*, que significa «El modo del principio de la primavera». La escuchamos, y luego Edgar Barefoot puso el disco en su sobre y me lo dio.

-Gracias -dije.

Terminé mi café y me fui. Me pareció que hacía buen tiempo. Me sentía mucho mejor. Y probablemente podría sacar treinta dólares por el disco. Hacía años que no veía un ejemplar; estaba agotado desde mucho tiempo atrás.

Es preciso recordar estas cosas cuando una dirige una tienda de discos. Y conseguir ese disco era una especie de premio, por hacer algo que iba a hacer de todos modos. Había sido más despierta que Edgar Barefoot, y me sentía feliz. Tim se habría divertido. En caso de que hubiese estado vivo.

FIN